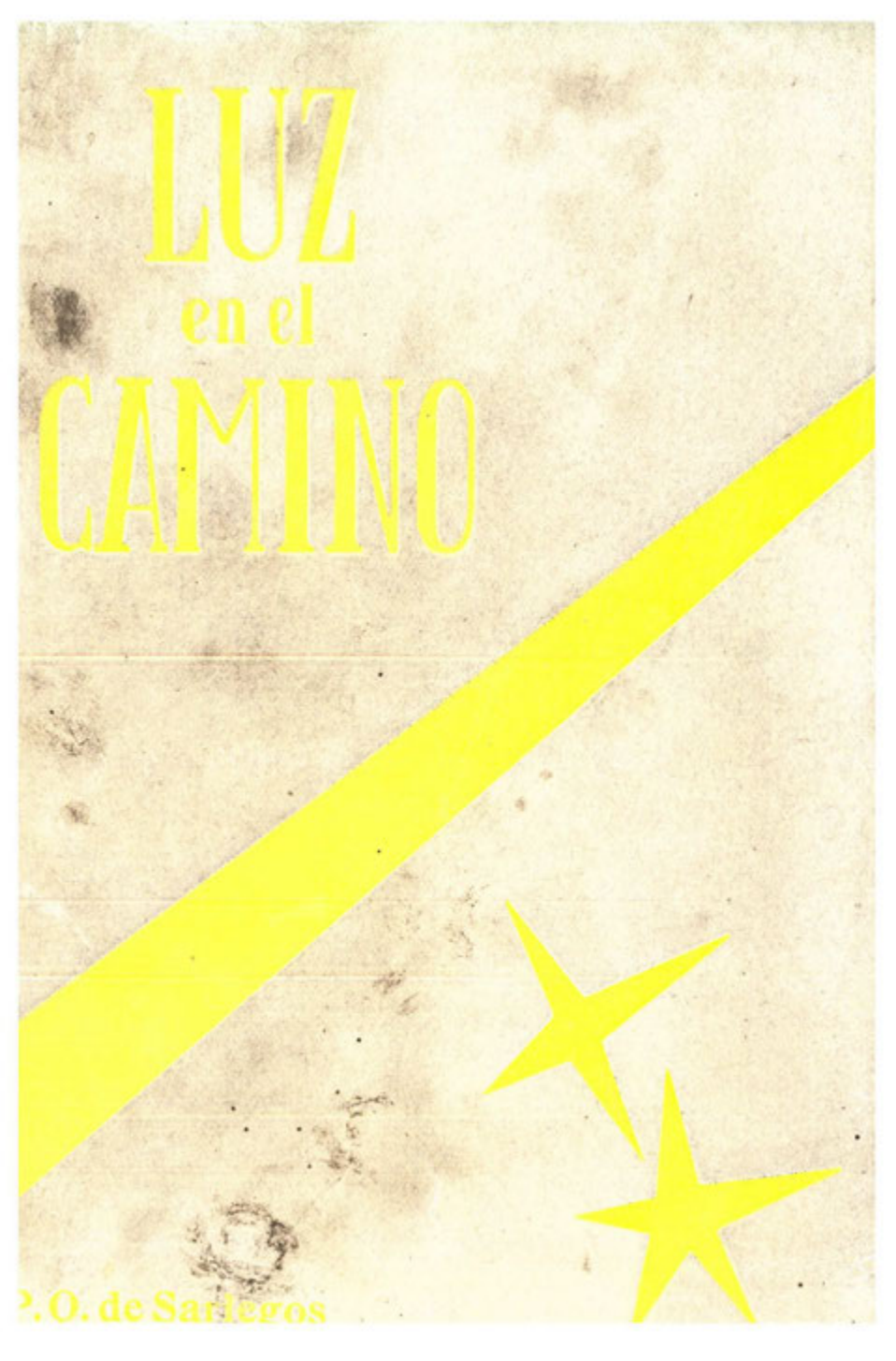


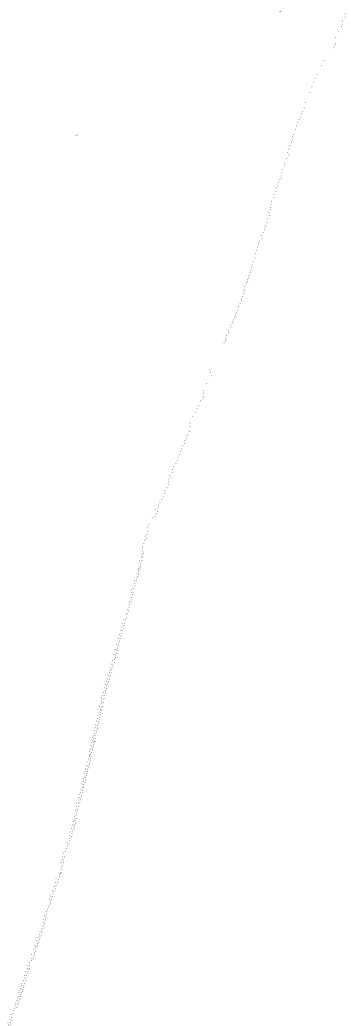
LUZ  
en el  
CAMINO

P. O. de Sarlegos





# LUZ EN EL CAMINO





*Rep.*

# LUZ EN EL CAMINO

Ideario para la juventud femenina moderna

por el

R. P. QUINTIN DE SARIEGOS, CAPUCHINO

PP. CAPUCHINOS  
LA CORUÑA

## CENSURA ECLESIASTICA

Nihil obstat

*Fr. MODESTO DE SANZOLES*

Censor

*El Paro, 1 de julio de 1960*

Puede imprimirse

*Fr. JOSE M.<sup>s</sup> DE CHANA*

Min. Prov. O.F.M. Cap.

*Madrid, 11 de julio de 1960*

Nihil obstat

*Dr. ANDRES LAGO CIZUR-GOÑI*

Censor

*Santiago, 18 de abril de 1960*

Puede imprimirse

† *F. Card. QUIROGA*

*Arzobispo de Santiago de  
Compostela*

Número de Registro: 6306 / 60

Depósito Legal: VG 85 - 1960

---

Talleres Tipográficos "Faro de Vigo"

*A la juventud femenina no le será suficiente leer este libro, necesita meditarlo con sinceros deseos de encontrar la verdad.*





# PRESENTACION

*Este libro, joven, que tienes en tus manos, no es un devocionario, ni tampoco en sentido exacto un libro de formación, es más bien un libro de orientación en el camino resbaladizo y de sorpresas de tu juventud. Recíbelo como amigo y léelo con afán de mejoramiento y de defensa de tus más caros valores de mujer y de cristiana.*

*No se encuentran en él largos ni trabajosos razonamientos que convenzan las mentes juveniles de la verdad de sus afirmaciones; más que convencer pretende enseñar; la autoridad y la experiencia quieren tener en esta ocasión derechos sobre la juventud. Piensa el autor que la mujer es más fácil para andar el camino que le señala la autoridad y la amistad que el que le ofrece la filosofía. La juventud, máxime la femenina, y quizá hoy más, es inconstante y superficial, por temor que deje a mitad de camino su lectura, este libro se ha acomodado, haciéndose fácil y ligero.*

*La juventud femenina no suele pecar por mala, peca por engañada. La mujer en el mal es casi siempre sorprendida. La mujer hoy se ha hecho social, ente público, pero todavía no sabe vivir en la calle, quizá no llegue a aprenderlo nunca. En adelante la mujer tendrá que sufrir más y padecer más frecuentes desengaños.*

*Este libro pretende ahorrárselos a la juventud femenina, ayudándola a conocer la vida y a conocerse ella misma. La*

*vida, aunque lo sueñan muchas jóvenes, no es como una película de cine donde los sucesos se desenvuelven conforme a los gustos, ni menos un paraíso donde conviven ángeles. La vida está hecha de realidades serias, a veces amargas, de buenas voluntades, pero también de mucha picardía y de no poca mala voluntad. En el mundo la candidez fracasa. Este libro entra en esta realidad compleja con la recta intención de orientar a la juventud femenina.*

*El mundo con la mujer no es bueno; a la mujer en la sociedad la cita y halaga más el mal que el bien. En la tierra a casi toda tentación de pecado se le da nombre y forma de mujer. Las jóvenes no lo piensan siempre, pero les conviene tenerlo presente.*

*La mujer, con ser fácil, se vuelve casi inabordable cuando se trata de que acepte y siga normas de vida opuestas a sus sentimientos. El bien y el mal de la mujer están en su corazón. Con la mujer maleada y pervertida en sus sentimientos, sólo Dios puede. Hoy esta situación en la juventud es relativamente frecuente.*

*Mi intento en este libro, meta difícil, es hacer reflexiva y cauta a la joven, que llegue a conocer los problemas morales que la realidad de la vida le presenta y sobre esto que sea dócil a la autoridad consciente que le señale el camino. En muchas ocasiones será ésta su máxima garantía de permanecer fiel al bien, y la defensa, única quizá, de sus auténticos valores femeninos, hoy tan en peligro.*

*Dirijo el libro preferentemente a las jóvenes «modernas», a la juventud pletórica de vida, de entusiasmos y hambrienta de cariños y triunfos en el mundo, pero que no ha*

*perdido ni el sincero deseo de mantenerse buena, ni la estima de su propia dignidad. A la juventud, frívola tal vez, pero en el fondo sana.*

*Pienso que serán muchas las jóvenes que encuentren en mi libro afirmaciones no conformes con su ideología y con sus metas de vida. Deben ceder su juicio y creer al libro; tiene autoridad. Harían fracasar el objetivo intentado al escribirlo, si no aceptan este pensar, a veces para ellas tal vez extraño, pero verdadero y provechoso.*

*No faltarán tampoco lectoras que encuentren exageradas y con tinte sombrío estas lecciones de luz. Tengan en cuenta, que aquí no se intenta precisamente alabar el bien, ni darlo a conocer, sino manifestar el mal y sus modos solapados, para defenderse de él. Hay jóvenes estupendos, la chica que los encuentre en su camino, no necesitará muchos consejos para tratar con ellos; escribo para las que tengan que topar, tal vez con esos, pero también con los otros. La juventud femenina posee cualidades bellas y no pocas virtudes cristianas, pero no interesa decírselo a ella; lo que tiene de malo y de peligro, sí. En el mundo hay cosas agradables de las que lícitamente disfrutan los hombres, pero juzgo totalmente inoportuno para los fines de este libro, hacérselo ver o amar a las jóvenes. Ya las conocen y las aman mis lectoras.*

*Sírvame de disculpa en esta visión, tal vez poco grata de la vida, mi función sacerdotal. El sacerdote auténtico cuando habla de la vida, tiene que ser, casi por necesidad, algún tanto pesimista; conoce tantas debilidades y picardías humanas, ¿qué extraño que se muestre un poco receloso de la bondad de los hombres?*

LUZ EN EL CAMINO se escribe para que las jóvenes puedan ver las serpientes agazapadas no pocas veces entre flores. Pensando yo en que las jóvenes no las ven y quizá ni sospechan de su existencia, me he determinado a tomar la pluma para descubrirlas. Existe una mentalidad, hoy en boga, optimista, que no atiende ni quiere pensar en lo molesto, feo y peligroso de la vida para no complicársela y poder así sorber con máxima delectación las delicias de la tierra. Esta mentalidad que se expande con entusiasmo por todas las esferas y manifestaciones de la actividad humana, pone en crisis el auténtico sentido cristiano de la vida. A defender a la juventud femenina de este peligro y sus posibles males tiende este libro. Porque es libro de defensa, en él se habla más de enemigos y de pecado que de virtud y de bellezas.

El mayor impedimento para que LUZ EN EL CAMINO alcance sus objetivos nobles, quizá esté en llegar un poco tarde; tiene ya cogidas casi todas las posiciones. La juventud femenina moderna está en punta contra todo y contra todos los que pongan estorbos en el camino de felicidad que ella se tiene trazado. Dicen las jóvenes de hoy que ya no son niñas y saben a dónde van y el caso es que muchas que así hablan, lo ignoran y siguen siendo realmente infantiles.

Sinceramente, pienso que el mal radical de la juventud femenina está en su mundanidad y su frivolidad. Su instinto aún se conserva sano, la voluntad no siempre. Este libro quiere imponerse a la mente y a la voluntad de esta juventud moderna para comunicarla solidez y firmeza. A la Inmaculada, Reina y Madre por derecho propio de la juventud femenina, encomienda el autor esta aspiración amada.



# EL SER CRISTIANO

Hubo un tiempo en el que ser cristiano era considerado suprema ignominia; para la sociedad pagana ser cristiano era simplemente admirar y seguir a un injusticiado. En cambio de esta actitud, los cristianos primitivos entregaban gozosos su vida a la muerte más horrenda por no perder la gloria de su nombre. Hoy han cambiado bastante las cosas; para muchas jóvenes ser cristiana es menos que ser bonita, valoran más un vestido de última moda.

Sin embargo de esta mentalidad actual y del pensamiento antiguo del paganismo, ser cristiano es el honor sumo a que puede ascender y aspirar un hombre en la tierra, es la categoría última de la dignidad humana, porque ser cristiano es ser divino, es poseer belleza de Dios, bienes de Dios, naturaleza de Dios. El cristiano tiene un derecho reconocido a llegar a un día a participar del gozo de Dios: el mismo bien que hace a Dios feliz, llenará los senos insondables del alma del cristiano. Aun más: el cristiano es familiar de Dios, es hijo de Dios y heredero con Jesucristo de sus propios bienes eternos. ¿Qué honor y suerte comparables a estos? El cristiano posee como suyo el mayor tesoro: Dios. Por esto nunca se puede razonablemente renunciar a ser cristiano, siempre se pierde y se pierde tanto que aunque por ello se ganara el mundo entero, quedaría en déficit su haber. Creer, sentir y hasta experimentar esta grandeza constituye en la tierra la meta codiciada de todo seguidor de Cristo.



No basta estimar el honor de ser cristiano, es preciso saber cómo se es cristiano, cuándo se vive en cristiano. Jurídicamente, el cristiano se constituye en su ser mediante el bautismo, pero el honor y los derechos de cristiano no se tienen por sólo el bautismo. La gloria de ser cristiano y la aspiración a su premio la hambreadan todas mis lectoras, pero es seguro que no todos los que tienen esta aspiración poseerán el Reino de los Cielos. Se puede estar bautizado y ser enemigo de Cristo; se puede tener fe cristiana y no tener ningún derecho a las promesas de la fe cristiana.

Ser cristiano es suprema gloria, mas el vivir en cristiano es suprema heroicidad. Vivir en cristiano es difícil, cada día más difícil; tal vez por ello muchas jóvenes lo están haciendo demasiado fácil, tanto, que están dejando de ser cristianas. Cristianismo blando, no existe; el Señor dijo: «No he venido a la tierra a traer la paz, sino la guerra». Y: «El Reino de los Cielos padece violencia y los que a sí mismos se la hacen, son los que lo arrebatan».

El Cristianismo es una forma divina de ser hombre que lleva consigo un morir y una nacer; un morir a la forma humana de vida y un nacer a una forma de vivir divino.

Porque el Cristianismo es muerte de lo humano <sup>(1)</sup>, es heroísmo y dolor. No hay acción más violenta y que mayor oposición encuentre en la naturaleza que obrar en contra suya.

(1) Entiendo por humano lo proveniente del hombre caído y herido en la naturaleza por el pecado original con sus tendencias a lo terreno y desordenado, coincidente con el concepto del "hombre viejo" en la doctrina de S. Pablo.

Por lo que tiene de nacer a lo divino, el hombre gana en ser cristiano; por lo que tiene de morir a lo humano, pierde. El hombre que permanece humano, resiste al ser cristiano por lo que tiene de divino, puesto que no quiere perder lo que tanto estima. Pero, sin muerte no hay vida; sin morir a lo humano, no prende en el hombre lo divino.

Esta realidad plantea en el hombre la crisis del ser o no ser cristiano. Si no quiere morir porque ama como vida lo que debe morir, nunca vivirá en cristiano. Para poder vivir el cristianismo hay que amar tanto el vivir divino que no se tenga inconveniente en perder lo humano.

Los cristianos claudicantes, los débiles, los traidores, los que dicen amar a Cristo pero que no le siguen, son hombres que estiman lo humano sobre lo divino; hombres terrenos, sensuales, hombres que no quieren morir porque para ellos la fuente de la vida está en el mundo. No han llegado a comprender ni estimar en su valor lo divino; no son de Cristo. «Hijitos, no os engañéis; el que es amigo del mundo, se declara enemigo de Dios». «Vosotros no sois del mundo, como Yo tampoco lo soy».

El cristiano auténtico, el visto como tal por Dios, es hombre sobrenatural. No es del mundo porque es divino y Dios no es mundano, no tiene en el mundo sus objetivos vitales.

Los bienes de Dios son todos eternos, espirituales, superiores al mundo sensible. El cristiano que es hombre que vive en lo humano la forma divina de vida, no puede tampoco tener como forma de su vida nada temporal ni sensible. El cristiano, como Dios, es un ser de eternidad. Si en algún

momento vive, sobreestima o busca como algo sustancial, vital, lo terreno, lo presente, claudica del cristianismo, cae. El cristiano vive en el mundo, pero no es del mundo.

Porque el cristiano no es de este mundo ni tiene en él ningún objetivo fundamental; por eso es ley del cristiano la moderación en el uso y en el gozo de las cosas de la tierra. Los grandes amores del cristiano de verdad están fuera de este mundo y porque lo están sus amores, lo está su corazón y su mente.

El cristiano es un hombre que ha llegado a conocer otro mundo mejor que el presente y para ganarlo tiene proyectada su vida y sus fuerzas hacia esa meta. El cristiano vive para otro mundo que tiene por suyo y por centro perfecto de felicidad. El cristiano vive de una esperanza, el futuro le dice más que el presente.

Los intereses del cristianismo los señalan su fe y su esperanza; los ojos no son guías en su camino. El foco que ilumina el sendero por donde anda el cristiano viene de arriba y no lo encienden los hombres. Como el cristiano es un hombre que desenvuelve su vida en un plano superior al mundo, aquello es en su mente grande y cotizabile que lo es en el plano superior de su vida. En tanto valen y estima las cosas en cuanto sirven para la consecución de los bienes de su mundo. El canon de los valores para el cristiano no es el juicio de los hombres, ni menos el gusto sensible; la medida del valor de las cosas, es el mérito sobrenatural. El cristiano posee los criterios de Dios.

El cristiano es un hombre vertical. La línea de su con-

ducta la marcan las virtudes teologales de la fe, esperanza y caridad y las tres son sobrenaturales, verticales.

El cristiano soporta el dolor porque en él encuentra ganancia para el futuro. El dolor no es un mal para el cristiano. En el cristianismo amor y dolor andan muy unidos. La Cruz es en él la expresión del amor perfecto. Ha habido santos para quienes no sufrir constituía el mayor tormento. El amor-gozo en la tierra tiene poco de cristiano y mucho de mundano. El cristianismo tiene presente que los valores humanos sufrieron un cambio radical con la venida de Dios al mundo. También recuerda que su Divino Maestro enseñó: «Dichosos los que lloran y ay de vosotros los que reís».

El sufrimiento saca lágrimas al cristiano lo mismo que al mundano, porque es sensible, pero el dolor no le aplana, porque reconoce en él una fuente abundante de bienes y gloria futura. El sufrimiento redime pecados, gana mérito, une con Cristo, hace colaboradores en la gran obra de la salvación de la Humanidad. El mundo se salva y se redimió por el dolor, no por el placer. Todo esto lo sabe el cristiano y lo adopta como principios fundamentales de su vida.

El cristiano sobre todo tiene muy presente que su Modelo y Guía aceptó voluntario la horrenda muerte de Cruz y por qué la aceptó, Dios lo exaltó y le dió un nombre sobre todo nombre, ante el cual se doblan en adoración el cielo, la tierra y los infiernos.

Por la Cruz triunfó Nuestro Señor Jesucristo y por ella han de triunfar sus seguidores. Sufrir no es desgracia, es gloria, es mérito para el que tiene orientadas sus acciones

hacia el futuro —¿Qué premio me pides ¿dijo una vez el Señor a San Juan de la Cruz por lo que en mi favor has realizado? —Señor, replicó el Santo, padecer y ser despreciado por Vos.

Para el cristiano sólo hay un mal: aquel que es capaz de hacer fracasar sus esperanzas, que destruye la razón de su vida, que es para él muerte: el pecado, ese es su único y supremo mal.

Estima tanto el cristiano el bien que espera y para el cual trabaja y suda, que antes de perderlo, daría gustoso la vida. La han dado muchos ¿Fracasaron? No, ganaron.

El martirio será siempre el sueño dorado de todo perfecto cristiano; supremo dolor para conquistar el supremo bien. Con envidia, no con horror, estaban muchos cristianos contemplando el martirio espantoso de San Timoteo. Hubo un momento en el que el mártir, atormentado hasta lo sumo, manifestó alguna debilidad. Los cristianos que lo observaron gritaron decididos: «Timoteo, mira al cielo». Y el santo lo miró y dibujando una sonrisa ante ellos, rindió su cuerpo a la muerte, abrasado en una caldera de cal viva.

¿Perdió o ganó? El cristiano está seguro de que lo ganó todo. San Timoteo en la caldera es envidiable, inmensamente más envidiable que la joven que, agasajada en un salón de fiestas, la adora el mundo.

Mantener esta actitud extraña durante toda la vida, ser fiel a la esperanza, rehusar voluntario lo agradable que ofrece el mundo, es para el hombre punto menos que imposi-

ble, pero meta asequible y aspiración del cristiano. La vida en cristiano es heroicidad y epifanía de Dios.

El cristiano es un hombre que está esperando su glorificación plena e inacabable, pero al mismo tiempo es soldado que está conquistado su esperanza. Sabe que sin lucha y sin sacrificios no alcanzará su meta codiciada. El tiene muy presente la lección de su Maestro: «El Reino de los Cielos padece violencia y los que a sí mismos se la hacen, son los que lo arrebatan».

La naturaleza tiende al placer y lo añora, pero el cristiano reconoce que no es el placer la ley de la vida del hombre en la tierra sino la lucha. La apoteosis viene después del combate victorioso, cuanto más dura la lucha mayor gloria. Porque el hombre siente ansias inagotables de gozar hasta la saturación, por eso el cristiano que está en posesión de la ciencia de la vida, se entrega valiente y decidido a la conquista agónica del mayor bien futuro. «Oh, dichosas penitencias que tanta gloria me merecieron», reveló el penitentísimo San Pedro de Alcántara a Santa Teresa.

En el cristianismo sufrir hasta lo sumo es ambición legítima para ganar el supremo galardón. El que, pues, esté más comido de ansias de gozar, que se entregue con más vigor al sufrimiento, que suba alegre a la cruz.

Porque la vida es afán, y esfuerzo y conquista insistente, por eso nada más opuesto al concepto auténtico del cristianismo que la frivolidad y la diversión en el sentido de liberación de pasiones.

El Cristianismo enseñó al hombre sus valores de eternidad, vivir es conquistar inmortalidad y así, como profunda-

mente afirmó San Agustín, para el hombre, ser inmortal, todo lo que parece deja de ser humano.

El Cristianismo es un misterio que sólo entienden los que han recibido del cielo ciencia de Dios, misterio oculto como un tesoro en las entrañas de la tierra que guarda el secreto de la plena y única felicidad humana.

El cristiano fiel a su fe religiosa es ciertamente un hombre superior y admirable. Los paganos no dejaron de reconocerlo. Aquel espectáculo nunca visto y aparentemente imposible de su conducta fué apología de la verdad del cristianismo y a muchos convirtió.

El cristiano tiende con todas sus fuerzas a la consecución de un objetivo fundamental: su plena glorificación en el futuro; para alcanzar ese fin codiciado sólo tiene un camino: seguir a Jesucristo, «Camino, Verdad y Vida». Jesucristo en la vida del cristiano lo compendia todo: El es camino, fuerza y término. La felicidad suma, el gozo pleno para el cristiano tiene un nombre concreto: Jesucristo. Estar a su lado, verle, sentirse amado de El constituye para el cristiano la Vida en su plenitud.

El camino hacia la Vida para el cristiano resulta duro y trabajoso porque hay enemigos y fuerzas coaligadas que se oponen a sus aspiraciones. El mundo, el demonio y la propia naturaleza son los enemigos jefes contra los que tiene entablado el combate el cristiano. La Gracia, que es la fuerza de Dios, conectada con la voluntad del hombre, es el arma de defensa y de triunfo.

Dios, desde lo alto, mira, presencia el combate y espera el final para repartir las recompensas o infligir los castigos

a los cobardes. El cristianismo ve la vida así y está convencido de que el hombre que la mira bajo otro aspecto, está equivocado, es ciego.

La perfección, que es el objetivo final de la estancia del cristiano en la tierra, la conseguirá cuando llegue a mandar en sus actos la razón sobre la pasión y sobre la razón la fe, el Evangelio. El día que su naturaleza obedezca dócil y constante en toda circunstancia y momento a Jesucristo y su ley, ese día el cristiano llegó a la meta. «Ea siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo poco, Yo te constituiré señor de lo mucho».

Esta visión panorámica del cristianismo, alta y trabajosa, no fundamenta el desaliento ni puede acorbardar a mis amables lectoras que reconozcan su propia debilidad y hasta quizá su alejamiento de esta meta. Recuerden las palabras del Señor: «En el Reino de mi Padre hay variedad de moradas». En el Cristianismo, como en el firmamento, hay estrellas de distinta magnitud. Como en una guerra donde luchan muchos soldados hay valientes en vanguardia y menos valientes en la retaguardia, pero todos colaboran activamente al triunfo, así en la vida; unos recibirán una felicitación y otros una Laureada, el caso es luchar bajo las banderas de Cristo y esforzarse por pelear con ardor. En el alma de todo hombre presiona una fuerza que empuja hacia adelante, que busca más; que la juventud femenina acopte esa fuerza a la consecución del máximo premio, porque al fin él constituirá su único y eterno patrimonio. Es triste, pensando en la juventud pletórica de fuerza vital, observar cómo la gastan muchas en aspiraciones indignas. arrastrándose por la tierra sin alas.



Para que a las jóvenes lectoras resulte asequible la inteligencia y aún la aceptación de las enseñanzas de este libro, ruego encarecidamente que tengan muy presente a través de la lectura la doctrina de este primer capítulo, del que pueden considerarse explicaciones o comentarios todos los demás.



# DIGNIDAD CRISTIANA

El Cristianismo es para los hombres una forma de vida; la fuente, pues, de los deberes del cristiano está en el carácter de su propia condición. La primera exigencia del cristianismo en sus profesionales es el conocimiento y la sobreestima de su dignidad.

El hombre, por ser imagen de Dios, reflejo personal del ser divino, posee un valor específico que lo eleva y distingue de toda la creación y le confiere un derecho al respeto y estima preferente, que justamente vindica y defiende el hombre. Pero al mismo tiempo, su dignidad crea una responsabilidad personal que obliga al hombre a comportarse en todo momento conforme a las exigencias de su condición superior. Ofender un hombre su dignidad, es ofender la dignidad de Dios que se refleja en su ser humano. A la propia dignidad nunca puede el hombre renunciar.

La dignidad natural humana la sublimó más tarde Dios incorporándose El a la propia naturaleza del hombre en el misterio insondable de la Encarnación, en el que la Divinidad se injertó en la humanidad.

La nobleza de la naturaleza humana y su dignidad se complementa alcanzando su perfección al ser elevada al orden sobrenatural. Elevar un ser a un orden de naturaleza superior es conferirle cualidades vitales propias de la natu-

raleza a que se asciende. Si a un bruto lo hiciese Dios, sin dejar de ser bruto, capaz de percibir y realizar las formas del vivir humano, ese bruto diríamos que había sido elevado a un orden de vida superior, habría sido «humanizado» .

Dios ha hecho, en una admirable manifestación de poder y de bondad, que el hombre pueda vivir la vida divina, hasta el punto que los objetivos propios de la naturaleza de Dios, de la vida de Dios, se conviertan en objetivos y formas de vida humana. De este modo el hombre se hace raza de Dios, familia de Dios, hijo. El tesoro de Dios queda hecho patrimonio del hombre. Lo divino se hace humano, mío.

La elevación del hombre al orden sobrenatural constituye la suprema dignificación de la raza humana. En el orden creado nada puede equipararse en perfección y altura al ser hombre elevado al orden sobrenatural, ni el ser ángel. La sobrenaturaleza del hombre es superior a la naturaleza del ángel.

Esta dignificación humana, se refuerza y sella con los sacramentos, especialmente con la Eucaristía, en la que el hombre se hace uno con Dios mediante las especies sacramentales. El cristiano puede decir, máxime después de haber comulgado, lo que de sí mismo dijo San Pablo: «No vivo ya yo, sino que es Cristo-Dios el que vive en mí».

El valor humano es ya valor divino. Pero nobleza obliga, tanto cuanto tiene de nobleza.

Podemos poner como canon de dignidad y vida cristiana esta fórmula breve: Todo lo que desdice de Dios es in-

digno del cristiano. La meta de vida cristiana es precisamente la vida de Jesucristo, Dios y Hombre. El vivir humano de Dios, es la meta y la ley del vivir divino del hombre.

Esto es grande y lamentablemente trabajoso para el hombre, pero esa es su ley y su meta propia; cualquiera otra le degrada. Pensar, desear, estimar y comportarse como obró pensó, estimó Dios siendo hombre, Cristo nos lo señaló como objetivo de vida: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida».

La vida humana no es, pues, frivolidad ni pasatiempo; es esfuerzo, es lucha dura por conquistar el más alto ideal de vida: vivir como Dios.

El honor del hombre está en mantener su vida acorde con su dignidad. La dignidad del hombre está en su reflejo de divinidad. El reflejo de Dios en el hombre está en su espíritu, en el alma. El camino, pues, para mantener la altura de la dignidad, está en la vivencia del espíritu; lo carnal, lo corporal mandando en el hombre, constituye la caída y bajeza del hombre; la prostitución de su dignidad.

Por el dominio natural que al espíritu corresponde ejercer sobre el cuerpo, resulta siempre vergonzosa la vitalización corporal en los procesos carnales, en los que el espíritu queda como ahogado o anulado; esta vergüenza, que es nobilísima reacción del espíritu, se manifiesta incluso en la sexualidad ordenada, en la lícita; prueba patente de la bajeza e inferioridad de su acto. Por el cuerpo se asemeja el hombre a los brutos y se diferencia del ángel y de Dios. Dios se rebajó, se degradó al asumir la forma de hombre, se hizo

ruín, pequeño, porque tener cuerpo es pequeñez; estimarlo en exceso, dándole prevalencia sobre el espíritu, es no sólo empequeñecerse sino arruinarse, hacerse malo. Vivir en cambio del espíritu, es tender hacia arriba, acercarse a Dios. Y cuanto el hombre más se acerca a Dios y más participa de Dios, más se engrandece y dignifica.

El cuerpo del hombre tiene una dignidad pero reflejada, participada. La nobleza del cuerpo le viene al hombre por el espíritu; cuanto más este se manifieste y obre en el cuerpo, mayor altura y dignidad cobra. Santa Teresa vió una vez cómo los ángeles portaban el cuerpo de una religiosa muerta en olor de santidad «porque se vea, dice la santa, cuánto honra Dios los cuerpos donde estuvieron almas buenas». «¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu Santo vive en vosotros?», decía también San Pablo; aunque el templo humano de Dios está en el alma, el cuerpo recibe por su unión sustancial participación de esa gloria y dignidad. Pecar contra el cuerpo, es pecar contra el templo de Dios y quien en él habita.





# EL CRISTIANO Y EL MUNDO

El mundo, en su acepción ascética y teológica, no es el mundo físico ni la sociedad en cuanto tal; el mundo es una fuerza del mal persistente, a veces visible, otras oculta, que resiste a la verdad de Jesucristo, que se opone tenazmente a la dilatación del Reino de Dios en la tierra. Esta fuerza tiene por mentor y jefe a Satanás. El diablo actúa por sugestiones internas y mediante la maldad de los hombres, tentando la debilidad e inclinación al mal de la naturaleza humana, a la que acosa sagazmente. El pecado es el objetivo del mundo y de su príncipe Satanás, porque el pecado ofende a Dios y coarte el Reino de Cristo.

Este enemigo del Evangelio —el mundo— está entre los hombres como la cizaña en el campo de trigo, como el agua en la esponja. Soslayar su presencia es prácticamente imposible. El mundo está en nosotros y fuera; en nuestros ojos que buscan lo que prohíbe Cristo; en nuestro cuerpo que resiste a Cristo; en nuestras pasiones que se alían pronto y gustosamente con el enemigo de Cristo. El mundo está en la calle, en las organizaciones sociales, en los centros de recreo, dando a estas manifestaciones de vida humana una característica de pecado.

El alejamiento físico de la sociedad sobre la que tenazmente actúa el mundo, es ventaja y suerte para poder vencerlo y seguir con facilidad y cierta garantía el Evangelio;

el mundo se debilita y desarma con esta rotura de relaciones sociales externas. Acosa tanto y es tan universal la presencia del mundo que siempre resulta cierto lo que lamentaba Kempis: «Cuantas veces estuve con los hombres volví (a mi soledad) menos hombre», menos cristiano, más mundo.

La presencia y acción del mundo es insidiosa, como toda actividad satánica. El mundo es aquel típico lobo vestido de cordero contra el que puso en guardia Nuestro Señor a sus seguidores. El mundo se presenta siempre como amigo y bienhechor, pero, dando y ofreciendo, roba y mata; da lo terreno y quita lo celestial.

El excesivo amor a las cosas y bienes de la tierra, el desordenado apego a los placeres, la egoísta apetencia de satisfacer la naturaleza, hacen, según el Apóstol San Juan, a los hombres mundanos y por ello enemigos del Evangelio y órganos de Satanás.

La conducta pública, uniforme y habitual de los hombres mundanos crea el ambiente social de pecado, estableciendo como legales formas de vida contrarias a la moral cristiana. Es lo que se llama el pecado colectivo, el escándalo organizado. Adoptar esas normas de vida es dilatar el reino de Satanás, acrecer el mundo.

Esta atmósfera de pecado, más o menos densa y dilatada, que crea la acción pecaminosa de los hombres mundanos es ataque peligrosísimo que padecen en sociedad los seguidores de Cristo. Ella va debilitando progresivamente la integridad de su fe y su pujanza, destruyendo el horror al pecado, la sensibilidad para percibir su presencia, crea la tolerancia, la camaradería con el mal y si no se la combate con vigor aca-

ba, como enfermedad lenta y mortal, por liquidar el sentido cristiano en la conciencia de los buenos.

El mundo, con sus sugestivas, insistentes y socialmente legales invitaciones al mal gustosamente agradable, es sin duda la mayor tentación de traicionar el sobrenaturalismo y austeridad del Evangelio que padece la juventud moderna femenina. La inmensa mayoría de las dificultades y objeciones que las jóvenes ponen y encuentran al seguimiento de la moral cristiana, nacen precisamente del amor que tienen al mundo y a sus placeres. Si no les resultase tan atractivo el mundo y no amasen tanto sus ofrecimientos, pocos inconvenientes y dificultades encontrarían para admitir y seguir las enseñanzas de la Iglesia sobre la modestia, la decencia, la diversión, la moda, etc. Son gustosísimamente mundanas y como no se puede ser del mundo y al mismo tiempo de Jesucristo, por no dejar de ser mundanas, renuncian a seguir a Cristo, a obedecer a su Iglesia. Esta es la verdad, pero como la joven aprecia la gravedad de esta situación de conciencia, y teme sus pavorosas consecuencias, se esfuerza por acallarlas con especiosas formas y recursos de malicia humana.

Son tan opuestos el mundo y Jesucristo, que cuando el hombre se entrega al primero pierde el segundo. Este alejamiento de Dios no se realiza en un momento; el mundo es sagaz y para no suscitar recelo, no lo pide todo el primer día; sabe esperar para triunfar. Si la joven que sirve al mundo conociese desde el primer momento las consecuencias a que posiblemente va a llegar, sería sin duda más resistente a los halagos del mundo. La joven comienza por reír y gozar con el mundo, sigue el hastío y el cansancio en las devociones, más tarde el abandono y después, las exigencias de la ley de

Dios, las amonestaciones y urgencias sacerdotales se hacen insoportables y al fin vendrá el pecado y con él Satanás a tomar posesión de su alma y entonces la dureza de corazón, la despreocupación por los intereses del espíritu y el misterio horrendo de la predestinación del alma.

El mundo es, sin duda, el mayor peligro externo del hombre cristiano, más quizá de la juventud femenina, porque el mundo sobre ser negación del cristianismo, es sugestión, fuerza y falsía. El mundo es la religión cristiana al revés, es la religión que el demonio ha inventado para traicionar a Cristo. El demonio, como dijo graciosamente San Agustín, es la mona de Dios; lo imita, pero al revés.

Leed el Evangelio, escuchad a Jesús, leed al revés y eso es lo que dice el mundo, ese es su evangelio. Dijo Cristo: «Bienaventurados los pobres y los que sufren». El mundo grita: «Bienaventurados los que gozan, los ricos y los que nunca sufren». Cristo dijo: «El Reino de los Cielos padece violencia y los que a sí mismos se la hacen son los que lo arrebatan». El mundo, en cambio, predica y practica la comodidad como aspiración humana, la condescendencia con las reclamaciones de la naturaleza. Sobre la tumba de la joven seguidora del mundo se podría escribir: «Rió, bailó y triunfó». Sobre los auténticos seguidores de Cristo: «Sufrió, luchó y triunfó». ¿Qué extraño que Nuestro Divino Maestro nos pusiese en guardia contra el mundo y lo llamase enemigo y reino de Satanás? «Hijitos, decía San Juan, no améis el mundo, ni nada de lo que el mundo tiene, porque el mundo es: deseos de la carne, codicia de los ojos, y orgullo del corazón».

Triunfar en este mundo de pecado, ser agasajado en sus

centros de convivencia social es manifestación indudable de ser del mundo, de que no se sigue el Evangelio. «Si del mundo fuéseis el mundo os amaría»; os ama, luego sois del mundo.

El cristiano auténtico está en huelga permanente contra el mundo: ni trabaja con el mundo ni obedece al mundo.

El cristiano además de no ser del mundo, es enemigo del mundo, lo combate, vive para destruirlo. El mundo es fuerza —de mal— y el cristianismo es también fuerza —de bien—. Son dos polos opuestos que se repelen y se destruyen mutuamente, como la luz y las tinieblas: donde hay mundo no hay cristianismo y donde hay cristianismo no hay mundo.

La Iglesia está puesta en la tierra por Jesucristo como fuerza antimundo, como fermento en la masa de harina. El cristiano que no transforma, que no inmuta a lo que se pone en su contacto, es fermento que ha perdido su fuerza. Al cristiano no le basta ser, precisa actuar. «El que no está conmigo está contra Mí».

El Cristianismo es caridad, esto es, don de bien, siempre y en todas partes. El cristiano indiferente ante el mal, es un contrasentido. El Cristianismo está en el mundo como elemento santificador del mundo. Salvar el mundo es la misión de la Iglesia y la Iglesia somos todos los cristianos.

El mundo es el pecado, que es el mal, el único mal en sentido cristiano. El Cristianismo está en el mundo para combatir el pecado del mundo, para acabar con él. Cuando esto haya conseguido, dejará el mundo de existir para con-

vertirse en Reino de Dios; entonces la Redención estará completa. Cuantos menos pecados, más dilatación del Reino de Dios; cuanto más se peque, más grande se hace el mundo.

Jesucristo vino a la tierra como conquistador del mundo, para echar del mundo el pecado. «Ahora el príncipe de este mundo —Satanás, el mal— será despedido del mundo», dijo el Salvador momentos antes de su Pasión. El mundo dejará, pues, de ser mundo cuando adopte el Evangelio como norma de su conducta. Los cristianos forman el ejército de reconquista del mundo, perdido por Adán en el Paraíso; son los soldados de Cristo.

El Evangelio saca al hombre del mundo y lo centra en Dios. Cristianizar el mundo es meta trabajosa y dura, porque Satanás, su rey, es fuerte y tiene muchos y poderosos aliados a sus órdenes; las pasiones humanas y los instintos de la naturaleza, que son potencias violentísimas, están prontos para servir al rey del mundo. En este sentido dijo Cristo que el cielo se conquista con violencia. Complacer a los sentidos, dejarlos seguir sus gustos, agradar los deseos de las pasiones, es ensanchar el reino del demonio y combatir contra Cristo. Las armas más eficaces del diablo en su lucha contra Dios, son el placer, la belleza y el dinero, eternas tentaciones del hombre para renegar de Cristo. Por esto Jesús predicó insistente la mortificación, la pobreza y el menosprecio de los bienes terrenos.

El mundano goza, disfruta; el cristiano, se mortifica, ex-pía. El mundano hambrea y busca con ardor los bienes sensibles y pasajeros de la tierra; el cristiano los menosprecia y los usa para fines superiores. El mundano ama este mundo,

el cristiano el futuro; el mundano ve el cielo vacío y la tierra llena; el cristiano se siente desterrado y mantiene su mirada fija en los cielos.

Joven, mírate en este espejo y conoce en él la verdad de tu cristianismo.



# EL HONOR DE LA MUJER

La dignidad de ser persona, cristiano e hijo de Dios es la raíz de toda grandeza humana; el honor es un derecho de la dignidad, es la reverencia que por su grandeza reclama. El honor exige a uno propio y a los demás.

El hombre no es una flor ni una máquina, por perfecta que se la suponga, ni una bestia superior; es mucho más, casi infinitamente más. El hombre tiene el canon de su valor en Dios, a quien copia y refleja. En esto radica su dignidad y su honor; sus derechos y sus deberes.

El hombre que no estima su dignidad ni guarda su honor pierde en cierto sentido el derecho a ser hombre; infama a la Humanidad, nos ofende a todos. Perder el honor, prostituir la dignidad es la suprema ofensa que se hace el hombre.

La mujer no tiene dignidad ni honor distintos del hombre, pero el honor femenino aflora más a la superficie, es más delicado y exigente, precisamente porque se pierde con mayor facilidad y sobre él se apoya más el valor de la mujer.

La mujer frecuentemente se rebela cuando oye hablar así, pensando que se la desestima, pero lo cierto es lo contrario. Porque se sobreestima a la mujer, se defiende con insistencia su honor. Ay del mundo y ay de la mujer si se

llegase a pensar de otro modo y se la dejase indefensa y sola ante los enemigos de su honor.

Sin que sea en absoluto rebajar en nada a la mujer, es cierto que su honor es más rompible que el del hombre, porque está apoyado en cosas al parecer insignificantes que la mujer con facilidad deja de ver como defensas prácticamente imprescindibles de su honor. La relación de estas menudencias con el honor femenino la comprende mejor el hombre, por lo mismo se hace más culpable cuando abusa de la inconsciencia de la mujer para ofenderla postergando su deber de caballerosidad para ampararla y guardarle su honor.

La particularidad del honor femenino decimos que está en que se sostiene en cosas pequeñas, en muchas cosas pequeñas; ello obliga a mayores cuidados y vigilancia y oprime a la mujer con más graves exigencias. Añorar la mujer las libertades sociales, es suspirar por su deshonor.

Un chiste oído con marcada intención, una actitud desenvuelta, una cierta estudiada postura corporal, una libertad en las formas sociales de convivencia, son suficientes para que una mujer quede sin honor ante los hombres.

Si a mí me preguntaran las mujeres por qué esas insignificancias producen efecto tan grave, les daré esta explicación: El honor se fundamenta en la estima; el honor es precisamente el respeto que la dignidad imprime en la conciencia de los demás. En el momento que una persona no refleja soberanía, dignidad, pierde estima, queda sin honor. El halo de dignidad humana se pierde cuando se ejecuta una acción que rebaja esa dignidad ante los demás; que hace sentir que

esa persona no se comporta según corresponde a su condición. Esta doctrina es cierta y unánime.

Pues bien, la mujer tiene en la mente y podíamos decir que en la misma naturaleza del hombre un puesto de gloria, de sobreestima. No hay hombre que no se reconozca inferior en razón de ser al lado de la mujer. ¿De dónde si no la adoración que siente natural hacia ella? El hombre, por fuerza de su instinto, está con el sombrero en la mano y la frente inclinada ante toda mujer que lleva con prestancia su dignidad. Porque el hombre intuye en la mujer un ser más delicado, más espiritual, más cerca de Dios, por eso le tiene levantado un trono en su pecho y le exige un comportamiento acorde con la altura de su condición y reacciona violento ante sus acciones atentadoras del alto concepto que de ella tiene formado. Cuando una mujer baja del pedestal de gloria que el hombre la tiene levantado, seca la fuente más caudalosa de poesía humana.

Existe otra razón profunda de la mayor exigencia del honor en la mujer y es la relación estrechísima que tiene con la dignidad y el honor del hombre. El objetivo natural y más violento de la lujuria del hombre —suprema degradación del honor humano— está precisamente en el cuerpo de la mujer; de aquí que el hombre en el momento que observa en ella una exhibición corporal acentuada, una actitud que despierta en él el brote concupiscente, piensa que esa mujer es mala, que busca y valora la vileza que él experimenta ante sus acciones, insignificantes al parecer, pero de inmensa gravedad para las pasiones del hombre. Y lógicamente ante la realidad que experimenta en sí mismo, menosprecia a esas mujeres como carentes de honor. Así la mu-

jer por aparentar pequeñeces, que no lo son desde el momento que ocasionan males tan graves, pierde su honor en la mente de los hombres. El honor del hombre, es un bien individual; el de la mujer, es social.

Estas consideraciones debieran hacérselas las jóvenes con frecuencia para que fuesen más reflexivas y más recatadas en su conducta social; para que pensasen un poco más en que Dios las colocó en convivencia con los hombres y que esta convivencia tiene para ellas exigencias que son deberes fundamentales. ¿Qué es caridad cristiana sino precisamente mirar por el bien del prójimo? Sin embargo, hay muchas jóvenes egoistas, tremendamente egoistas, que por salir con sus vanidades triunfantes les importa un ardite precipitar en las más graves tentaciones y exponer a la ruina moral a los hombres. Con irreflexivo y necio desparpajo, dicen que no pequen ellos, que es decir: que pequen ellos con tal que sus caprichos triunfen, y campeen libres su vanidades.

«Muchas cosas me son lícitas, que no puedo yo hacer», escribía San Pablo. Quisiera yo que pensase de igual modo la juventud femenina. Los derechos ajenos, el bien de los demás obligan no pocas veces a privaciones y sacrificios. El mundo no es todo mío y sólo para mí. El hombre en sociedad tiene leyes de sociedad y leyes de religión, y la ley tal vez más trascendental de la mujer en convivencia social es el mantenimiento de su pudor sobre el cual se apoya la moral del hombre y la propia dignidad. En la mente del hombre, toda mujer sin pudor es mujer impura, y la mujer impura es siempre mujer sin honor.

Las jóvenes distinguen demasiado el pudor de la impureza. Estando sin pudor se consideran puras. El hombre no

piensa así. El hombre tiene por impura a la mujer sin pudor y realmente, el impudor es casi siempre la impureza de la mujer, Tan impuro puede ser hacer sentir como consentir. La mujer que, siendo pura, con su impudor hace sentir impuramente, es impura. Que lo recuerde la juventud femenina y lo tenga en cuenta en su vida pública.

Aprenda la joven a guardar y defender a toda costa su honor, puesto que el honor vale más que la vida. Por la defensa del honor, hasta del solo honor corporal, es lícito morir y hasta en ciertas circunstancias matar. Sin embargo de esto, van siendo muchas las jóvenes que sienten más una mancha en el vestido de estreno, tal vez hasta la caída al suelo de un pastel que están gustando, que la pérdida de su honor; tan poco lo estiman.

La Inmaculada está perdiendo ejemplaridad en las mentes juveniles, en tanto que las «estrellas» opacas de la pantalla brillan como soles en su imaginación.

La idea de la propia estima, del honor personal, va perdiendo fuerza sobre los actos de los hombres. En España se sigue ensalzando a D. Quijote como prototipo del caballero, pero son ya muchos los caballeros que prefieren a Sancho, convencidos de que D. Quijote estaba realmente loco y de que el vivo y verdaderamente listo era su escudero que llevaba la alforja y dormía a pierna suelta, mientras su amo en vigilia dura velaba el sueño de una dama imaginaria. Malos tiempos corren para la vivencia y exaltación del espíritu. La técnica, el confort, el coche y el abrigo de pieles presentan realidades tan sugestivas y perceptibles que parece ya tonto el que vive del espíritu o sueña en paraísos del futuro.

Sin embargo, de esta realidad, el honor seguirá siendo el pedestal de los grandes. El hombre materialista podrá conseguir un coche y la mujer que lo imita un abrigo de pieles o un marido a la medida de sus deseos, pero el que renuncia a ellos por ser fiel a su honor no quedará mendigo ni infortunado. Llegará el día en que las jerarquías humanas las establecerá únicamente la virtud. En la hora de las cuentas, que ha de llegar, no se premiará teniendo a la vista la fortuna, sino el espíritu.





CONÓCETE

Se han preguntado muchas veces los estudiosos si la mujer vale más o menos que el hombre. Yo, sinceramente, creo que valen lo mismo. Cada uno refleja a Dios de modo diverso, no superior. El hombre refleja más al ser de Dios; la mujer al espíritu de Dios.

Lo que sí está claro es que el hombre tiene menos atractivos hacia el bien que la mujer. Tal vez porque Dios concedió al hombre mayor potencia intelectual, más luz para conocer y estimar el bien y por tanto mayor fuerza para seguirlo.

La mujer, con la inclinación del hombre hacia el bien, sería peor que el hombre. Dios suplió en la mujer el vigor de la razón para el seguimiento del bien, con la fuerza del instinto. La mujer es buena naturalmente, el hombre por convicción y por esfuerzo. Por esto, normalmente, la bondad del hombre es de más quilates y más segura que la de la mujer; pero menos frecuente, precisamente porque le es más difícil y menos natural.

Sin embargo, hoy los hombres van perdiendo fe en la virtud natural de la mujer, porque ven a muchas que no la tienen. Hoy no son raras las mujeres que tienen pervertido, tal vez perdido, el instinto de bien con que las dotó Dios. En esto son más responsables que el hombre en ser malas.

Con ser la mujer más piadosa por naturaleza que el hombre, constituye, sin embargo, la más fuerte y constante tentación de mal que encuentra el hombre en su vida. Esto no proviene tanto de la voluntad de la mujer cuanto de su naturaleza y de la condición del varón; existe, empero, el peligro de que la mujer negocie egoistamente esta fuerza de tentación, prefiriendo las conveniencias de su triunfo al bien moral de los hombres. Es su posible gran pecado social.

La mujer es reflejo de la bondad de Dios, la mujer sana y cultivada. Tal vez porque es tesoro celestial no suele en la tierra administrarse con acierto. La presencia de la mujer en público causa más mal que bien. Por esto la Humanidad a la mujer la ha querido siempre recatada, escondida; en la calle la ha visto tentación y ruina, y con demasiada frecuencia lo es. Por bien de todos la mujer precisa de control en la vida pública. Ella debe agradecerlo. Se defiende su honor y la moral del hombre. La mujer que protesta de esta tutela, se ignora y da señales de perversión. Inconscientemente labora por la ruina de la Humanidad. La mujer necesita autoridad.

El móvil vital de la mujer es su alterocentrismo afectivo. La mujer tiene el centro de su felicidad fuera —la mujer fué hecha para el varón—; el hombre en sí mismo. El hombre es fundamentalmente egoísta, la mujer dadivosa; el peligro de la mujer ante el hombre está en su propensión a darse, el del hombre en poseer; el del hombre en el abuso de llamar, el de la mujer, en la facilidad de responder.

La constitución alterocentrista de la mujer determina sus características temperamentales y fundamenta sus vir-

tudes y sus defectos. La mujer es abnegada, desbordante, fácil para sacrificarse por los demás. Al mismo tiempo propensa a la envidia, a la vanidad, a la inmodestia, a la mentira y hasta el odio, a los celos. La mujer es coqueta y fácil. Todos estos defectos son en la naturaleza de la mujer formas más o menos veladas de su alterocentrismo, de su necesidad de darse y de agradar.

La fuerza que impulsa al hombre a hacer suya la mujer, fuerza a la mujer a darse al hombre <sup>(1)</sup>. En esta mutua compenetración anímica se manifiesta el valor humano del matrimonio, como centro de vida de la Humanidad. La naturaleza tiende vigorosamente hacia el hogar.

La defensa contra el desorden de esta tendencia la encuentra el hombre en su razón, en el cálculo; la mujer en el instinto, en su piedad, porque para el seguimiento del bien el hombre tiene su inteligencia y la mujer su naturaleza. La mujer nace buena, el hombre se hace. La mujer que pierde su instinto hacia el bien se incapacita para obrar rectamente. Los peligros para la mujer son más peligro que para el hombre, porque tiene menos defensas. A la mujer la preserva del mal su propia femineidad apartándola, haciéndola recoleta. La mujer no ha nacido para combatir, ¡ay de las jóvenes que buscan los peligros y que gozan en ellos! La piedad en la mujer no es sólo deber y fuente de méritos, es fuerza y luz, prudencia y sentido común.

La mujer no se defiende con razones ni por principios, sino por impulsos. La fuerza operativa que saca un hombre

(1) Advierto que cuantas veces, hablando de la mujer, manifiesto su propensión a "darse", "ofrecerse", etc., lo digo en sentido espiritual, afectivo, anímico; nunca material o corporal.

en media hora de meditación, la obtiene la mujer contemplando un Crucifijo o una Dolorosa. En el hombre la voluntad sigue al entendimiento, en la mujer el entendimiento es esclavo de la voluntad y ésta de las emociones. La mujer en el obrar está más cerca del irracional que el hombre. La conversión de una mujer pervertida, equivocada, no se operará con razones, siempre será más eficaz llevarla a adorar una imagen impresionante o a presenciar un acto religioso emotivo.

Yo estimo a la mujer por buena y por débil. El varón que no tiene consideración para la mujer, lleva indignamente su nombre. Grandes stisfacciones y elevados sentimientos han nacido en mí del conocimiento del alma de la mujer. Cierto que no toda mujer ocasiona en su trato con el hombre estos sentimientos. Es suerte envidiable —aunque no para todos los hombres— no haber visto nunca en ojos de mujer miradas de pasión; sin embargo, es la condición precisa para poder adorarla. Yo ciertamente cuanto más voy conociendo al hombre, admiro más a la mujer; hay víboras, lo sé, pero, también que a la mujer la pervierte siempre el hombre.

Yo intento defender a la mujer porque conozco al hombre y porque estoy viendo con pena que la misma mujer va dejando gustosamente de querer ser buena. Dicen algunas que el serlo ya no reporta interés, ¿qué entenderán las que así hablan por interés femenino?

En el mundo hay muchos hombres interesados en que la mujer sea ruín, muchos los que trabajan sagazmente para hcerla mala. Llegar a conocerlos sería para la mujer su mejor defensa, pero ellos saben engañarla disfrazándose de ad-

miradores. Nadie como sus enemigos piensa tanto en la mujer y la halaga y piropea.

Como su movimiento vital lo rige la afectividad, la mujer es fuerte y tenaz en la conquista de sus objetivos y extremadamente fácil para entregarse a ellos; el enemigo de la mujer es el mal disfrazado de amigo. El ardor con que busca y se entrega a sus afecciones, ciega frecuentemente a la mujer para el conocimiento de la verdad y del bien. La mujer llega al abismo con los ojos vendados.

La mujer se defiende mal de los enemigos de su virtud porque conoce la vida por experiencia. Las lágrimas son su cátedra más ordinaria de vida, hasta que llora de verdad no suele aprender ciertas realidades. Todas sus locuras, que no son infrecuentes, y sus frivolidades inconcebibles, son inconsciencias; la mujer parece casi siempre más mala de lo que es.

Sin embargo de esto, la mujer es indócil, tozudamente indócil para seguir a quien contraría sus sentimientos. Pocas cosas más difíciles que convencer a una mujer de algo que no está conforme con sus impulsos o afecciones. La mujer se funde en lo que ama, todo es vano si se la intenta convencer del error de su amor. Los desengaños la enseñarán a vivir. Para la mujer dar la vida por su amor, no es gloria, es necesidad. Nadie más inconvertible que la mujer entregada a un amor pecaminoso.

En el aferramiento a sus afectos y en la ceguera consecuente se encuentra el origen de los fracasos y llantos de la mujer. La mujer no suele ser mala, pero es esclava gus-

tosísima de lo que ama. De aquí la importancia que tiene para ella el poseer y cultivar impulsos de bien, de conservar sana su natural inclinación a la virtud a fin de que no nazca en ella la sugestión del mal; estaría perdida. El conocimiento del mal en la mujer suele ser funesto; siempre se ofrece, más o menos amable, y el amor es vértigo para la mujer. En la mujer la concupiscencia tiene mucho de curiosidad, si sabe que volviendo la hoja hay «algo» de lo que se habla con elogio; no pasarla le será francamente imposible.

¿Queremos decir con esto que la mujer carece de sindéresis? Nada más lejos de nuestra mente. Decimos que en la mujer la afectividad ejerce una dirección preferente, casi absorbente, de sus impulsos vitales; que la efectividad en ella es más pronta y espontánea que la inteligencia, que la mente femenina —sin discutir su capacidad objetiva— está superada y como mandada por su corazón; en una palabra, que la mujer por naturaleza es persona afectiva, más que intelectual, lo contrario del hombre.

El cultivo intensivo de la inteligencia al hombre le da altura y perfección, a la mujer la despersonaliza, le priva de características propias: afectividad, espontaneidad, sonrisa, simpatía, valores que la Humanidad busca y quiere en la mujer. Con esto no se desea que la mujer sea analfabeta, la cultura libera a la mujer de los excesos de la frivolidad de su temperamento, pero a la mujer conviene una cultura ante todo propia, femenina.

La tendencia natural en la mujer a obrar a impulsos de su afectividad, la expone a deformar la conciencia. Cuando la mujer se llega a sentir atraída por el mal, apenas si po-

drá conocerlo como tal; para la mujer todo el que la acaricia y sonríe, es amigo. La mujer está en peligro habitual de convertir sus impulsos en norma personal de moralidad. Por esto el pecado del hombre lleva mayor responsabilidad, porque cuando peca ve el abismo a donde va; el hombre no suele ser engañado al pecar, la mujer casi siempre; para ella pecar es amar y en su sentir el amor es siempre bueno.

Para que la mujer acierte en el conocimiento del bien y lo pueda seguir sin error, a falta de su instinto sano, nada tan seguro como una autoridad amada. Los padres tienen en la vida de sus hijas una trascendencia incalculable; y con los padres el confesor y director espiritual. Ya lo hemos dicho, la mujer necesita del hombre para gobernarse más de lo que la juventud femenina hoy piensa. En el paraíso el demonio, que no es tonto, para perder a la Humanidad, la atacó, como dijo Bossut, por la parte más débil, por la mujer. Ella misma llorando tuvo que confesar su inconsciencia y debilidad. En cambio, al hombre lo hace pecar mejor la mujer con sus halagos que el demonio con sus sugerencias. También en esto se manifestó psicólogo Satanás. Muy verosímilmente al hombre no lo hubiera hecho pecar el demonio en el Paraíso, pero lo hizo fácilmente la mujer. Si la mujer poseyese la lucidez mental para ver el pecado que tiene el hombre, no ser a en tantas ocasiones mala, ni tan insistente tentación para los hombres.

La mujer puesta en el disparadero de su siempre pronta emotividad afectiva encontrar a su defensa en tres recursos en todo momento al alcance de su mano: en el alejamiento del mal, en el cultivo de su natural inclinación al bien —la piedad— y en la sumisión a la autoridad, paterna y sacerdotal.



Si la joven se observa y es sincera, reconocerá que cuando alega madurez y mayoría de edad para obrar sin trabas, lo hace para dar libertad a una pasión o a un capricho de su voluntad no acostumbrada al vencimiento.

Pecado de mujer es ser vanidosa, su belleza y el halago de los hombres, sus fuentes. La vanidad en sí misma no es pecado grave, pero a las veces tal vez fuera conveniente a la mujer que lo fuese; con ello evitaría, sin duda, muchos pecados mayores. La vanidad hace a la mujer fácil. La vanidad no pocas veces cubre de flores olorosas grandes pecados. Modere la joven su propensión a la vanidad, segura de que con ello se defiende de muchos mayores males.

Para la mujer el admirador, el galán, es un amigo y para el amigo guarda siempre la mujer su corazón, este es su peligro. Para vencer a la mujer basta muchas veces —demasiadas— adularla. Que lo sepa y recuerde la joven para guardarse, como lo saben los libertinos para perderla y conquistarla.

El vigor imaginativo de la mujer, su emotividad explosiva y la percepción finísima para los pormenores que la caracterizan hacen a la mujer muy propensa a desorbitar las cosas dando importancia capital a verdaderas insignificancias. Yo se lo he dicho muchas veces: la mujer en las cosas trascendentales se muestra, en general, digna; pero, en las cosas pequeñas pierde la cabeza y se manifiesta despreciable. De ahí el espectáculo frecuente e indigno de tantas jóvenes entregadas con todo el ardor de su sangre vigorosa a ruindades que valoran y adoran como mitos. Esos pormenores las hacen risibles ante los hombres, y fundamentan

muchas indelicadezas y desconsideraciones que para con ellas tienen.

La joven debe conocerse para educarse, es el más noble y útil deber de su juventud, y no se podrá conocer la joven si no reconoce que lo es. La juventud es inmadurez. Nada más peligroso para la joven que considerarse ya hecha. La juventud es atractiva y bella, pero inconsciente. Bien pensó el que dijo: juventud, edad en la que los ojos brillan sin ver. La ley de la juventud es la obediencia. Sus virtudes propias la humildad, la sumisión y el respeto a la autoridad y a la experiencia. La juventud sin docilidad es planta que se arranca de la tierra, que se pone a la sombra, que ciega el canal de riego. La juventud en rebeldía, autosuficiente, constituye en las sociedades una amenaza constante al orden. Dios amenazó a los judíos como supremo castigo con darles poderes jóvenes.

Como elemento de gozo la juventud puede considerarse ideal, pero ya hemos dicho que el gozo no es meta razonable de la vida en el mundo. Quien en la vida sólo ve posibilidades de placer, estimará la juventud como perfección, en cambio, quien vea como supremos los valores del espíritu, apenas si observará en la juventud otra cosa que inmadurez, irreflexión y peligro. Dios no creó al hombre para que quedase joven, sino para que alcanzase la madurez. Que la joven reconozca la imperfección natural de su ser y entre gustosa en los caminos que la llevan a la plenitud. No quiera volar antes de tiempo.

EDÚCATE

El hombre es un ser educable, posiblemente el más maleable de la creación. El hombre ni nace perfecto ni se hace perfecto por la determinación de un momento. La perfección en el hombre, como en las cosas, requiere un progreso, más o menos lento, y una ciencia. Sin esto, inúltimente se lamentará el hombre de sus defectos o intentará ser perfecto en el momento que le convenga. Sin tiempo y una fuerte voluntad sostenida nadie es nada, en ningún orden de cosas.

El hombre no nace, se hace, en lo biológico y en lo moral. No se engañen las jóvenes, viviendo a lo loco, a merced de los impulsos de cada momento, su vida andará desquiciada y, más o menos tarde, cobrará una fisonomía complicada y dolorosa. La joven para su propio bien debe autoeducarse, convencida de que si no se forma espiritualmente, si no llega a crear principios rectos y firmes de vida, si no alcanza un cierto seguro control de sus sentimientos y pasiones, será desgraciada y fracasará en el objetivo fundamental de su existencia. El tiempo no lo da Dios para dilapidarlo.

La vida tiene problemas graves para todos: vivir como corresponde al ser mujer, es ya un problema serio; ser madre consciente y responsable, es aspiración y deber difícil, muy difícil, siempre; más que terminar una carrera con matrícula. Ser esposa capaz de hacer feliz a un hombre durante 30 ó 50 años, convivir con un hombre sin ofender a

Dios, son cosas que exigen mucha reflexión, mucho dominio personal y mucha virtud y estas cosas no se consiguen en un día ni cantando. La madre y la esposa no se improvisan.

Dios ha querido que el hombre tenga la responsabilidad de su propio destino y suerte temporal y eterna. Es la joven la que en último término hará su felicidad o su desgracia, aquí y en el mundo. Al fin se va por sus medios, aunque se dice que todos los caminos llevan a Roma, al bien no se va por todas partes. Como dijo el Apóstol San Pablo: «Lo que siembre el hombre eso recogerá». Nos quejamos de los sucesos y del prójimo, pero la causa de las cosas que nos hieren está más dentro de nosotros mismo que fuera. Las creaturas nos sirven en el plan en que nosotros las utilizemos. Un mismo suceso para una persona es alegría y para otra es dolor; en él uno gana el cielo y el otro por él se va al infierno.

Dar carácter trascendental al tiempo acostumbrándose a considerar en él la medida de nuestra eternidad, es la clave del buen vivir. La joven tiene para esto un especial peligro por su natural frivolidad y por su inconstancia que no le permite permanecer largo tiempo en unos mismos sentimientos e ideas, y por la insistente tentación maligna del mundo que aprovecha su condición débil para sus fines inconfesionables. La joven que tanto ama al mundo, no acaba de convencerse de que es su mayor y más perverso enemigo.

La joven precisa acostumbrarse a pensar algo más, a ser un poco más reflexiva, a valorar menos los goces de la vida; ser más consecuente con sus principios religiosos. Parece

contemplando a ciertas jóvenes que desconocen el sentido de eternidad del tiempo.

La juventud femenina tiene que hacerse menos fácil para el mal; estudiarlo, conocerlo, meditar. Se ha dicho que un cuarto de hora de oración cada día en los gobernantes sería suficiente para transformar las sociedades, cierto. También las jóvenes lo necesitan, cambiarían en ella muchas cosas. ¿Cuántas jóvenes se atreven hoy a enfrentarse con las verdades tremendas radicalmente formativas del juicio futuro de Dios, de las posibilidades pavorosas de condenación al infierno? ¿Qué jóvenes ante el panorama encantador que les ofrece el mundo se refugian, para ser fuertes ante la sugestión, en la esperanza cristiana de un mundo mejor en el Reino de los Cielos? ¿Se puede decir que las verdades sobrenaturales del cristianismo establecen la conducta externa y social de la juventud femenina cristiana? Al contrario, la conducta de muchas jóvenes constituye una negación clara de la fe y de la esperanza.

¿Qué aprovecha ganar el mundo entero si se pierde el alma?

A las jóvenes digo yo lo que escribió Marañón para los hombres: «Para que una joven se conduzca dignamente en su juventud es preciso que aprenda lo más temprano posible a tomar la vida en serio y con seriedad máxima su vida amorosa. Si no lo hace, su entusiasmo será desorden; su alegría, frivolidad». Vivir al día, a la moda, es máximo peligro para la joven. La vida humana se diferencia de la del bruto y de la planta en que late en toda ella una aspiración de eternidad.

Estos pensamientos altos, trascendentes, son los que han de dar fuerza a la juventud femenina para poder decir *no* en las múltiples ocasiones en que el placer y el mundo le inviten gustosamente a sentarse a su mesa. Nadie cae de repente. No digas nunca, porque es mentira, que no puedes resistir, que no puedes oponerte, haz lo que puedes, que es más de lo que piensas, y pide, insiste, lo que no puedes y se te dará. El mal nunca se justifica.

La virtud en el mundo cada día se está poniendo más difícil, porque el mundo progresa en maldad y sugestión. No piense la joven que conservarse en gracia, vivir en auténtico catolicismo, le va a resultar tan asequible como le fué a los quince años, tal vez a sus dieciocho. Si no es fuerte, si no está sólidamente formada y ejercitada en la virtud, cuando llegue el momento, que muy posiblemente llegará, en que le sea imprescindible la fortaleza y virtud sólida, caerá y una caída pierde veinte años de virtud, treinta. El que perseverare hasta el fin, éste se salvará y cuántos combates y cuánta sangre habrá de verter quien aspire a llegar al fin en pie.

La castidad se está poniendo, aún para la juventud femenina, inasequible. Desde todas las esquinas y en todo momento y con armas eficaces se combate para arrebatárle este tesoro. Es ya casi un milagro que la mujer sea casta durante mucho tiempo. Cuanto, pues, joven, más vigorosa hagas tu voluntad, cuanto más te eduques y domes tus pasiones, mayores garantías de triunfo y seguridad. Evitar peligros graves es ya imposible para la misma joven más recatada y temerosa; sin cierta seriedad en la vida, sin prudencia y recelo y gran dosis de fortaleza no es ya posible la virtud a la juventud femenina.

La autoeducación de la joven ha de tener tres objetivos inmediatos: crear principios seguros de acción, fortalecer la voluntad para el seguimiento del bien y someter los sentidos y pasiones a los dictámenes de la razón. Cuando esto haya alcanzado estará bien educada.

Un principio básico de conducta que ha de mantener fijo en su mente la juventud femenina será la trascendencia y gravedad del pecado mortal. El mal del pecado no se compensa con ningún bien terreno. Jamás un hombre podrá razonablemente pensar: el pecado me ha resultado útil, me fué mejor pecando que si hubiera seguido la virtud. El hombre no ve muchos de sus propios males. Momentánea y aparentemente es posible que la joven encuentre interés y provecho en el pecado, ahí está el engaño del pecado, esa es la tentación. El pecado siempre es mal, supremo mal, pecando siempre se pierde. Ciertamente que la belleza y la dicha en este mundo no la poseen en exclusiva le bien y la verdad, pero aún en este mundo la tienen en mayor proporción que el mal, aunque no siempre se perciba ni se sienta su bondad. Tenga esto muy presente la joven para los momentos de tentación en que el mal se le ofrezca como supremo bien.

Otro principio fundamental de la vida de la juventud ha de ser el convencimiento de que la felicidad humana, su propia felicidad, no está en la calle ni en la casa vecina, sino dentro de ella misma; el caso es encontrarla. Si la joven tiene la convicción firme de que su dicha está en algo concreto fuera de ella, será infeliz mientras no lo alcance y para poseerlo estará expuesta a hacer verdaderas locuras. Que la joven aprenda a bastarse a sí misma, convencida de que casi todo lo que busca y ambiciona fuera, lo puede hallar dentro



de sí misma. No vea al hombre tan necesario en su vida que vaya a creer que sin él será desgraciada por necesidad.

Encauzar y dominar los sentimientos, que son la fuerza vital de la mujer, es condición imprescindible en la autoeducación femenina. Para las jóvenes modernas suele significar poco el deber, lo es casi todo el sentimiento, sus gustos. Con esta mentalidad terminará por perder hasta su personalidad, quedando reducida a un mero juguete, todo lo bonito que se quiera, pero no otra cosa que juguete. La joven debe ejercitarse en el vencimiento de sus gustos y caprichos obligándolos a obedecer a la razón: que los ojos no vean lo que les venga en gana, que la imaginación no campee libre por mundos ideales; que no salga ella a la calle porque le apetece, ni charle lo que le venga en gusto. Cuanto más contenga a la naturaleza en sus tendencias instintivas más se educa, más fácil se le volverá el seguimiento del bien. Las pasiones, como el cuerpo, cuanto más se les da, más engordan y cuanto más gordas, más fuertes y cuanto más fuertes más difíciles de someter. Las jóvenes modernas son muy cuidadas de su línea esbelta; cuiden también de que la línea de sus pasiones sea delgada, flaca.

La mujer es muy curiosa. lo fué ya en el Paraíso, su curiosidad nos perdió a todos. Querer conocer el mal sigue siendo su gran peligro de ruina; ella dice que es para mejor defenderse, pero se equivoca como Eva; en el noventa por ciento de los casos es mera curiosidad malsana. La ciencia del mal crea la tentación y la tentación es sugestión, atractivo. Es un hecho de experiencia que la mujer se defiende mejor de la primera ocasión que de las siguientes. La presencia del mal para todas las personas sanas y auténticamente buenas, produce, como en Dios, una reacción espontánea de repulsa

que es la mejor defensa; la inocencia defiende mejor que la ciencia. Hay cosas que la mujer, y menos la joven, no debe saber nunca, por delicadeza y por propia defensa.

La juventud femenina es caprichosa por demasiado consentida. A la mujer debe mimarla el hombre por caballerosidad, pero ella no puede dejarse mimar en exceso para no hacerse egoísta y frágil. La joven que admitió muchos mimos carecerá de carácter, vivirá amargada y será incapaz de labrar la felicidad de un hogar y menos de ser madre abnegada. También para las jóvenes está el dicho del filósofo pagano Epicteto: «sustine et abstine»; resiste y prívate. Nada más antihumano —¿la joven no es humana?— que ser hoja de viento, nube que pasa, humo. Es ridículo y desconsolador el espectáculo de una joven que no ha pensado una sola vez en problemas serios y trascendentales, para quien el vivir es sólo reír, gozar y lucir.

Hoy, joven, todo te lo consienten, en casa y fuera, tu juventud y simpatía ponen una nota agradable hasta en tus pecados, pero así no será siempre. Mañana pesarán sobre tu conciencia los problemas de un hogar en los que no te resolverán nada ni tu belleza ni tu simpatía, sino tu capacidad de sacrificio, tu abnegación y tu virtud. Si ahora de joven no eres capaz de todo eso, no dudes que menos lo serás entonces. Sufrirás y harás sufrir.

Las jóvenes se detienen poco a pensar en la multitud de matrimonios desgraciados y menos piensan aún en las causas por donde llegaron muchas a esas tragedias. Deben pensarlo para aprender y escarmentar a tiempo. La sociabilidad oculta muchas tragedias, que la joven desconoce, pero que sabemos los que miramos entre bastidores.

Los sacerdotes saben mucho de lágrimas de mujer, de mujeres que nunca pensaron que habían de llorar. Pero las lágrimas no vienen de repente, aunque las jóvenes no las ven sino cuando son irremediables. Escucha al Dr. Enciso: «De mis muchas intervenciones en desavenencias conyugales, el noventa y nueve por ciento de los disgustos familiares, aun de aquellos en los cuales el hombre ha cometido una grave falta, la culpable es la mujer. Y cuando llega el momento de intentar un arreglo, la que más dificultades ofrece, por lo común, es la mujer». Esto sin duda por mal educada, por mucho amor propio y poco espíritu de sacrificio.

La joven de mal carácter, de excesivo amor propio, acostumbrada a salir con la suya, respondona, veleidosa y frívola, milagro será que tenga un matrimonio feliz. Para tenerlo, curar a tiempo sus defectos. La siembra actual de tus caprichos y libertades la cosecharás en lágrimas mañana, joven, si no los dominas ahora. La abnegación no se aprende en un día. Si piensas, como muchas, que la juventud es para divertirse y gozar, no dudes que mañana has de llorar. Vive pues hoy de lo que mañana te hará feliz, aunque te cueste. Defectos y pecados de unos años de juventud los puedes pagar más tarde durante cuarenta.

Mantenerse sonriente cuando una nube de penas descarga su lluvia molesta, sentirse animosa cuando casi todo marcha mal, dar aliento en las horas malas, mostrarse siempre igual, armoniosa y fina, no se puede con sólo quererlo, es preciso estar preparada, formada mediante un trabajo laborioso e insistente. Las virtudes ni en el hombre ni en la mujer se improvisan ni nacen por generación espontánea. La felicidad se conquista, no se regala.



FORMA TU CONCIENCIA

Para llegar a formarse una conciencia recta sobre las responsabilidades personales y comprender toda la verdad de las enseñanzas de este libro, las jóvenes necesitan poseer conceptos exactos sobre el pecado y, sobre todo, conocer la naturaleza de los pecados internos y los modos de cooperación al mal.

Son pecados internos el deseo, el gozo y la delectación mental. Como el pecado está siempre y sólo en la voluntad y ésta es facultad interna del alma, propiamente el pecado es siempre acto interior, aunque no pocas veces se proyecte fuera y reciba por las circunstancias externas especial gravedad.

Es pecado de deseo el acto de la voluntad que busca el mal, el deseo mira al futuro. No ha de confundirse el simple deseo con el propósito que es un deseo eficaz, pleno, con determinación de realizarse. El deseo puede ser condicionado, cuando se le subordina a una condición. Cuando la condición quita la razón de pecado, entonces el deseo pierde su maldad. Hay deseos veleidosos o dubitantes que no llegan a pecado al menos mortal porque en ellos la voluntad no se ha decidido plenamente, vacila.

No hay que confundir tampoco el deseo con la imaginación, ni con el mal pensamiento ni aún con la sensación, más o menos agradable que el mal aprehendido por la men-

te puede ocasionar. En concreto no siempre será fácil distinguirlos, puesto que se entremezclan, pero en principio son cosas completamente distintas. El pecado es acto de la voluntad, el entendimiento y la imaginación y la sensación en tanto son pecado en cuanto imperados o aceptados por la voluntad; la imaginación y el entendimiento no pecan, como tampoco peca la naturaleza.

El deseo participa de la maldad del acto externo. Si una joven desease a un hombre casado, cometería además del pecado de fornicación un adulterio mental. Quien desea matar, es asesino en su conciencia y ante Dios. Desear emprender un viaje con el objeto de visitar un cabaret, por ejemplo, o los centros infames de una ciudad, es ya hacerse responsable en conciencia de la maldad que tendría el deseo realizado. Ante Dios ya lo realizó. Guardar el bañador indecente para el año siguiente o colocar un libro escabroso en la estantería doméstica, con el propósito de leerlo más tarde, ante Dios esos propósitos tienen la maldad del hecho consumado. Lo que no se puede hacer no se puede desear.

El gozo del mal es la complacencia en que haya sucedido. El gozo puede versar sobre un mal propio o ajeno, es pecado satánico. El gozo, como el deseo, recibe su maldad y su gravedad de la especie del mal que se aprueba. La tristeza por no haber podido realizar una obra mala o porque se ha hecho un bien tiene la malicia del gozo. Sin embargo, la tristeza o pesar por sólo los efectos materiales no constituye pecado, al menos grave; tal sucedería si una joven siente haber hecho un voto porque le impide algún bien o gusto natural no pecaminoso.

Alegrarse de los efectos beneficiosos de un crimen, reir

la gracia de un chiste indecente, de cuyo no es pecado, aunque sí sospechoso y peligroso; en la práctica casi siempre lleva pecado, más o menos. En estos casos se hace dificultoso distinguir cuándo el gozo es sobre el modo y efectos seguidos o cuándo de la cosa en sí, por lo cual es prudente rechazar y oponerse a esa manifestación o complacencia que además en la práctica casi siempre es escandalosa.

La delectación interna está en la complacencia o gusto de la voluntad ante un objeto pecaminoso aprehendido por la mente o la imaginación. Tiene aplicación especialísima en las cosas deshonestas, aunque lo mismo puede tener lugar tratándose de otros pecados. No se puede gozar internamente lo que no se puede gozar externamente. tan pecado es lo uno como lo otro.

No es lo mismo delectación morosa, detenida, interna, que simple pensamiento deshonesto. El pensamiento es el principio de la delectación, es la tentación, mientras la voluntad no lo acepte para gozarlo, no pasa de peligro. Puede la voluntad aceptar un pensamiento deshonesto sin que haya pecado, siempre que esa detención o contemplación del mal no sea por efecto o delectación de su maldad sino por algún motivo justificado. Un médico, un estudiante de teología tendrán muchas veces que pensar en cosas inmorales, lo que no podrán hacer sin pecado es complacerse en esos pensamientos, gozarlos. Ya hemos dicho que el pecado está en la voluntad que ama, busca o goza el mal. La norma práctica para discernir lo pecaminoso del pensamiento impuro podría ser ésta: Es pecado mirar con la mente lo que es pecado mirar con los ojos; tocar o hacer con la mente lo que es pecado tocar o hacer con obras.



En casos concretos será complicado el distinguir claro el mero pensamiento, la imaginación y la complacencia, por la atracción que lo deshonesto y aprehendido ejerce sobre la voluntad. Esto obliga a las personas timoratas a comportarse con mucha prudencia, rechazando de plano el pensamiento o imagen pecaminosa para librarse de ansiedades y dudas.

El hecho de que los pensamientos gusten no es suficiente garantía de que haya habido complacencia y por ello pecado. Pueden los pensamientos o imaginaciones gustar y no aceptarse, porque es distinto el gusto de la naturaleza o sensible y el de la voluntad; el pecado sólo está en el de la voluntad. Un caramelo en la boca siempre gusta al paladar, por aquello de que a nadie amarga un dulce, pero aún en este caso la voluntad puede rehusar y rechazar el dulzor. Si el demonio, o el mundo, o quienes hacen sus veces, ponen en nuestra imaginación o ante nuestros sentidos un objeto ante el cual la naturaleza siente instintivo apetito o gusto, mientras la voluntad no acepte esa complacencia y se detenga en ella, no hay pecado. En esto puede haber engaño cuando la voluntad pone el caramelo en los sentidos o en la imaginación; en este caso no justifica el decir que la voluntad no lo quiere, puesto que las obras demuestran lo contrario.

Se disculpan, a veces, las jóvenes en sus libertades y atrevimientos diciendo que no quieren con ellos pecar, pero conscientemente ponen aquellas obras que les hacen sentir el sabor dulce del pecado. Saben que el caramelo es sabroso, que en la boca se derrite, lo llevan gustosas a sus labios y se disculpan diciendo que no intentan saborearlo, que no les gusta. Nadie las cree. El que ama la causa ama su efecto y el que voluntariamente la pone busca sus consecuencias naturales aunque diga que no.

## OCASION Y PELIGRO

El cristiano es sal de la tierra que conserva el bien y lo aumenta con una acción semejante a la del fermento en la masa de harina. Toda acción destructora del bien o vehículo de pecado es esencialmente anticristiana. Por ser el cristiano poseedor y sembrador del bien, su deber es conservarlo y defenderlo, en sí y en los demás. No es lícito ponerse en peligro u ocasión de pecado, por ser manifestación clara de no estimar suficientemente el bien. Quien busca el peligro, busca el pecado que el peligro encierra y como no es lícito buscar el pecado tampoco lo es buscar su peligro, el peligro cierto.

El pecado es mal absoluto y total, nunca puede ser objetivo ni aspiración razonable en la vida del hombre. El bien, en cambio, es la atmósfera propia del hombre dentro de la cual ha de desenvolver su vitalidad. Estos principios regulan y establecen las normas morales de conducta acerca de los peligros y ocasiones de pecar.

Las causas internas de los peligros y su gravedad son por una parte la gran debilidad nativa del hombre para seguir el bien y por otra, el estado de pecado o de inclinación natural al mismo proveniente del pecado original. La naturaleza contra la voluntad quiere y busca el mal y con violencia a veces fortísima la presiona para que lo acepte. Para evitar la caída de la voluntad en el mal es por lo que la moral prohíbe al hombre ponerse en peligro o tentación.

La huída del peligro u ocasión del pecado estará tanto más gravemente preceptuada cuanto mayor sea. Un peligro insignificante que fácilmente la voluntad vence, no reclama una defensa igual a otro en el que se teme que la voluntad no pueda vencer. Para valuar la gravedad de los peligros se necesita conocer la propia condición y propensión hacia el mal.

Hay peligros generales, que lo son para todos los hombres; los hay relativos que lo son en ciertas condiciones o circunstancias, de persona, lugar, modo, etc. Muchas cosas son peligro para un hombre y tal vez no lo sean para una mujer, lo son para un temperamento y no lo son para otro. Los peligros unos son graves y otros leves, según que fácilmente o con mucha dificultad se puedan superar. San Alfonso dice que exponerse a un peligro grave personal constituye pecado mortal. Otros teólogos no van tan adelante.

Es peligro de pecado aquello que incita o inclina a cometerlo. Es ocasión cuando el peligro es externo, perceptible y oportuno. Tentación, cuando está presente. La ocasión de pecado puede ser activa o pasiva, según que se padezca o se haga padecer. Poner ocasiones de pecado es acción propia de Satanás. Todo pecado público tiene razón de tentación u ocasión de pecado para los demás, porque dada la condición humana la presencia del mal incita a cometerlo, máxime el pecado deshonesto.

Exponerse a un peligro que no se previó inculpablemente no constituye pecado alguno. De suyo el mismo pecado se comete cuando se expone uno personalmente a pecar que cuando expone a otros. Si la acción que incita a pecar es in-

evitable porque se debe ejecutar, ponerla no es pecado, pero hay obligación de no consentir en la acción mala que suscita.

Con una acción al parecer leve se pueden ocasionar pecados graves. No se pueden poner ocasiones de pecados sino por motivos proporcionados y siempre con detestación de los posibles efectos malos. El pecado ajeno se imputa cuando se ocasiona en estas circunstancias: si la causa que se pone se podía y debía evitar y al mismo tiempo tiene un nexo o relación natural con el efecto pecaminoso seguido y que de algún modo era conocida esta relación. Una joven que se ofrece en forma indecente y lo sabe y conoce que es motivo natural de pecados y graves tentaciones y sigue en esa conducta, se hace solidaria de esos pecados y tentaciones, puesto que de hecho consciente y eficazmente los produce.

## COOPERACION AL MAL

Existen muchas maneras de hacer el mal, más generalmente de las que conoce la juventud femenina; se puede pecar por acción o por omisión; interna o externamente, directa o indirectamente y en todos estos casos grave o levemente. En los pecados se pueden dar circunstancias agravantes o atenuantes, según que aumenten o disminuyan la gravedad del pecado. Puede una circunstancia hacer que un pecado de suyo leve se convierta en grave y viceversa.

Hay circunstancias que al pecado más bien que agravarlo lo multiplican; son estas circunstancias que mudan la especie del pecado. Matar, por ejemplo, al propio padre no

es sólo quebrantar el quinto mandamiento, sino también el cuarto, por la circunstancia de la paternidad de que está revestido el hombre a quien se mata.

Para que una circunstancia que muda de especie al pecado se impute como nuevo pecado es necesario que sea de algún modo conocida su malicia particular. Un aldeano sin cultura alguna que pecase con una mujer casada sin conocer en su acto pecaminoso otra maldad que la del quebrantamiento del sexto mandamiento de la ley de Dios, no incurriría en el pecado grave de adulterio. Sin conocer que se peca nunca se peca, ni se incurre en otro pecado que el conocido. La maldad del pecado para que lo sea tiene que ser querida, aceptada y por tanto conocida.

Las circunstancias meramente agravantes aumentan la responsabilidad del pecado ante Dios, hacen más grande el pecado, pero no crean obligación alguna especial en el fuero sacramental: matar sádicamente, con pormenores horrendos, no multiplica el pecado, lo agrava. Estas circunstancias nunca es necesario declararlas en el confesonario. Conviene que las jóvenes lo tengan presente cuando se acercan al sacramento para confesar pecados deshonestos. No es necesario, ni de ley ordinaria conveniente, manifestar los pormenores, el modo o las circunstancias en que se realizó el pecado, siempre que estas circunstancias no hagan que el pecado cambie su especie. Tenga, sin embargo, muy en cuenta lo que dijimos hablando de los pecados internos, de los que es preciso manifestar el objeto sobre que versan. No bastaría acusarse ante el confesor, de un deseo de matar, si ese deseo era, por ejemplo, de matar al padre.

La ignorancia inculpable quita el pecado, pero no es in-

culpable la ignorancia del que positivamente ha rechazado los medios para conocer el deber ni cuando la laxitud pecaminosa de su conciencia le impide ver la gravedad o malicia de sus acciones. Hay ceguera culpable, que no exime de responsabilidad. Hay jóvenes que intentan tranquilizar su conciencia alegando que no ven pecado en ciertas acciones personales, pero conocen que la Iglesia y sus ministros piensan de otro modo; en estos casos no son disculpables en sus acciones.

Copio a un teólogo moralista: «Los hábitos o costumbres voluntariamente adquiridos y no retractados siguen influyendo con voluntariedad en su causa sobre los actos puestos en fuerza de esa costumbre, aun sin conciencia actual de su malicia. Muchas conciencias actualmente dormidas en el indiferentismo religioso, no excusan de pecado».

La joven que cuando se le intenta manifestar la maldad de sus obras, muy graciosamente se tapa los oídos para no comprometerse y poder seguir con tranquilidad la línea que lleva de su conducta, lejos de librarse del mal de sus acciones, agrava su maldad.

La cooperación material a un pecado ajeno puede ser lícita cuando la acción con que se colabora no es mala y al mismo tiempo existe un motivo proporcionado para ponerla. Nunca, sin embargo, es lícita, si la acción a que se colabora es intrínsecamente mala. No se puede sin pecar cooperar a la venta de un libro malo, a un aborto, etc. Se podría, en cambio, poner una escalera a un ladrón que intenta robar cuando de no hacerlo le ocasionaría un mal grave. Cuanto mayor mal se siga a la persona por no cooperar materialmente, mayor motivo para hacerlo y viceversa.

La cooperación al pecado se puede realizar con cualquiera de los modos con que se puede influir en la voluntad de los demás: con acciones o con omisiones; mandando, aconsejando, consintiendo, aprobando e incluso negativamente, no impidiendo cuando se debe y puede hacer.

Acertar en cada caso con la relación que puede tener la cooperación con el pecado ajeno y con los motivos que podrían justificar una cooperación física al mal de otro, no siempre resulta fácil, por lo que la joven en sus dudas debe consultar a un confesor prudente y preparado.

La sola presencia puede tener, y generalmente tiene, responsabilidad de cooperación en la acción que se presencia, puesto que lleva implícita una cierta unión de voluntad con el acto ajeno. Asistir a un combate de boxeo o de «catch», entrar y tomar parte en las fiestas nocturnas de un cabaret, aun prescindiendo de los actos que personalmente puedan cometerse en estos lugares, lleva consigo la maldad objetiva que el espectáculo tiene, por la doble cooperación moral y económica que se realiza, además del escándalo que se ocasiona. Quien mira, alaba o goza una acción de otra persona se une a la bondad o maldad que dicha acción tiene. La autoridad que, ante un mal que puede y debe evitar por su función, calla, coopera a ese mal, se hace responsable del mismo. La madre que conoce la maldad de la acción de un hijo sometido a su autoridad y por motivos no justificables, calla, haciendo con su silencio que la obra se realice, es responsable de la maldad de dicha obra. El que calla otorga, siempre que sea obligación el hablar.

La joven que alaba una acción pecaminosa o escandalosa, participa activamente en la maldad de esa obra y si el

mal se ejecuta en virtud de esa alabanza la persona que la da se hace responsable de toda la maldad del acto. Esta cooperación y responsabilidad es frecuentísima actualmente en la juventud femenina, ora alabando un acto represible, un vestido de la amiga que en conciencia no es lícito usar, ora criticando o ridiculizando la conducta cristiana de otras personas. «Te está monísimo», le dice a la amiga cuando le consulta sobre su bañador, y esa palabra mágica para la vanidad femenina es motivo para que desaparezca todo escrúpulo en portarse de modo tan escandaloso. Cooperó eficazmente al pecado ajeno y su cooperación sigue actuando sobre el mal hasta tanto que rectifique de modo que anule el efecto malo de su imprudente alabanza. En esto se cumple el refrán: «Unos comen la fruta y otros padecen la dentera». La joven tiene que ser muy mirada sobre este peligro que le amenaza de cooperar al mal del prójimo.

Hay pecado de cooperación cuando conociendo y debiendo impedir un mal no se hace. Para que exista obligación en conciencia en este caso se requiere que el mal no lo pueda evitar la persona interesada sin nuestra acción, que no haya otra persona que lo pueda hacer y crea razonablemente que lo hará, y que por evitar el pecado ajeno no nos sobrevenga un mal grave. La caridad comienza por uno mismo.

## SECANDALO

El más frecuente pecado de cooperación lo cometen las jóvenes con el escándalo. El escándalo es una invitación muda al pecado. Los teólogos lo definen como acción exter-



na mala que mueve e incita a otro a pecar. Esta acción incitante puede adaptar cualquiera de las variadísimas formas con que se puede presionar moralmente la voluntad humana para que haga el mal: un gesto, un vestido, una palabra, una postura.

El escándalo puede ser voluntario o involuntario, según que haya en él conocimiento o no del efecto tentador del acto que se pone. El escándalo involuntario puede ser culpable cuando lo es el motivo de la involuntariedad. Cuando existe duda sobre la maldad de la acción que se va a ejecutar hay obligación de poner los medios para salir de esa duda.

Por el modo o intención el escándalo puede ser directo o indirecto, según que se busque o no el efecto malo de la acción escandalosa. Una joven que para atraer la atención de un chico, para iniciar unas relaciones con vistas al matrimonio, se ofreciese en forma o modo preparado para suscitar una tentación de pecado, cometería escándalo directo; buscaría el pecado como medio para un fin bueno, lo que nunca es lícito. Este es pecado horrendo y satánico.

Con el escándalo indirecto no se busca propiamente el pecado ajeno, pero se pone conscientemente y sin motivo justificable una acción que lo ocasiona. La vanidad y el egoísmo pueden ser en la juventud femenina tentaciones fuertes para caer en este pecado.

El escándalo, tanto el directo como el indirecto, es de suyo pecado grave, aunque en distinta medida. La gravedad objetiva del escándalo no se mide por la intención del que escandaliza, ni siquiera por la gravedad que en sí tiene la

acción escandalosa, sino por el efecto natural que produce en los demás. Una acción nimia, al parecer insignificante puede ocasionar por circunstancias o modos un pecado gravísimo; poner esa acción voluntariamente y con conocimiento, al menos confuso, de sus efectos, constituiría pecado mortal. La conducta de una joven en público puede en muchos casos causar este mal grave.

El escándalo activo es más grave en unas personas que en otras, aun en el caso de iguales acciones externas, según que ejecutadas por unas o por otras susciten mayor o menor tentación. La maldad del escándalo depende en mucho de las personas, modos y circunstancias.

Se puede cometer un pecado de escándalo de amplias responsabilidades sin que la persona culpable se dé cuenta de ello en el momento de cometerlo. Dicen los teólogos que las acciones sostenidas no necesitan para ser voluntarias advertencia actual de la mente en cada uno de los instantes en que se están ejecutando; es suficiente que la haya habido en un momento cualquiera. La joven que conoció la maldad, por ejemplo, de su presencia indecente en la playa el primer día que se presentó de esa manera, aunque más tarde no reflexione sobre el pecado de su acción, mientras no cambie de conducta, es responsable de la maldad del acto externo que ejecuta, puesto que es voluntario en virtud del conocimiento tenido anteriormente y no rectificado. Una joven que puesta en el templo en devota oración suscita por sus vestidos impropios y prohibidos por la autoridad competente, tentación a los allí presentes, se hace reo de esos peligros y sus consecuencias naturales siempre que haya habido un momento anterior en el que esa joven conoció la indecen-

cia de su actitud y los peligros que había de acarrear. Conscientemente consintió en ser causa de peligro y quizá de caída a los demás, por no vencer una vanidad, por dejarse llevar de una moda prohibida. Esa joven no ama cristianamente al prójimo, peca contra la caridad debida. Rezando con aparente devoción se puede estar pecando.

La joven que guarda el vestido indecoroso que usó durante el verano o el bañador reprobado por la Iglesia, con intención de al año próximo volver a usarlo, mantiene su conciencia manchada con el mismo pecado que ocasionaría el hecho de estar usándolo en la actualidad. El pecado está en la adhesión de la voluntad a la obra mala y en este caso la voluntad de esa joven está unida al objeto prohibido. Sin detestación del mal no hay perdón, no se borra la culpa y esa joven no detesta el pecado de la indecencia que lleva consigo el uso de esas prendas de vestir indecorosas.

El escándalo se opone gravemente al precepto fundamental del amor al prójimo, le ofende y lesiona en lo más estimable y sagrado que posee. El escándalo tiende a quitar la gracia del alma que es el bien sumo, mediante el cual el hombre participa de la naturaleza divina y cobra derechos ante el mismo Dios. El escándalo triunfante mata al alma, quita el cielo, enemista con Dios.

El escándalo alcanza en sus objetivos al mismo Dios. Los intereses de Dios en la tierra, los fines altísimos de su venida al mundo, la Redención del género humano, la eficacia de la Pasión y muerte del Señor son blancos de los dardos envenenados que tira el escándalo contra Dios. Realmente el escándalo quita tierra al imperio de Dios. Decía San Ber-

nardo que el escándalo era pecado más grave, en cierto modo, que el mismo deicidio de los judíos. Argumentaba así el santo: Si Jesucristo porque no se perdiesen las almas ofreció voluntario y gustoso su vida, es claro que estimaba más la salvación de los hombres que su vida temporal, puesto que la dió porque no se perdiesen; luego si por el escándalo se pierden de nuevo las almas se infiere a Cristo mayor sentimiento y pena que si le quitasen a El la vida, puesto que la dió por salvarlas.

Por su pavorosa gravedad Jesucristo N. Señor, habló durísimamente contra el pecado del escándalo; tal vez sean las palabras más duras que pronunciaron sus divinos labios: «Ay del mundo por sus escándalos. Siempre habrá escándalos en el mundo pero ¡ay! de aquel por quien venga el escándalo; le sería mejor que, atándose al cuello una rueda de molino, se tirase al mar». Escandalizar es acción propia e insistente del demonio en su eterna lucha contra el bien; quien escandaliza está con el diablo.

Para escandalizar nadie como la mujer por sus cualidades y condiciones sugestivas; por su fuerza de tentación, su sola presencia se convierte para muchos en escándalo. Lo experimentan a diario los hombres y lo explota ambiciosamente el demonio que ronda a la mujer sin descanso. Yo he pensado si no será él quién a veces da brillo a la belleza femenina y no par hacerla más bonita sino para aumentar su tentación.

Aunque la mujer tiene características especiales para ocasionar escándalo, no todos los escándalos provienen de la mujer; también el hombre escandaliza: una insinuación a

la curiosidad femenina, la recomendación de una lectura, la invitación a un espectáculo, una conversación, una alabanza, pueden ser y lo son con demasiada frecuencia, escándalos graves del hombre que ocasionan la ruina moral de la joven.

Tema, pues, la joven el escándalo y esté en vigilia contra sí misma para no ser prendida en los lazos de Satanás sirviéndole el mal en bandeja de plata, pero al mismo tiempo esté en guardia contra el hombre a fin de defenderse de las posibles ocasiones de escándalo que le pueda presentar. A las jóvenes con San Pablo les digo: «hermanas, sed sobrias y vigilad porque el demonio como león rugiente os acecha y rodea buscando presa».



# LA PIEDAD FEMENINA

La mujer es por naturaleza piadosa; la Iglesia la llama el sexo devoto. Gloria del Catolicismo es la piedad bella y sincera de muchas mujeres. Sin embargo, son hoy muchas las jóvenes que viven engañadas sobre la verdad de su propia religiosidad. La mujer es propensa a practicar una piedad utilitaria y comodona. Una piedad así sería demasiada fácil; para esa religión no era necesaria la venida de Dios al mundo y menos su muerte horrenda en Cruz.

La religión que viven muchas jóvenes modernas no conviene a nadie; es sospechosa por mundana y egoísta. A nada resiste con mayor violencia la voluntad de la joven moderna que a la piedad que no está acorde con la elegancia y el bien parecer en el mundo. Esta actitud, podrá no ser mala, pero es muy sospechosa de antievangélica.

La piedad auténtica del cristiano fué siempre poco mundana, porque lo mundano fué siempre poco cristiano, hoy menos. Y es poco cristiano por la valoración exagerada de lo aparente, vano y temporal. La joven moderna moteja inconsideradamente de ñoñas y viejas muchas fórmulas auténticas de cristianismo perfecto.

Muchos modos de vida moderna o son imperfecciones o peligros ante la ascética cristiana; huir de ellos, romper con ellos, en sí, es más perfecto que seguirlos. Por el solo hecho



de no acomodarse a vivir y portarse como todas, no se puede llamar ñoña a una persona. Lo podrá ser por otro capítulo. Y aun siéndolo, sepan las jóvenes, que hay pecados mas graves que la ñoñez.

Se puede más razonablemente sospechar de imperfección, vanidad, impureza larvada, defecto de fortaleza cristiana, apego pecaminoso a los bienes del mundo en la joven que se acomoda demasiado gustosamente al vivir social, máxime al actual vivir social. No se suele seguir al mundo en sus formas de vida buscando la propia perfección, sino más bien siguiendo el propio gusto.

La mujer tiene natural propensión a convertir el sentimiento religioso en medio sagrado para conseguir fines egoistas y hasta pasionales. Está tan fuertemente arraigado el sentimiento religioso en la mujer que a veces hasta cuando su voluntad busca el mal, usa de él.

«Padre, yo que tanto pedía a Dios que fuese él mi novio y ahora me ha dejado». E inmediatamente la queja contra Dios por no haberle servido en sus intereses humanos premiando su piedad con un marido.

A muchas mujeres tal vez diría N. Señor como a aquel joven judío que buscaba su autoridad e influencia para sus intereses humanos: «Hombre, ¿quién me ha constituido a mí repartidor de haciendas?»

Las mujeres piden demasiado a Dios bienes humanos y demasiado poco bienes espirituales. La piedad en ellas tiene mucho de agencia de intereses puesta en el cielo. No es que

no se puedan pedir a Dios cosas materiales, pero se deben pedir según el grado de su conveniencia y subordinadas siempre a la voluntad divina. Muchas peticiones de cosas terrenas nacen de un alma viciosa que busca desordenadamente los bienes de este mundo. Esas súplicas no las oye Dios, porque no es alcahuete de vicios.

Si Dios complaciese a las mujeres en sus oraciones, ni se morirían nunca sus hijos, ni padecerían ellas necesidades en la tierra. Se olvidan de que Jesucristo a María, mujer aldeana y muy pobre, al elegirla par su Madre, ni la sacó de su pobreza, ni la defendió de sus incomodidas ¡y era su Madre! Sobre el valor de las cosas terrenas Jesucristo tiene un criterio bastante diferente al de muchos cristianos.

Los bienes materiales son tesoros más bien del diablo que de Dios; quiero decir que los emplea y estima el demonio más para sus fines de perdición que Dios para santificar a los hombres. El dinero es premio que el diablo da, al menos promete, a sus seguidores. Es posible que quien dé su alma al diablo a cambio de riquezas y placeres, los obtenga de él mejor que dándosela a Dios, porque Dios no paga con coche a sus amigos; el diablo a veces puede que sí.

A algunas jóvenes a las veces les convendría pedir a Dios que les diese amar y desear lo contrario precisamente de lo que piden; les sería más provchoso y más grata a Dios su petición.

Piedad comodona, egoista, adaptada a las exigencias y reclamaciones de los instintos, no es piedad auténtica, es pseudo-piedad. Esto les cuesta reconocerlo a muchas jóvenes sin

vigor ni fuerza para entregarse a la piedad cristiana, austera, mortificativa, privativa de goces de mundo; piedad de cara a otro mundo.

La piedad tiene más de entrega que de postura y actitud externa. La piedad es amor y amor que no da nada, no es amor. La piedad arranca de la idea sentida de que el bien moral es el único bien sólido a que debe aspirar el hombre: mi supremo bien, es que yo sea moralmente bueno.

La piedad no es un rito, es una actitud interna ante la vida y las cosas, nacida de un concepto superior, sobrenatural sobre la vida y las cosas. De la piedad el centro es Dios; todo lo que no sea Dios o sus intereses es ajeno a la piedad. Piedad es sentir, pensar y desear como Dios, poner a Dios por eje de la vida.

La piedad fundamentalmente está en el cumplimiento del deber, en la observancia de los preceptos religiosos, en la obediencia a la Iglesia y a su Jerarquía, en el esfuerzo diario por la adquisición de las virtudes.

Una juventud que frecuenta la iglesia, que comulga los primeros viernes, que pasa las cuentas del rosario, pero hambrienta de mundo, sin sentido sobrenatural de la vida, que menosprecia e incumple las normas repetidísimamente urgidas de decencia y moralidad pública, que no pierde baile ni diversión, que va a todos los cines porque «a mí no me hacen daño», es una juventud peligrosamente equivocada.

El paganismo honraba a sus dioses con sólo culto externo; creían poder ser hombres religiosos siendo ladrones o lu-

juriosos. Ignoraban el culto interno, la limpieza del alma como homenaje grato a la divinidad. La piedad nace con Cristo que crea el culto «en espíritu y verdad».

La mujer posee innata facilidad e inclinación a la piedad, pero no será meritoriamente piadosa por su instinto, sino por los actos conscientes de su voluntad. La naturaleza ayuda o dificulta el bien, pero no hace buenos a los hombres.

La inclinación natural femenina a la piedad la expone, cuando no hay ejercicio de la voluntad, a que se manifieste sensiblera, superficial y sin espíritu, a veces hasta ridícula.

La juventud femenina en la actualidad siente cierta aversión y miedo al pecado, tiene fe; cuando cae siente remordimiento de conciencia. Esto es consolador y ejemplar, pero van siendo ya demasiadas las jóvenes que aman intensamente muchas cosas íntimamente relacionadas con el pecado. Esto es muy grave y peligroso. La juventud femenina quiere ser buena, quiere salvarse, pero no quiere muchas veces hacer lo que asegura la salvación y defiende del pecado. Prueba de que su amor es débil, su fe claudicante y su piedad sospechosa.

La juventud femenina estima la Eucaristía y la desea, pero la Eucaristía no santifica al modo de una máquina. No hay santidad sin voluntad y esfuerzo humano. Una joven que comulga diariamente pero no hace nada personalmente para extirpar vicios e implantar virtudes, no dará un paso en el camino de la perfección.

Con la confesión la juventud tiene curiosas y muy frívolas actitudes. En verano deja de confesarse porque su ins-

tinto sano le impide acercarse al sacramento, aunque por otra parte dice que no encuentra nada malo en la vida de playa y de diversiones. Llega el mes de octubre, modera sus expansiones pasionales y sus frivolidades, guarda su bañador para el próximo año y reanuda su vida de piedad. Un día se acerca al confesonario: Padre, he ido a la playa. —¿Y pensaba que hacía mal con ello?— No, padre, yo estaba como todas. —¿Entonces para qué me lo dice?— Se calla. En ella es mejor el sentimiento que la voluntad; su instinto ve el mal, la voluntad en cambio, se ciega para no verlo.

Las jóvenes necesitan aplicar a sus confesiones la doctrina que al parecer mecánicamente saben: que sin propósito firme de la enmienda y dolor verdadero no se perdona ningún pecado, ni dentro ni fuera de la confesión. La joven que guarda el bañador para el año siguiente, la que se acusa de asistir a una película 3R., pero sin voluntad definitiva de no volver a la andadas, no se le perdonará lo que de pecado haya tenido en esas acciones. Le faltaría una condición fundamental: el propósito de la enmienda.

Pocas jóvenes dejarán de tener algunos momentos graves en su vida; en ellos, solas, se defenderán mal. Si tienen padres dignos y responsables, ellos serán entonces sus consejeros de mayor garantía; en su defecto y no pocas veces aun con ellos, les convendrá un experimentado confesor o director.

En general no les conviene a las jóvenes, aunque les sea grato, un confesor de poca edad, ni excesivamente condescendiente. No se busca el médico que quite gravedad a la enfermedad sino el que ofrezca mayores garantías de devolver la salud. Búsquese al confesor que convenga al bien del

alma. no precisamente el que más agrade; que defienda del mal, que haga ver los peligros, que facilite la lucha contra las pasiones, que cure, aunque saque sangre.

Las jóvenes en los momentos graves de su vida suelen tener miedo al confesonario; venzan ese terror y vayan a él seguras de que encontrarán allí su mejor defensa y apoyo.

La joven moderna sin piedad auténtica está en peligro de constantes profanaciones de la santidad del templo. Es irreverente y está prohibido hablar en él sin necesidad y con ella en voz alta; presentarse en formas impropias, con la deselvoltura y disipación con que podría entrar a visitar un museo, mirando a todas partes, al que entra o sale.

Es irreverente entrar en el templo sin llevar cubierta la cabeza. Algunos velos que usan las mujeres no cumplen el fin de su empleo, puesto que no cubren nada. Es lástima que inviertan el dinero en comprarlos. La Iglesia quiere que la mujer evite toda posible distracción a los demás en lugar tan santo y mucho más toda posible tentación. San Pablo enseña que el velo de la mujer en el templo es signo de su sumisión y dependencia al varón. Con todo, no veo reprehensible que en casos imprevistos se entre en el templo a hacer alguna breve oración sin velo en la cabeza. Es sin duda más reprehensible que el no llevarlo puesto, el usarlo de colores llamativos o con estampados profanos o escandalosos. No está bien entrar en la iglesia con la chaqueta puesta sobre los hombros, ni desarreglada, dando a entender falta de fe en la presencia de la majestad de Dios. La actitud externa del cristiano en el templo debe reflejar el misterio de la presencia de Jesucristo el Hijo de Dios y al mismo tiempo la importancia y seriedad del acto que se está realizando.

La mujer en el templo no debe presentarse en ninguna forma que haga pensar en vanidad, mundanismo o pecado. Por esto no está bien que se entre con el vestido de última moda, pues fácilmente distraerá la atención que sólo Dios debe recoger. Al templo se va a llorar pecados, a pedir fuerza y virtud precisamente para vencer al mundo en sus vanidades y a la propia naturaleza en sus tendencias malsanas. Viendo a ciertas jóvenes en el templo se hace dificultoso poder pensar que están en él para esos santos fines. Bien ciertas pueden estar que con una presencia escandalosa, lejos de obtener gracia y adquirir virtud, merecerán enojo de Dios. Hay mujeres a quienes se les debería aconsejar no entrar en la Casa de Dios, puesto que en ella no hacen otra cosa que tentar a los hombres y ofender a Dios. Se espantarían muchas si conociesen los pensamientos mundanos, inmodestos y hasta sensuales que en los templos hacen tener a los hombres.

El templo es recinto sagrado, es la casa de Dios y Dios es santidad infinita. Jesucristo echó a latigazos a los profanadores del templo, siendo el único caso en que obró de forma violenta. En el Antiguo Testamento Dios tenía preceptuado ritos durísimos que exigía rigurosísimamente para la defensa de la santidad de su templo.

El templo cristiano se consagra con ritos especiales. Se profana gravemente con derramamiento violento de sangre y otras manifestaciones jurídicamente señaladas que impiden la ejecución del culto sagrado y necesitan reconciliación oficial. Todo acto irreverente en el templo tiene en cierto modo un carácter de profanación de su santidad.





# DESTINO SOCIAL DE LA MUJER

La mujer tiene un puesto clave en la Humanidad. ¿Lo conocen todas las jóvenes? ¿Piensan en él? ¿Es en su mente móvil de vida? En la creación Dios dijo que hacía a la mujer para el hombre; en simbolismo misterioso la saca del hombre. Esta acción no fué un acto transitorio; fué el establecimiento de la base sobre la que había de moverse la existencia de la mujer.

El hombre existe para la mujer, pero no del mismo modo que la mujer para el hombre. El hombre, dice San Pablo, para Dios y la mujer para el hombre. Esta orientación hacia el hombre, que la mujer tiene por ordenación divina, no quiere decir que la mujer carezca de personalidad. La mujer tiene un destino personal, pero el camino de la realización de este destino personal tiene una proyección hacia fuera, hacia el hombre. La mujer es un ser público en el sentido más alto de la palabra.

Esta proyección creacional de la mujer hacia el hombre se podría concretar en esta frase: espiritualización de la vida humana, con la doble bifurcación de ejemplaridad y apostolicidad. La mujer existe para ser en la tierra rayo de luz por donde el hombre vaya a Dios y lo entrevea. La mujer no es una flor ni un jilguero, aunque se lo hayan dicho muchas veces los hombres. Yo creo que se le ha dicho con exceso, y el oírlo tanto ha hecho daño a la mujer. La ha

vuelto frívola por fuera y vacía por dentro. Son muchas ya las jóvenes que sin papel decorativo y un poco frívolo no entienden su función humana.

El destino de la mujer, siendo bello y atractivo, es serio y alto. La mujer nunca puede sin degradarse consentir que se la trate como un mero juguete agradable. El materialismo moderno tiende a ello con tenacidad y malicia. Dios no hizo a la mujer bonita para que ella lo supiese y se contemplase en el espejo; ni siquiera para que la contemplase el hombre. Dios dió belleza a la mujer como fuerza de apostolado, para llevar por ese camino, que a todo hombre gusta andar, hacia Dios.

La belleza ejerce una fortísima y hasta irresistible fuerza en el ser humano, que ha sido creado precisamente para la posesión y el gozo de la Belleza infinita; así la mujer bella es camino hacia Dios. Recuerden sin embargo, las jóvenes que se tienen por hermosas, que el diablo siendo feísimo, puede transformarse en ángel de luz; la belleza, siendo camino hacia Dios, puede fácilmente llevar al diablo. Aquella frase que alguna de mis lectoras tendrán escrita en el reverso de alguna estampa de la Inmaculada: «Que viéndome, te ven», podría ser romántica y cristiana meta de apostolado de la mejor juventud femenina. Para eso las hizo bellas Dios.

Nada más antifemenino que una mujer arrastrando al mal, pervirtiendo al hombre. Para la mujer se dijo: «Florete quasi liliium, frondete in gratiam». Floreced como el botón de lirio, expansionaos en gracia. Siendo la misión y naturaleza de la mujer espiritual y religiosa nada más opuesto

a su condición que lo bajo y rastrero. La mujer, como las aves, ha nacido para andar por las alturas.

La joven tiene un objetivo propio de su misión elevadora en su trato con el hombre. El hombre necesita de la mujer para ir a Dios, para sentir a Dios y hasta para defenderse de su siempre pronta sensualidad. La mujer puede evitar con la finura y espiritualidad de su trato cualquier pensamiento impuro al hombre; aun más, la juventud femenina puede ser, debe ser, para el hombre la fuerza más eficaz y segura de castidad.

Estoy con Ortega y Gasset: Exigir, exigir la perfección al hombre es la suprema misión de la mujer sobre la tierra. Una mujer pudo decir que no habría hombres malos si todas las mujeres fuesen buenas. Si esta afirmación puede sostenerse, poco honor se hacen las jóvenes cuando se quejan de que «los hombres son unos groseros».

En la regeneración del mundo o en su ruina, la mujer tendrá siempre un papel preponderante y eficaz. Yo observo con pena y no sin temor que la mujer va perdiendo responsabilidad social, va dejando de ser fermento de espiritualidad y religiosidad. Muchas jóvenes hoy manchan con sólo su presencia. De ángeles que las creó Dios se están haciendo demonios.

El mayor enemigo interno que se opone al alto destino de la mujer es el egoísmo; la juventud moderna femenina se está volviendo egoísta, con egoísmo sensual y comodón. La juventud parece que va olvidando que el deber y la gloria tienen un camino áspero. ¿Qué es la gloria sino

la superación de una dificultad grande? Cuando ella es insuperable y se vence se manifiesta el heroísmo. ¿Tiene la juventud moderna aspiraciones a la gloria?

El deber es una exigencia de fuera que coarta la libertad y las pasiones; el deber no se cumple sin resistencias ni protestas de la naturaleza. La joven que intente vivir haciendo de sus gustos y pasiones ley suprema de conducta, será necesariamente una mujer mala y ruín y por ruín y mala, despreciable.

La juventud femenina precisa renovar insistente la idea cristiana de que la existencia no tiene razón de ser sino en plan de servicio. «Vivir es cumplir una misión». Son muchas las jóvenes para quienes los fines objetivos y sagrados de la vida y del matrimonio tienen ya en su mente un valor secundario. Para ellas es antes el interés y la comodidad. Ya lo dijo el Señor, en la vida «sólo una cosa es necesaria». Fórmula indeclinable de vida que bellamente plasmó José Antonio Primo de Rivera en su ya clásica expresión del hombre portador de valores eternos. Esto lo va olvidando la juventud femenina. Sin embargo, sólo dentro de ese círculo tienen las acciones humanas valor. Ya lo dijimos: el tiempo existe para la eternidad; todo lo que no sea esto es perderlo, dilapidarlo. En cristiano perder el tiempo tiene siempre un sentido trágico. El hombre está, debe estar, en la tierra como el ave encerrada en la jaula, mirando y piando por las alturas.

La existencia de la mujer tiene por ordenación divina la función social de hacer que el hombre mantenga vivo el sentido superior de su existencia. Todo lo que la mujer tiene por naturaleza está encaminado a esta ejemplaridad espi-

ritualista y religiosa. A la mujer la ha hecho Dios devota, que quiere decir espiritual y religiosa.

La mujer no es sólo un atractivo para la vida del hombre en la tierra. La mujer no es bombón para que el hombre lo saboree en el destierro. La mujer es vida; la mujer existe no para hacer la historia, pero sí para dar curso a la historia. El camino que la mujer está destinada a dar a la vida es el camino que lleva a Dios. Decir esto no es hacer literatura, no es sólo halagar a la mujer, es reconocer la obra de Dios y sus planes sobre la humanidad.

El corazón puede más que la inteligencia en las metas del espíritu. Nada con mayor fuerza para llegar a una meta prefijada como el corazón de la mujer. Esta fuerza arrolladora de su espíritu, quiere Dios y lo quiere la Iglesia, que esté al servicio de sus intereses en la tierra. La mujer es por creación apóstol. El Papa Pío XII pedía en célebre alocución a la juventud femenina de Italia que su actual fuerza social la centrara en la consecución de que las leyes, las instituciones y las costumbres se amoldasen a los postulados del Evangelio.

La mujer quiere hoy tener pedestal, no sólo en el hogar, sino también en la calle; bien, pero que sobre ese pedestal pueda en todo momento subir Dios. El hombre está perdiendo el sentido espiritual y trascendente de la vida. Es la mujer, al entrar hoy en la vida social, la llama a hacérselo sugestivo y meterlo de nuevo en él.

Lo que no puede el sacerdote lo consigue fácilmente una joven responsable y apóstol. Sólo necesita una cosa, ofrecer-

se «angélica». El ángel es un ser superior que donde está se impone. Sensibilizar los valores espirituales, es la misión necesaria y obligada de la juventud moderna cristiana. Si la mujer no lo consigue nadie lo podrá: en la oficina, en el trato con los hombres, en el noviazgo, en el hogar.

Yo he conocido a muchos hombres enfangados en el vicio que encontraron alas para subir hasta Dios en el trato con una joven pura. Los remordimientos más sensibles que yo he presenciado en hombres, a causa de sus inmoralidades, los he encontrado en aquellos que tuvieron la suerte de dar con una mujer «ángel». Sentían casi la experiencia de inferioridad que Satanás tiene en presencia de un ángel del cielo. Una queja sentida, una reacción espontánea de pudor, un reflejo de espanto en su cara bonita, es capaz de apagar un incendio de lujuria en el cuerpo más pasional del hombre y hacerle sentir vergüenza de sí mismo. ¿No es ésta la reacción que despierta necesaria la presencia de lo sobrenatural? La experiencia de la pureza de una mujer, produce siempre en el hombre el efecto de lo divino.

Yo, conociendo las inmundicias de los hombres, a veces, siento impulsos de maldecir a la mujer. Hay que decirlo, aunque sea indelicado, la juventud femenina moderna, en general, no está ya a la altura de su misión santificadora y rectificadora de los instintos del varón. Al contrario, muchas mujeres son carro de leña seca en el horno de las pasiones del hombre, y hasta se sienten felices y orgullosas en avivar este incendio. *Corruptio optimi pessima*. El mayor mal, el del bien mayor.

Los hombres van frecuentemente al matrimonio sin amar a la mujer, van apasionados; la culpa en muchos casos está

en que la mujer no les enseñó a amar, no les hizo sentir la belleza del amor, fué para ellos exclusivamente objeto de pasión.

La joven que consiente a su novio una indelicadeza, una profanación de su cuerpo, se incapacita para hacer comprender al novio la sublimidad del amor. La joven que no es totalmente virginal ante el joven, no lo llevará a Dios.

«No me quieres, porque no me das lo que te pido» —«Precisamente porque te estimo mucho no te quiero hacer daño; te amo porque te veo alto. Si cedo, caes y perderías ilusión ante mí». Si un joven que oye hablar así, no se avergüenza y es héroe por ganar a una mujer tal, ha perdido su valor de hombre. Es indigno de esa mujer. La fuerza de la belleza virginal, es la fuerza que no resiste ningún hombre. Es el poder regio de la mujer sobre el hombre; es su superioridad. Lástima que no lo sepan todas las mujeres.

Con tu espontaneidad y sutileza para captar las situaciones, joven, avergüenza al mal, deja en ridículo al libertino; así serás fermento de bien en el mundo, sombra de Dios, que hace eso mismo en el fondo de las conciencias. El asco que produce a tu delicadeza la presencia de un sapo, el olor de una cloaca, manifiéstalo cuando ante ti se presenta un hombre podrido, cuyo espíritu huele mal. Para eso te ha dado Dios delicadeza y limpieza de alma.

Cuanto más conozco al hombre, más estimo a la mujer. Aun más, para mí es indudable que la virtud de la mujer es actualmente una razón de la existencia de la Humanidad: el hombre ha perdido casi la razón de su vida.



Oír hablar así halaga, sin duda, a la mujer, pero no es bastante, debe estimar su condición como tesoro inapreciable y defenderlo de los ataques constantes de la malicia humana. La mujer está siempre en peligro próximo de malearse; si llegase a generalizarse esa desgracia, acarrearía la ruina de la Humanidad. La joven necesita reflexionar sobre estas cosas para hacerse más responsable y contribuir mejor con la fuerza irresistible de sus atractivos y espiritualidad, a levantar al hombre de su postración moral y apatía religiosa. De esta función, natural y sagrada, pedirá sin duda cuentas Dios a la mujer. El mundo se salva y se pierde blandamente, gustosamente, eficazmente por la mujer; la frívola, la indecente, la mala, lo hunde en el fango del vicio; la espiritualista, la pura, la buena, lo eleva hasta Dios.

La mujer es por esencia cordial; donde ella actúa las cosas cobran calor de hogar. La mujer buena con sola su presencia, como la luz, sin pretenderlo, santifica, su bondad quema. Nada más antifemenino que lo frío, abstracto y violento. La mujer es la fuente del calor vital, de la ternura, de la fraternidad. Es esta su específica y eficaz función social y su fuerza en el mundo. Para eso la puso Dios entre los hombres. Una mujer pregonera de reivindicaciones y competencias sociales, loca por títulos, diplomas y empleos, es una mujer invertida.

El destino rudo y fuerte del hombre es crear la técnica, la máquina, la fuerza; el de la mujer darle cauce, humanizarla. No olvide la joven que es más interesante y más noble hacer que la vida sea amable que el dotarla de máquinas perfectas que faciliten el trabajo. La obra del genio del hombre es conveniente, pero la acción de la mujer sobre las ge-

nialidades del hombre es más conveniente. La mujer es fuerza de bienestar, más que de rendimiento. Es desolador contemplar a una joven al pie de una máquina consumir su juventud y su luz bajo las naves de un taller o de una fábrica.

Para actuar en la vida pública con eficacia en función de bien, la joven necesita disciplina interior y dominio personal, reflexión y sobre todo piedad y conciencia de su función. Sin esto, dañará y se dañará. La mujer ha alcanzado la madurez social; viva su deber en esta hora crítica.

MODERNIDAD

Un sector cada día más amplio de la juventud femenina estima hoy como condición de su perfección el ser moderna. En su mente el ser moderna es ser progresista, tener personalidad, estar en su punto. No es moderna, piensa esta juventud, si no está con la última novedad social en el pensar y en el vivir. Nada más antipático y repulsivo para esta juventud que lo antiguo: vivir a lo antiguo significa para ella ser ñoña, «beata», gastada, imperfecta. Siendo moderna se libera de las cadenas con que se ha tenido hasta hoy esclavizada la vitalidad exuberante y la potencialidad inmensa de la mujer. Esta juventud no tolera que nadie la considere inferior en algo al hombre y convencida de su valer universal quiere estar presente en todos los campos de actividad humana. No hay función de hombre ni profesión alguna en que la mujer no pueda o no deba competir en plena igualdad con el hombre.

¿Qué pensar de esta actitud mental y vital arrolladora con que se presenta hoy la juventud femenina? Sus defensoras están tan fuertemente enamoradas de esta su mentalidad y vida que casi ni admiten ya que se ponga sobre el tapete la cuestión: es una conquista de los nuevos tiempos, dicen, que no se puede en justicia intentar despojar a la mujer moderna; quitársela piensan que sería destruirla.

Sin embargo, la juventud modernista sabe que tiene enemigos de esta su posición en la vida y los teme; por eso busca afanosa adeptos, quiere que los hombres y de modo especial los sacerdotes reconozcan la legitimidad y derecho de esta su nueva postura en sociedad. Cuántas veces me han dicho a mí las jóvenes cuando pongo algún reparo a sus entusiasmos modernistas: «Padre, hay que modernizarse un

poco, que vivimos en el siglo XX, en la era de la bomba atómica». Este es su mito, si se lo discutimos, nos dejan en busca de sacerdotes «modernos» que las comprendan, esto es, que las aprueben.

Pero muchachas, tened en cuenta que una cosa es ser actual, de la época, y otra, muy distinta, adoptar sin reflexión ni madurez la mentalidad y las formas de vida del tiempo en que se vive; una cosa es ser moderna y otra modernista. La propia personalidad y la inmutabilidad de las leyes de vida cristiana obligan a mantenerse intransigente e inalterable ante ciertas corrientes vitales que corren por el mundo. El hombre no es como el tamo con el que juega el viento; el hombre tiene conciencia y juicio.

Si buscamos las raíces hondas de la actitud radical y del entusiasmo con que muchas jóvenes quieren ser modernas o mejor modernistas, las encontraremos, aparte de su innata frivolidad e impresionabilidad por lo nuevo, en el convencimiento que han llegado a formarse de que la modernidad les da el ansiado triunfo en el mundo. La salida del hogar y la deslumbrante recepción que se las ha tributado en sociedad han impresionado tan vivamente la imaginación femenina que hoy perder mundanidad es para muchas perder vitalidad y felicidad.

La juventud moderna está de cara al mundo. Los bienes de la tierra la han impresionado y sugestionado hasta el punto que ha llegado a ver en ellos, la aspiración codiciada de su naturaleza. Siendo moderna, se pone en el camino de su dicha. Tanto ama ser moderna cuanto ama lo que de la modernidad espera. La juventud modernista, en general, ha per-

dido ideales netamente cristianos, y se ha hecho mundana. En la mente de muchas jóvenes ser moderna y ser mundana se identifican. En las jóvenes más entusiastas de las formas de modernidad se observa un debilitamiento muy acentuado, a la vez verdadera carencia, de sentido sobrenatural en sus criterios de vida humana.

La juventud femenina modernista está convencida que siendo moderna vale más y triunfa mejor. Y en cierto sentido, en el suyo, es verdad. Es indiscutible que la mujer modernista posee, por lo regular, más y mejores valores sociales que la que no lo es, pero no está claro que los posea mayores de orden moral; al contrario, en general, la joven modernista es moralmente muy imperfecta.

El gran peligro que amenaza a la juventud moderna femenina está en su desorientación sobre el camino de su auténtica perfección. La juventud modernista saca la norma de su conducta, no precisamente del Evangelio, sino de las conveniencias personales y de las últimas novedades de vida social. En esto radica su error fundamental. Lo que hacen todas, lo que se acostumbra hoy, lo moderno marca para ella la meta de lo mejor y del triunfo. No piensa en la posibilidad de una sociedad inmoral, y por lo mismo rechazable.

La norma de pensar y de obrar del cristiano nace del Evangelio interpretado y enseñado por la autoridad establecida por el mismo Jesucristo. Esto lo saben todas las jóvenes. Para enjuiciar con acierto la legitimidad del modernismo femenino basta conocer su entronque con el Evangelio, con las directrices de vida señaladas por la Iglesia. Sinceramente hemos de confesar, sería traidor a mi propia conciencia

cia si así no lo manifestara, que, en muchos casos, la conducta de no pocas jóvenes no está conforme ni con las normas de la Iglesia ni con los principios del Evangelio. Ni la conducta ni la mente.

Muchas veces hemos oído a las jóvenes sus consignas de modernidad. «Estamos en el siglo XX, los tiempos han cambiado, la vida hoy es así». Nunca les he oído decir: «El Evangelio dice esto, la Iglesia hoy manda que se viva así».

La joven moderna debe mantener firme en su mente la idea de que la doctrina cristiana y sus leyes de moralidad son inalterables e inatacables por el tiempo y por las costumbres; el cristiano vive en el tiempo, pero no es del tiempo. Lo que en una época fué malo nunca será bueno y viceversa. Es la historia y las costumbres las que tienen que moldearse según el canon del Evangelio. Lo que no está con Cristo, está contra Cristo.

La juventud que ansía modernidad y la busca no olvide en sus intentos que la vida social moderna no está plenamente establecida sobre el cristianismo; que existen muchas formas de vida actual que la Iglesia no las autentiza como legítimas cristianas. No diga, pues, la joven para justificar su postura vital que la vida hoy es así, que todos viven de ese modo, porque esas razones no prueban nada puesto que la vida de los hombres, seres racionales, se ha de regir por principios objetivos y superiores a las formas humanas imperantes en el trato social.

El movimiento modernista de la juventud femenina arranca de una deficiencia personal de vigor moral para do-

minar las pasiones y los apetitos sensibles de la naturaleza. La joven modernista tiene en carne viva su naturaleza, siempre abierta hacia sus objetivos naturales y concupiscentes. El ansia de ver, de viajar, de charlar, de emociones; la búsqueda exagerada de comodidades; la independencia de juicio; la insubordinación a la autoridad legítima; la libertad, rayana en libertinaje; la facilidad para desembarazarse alegremente del bagaje tradicional, de costumbres venerandas, constituyen notas específicas, características propias del ser modernista. Una modernidad tal no está enmarcada por el Evangelio, no la firma la Iglesia, no la aprueba el sacerdote.

Sin embargo de esto, entendida la modernidad femenina exclusivamente como perfectividad social, sin destrucción ni lesión de leyes y principios superiores, teniéndolos en cuenta, la Iglesia no la reprueba. El ansia de superarse, de capacitarse cada día más en su esfera social correspondiente es sana y loable aspiración en la mujer; la Iglesia dentro de su campo de acción la apoya y alienta. Pero si esos objetivos, buenos en sí, se intentan alcanzar por medios moralmente ilícitos o peligrosos, la Iglesia los reprueba o acepta con reservas. La moral y los intereses del espíritu están en todo caso por encima de las posibles conveniencias sociales o materiales. Por un interés temporal de suyo legítimo no se puede perder un bien superior. Esto es lo que enseña la Iglesia y por estos principios rige su actitud ante el movimiento de la mujer por hacerse moderna.

Aunque el movimiento feminista de modernidad admite una posibilidad de licitud y perfectividad, de hecho la juventud moderna está muy expuesta a abusar y con frecuencia abusa del don precioso y peligroso de su libertad hacién-



dola servir a fines bastardos y pasionales. Esto no es lícito; un modernismo así lo condena la Iglesia. Pensar que sin libertades de sentidos, sin una cierta despreocupación de la moral externa, sin renunciar a las formas tradicionales de modestia y delicadeza, no alcanza la juventud moderna sus naturales y sanas aspiraciones, ni adquiere valor y estima en la sociedad, es error y manifestación clara de visión equivocada de las cosas. Hay determinados triunfos y alabanzas y cosas que en el mundo se estiman y buscan como bienes y a las que el cristiano tiene que renunciar convencido de que son espejismo y tentación de males gravísimos no perceptibles en aquellos momentos. El mundano no tiene juicio exacto de las cosas espirituales ni de los valores morales; no debe, pues, la joven preocuparse angustiadamente ni estimar con exceso la actitud que el mundo, que los hombres de mundo tienen para las formas modernistas de la mujer; cuanto peores y más fáciles las vean, más las estimarán y alabarán.

La juventud moderna femenina metida en una sociedad atractiva y galante con ella, se encuentra muy expuesta a juzgar las cosas por su apariencia. Su cierta candidez natural y su inexperiencia la hacen confiada y le da una peligrosa seguridad de que su sana intención será garantía de defensa; casi llega a pensar, inocente, que con buena intención nunca se llega al pecado. No cuenta con su debilidad, ni con las leyes de la concupiscencia, ni con la malicia y sagacidad con que el mal la ronda. Esta juventud está abocada a grandes desengaños y trágicas caídas; terminará llorando. Pero la joven es míope, no ve las cosas hasta que las tiene ante sus ojos.

Una juventud femenina acérrima enemiga de fórmulas hechas, de coacción a su juicio y a sus gustos, terminará por hacer única ley de sus existencia sus propios caprichos; de aquí al libertinaje moral no hay más que un paso y resbaladizo. Su símbolo es aquel antiguo de la cuba repleta de mosto que presionando rompe sus duelas y *libertate periiit*, pereció en ansias de libertad. Con esa juventud la Iglesia tendría muy poco que hacer y que esperar. Eso y vivir a lo loco, es casi lo mismo; vivir a lo loco, es vivir sin cabeza, a lo no hombre. Esta mentalidad y vida se extiende y cada día tiene más adeptos.

La ley de penitencia, de expiación de pecados, ley universal y constante de vida humana, el dominio de las pasiones y su recta orientación, las exigencias del hogar y de la maternidad, la decencia y el pudor, nunca puede la juventud femenina menospreciarlas si quiere merecer el nombre de buena.

Hoy hay una juventud femenina que se precia de moderna y que piensa que se personaliza, que gana en no asustarse ante las mayores barrabasadas de los chicos y ríen abiertamente los chistes más groseros y las payasadas repugnantes de los amigos «alegres» en las fiestas y «guateques», seguras de que con su conducta se hacen interesantes y atractivas. Y sin duda que lo consiguen, pero sin pensar ante quienes: todo lo bajo y degradante que hay en los bajos fondos de la Humanidad busca y encuentra su cielo en esas mujeres.

Hoy está de moda entre la juventud alegre y amiga de fiestas el chiste verde. Para no pocas jóvenes saberlos constituye ciencia de vida que hay que aprender. Para muchas

jóvenes el chiste verde es la salsa más apetitosa de la conversación; les pasa lo que a ciertos animales que comen estiércol y les sabe bien. Pero la verdad es que el chiste verde es la manifestación externa de un alma sucia, el olor podrido de un alma que lleva estiércol. Hay charcas de agua en putrefacción y hay charcas de almas en pecado, ambas despiden el mismo hedor.

San Pablo mandó que lo deshonesto ni nombralo entre cristianos. Si existe algo antifemenino, es la grosería, la vulgaridad. Todo hombre mantiene un concepto alto y espiritualista de la mujer, el chiste verde la rebaja, la degrada. El mal del chiste verde no está únicamente en su inmundicia, lo está aún más en que se le exalte, y se le tiren flores. El chiste verde es una de las cosas de las que dijo el Divino Maestro que manchan al hombre. La joven con las manos sucias no está manchada según doctrina del Señor, lo está en cambio cuando de su alma sale fuera la inmundicia que alberga. El chiste verde es álito mal oliente de un alma podrida. No lo dude la joven.

La juventud femenina tiende pujante hacia la libertad en el desempeño de las profesiones en paridad con el hombre y la busca con aspiración legítima ennoblecedora. Está equivocada en sus aspiraciones. Alcanzar esa meta traería a la humanidad gravísimas complicaciones y males morales: la mujer perdería estimación, posibilidades y hasta la tendencia hacia sus funciones esenciales e insustituibles; la maternidad terminaría por resultarle molesta y antipática; sus características temperamentales, su decencia y su honor no se podrían mantener ni defender suficientemente. Por todo esto la Iglesia se opone a ello y pide y exige a las autorida-

des civiles vigilancia y fortaleza para mantener a la mujer dentro de su condición natural y capaz de desempeñar con perfección su función específica, que no es regentar un negociado del organismo estatal, ni recibir consultas en un bufete, sino crear la vida y llevarla a su perfección. Lo que esto impida o dificulte ha de considerarse antifemenino, antisocial y anticristiano.

La reina Victoria de Inglaterra confesó: «Las mujeres no hemos nacido para gobernar». «Es mujer sexualmente anormal, afirmó Marañón, la que salta al campo de la actividad masculina y en él conquista un puesto preeminente». Y Ortega Gasset: «Ciertamente que el destino de la mujer no es la actividad». El hombre progresa haciendo más y mejor, la mujer perfeccionándose, porque el hombre se engrandece por sus obras, pero la mujer por su ser. La intervención femenina en la historia no necesita faenas, sino presencia. La joven moderna, creo yo, abomina de esta acción abdicando de su ser y prefiere moverse, agitarse, escribir libros y teclear en una máquina como lo hacen los hombres; esta conducta puede llegar a resultar más peligrosa de lo que las jóvenes sin duda piensan.

El feminismo perfectivo y auténticamente liberador no está, como parece lo piensan muchas jóvenes, en el «hominismo», sino en que la mujer se haga mujer y nada más. La mujer no se perfecciona asemejándose al hombre. En ningún caso la perfección del hombre es modelo de perfección de mujer. La mujer en plan de hombre será siempre un hombre frustrado, un hombre inferior. «Hominizarse la mujer es degradarse», escribió el Dr. Marañón. Podrá en ciertos ambientes sociales ganar por ese camino la mujer, pero ese

triunfo es abisal, monstruoso; su atracción es la que ejerce lo perverso, que en el hombre es posible, pero sobre ese pedestal ni la vida ni la felicidad humana podrán asentarse. La sociedad es a las veces injusta exaltando a la mujer mediocre, incluso a la perversa, pero sobre la injusticia no puede forjarse un ideal sano para la mujer.

La mujer que quiere e intenta equipararse al hombre pierde su derecho a lo que toda mujer estima como su gloria: la galantería, porque no es posible reclamar al mismo tiempo igualdad y protección, brillar en las profesiones, mandar un grupo de hombres y pedir un brazo en que apoyarse.

No lo duden las jóvenes, cuando la mujer quiere hacerse hombre, lo único que consigue es dejar de ser mujer.

El feminismo para las mujeres españolas ha sido siempre cosa de risa, solamente hoy en que va perdiendo sus virtudes tradicionales lo está tomando en serio, tal vez porque ya no cree lo que afirmó Rousseau, que aunque dijo muchas mentiras dijo esta verdad: Toda mujer literata se quedará soltera mientras haya hombres sensatos.

La Humanidad quiere y busca en la mujer que sea honesta y hermosa. La mujer buena hija, buena esposa y buena madre, esa es la mujer grande y honrada. Capacitarse para la perfección de estas funciones fundamentales debe constituir la aspiración primaria de la juventud sanamente moderna. Teniendo bien presente que esta capacitación no le vendrá a la mujer fundamentalmente ni por la ciencia ni por la adopción de formas exóticas y nuevas de convivencia

social, sino más bien por la experiencia en el roce diario del cotidiano vivir; la vida es la mejor escuela de perfección de la mujer. Escuchen las jóvenes estas sutiles palabras de Gina Lombroso: «A inteligencias iguales la mujer de una familia numerosa, a pesar de sus ocupaciones y alejamiento de los estudios, es mucho más vivaz, más amplia de ideas y más aguda en la penetración, que su contemporánea soltera, aunque ésta haya continuado frecuentando la universidad». No suelen ser las mujeres más cultas las que mejor aciertan a llevar un hogar ni a hacer feliz a un hombre. Esto no quita que la cultura sea útil y fuente de posibles nuevas experiencias de vida para la mujer. El mal y su peligro están en que la cultura y lo social lleguen a dañar intereses y funciones superiores y esenciales de la mujer.

Las jóvenes modernas se sienten alegremente orgullosas de sus conquistas en la esfera social; las han alcanzado, sin duda, pero ellas solas no elevan ni perfeccionan a la mujer. Hay algo para la mujer superior y son sus valores del espíritu. No es legítimo el gozo de curar de un pie si se ha obtenido a costa de enfermar de un ojo. Si la joven ganando socialmente, pierde en moralidad, no tiene porqué vanagloriarse de su conquista.

La juventud modernamente ha ganado valores sociales, pero es muy discutible que ella haya hecho a la mujer más espiritual, más moral, más pudorosa, más abnegada en el desempeño de su maternidad, más sufrida en las horas amargas del dolor, mejor madre, más fiel esposa. En la disyuntiva, la mujer debe escoger por lo segundo, aun a costa de perder intereses y comodidades en la vida.

La mujer quiere alternar en la vida en iguales condiciones que el hombre pensando que está dotada de suficiencia para desempeñar cualquier profesión en paridad con el hombre, pero no se trata de lo que la mujer puede, sino de lo que debe hacer teniendo en cuenta y respetando la función preferente y esencial que Dios la confirió.

Las experiencias realizadas confirman que cuando se establece la ley de igualdad absoluta y total de derechos sociales entre el hombre y la mujer, los pueblos padecen una revolución interna de peores consecuencias que las más graves revoluciones de la historia: El hogar, cuna y molde de la Humanidad, deja de ser garantía de paz, orden y religión. Los valores más preciados de la mujer: delicadeza, pudor, recato, piedad, se amenguan hasta casi desaparecer. La tranquilidad de espíritu, la rectitud natural de la mujer, su instinto de abnegación y su generosidad se debilitan, y en su lugar aparecen el egoísmo, la codicia y el ansia desenfrenada de placeres sensibles, que incapacitan a la mujer para desempeñar su función básica e imprescindible en la vida.

La vida moderna tiene ciertamente exigencias económicas que la mujer no puede desatender, pero no siempre estas exigencias están acordes con la ley de Dios y con obligaciones superiores. No todo en el mundo marcha bien. La mujer que ama y busca como propios, objetivos sociales contrarios a su condición y sexo, demuestra tener pervertida su mente y atenta contra sus auténticos valores humanos.

La mujer podrá poner en marcha un complejo industrial con la perfección que un hombre; trazará un plano de construcción más bello que el hombre. Aún más, un mundo gobernado por mujeres podría ser un mundo mejor, pero sería

un mundo al revés, al revés de como Dios lo planeó y lo quiso. Lo que, pues, Dios hizo, no lo cambien... las mujeres.

## DOCTRINA DE LA IGLESIA

Sobre el puesto de la mujer en la vida, dijo terminantemente el Apóstol San Pablo: «Las mujeres en la Iglesia callen». La enseñanza oficial del cristianismo no compete a la mujer: La Iglesia consecuente no confiere el Doctorado a mujeres santas, sino a hombres, aunque las haya cuyos escritos tengan máxima autoridad. Es el caso de Santa Teresa, maestra indiscutible de teología mística, pero no Doctora de la Iglesia; en cambio, lo es San Juan de la Cruz y otros sin duda inferiores a ella como maestra.

Esto suscita protestas en ciertos sectores femeninos modernos pero son reacciones irracionales de personas ignorantes de las fuentes del orden y de la paz del mundo y de los motivos superiores que determinan a la Iglesia a tomar esas determinaciones. Dijo San Pablo sobre la situación de la mujer respecto del hombre: «Quiero que sepais que de todo varón la cabeza es Cristo y que la cabeza de la mujer es el varón y la cabeza de Cristo es Dios». «El varón no debe ciertamente cubrir la cabeza (cuando ora) siendo como es imagen y gloria de Dios; mas la mujer es gloria del varón, porque no procede el varón de la mujer sino la mujer del varón; pues que no fué creado el varón por causa de la mujer sino la mujer por causa del varón. Por eso debe llevar la mujer el velo sobre su cabeza» (en señal de sumisión). Según San Pablo Dios concedió a la mujer abundante cabelle-



ra a modo de velo que simbolizase su dependencia del varón. (1 Cor. II).

Sobre la dignidad de la mujer, sus valores personales y sociales y sobre los caminos modernos de su acción, habló magistralmente el Papa Pío XII en varias ocasiones.

En alocución memorable al Centro Italiano Femenino el 14 de octubre de 1956 dijo entre otras cosas: «Meta de la mujer moderna ha de ser la conservación y el incremento de la dignidad que ha recibido de Dios. La dignidad de la mujer, aunque a menudo se hable de ella, no siempre se demuestra tener un concepto exacto y verdadero tal que pueda prevenir erróneas consecuencias, injustificados lamentos y a veces infundadas reivindicaciones.

La dignidad de la mujer, dice el Pontífice, es exactamente la misma que la del hombre: el uno y la otra hijos de Dios, redimidos por Cristo, con idéntico destino sobrenatural. ¿Cómo se puede, pues, hablar de personalidad incompleta de la mujer, de minimización de su valor, de inferioridad moral? «Tanto al hombre como a la mujer, la Providencia divina ha señalado un común destino terreno, el destino a que tiende toda la historia humana y al que alcanza el precepto del Creador, dado, por así decirlo, a los dos progenitores». «Proliferad y multiplicaos, y poblad la tierra y sometedla y tened poder sobre ella». En virtud de este destino, común y temporal, ninguna actividad queda por sí cerrada a la mujer, cuyos horizontes, por tanto, se extienden sobre las regiones de la ciencia, de la política, del trabajo, de las artes, del deporte, pero con subordinación a las funciones primarias que a ellas le fueron fijadas por la misma naturaleza. De hecho el Creador aún estableciendo un destino común para todos los

hombres, ha querido repartir entre los dos sexos diferentes y complementarios oficios, como vías diversas que llevan a una única meta».

«De ahí la diferente estructura física y psíquica del hombre y de la mujer. De ahí las diversas actitudes, inclinaciones, que equilibradas por la ley admirable de la compensación, integran armónicamente la obra del uno y de la otra. Igualdad, pues, absoluta en los valores personales y fundamentales, pero funciones diversas, complementarias y admirablemente equivalentes, de las cuales derivan los diferentes derechos y deberes del uno y de la otra».

«No hay duda de que la función primaria, la misión sublime de la mujer es la maternidad, que por altísimo fin propuesto por el Creador, en el orden por El escogido, predomina intensa y extensamente en la vida de la mujer. Su estructura física, sus cualidades espirituales, la riqueza de sus sentimientos, convergen para hacer de la mujer una madre. La maternidad aunque no constituya el fundamento absoluto de la dignidad de la mujer, le dan tanto esplendor y le asigna una parte tan amplia en la realización del destino humano, que basta sola ella para inducir a todo hombre, por grande o pequeño que sea, a inclinar con reverencia y amor la frente ante su propia madre».

«En otra ocasión expusimos, cómo la perfección de la mujer, que por naturaleza está ordenada a la maternidad física, puede también ser conseguida, cuando ésta falte, con las múltiples obras de bien, pero sobre todo con la voluntaria entrega a una vocación superior... De estas consideraciones emana la consideración de la grandeza de la dignidad de la mujer. Dignidad inalienable, natural e inviolable que las

mujeres vienen obligadas a conservar, defender e incrementar...»

Y más adelante en esta admirable alocución añade, combatiendo ciertas corrientes que intentan hacer derivar el valor y dignidad de la mujer de valores económicos y sociales. «La mujer es también una fuerza considerable en la economía de la nación, pero condicionadamente al ejercicio de las elevadas funciones que le son propias; ciertamente no es una fuerza, como suele decirse, industrial al igual que el hombre... La cuidadosa atención que todo hombre bien nacido demuestra para con la mujer, en toda ocasión, debería ser practicada por las leyes y por las constituciones de una nación civilizada».

Una consideración y meditación seria y reposada, sobre estas acertadísimas y sutiles palabras del Papa por parte de las jóvenes, podría acallar en ellas ciertas exageradas y desorbitadas exigencias sociales, que, lejos de constituir gloria, las llevaría a su desprestigio y menoscabo en el mundo. La mujer grande como el hombre; digna como el hombre, si queréis, capaz como el hombre, pero distinta del hombre en su función vital y primaria. Oponerse a esto en la mente o en la práctica o en la organización social, es atacar el plan ordenado del Creador con todas sus trágicas consecuencias.

El día 24 de abril de 1943 habló así a la Juventud Femenina de A. C. de Italia el mismo Pío XII: «Considerada la gravedad de esta hora conviene extender el pensamiento hacia un fenómeno del proceso social iniciado hace tiempo y acelerado por las circunstancias bélicas y que reclama la vigilante atención e intervención de la Iglesia con todas sus

fuerzas espirituales: es la transformación y la subversión de la vida femenina.

El carácter de la vida y de la educación cultural de la mujer estaban inspirados, conforme a la más antigua tradición, por su natural instinto que como propio reino de su trabajo le señalaba la familia. Apartada de la vida pública y fuera de las profesiones sociales, la joven, cual flor en crecimiento, guardada y protegida, por su vocación estaba destinada a ser esposa y madre.

Hoy la antigua figura femenina hállase en rápida transformación. La joven sale de su retiro y entra en casi todas las profesiones, campo antes reservado exclusivamente a la vida y a la actividad del hombre. Comienzan tímidas en un principio y después cada vez más fuertes. Pero hoy cual proceloso río que desbordando sus diques vence toda resistencia, la falange femenina parece haber penetrado en todo el terreno de la vida del pueblo.

¿Qué cabía a la Iglesia ante esta nueva condición social de la mujer? ¿Podía negar o ignorar el hecho y no cuidarse de él? La estructura moderna de la sociedad que tiene por fundamento la casi absoluta paridad entre la mujer y el hombre, se apoya en un falso supuesto. Es verdad que la mujer y el hombre son, en lo que se refiere a la personalidad, de igualdad, dignidad y honor, consideración y estima; pero no son iguales en todo. Determinadas dotes, inclinaciones y disposiciones naturales son propias exclusivamente del hombre o de la mujer o les están atribuidas en grado y valor distintos, unas más al varón, otras más a la mujer, según aquella peculiar manera con que la naturaleza misma les

ha dado diversos campos y oficios de actividad. No se trata de la capacidad o de las disposiciones naturales secundarias, como serían la propensión o actitud para las letras, las artes o las ciencias, sino de las dotes de eficacia esencial en la vida de la familia y del pueblo. ¿Y quién no sabe que la mujer aunque sea violentamente rechazada siempre volverá, sin embargo, a sus propios cauces? Queda, pues, por ver y esperar si ella misma no llegará a imponer, sea como fuere, una corrección a la actual estructura social».

Seguidamente el Papa señala tres graves peligros de esta situación moderna que ha sacado a la mujer del hogar para meterla en los afanes y actividades de la vida pública. Peligros para la mujer misma, para el matrimonio y para los pueblos.

«Conocéis la suerte de las jóvenes, que especialmente en las grandes ciudades, apenas han llegado a la edad de la adolescencia, dejan la familia para buscar una colocación. El espejismo es alucinador: independencia de toda sujeción, posibilidad de satisfacer el afán de lujo, libertad sin freno, facilidad para tratar amistades, para frecuentar cines, para dedicarse a los deportes, para marchar el sábado en grupos alegres... La alta retribución, de que gozan con frecuencia, es a veces el precio de la pérdida de la inocencia y de su pureza. ¿Dónde van a parar las fuerzas naturales, que en ella había depositado la naturaleza para fundar más tarde un hogar? Todas se malbaratan en culpables placeres.

»Nace de aquí otro peligro para el matrimonio. Jóvenes como las descritas no son escogidas ordinariamente para el matrimonio y aún menos para el matrimonio según la ley

de Cristo. Más aún, con frecuencia son ellas mismas quienes lo rechazan como una cadena. Y cuántas otras están contaminadas por el mismo mal. Por otra parte, el hombre que en el vigor de su juventud ha llevado una vida disoluta, ¿cómo podría constituir con fidelidad conyugal un santo y casto matrimonio?

»Finalmente, el tercer peligro se refiere a la sociedad que siempre ha sacado su fuerza, su vigor y su honor de la familia sana y virtuosa. Si a ésta se le arrebatan sus fundamentos religiosos y morales, ábrese el camino a los mayores daños para las instituciones sociales y para la misma patria».

Palabras graves y trascendentales que la juventud femenina debe pensar seriamente para mantener su mente y su conducta acordes con la verdad y normas de la Iglesia. La mujer no existe sola, es un elemento vital, y clave de muchas cosas fundamentales de la vida, no puede ver la vida egoístamente sin lesionar y perjudicar intereses superiores y de la Humanidad.

El 21 de octubre de 1945 el mismo Papa tuvo otro discurso interesantísimo sobre la mujer en la actualidad en el que insiste y explana estas ideas y la actuación cristiana debida en la vida política.

El día 17 de junio de 1952, dijo a las mujeres católicas alemanas, poniéndolas en guardia sobre el grave peligro de salirse de su misión arrastradas por las nuevas formas de vida social:

«La entrada de la mujer en todas las carreras y en todos los dominios de la vida pública, se ha realizado con un ritmo

mucho más rápido que la captación del movimiento de las mujeres católicas a la nueva situación. Sin embargo, los derechos conquistados tienen que ser transmitidos con el contenido que les confiere la naturaleza y la fe católica, salvaguardando un justo equilibrio entre libertad y responsabilidad; entre derecho individual y deberes hacia los demás, entre igualdad y subordinación. «La mujer, pues, igual al hombre, pero subordinada, dice el Papa, usando sus derechos sociales, pero respetando su función primaria».

Y más adelante en la misma alocución dice que el deber fundamental actual de las asociaciones de mujeres católicas ha de ser: «Proteger a la mujer y concertar su actuación para que ella no pierda, en las nuevas modalidades, su dignidad como mujer y como cristiana». Este es el grave peligro de la entrada de la mujer en la vida pública que difícilmente la mujer sabrá salvaguardar por su sensibilidad, irreflexión y utilidades temporales momentáneas que esta nueva situación le crea en la vida. Grave problema humano es saber contener lo utilitario cediendo al deber.

En carta magistral han dicho los Obispos de Alemania a su pueblo: «Según el derecho divino y natural, el hombre y la mujer son iguales en dignidad y libertad. Esta igualdad no excluye desigualdades legales en la postura de ambos en el matrimonio y familia. Las diferencias están fundamentadas en las diferencias esenciales naturales del hombre y la mujer. El orden natural exige que en una comunidad, aún en las más pequeñas, una autoridad garantice la unidad. Quien niegue por principio la responsabilidad del hombre como cabeza de la mujer y del padre como cabeza de la familia, se coloca en oposición con el Evangelio y la doctrina

de la Iglesia. El hombre ha recibido un poder de dirección que ha de estar al servicio del amor a la mujer y a los hijos. Como toda autoridad, representa a la autoridad divina, en este caso el amor paternal de Dios a los hombres. Quien lo niega desconoce la verdadera noción del amor matrimonial».

«Según la Iglesia el hombre debe ser la imagen de Cristo y la mujer la imagen de la Madre Iglesia. No todos los matrimonios responden a este ideal. Abusos los hay siempre, pero ellos no quitan la autoridad del hombre, pues el orden divino permanece firme aunque los hombres abusen de él. El punto esencial de una mujer casada y de una madre está en su colaboración a la vivificación interna y en el cumplimiento de la vida de comunidad de la familia».

«La posición social de la mujer ha cambiado mucho, a pesar de ello los Obispos se sienten obligados a explicar con toda claridad que la mujer casada y la madre tienen su puesto más importante en la familia. Si circunstancias económicas, etc., las obligan a vivir fuera de casa, a consagrarse a distintas ocupaciones, será nuestro orden económico el que haya de ser variado. Los Obispos exigen un orden justo en el que el jefe de familia tenga asegurado su sueldo familiar. Piden una reforma judicial para que la mujer y la madre vuelvan a la familia».

El Papa Juan XXIII decía el 23 de abril de 1960: «El cometido de la mujer se orienta directo o indirectamente a la maternidad; así lo ha querido la Providencia y es un deber vigilar atentamente para que un trabajo impropio a la naturaleza femenina no altere la personalidad de las jóvenes con posibilidades deformantes. Esto es lo primero para defender a la mujer».



# COMPOSTURA Y DECORO

La honra de la mujer está pendiente de su conducta externa; hay muchas cosas, al parecer indiferentes, que la sociedad sana no tolera en la mujer. La juventud femenina que protesta por ello está picada como el mal vino.

Andar en público una mujer sin medias es indecente, feo y bajo. Se podrá tolerar, pero también se tolera que una mujer aldeana tenga la cara sucia. Si a alguna o a algunos gusta verlas así, es que han llegado a encontrar gusto en presenciar lo feo, indecente y bajo.

Hoy hay jóvenes que se complacen en vestir de pantalones, fumar y frecuentar centros bajos de la sociedad, laboran por la vulgaridad y rebajamiento de la mujer. Una joven en una tasca es un ave sin alas, una flor en un muladar.

La Iglesia reprueba, y con razones, que la mujer ande en público de pantalones. Las jóvenes que los usan dicen que no tiene importancia —¿qué cosa tiene importancia para algunas jóvenes?—, que es más decente que la falda y más cómodo. Se equivocan, ninguna las usa por esos motivos.

La indecencia no está sólo en el desnudo. Una joven con pantalones por la calle no lleva conducta normal, se muestra llamativa, atrevida y desvergonzada, puesto que no vacila en romper con las leyes sociales de compostura femenina y menosprecia el juicio de la gente honrada que la critica; esa mujer desprecia su buen nombre ante la opinión honrada. Tal conducta es ciertamente reprochable.

La mujer en pantalones es una mujer vestida de hombre, que adopta las formas de convivencia contrarias a su

sexo y esto no es acción baladí. Esa conducta incluye una especie de aberración del sexo que suscita fácilmente ideas de perversión y llamadas al pecado. Es la razón porqué el hombre sano mira a la mujer en pantalones con desprecio, en tanto que el vicioso la acecha con avidez.

El ver a una mujer en pantalones dificulta, si es que no imposibilita, suponer en ella virtud, modestia y dignidad. La mujer en pantalones lleva a rastras su honor.

La joven, inconscientemente, observa que los hombres la miran y se vanagloria por esta atención como de un triunfo personal; si conociese y si lo sabe —que es posible— se detuviese a pensar por qué la miran y en qué piensan cuando la ven así, posiblemente se avergonzaría de volver a salir de nuevo a la calle en las mismas condiciones. A la mujer en pantalones sólo la ve bien la concupiscencia del varón.

No es más decente andar la mujer en pantalones que con falda, si la mujer anda con falda como el pudor y la modestia exigen. Y desde luego es más inelegante.

El uso del pantalón en la mujer crea ademanes hombrunos, desenvueltos, impropios de la delicadeza de la mujer y predispone a posteriores faltas de modestia y hasta a la pérdida del pudor, gloria de la mujer y su eficaz defensa moral. El uso de los pantalones en la mujer altera su psicología con tremendas consecuencias para el futuro, para ella y para los hombres que la traten. Las relaciones entre hombre y mujer sin diferencias de sexos se vician, cayendo en extremos anormales y espantosos.

Dios dijo de la mujer que viste traje de hombre: «No se vestirá la mujer con ropas de hombre, ni el varón con ves-

tido de mujer, pues es abominable ante Dios el que esto hace» (Deut. 22, 5).

La teología moral enseña que vestir ropas de sexo contrario constituye de suyo pecado venial que puede convertirse en mortal por causa del escándalo y de la tentación que suscite. Ante la naturaleza del hombre la mujer en pantalones lleva la puerta del pecado abierta. Por esto resulta tan escandaloso e incitante. Basta observar las miradas de ciertos hombres y oír sus comentarios al pasar por su lado una joven en esas condiciones.

Lo que pensarían las mujeres viendo a un hombre pasear por la calle en vestido de mujer, es lo mismo poco más o menos que lo que sospechan los hombres de la mujer en pantalones, con el agravante de que en ésta el mal se manifiesta más provocativo y feo.

«No se puede observar la castidad donde no hay distinción de sexos», dijo el gran Padre de la Iglesia San Ambrosio. En todos los pueblos se ha tenido como signo de perversión y ocasión de inmoralidad social el vestir en contrariedad con el propio sexo. «La mujer mudando el vestido pierde el pudor», dijo el pagano Herodoto. «El trajearse de hombre la mujer no se hace, exceptuando algún caso, sin pecado mortal por parte de la mujer», escribió hablando de su tiempo el Maestro de los moralistas, San Alfonso de Ligorio. De hecho, la joven moderna, al menos en España, hoy no viste públicamente de pantalones por motivos razonables ni sanos, fuera de algún caso particular.

Tan contrario es el sentir de la Iglesia al cambio de vestido propio en la mujer que hasta el deporte que exija a la

mujer vestidos impropios de su condición y sexo se hace por sólo eso ilícito, más o menos, según circunstancias y personas. La caridad debida al prójimo, su pudor y condición femenina obligan a la joven a contenerse y moderarse en usos y costumbres que puedan lesionar esos deberes fundamentales.

Antiguamente en los bandos que las autoridades publicaban por carnaval, en aquellos carnavales de mugre y desvergüenza, se establecían fuertes sanciones para quienes se atrevieran a vestir trajes propios de otro sexo. Por entonces, mujeres en pantalones ni en carnaval las veía nadie. La muchacha que se hubiera atrevido —ninguna se atrevió— a adoptarlos, irremediabilmente terminaría en la Prevención sin apelaciones posibles.

Allá por el año 1911 en París se atrevió un modisto a crear la falda pantalón. Buena se armó; la sociedad no estaba aún preparada para tales atrevimientos. Las calles se llenaron de risas ante la falda pantalón y a las veces de algo más desagradable. Más de una atrevidilla muchacha tuvo que correr a esconderse en los portales de las casas ante la zumba y la ferocidad masculina que les amenazaba de cerca.

Poco después vino el cine y la radio y la prensa y con ellos la sanción de todas las libertades. Y aunque las personas serias y de buen gusto están unánimes en asegurar que la mujer en pantalones pierde feminismo y gana en antiestatismo, la fuerza de la moda y de la frivolidad han sido más poderosas que el arte, la razón y el instinto.

Los motivos que prohíben a la mujer vestir de hombre en público, tienen explicación, aunque con menor trascen-

dencia a la costumbre exótica y fea de fumar, que va cogiendo la juventud femenina. Frívolamente quiere quitarle toda maldad, pero se olvida o ignora que existen ciertas formas y modos de convivencia social, al parecer insignificantes y cuya desaparición o quebrantamiento repercutiría gravemente en las costumbres y moralidad de los pueblos.

El mal de fumar en la mujer no está, como equivocadamente piensan las que fuman, en el hecho en sí, que naturalmente es sólo un pequeño vicio y un gasto superfluo; la prohibición especial de fumar en la mujer nace de lo que ello significa y de lo que hace pensar generalmente a las personas que lo ven.

No es beatería, ni ñoñería el escandalizarse ante una mujer con el cigarrillo en la boca, eso quisieran las que fuman, sino más bien señal de dignidad personal y de poseer un alto concepto de la mujer. Puede llegar un día y muy verosímelmente llegará, en que el fumar no desdiga de la mujer, pero ese día, no es el día de hoy. La moral católica enseña que introducir ciertas formas de convivencia puede ser pecado grave de escándalo y no serlo el adoptarlas una vez normalizadas.

La mujer naturalmente es fácil, vaporosa, espiritual; la mujer fumando pierde no poco de estas bellas cualidades; se afea, huele mal, se «masculiniza». Nos parece bien la mujer con una flor al pecho y hasta disculpamos fácilmente el que sea algún tanto vanidosilla, puesto que en ello no vemos sino un exceso de su femineidad, pero el instinto sano del hombre reacciona con desagrado ante la mujer que manifiesta abdicar de su condición. La perversión de la naturaleza la acusa espontáneamente toda otra naturaleza sana.

Es un hecho:

1.º Que hasta hace unos años, pocos, en España sólo fumaba alguna mujer de vida libre; actrices, cantantes, etc., y muy pocas mujeres de la alta sociedad influenciadas por modas extranjeras.

2.º Que hasta hace pocos años todas las personas en general en España veían mal que la mujer fumase y aún al presente las de más sindéresis lo reprueban.

3.º Que hoy las mujeres que fuman defienden que el fumar no tiene importancia, pero las que no lo hacen afirman lo contrario.

4.º Que de las mujeres sólidamente piadosas sólo fuma alguna que lleva en la calle vida mundana y algún tanto libre.

5.º Que me parece curioso el espectáculo de una madre con su hijo en brazos y el cigarrillo en la boca, o poniendo la mesa y dejando caer la ceniza en los platos.

El fumar de la mujer, lo mismo que el andar en pantalones, comenzó en centros de mala nota y por personas de moral sospechosa y se ha extendido en alas de la vanidad y del impudor. La mujer infame fuma ante los hombres para atraerlos; la que no lo es y lo hace, la imita; ¿qué extraño que los hombres sospechen de ella y la miren con malos ojos? Cuando las mujeres mejores fumen y las peores dejen de hacerlo, entonces estará legalizado el fumar para la mujer. Mientras suceda lo contrario, no.

Rusia tiene prohibido a la mujer fumar en público.

En el orden de la salud oigan las jóvenes lo que dice el

doctor Bernhard sobre el fumar de la mujer. De un pacientísimo estudio comparado entre 458 mujeres fumadoras y 5.000 que no fumaban, sacó estas consecuencias: las disfunciones del tiroides eran siete veces más frecuentes en las fumadoras y los dos tercios de ellas envejecían prematuramente, en un porcentaje de 32 contra 13 se daban trastornos específicos con frecuentes casos de esterilidad, partos prematuros y abortos. Nada extraño sabiendo que el organismo femenino tiene una reactividad y susceptibilidad mucho mayor que el masculino ante cualquier excitante o toxina. El tabaco para el sistema nervioso y ramificaciones vasculares de la mujer es francamente nefasto.

Ante estas afirmaciones y estos hechos indiscutibles seguirán posiblemente fumando mis amables lectoras, si han contraído ya esta fea, cara y exótica costumbre, ya que desgraciadamente la razón y la moral no siempre se imponen a las presiones de la vanidad y del gusto; lo que no podrán decir ni pensar es que el fumar ellas no tiene ninguna importancia.



# EL GRAN DEBER FEMENINO

La castidad es en los hombres la virtud más inasequible. La mujer ignora, por lo regular, la condición del hombre respecto de esta virtud. Juzgar al hombre por la propia situación moral para indagar lo que al hombre daña o es peligroso es en la mujer error funestísimo que el hombre paga.

Con ser la castidad la virtud difícil para el hombre, no constituye, sin embargo, para él problema aislado independiente de cosas y de personas. El planteamiento y la solución del problema de la castidad en el hombre, está íntimamente vinculado a la conducta externa de la mujer. No serán los hombres castos, si las mujeres no son públicamente modestas. Precisamente la gravedad del deber de modestia femenina y su urgencia nace más bien como defensa del hombre que como interés moral de la propia mujer. La joven, pues, que mide sus pecados de inmodestia por los efectos sentidos en sí misma, ignora su moral.

La obligación de modestia en la mujer tiene razón especialísima en el precepto de la caridad fraterna: hacer bien al prójimo, no hacer daño al prójimo. La joven inmodesta peca contra la caridad debida al hombre y peca tanto más gravemente cuanto que el mal que ocasiona apenas si tiene defensa. Son innumerables los pecados que mujeres personalmente puras ocasionan con sus inmodestias. De ellos tendrán que responder ante el tribunal divino como de pecados propios.

La ausencia de esta responsabilidad moral en sociedad de la mujer es posiblemente la causa más influyente de inmoralidad en los hombres. Mujeres, incluso de cierta piedad, son en el mundo más peligrosas que el mismo demonio. El mal que no puede conseguir él con su astucia, lo ocasionan ellas con sus inmodestias e impudor. Sagazmente el diablo, que sabe esto, emplea a la mujer como su más seguro y eficaz instrumento de perdición del hombre; ya la empleó en el Paraíso.

Hay jóvenes a las que no pueden mirar los hombres sin grave tentación de pecado. Se ha dicho que para andar por las calles de las grandes ciudades modernas sin peligro de la integridad de la fe y sin oscurecer la pureza, hace falta el mismo heroísmo que para dar el testimonio de la sangre. Cierto, y cierto igualmente que esta situación de heroicidad la crea la conducta pública desvergonzada de la mujer.

Sin embargo de esto, la inmodestia y hasta la desvergüenza está considerada hoy como elemento base de la simpatía y del encanto de la mujer. ¿Qué extraño que la mujer resista a las voces que claman urgiendo su enmienda y que el escándalo crezca?

La naturaleza del varón por ley biológica y de perversión original, se siente arrastrada hacia los procesos sexuales, que tienen en el cuerpo de la mujer su objetivo natural. En esta tendencia son distintos el hombre y la mujer. La atracción que la mujer sana siente hacia el hombre no es directamente sexual; la mujer busca en el hombre admiración, cariño y protección.

Para que al hombre no resultase imposible la castidad y

la mujer no fuese para él ruina, puso Dios en ella el instinto del pudor que la obligase a ser modesta y con ello defendiese al hombre de su propia debilidad. La clave, pues, de la castidad en el hombre está en la modestia de la mujer. El control de la conducta pública femenina se reclama en bien de la Humanidad, porque la inmodestia es mal social, es pecado contra la Humanidad.

El pudor no es virtud, es su defensa natural. Es grito de llamada al espíritu ante el ataque a su dignidad. Una mujer sin pudor es siempre escandalosa y sin defensa. Su mayor inocencia y su menor concupiscencia la impiden muchas veces comprender la gravedad de sus inmodestias; para defenderla del peligro de esa ignorancia le dió Dios el instinto del pudor. Ahogar su grito, es, además de pervertir la naturaleza, abocarse a la pérdida de la conciencia del pecado.

Una mujer sin pudor tiene abiertas todas las puertas del pecado. Yo tengo observado que la mujer sin fuerte instinto de pudor no se defiende en la vida y es imprudente y atrevida en su trato con los hombres. La prudencia en el trato con los hombres a la mujer se la da el pudor, casi exclusivamente el pudor. La mayoría de las graves complicaciones que encuentran las jóvenes en su edad les vienen de sus indelicadezas.

La reacción de los ojos ante una nube de polvo, es la misma que la del instinto del pudor ante un peligro que amenaza a la castidad. Por eso en cierto sentido la mujer nunca peca por ignorancia; lo podrán ignorar su inteligencia, pero lo intuye su instinto de pudor.

La mujer que se siente humillada o contrariada por los brotes de su pudor y su manifestación externa, como de algo

inferior o anticuado, manifiesta perversidad mental, aberración de su sexo.

El pudor se pierde contrariándolo, oponiéndose a sus avisos. La insistencia de la Iglesia para que la mujer evite ciertas formas frívolas y modos hombrunos, se funda en el conocimiento que posee del valor del pudor y de la facilidad con que se pierde.

Hay muchas cosas que no son pecado y que prácticamente son imprescindibles para su defensa. Una joven libre en sus ademanes y posturas, que alterna con los hombres en una misma forma de vida, que juega y bebe y se divierte como el hombre, aunque estas cosas no parezcan, ni sean en sí mismas graves, tienen prácticamente una trascendencia incalculable y están prohibidas a la mujer por destructoras de su naturaleza y tentación de los hombres. Una mujer con ese comportamiento nunca es modesta ni pudorosa, ni se librárá de graves peligros.

La manifestación externa del pudor se llama verecundia. Modestia es virtud moral que inclina a guardar en las cosas de la castidad el modo debido. La modestia se llama también decencia. El pudor, la verecundia y la modestia tienden a la defensa de la castidad, que es virtud trascendente y difícil. La castidad es la virtud del cuerpo, como la deshonestidad es su pecado.

El pudor y la modestia se exigen más a la mujer que al hombre y no sin motivos. El cuerpo de la mujer es ideal pasional de los hombres; fuertemente pasional. Si la mujer no lo oculta, no lo sombrea, el hombre y con él la mujer perecerá víctima de la tentación.

La mujer que posee un casi irrefrenable instinto de darse —el amor es siempre un don de sí—, está en todo momento en grave peligro de alcanzar este larvado deseo por medio de la sugestión que su cuerpo ejerce sobre las pasiones de los hombres. Es su natural tentación. ¿De cuántas jóvenes se puede decir lo que de su madre escribió el filósofo pagano Séneca: «jamás profanaste tu rostro con afeites ni aderezos; jamás te complació el vestido procaz hecho para mostrar la desnudez pecaminosa; tu aderezo único fué el más hermoso y rico de la mujer: el pudor»?

Por ser el cuerpo de la mujer más fino y bello que el del hombre, tiene peligro de narcisismo y de explotación egoísta. Este peligro que padecen las jóvenes lo agrava la alabanza interesada de los libertinos que cantan a sus oídos la canción de su belleza. Atenderlos es su perdición y la del mundo. Hoy no son pocas las jóvenes que adoran su cuerpo y que lo estiman como su valor supremo y que cuidarlo y explotarlo es el ideal más querido de su juventud. Lejos de sombreadarlo, como la modestia y el pudor exigen, lo ofrecen y lo cuidan como a una divinidad. La conducta vil e impúdica de las mujeres de la pantalla y sus aparentes éxitos han causado un daño incalculable a la mujer cristiana y a su virtud tradicional.

La mujer debe avergonzarse y sentirse ofendida cuando los hombres la sobreestiman por su cuerpo; el valor de la mujer no está en su físico, no está en su tipo; la mujer no es cuerpo, aunque lo posea. El hombre que busca y estima a la mujer preferentemente por las condiciones o formas de su cuerpo, es un hombre infame que ofende a la mujer.

Los teólogos suelen distinguir en el cuerpo de la mujer

tres zonas de moralidad o decencia. La primera la constituyen las manos, la cara y los brazos hasta el codo, más los pies; son las llamadas partes honestas del cuerpo. El pecho, las piernas y la parte superior del brazo son consideradas como partes menos honestas. En todas ellas hay un más y un menos.

La desnudez de las partes menos honestas del cuerpo, los vestidos excesivamente ajustados o transparentes que las hacen resaltar, aunque de suyo constituyen pecado venial, pueden ser y lo son con demasiada frecuencia, por la debilidad y malicia humanas, ocasión de pecado grave, máxime cuando es muy pública.

Al ofrecimiento descarado e impúdico del cuerpo de la mujer, responde siempre la naturaleza del hombre más o menos brutalmente, según el grado y modo de la exhibición, y esto necesariamente. Así toda mujer inmodesta, en cierto modo, es mujer profanada por la naturaleza, por los ojos, por la mente, cuando no por las obras.

Raro será el caso de una mujer ofendida en su honor por el hombre que pueda razonablemente asegurar que no tuvo en ello culpa alguna. El hombre da lo que la mujer le pide; la mujer no pide con palabras, pide con un vestido llamativo, con una actitud, con un gesto.

No lo duden las jóvenes, cuando la fiera pasional que duerme en la naturaleza del hombre brama, en el noventa y cinco por ciento de los casos, son ellas las que la desesperan con el ofrecimiento de su cebo apetitoso. Cuando esto acontece, no es suficiente adoptar una actitud digna, es obligatoria una rectificación de la conducta.

Resulta siempre más cómodo quejarse de las groserías de los hombres que dominar las propias pasiones; más cómodo, sin duda, pero menos racional y menos noble. Ambas posturas son reprehensibles, la de la mujer que tienta y la del hombre que cae, pero es más explicable y hasta disculpable, que un hombre reaccione pasionalmente ante objetos pasionales, que el que una mujer, a la que Dios dotó de naturaleza limpia y pudorosa, se exhiba conscientemente como objetivo concupiscente.

Muchas jóvenes, personalmente puras, se muestran a los hombres como infames y se sorprenden de que los hombres reaccionen en su presencia, no como lo que son y quieren ellas, sino como lo que dan a entender que son. La mujer irreflexivamente acusa al hombre de brutalidad y grosería por su conducta ante ella, pero más bien que quejarse, lo que corresponde es enmendarse.

Un famoso político español dijo hace ya cien años: hay muchas mujeres buenas, pocas malas (hoy los hombres dicen que habría que rectificar algún tanto esta afirmación), pero en cambio son muchísimas las que siendo de las primeras se parecen a las segundas.

El ocultamiento del cuerpo a las miradas y deseos de los hombres, fué siempre gloria y norma indeclinable de toda mujer, tanto en pueblos civilizados como salvajes. Sólo la depravada, la pública ha ofrecido su cuerpo haciéndolo resaltar a las miradas de los hombres.

No acaban de entender las jóvenes, vencidas por su vanidad irremediable, y por el halago insistente de los mun-



danos que le cantan los encantos de su belleza, que por el cuerpo nunca conseguirá que los hombres la estimen ni menos la respeten, sino únicamente que la deseen y el deseo corporal es siempre vil.

La joven prudente no debe descuidar la decencia personal ni en su propio hogar. Sin pensarlo, irreflexivamente puede crear verdaderas revoluciones morales en sus propios familiares. Por regla general, su conducta en la casa ha de ser la misma que en la calle, y con su familia como con los extraños. Sus hermanos son hombres y hasta su mismo padre y ella mujer; esto basta para hacerla prudente y recatada. Es lamentable la frivolidad e impudor que reina en muchos hogares que se llaman cristianos.

El pudor y el recato femenino tienen su defensa natural en el vestido. El vestido en la mujer es salvaguardia imprescindible de la castidad del hombre, aunque no la única. Cuando vivían en el Paraíso Adán y Eva no usaban vestidos, entonces no tenían por qué avergonzarse, puesto que el cuerpo no era tentación de ruina. Mas, tan pronto como pecaron y apareció la concupiscencia, nació el pudor y con él la exigencia del vestido. Aún hoy para los salvajes el mejor regalo es un vestido, porque el vestido es la defensa del honor y de la dignidad humana. Desde el día del pecado en el Paraíso, la cantidad de vestido señala el grado del honor en la mujer. La tendencia a la desnudez, es tendencia al deshonor. Cuanto una mujer más se desviste, más se degrada y más se hace ruina. El pudor defiende a la mujer desde dentro; el vestido desde fuera.

Las jóvenes necesitan conocer la ley de la concupiscencia para saber la trascendencia de la virtud de la modestia. La

concupiscencia es una tendencia radicada en la naturaleza humana efecto del pecado original, que inclina fuertemente hacia el mal. La concupiscencia no es pecado, pero es raíz y fuente de muchos pecados. Avivarla es exponerse a hacer imposible la virtud. Con el pecado original el hombre perdió el dominio despótico sobre sus pasiones y sentidos, hoy éstos se revelan contra la voluntad y quieren y buscan lo que a veces la voluntad repugna. Así nace la exigencia interior de lucha para mantenerse en el bien.

La concupiscencia que inclina al pecado deshonesto no está radicada en el mismo grado en el hombre que en la mujer. La mujer tiene menor concupiscencia hacia el pecado deshonesto que el hombre. Y la que tiene se manifiesta menos directamente impura. Esto por motivos altísimos de defensa de los supremos valores de la Humanidad. Si la mujer padeciese la misma concupiscencia y violencia lasciva que el hombre, se incapacitaría para su función sagrada de maternidad, y el mundo sería una cloaca.

Porque el hombre tiene una naturaleza más concupiscente, muchas cosas que a la mujer le serían lícitas no las puede hacer porque ocasionarían ruina para el hombre. Es la ley cristiana de la caridad. La candidez e inocencia naturales de la mujer muchas veces ocasiona peligros y males gravísimos en el mundo, peligros y males de los que ella suele resultar la primera víctima. El idealismo en muchas ocasiones resulta perjudicial. Tenemos que vivir con los pies puestos sobre la tierra fea y sucia; vivir como exige nuestra condición y no como si fuéramos ángeles. El Paraíso desapareció de la tierra.

Que todas mis lectoras sean tan modestas y candorosas

que puedan decir con verdad que fué fábula y no historia lo que un día, medio en broma y medio en serio, escribió «La Codorniz»: «Erase una muchacha llena de candor y de inocencia... —¡Qué cosa tan rara!»

## DOCTRINA DE LA IGLESIA

El día 12 de enero de 1930 la Sda. Congregación del Concilio dirigió a los Obispos del mundo una Instrucción Apostólica sobre la deshonestidad del vestido de la mujer y de los males que ella acarrea. De aquel documento son estas palabras:

«En virtud del poder supremo de apostolado que ejerce sobre la Iglesia universal, el Papa no ha dejado nunca de inculcar por palabra y por escrito las palabras del Apóstol: «Las mujeres se vistan con vestidos de modestia, con pudor y sobriedad». Y muchas veces reprendió y durísimamente condenó la costumbre introducida poco a poco entre las mujeres y jóvenes católicas de vestir deshonestamente que no sólo ofende gravemente la dignidad y el decoro propio de la mujer, sino que repercute en desgracia temporal de la propia mujer y lo que es aún peor, en la eterna condenación propia y ajena. Por esto no es de extrañar que los Obispos y jerarquías eclesiásticas se hayan enfrentado con esta procaz y malvada libertad en sus diócesis, teniendo que sostener más de una vez, con gran fortaleza, las burlas y desprecios de los malvados.—Esta Sda. Congregación, mirando por la disciplina, aprueba la vigilancia y trabajos de las autoridades y vehementemente les recomienda que lo comen-

zado lo continúen, y alegre y varonilmente insistan hasta ver raída de la sociedad humana esta contagiosa enfermedad.

Más tarde, el 15 de agosto del año 1954, la misma Sgda. Congregación publicó otro documento fuerte y aleccionador que la mujer cristiana debe leer y poner en práctica, si no ha de incurrir en gravísimas responsabilidades ante Dios.

Dice esta Carta: «...A nadie se ocultan los espectáculos que sobre todo en el período de verano, se producen y que no pueden menos de ofender a cuantos todavía no han olvidado y no del todo desprecian la virtud cristiana y el humano pudor».

«No sólo en las playas, no sólo en los pueblos de verano, sino en todas partes, aún en las calles de ciudades y aldeas, en sitios públicos y privados y no pocas veces en los templos sagrados del Señor, prevalecen los vestidos indignos y desvergonzados».

«Esto, de modo especial al espíritu de los jóvenes, tan fácilmente inclinados al mal, pone en peligro gravísimo su amenazada inocencia, que es el mayor y el más hermoso tesoro del alma y del cuerpo».

«El ornato femenino, si ornato puede llamarse, los vestidos femeninos, si como vestidos han de tenerse, como decía Séneca, aquellos en los que no hay nada que pueda defender el cuerpo y ni siquiera el pudor, son frecuentemente tales que parecen servir mejor para fomentar la impudicia que para defenderla...»

«No hay quien no vea cuántos males, cuántos peligros para las costumbres ciudadanas se siguen de aquí. Es mani-

fiesto que se trata de algo gravísimo íntimamente unido con la virtud cristiana, la salud corporal y el vigor y desarrollo de la sociedad. Lo dijo admirablemente el antiquísimo poeta Ennio: «El principio de las mayores calamidades es desnudar los cuerpos entre los ciudadanos»... Hoy como todos fácilmente pueden advertir, el vestido femenino y sobre todo el de las jóvenes, ofende gravemente el pudor que es, en frase de San Ambrosio, «compañero de la pudicia con la cual se asegura mejor la castidad». Qué hermoso es el pudor, qué espléndida joya de la vida, exclama San Bernardo. Que no sea pisoteado por los fáciles atractivos del vicio, fruto corrompido de tan perniciosas libertades en el vestir y de la serie de inmoralidades que hemos indicado y que no podemos menos de lamentar...»

El Papa Pío XI dijo: «Es ignominioso lo que hoy sucede entre las mujeres que dicen son cristianas, pero que realmente cubren de infamia el nombre cristiano». «La indecencia en el vestir es una verdadera vergüenza para la dignidad humana». «La inconsciencia de muchas mujeres hace que sus cuerpos se conviertan en miembros de meretrices, como decía San Pblo».

El Papa Pío XII: «No es nuestro propósito el describir el triste y demasiado conocido cuadro de los desórdenes que se ofrecen a nuestra vista: vestidos tan exiguos o de tal manera confeccionados que más bien que cubrir sirven para poner de relieve lo que debieran velar; deportes en formas desenvueltas, exhibiciones irreconciliables con la modestia más condescendiente. Bailes, espectáculos y conciertos en los que el afán de diversiones y de placer acumulan los más graves peligros».

Sería traidora a la profesión cristiana la joven que menospreciase tan augustas y duras amonestaciones y con una frivolidad criminal pensase seguir con una conducta contraria a estas normas emanadas de la suprema autoridad religiosa. Bien seguras podrían estar de que amarían más al mundo y al pecado que a Dios y a su santa Iglesia.

Siguiendo estas directrices de Roma apenas hay autoridad eclesiástica que no haya hablado durísimamente y condenado ciertas modas que emanadas de centros sociales al margen de la moral y de la decencia más elemental, deslumbran y siguen muchas jóvenes cristianas, tales como vestidos ajustadísimos o excesivamente cortos, ropas transparentes, escotes pronunciados. Auténtica peste de corrupción de costumbres que mata la gracia divina en muchísimas almas exponiéndolas a su eterna condenación.

Decía el Arzobispo de Valladolid: «Ciertos espíritus míopes no ven la importancia que tiene la virtud de la modestia y dicen que qué más da unos centímetros más o menos en el vestido: error gravísimo doctrinal y práctico. No se reduce la cuestión a eso, es mucho más amplia y compleja. Es un conjunto de cosas, pequeñas cada una de por sí, mas todas juntas no son una pequeñez. La modestia es tal que a veces una sola faceta muy pequeña constituye algo muy grave. Es íntima la conexión de la modestia con la castidad, y la de ésta con los problemas más graves de la vida cristiana y de la misma vida natural». (Boletín Oficial de la Diócesis, septiembre 1941).

Del pudor y de su relación con la castidad decía el actual Obispo de Málaga Dr. Angel Herrera, en su Carta pastoral

«La Pública Honestidad en las Playas de Málaga»: «No tiene, se dice, la misma gravedad una falta contra el pudor que una falta contra la castidad. De ley ordinaria es así. Pero hay una relación inmediata y necesaria entre pudor, castidad y lujuria. Perdido el pudor, perdida la castidad. Impudor triunfante, la lujuria en todas sus formas. Sociedad impúdica, sociedad depravada».

«Sociedad que amparándose en la moda o en la higiene viola con descaro leyes elementales de decencia en el vestir, agravia los sentimientos cristianos del pueblo: es ocasión de escándalo y crea un ambiente de sensualidad corrosivo de la integridad moral de los ciudadanos».

«Queremos censurar, decía el Excmo. Cardenal de Tarragona, en Carta Pastoral, con verdadera pena y amargura de nuestra alma la actitud sumamente deseducativa que adoptan con frecuencia las jóvenes en paseos públicos, cafés y bares exhibiendo sus desnudeces con escándalo general incluso de las niñas y adolescentes, que copian lo que ven en gestos y modales, cundiendo de esta manera la desmoralización con detalles que nos abstenemos de puntualizar, pero que revelan un mal grave. Esa procacidad, aunque sea inconsciente, resulta provocativa en sumo grado».

El Arzobispo de Granada, Dr. García y García: «No podemos apartar de nuestra imaginación el espectáculo que repetidas veces hemos presenciado en las costas africanas al contemplar allí reunidos y amalgamados usos y costumbres de muy distintas civilizaciones. Frecuentemente veíamos cruzar calles y plazas a mujeres musulmanas, hebreas, cristianas y con honda pena y sonrojo para las hijas de la Cruz,

podimos observar que, al menos en lo que atañe al comportamiento y presentación exterior, las mujeres más frívolas, más livianas, más libres y descaradas, eran por lo general las europeas, las cristianas. ¡Qué ignominia para la civilización europea y para la religión cristiana!»

Podríamos ser interminables en citar testimonios semejantes de las Jerarquías de la Iglesia. En Carta Pastoral Colectiva decían el 22 de julio de 1956, los Obispos de Portugal: «En lo que respecta a vestidos y actitudes se recorren caminos sombríos de libertinaje, de esclavitud funesta, con una insensibilidad de conciencia que arrastra a tenebrosas consecuencias: desenvolturas en el vestido que necesariamente hieren las conciencias delicadas». Y más adelante en la misma Carta: «Difícilmente podrán considerarse exentas de pecado mortal aquellas mujeres cuya inmodestia constituye grave escándalo o alucinadora provocación. No puede alegarse la falta de intención, ni sirve de nada el ejemplo ajeno, porque la gravedad del pecado no sólo se define por las intenciones del que lo comete, sino también por el desorden objetivo de los propios actos y por circunstancias exteriores del escándalo y mal ejemplo. No merecen la absolución sacramental aquellas que convencidas de la gravedad de su inmodestia, no ofrecen garantía sólida de arrepentimiento y de enmienda y ni siquiera hacen la más leve tentativa para corregirse. En ciertos casos la falta no pasará de pecado venial, pero éste también debe evitarse, porque es obligación de todos tender a la perfección, para la que se exige esfuerzo constante de la voluntad».

Y en armonía con los preceptos de la moral cristiana y de las instrucciones del Papa Pío XII establecen: «Condena-



mos la inmodestia de aquellos vestidos que demasiado ceñidos por su estrechez, ponen de relieve las formas del cuerpo, cuyo recato exigen la fe y la propia dignidad natural. La inmodestia de los vestidos de tal manera reducidos que quiebran la reserva y el respeto con que debe mirarse un cuerpo que fué consagrado a Dios en el Bautismo. La inmodestia de los vestidos que por su transparencia son causa de ruina espiritual».

«Queremos de modo particular que la Casa de Dios sea respetada. Nadie ose profanar los templos entrando en ellos en traje deshonesto o adoptando actitudes irreverentes. Las mujeres tendrán la cabeza cubierta, velados el pecho y los brazos; usarán medias y evitarán los trajes masculinos, de lo contrario, no deberán ser admitidas en el Templo ni a los Sacramentos».

Estas normas, con ligeras variantes en la forma, son las que han preceptuado las autoridades eclesiásticas respectivas en sus Diócesis de España».

«No es tolerable que el vestido de la mujer llegue sólo a la rodilla», declaró el Segundo Concilio Provincial de la Archidiócesis de Valladolid. Y el Arzobispo de Burgos, en 1957, dijo: «Ninguna mujer que se precie de cristiana puede usar trajes exageradamente escotados, sin mangas ni ceñidos, ni transparentes, ni faldas extremadamente cortas. El uso de las medias debe ser imprescindible: ir sin ellas es signo de desnudez».

Así todos los Obispos, así la Iglesia. Podrá haber jóvenes débiles, hasta malas, pero desconocedoras de las obligaciones de la decencia cristiana, no.



# BELLEZA Y ESPIRITU

La vida es el bien natural de los seres; la perfección de la vida señala el grado de perfección de un ser. Nada se ofrece al hombre en el mundo que refleje la vida en su perfección como la mujer. La presencia de una mujer bella es la sombra menos sombra de la felicidad soñada del cielo. ¿Acaso el hombre no busca y se entrega a la mujer con el ardor con que la naturaleza tiende hacia Dios?

Pero el cielo femenino tiene más de apariencia que de realidad. La mujer es más cielo mirada desde fuera, que gozada desde dentro; por eso hay tantos hombres que dejan hasta a Dios por el gozo de una mujer y poseída la hastían y desprecian. La mujer tiene mucho de tentación, de engaño. Es infinito el número de hombres que han sido desgraciados en su vida por creer excesivamente en la verdad del cielo que brinda la mujer.

A la mujer ciertamente la creó Dios como alegría y descanso del hombre en la tierra; para este fin la dotó de cualidades especiales con las que pudiese realizar esta bella y atractiva función ante el hombre: belleza, delicadeza, espiritualidad, simpatía y hasta irreflexión y frivolidad que son muchas veces, lamentablemente, elementos de alegría y atractivo. Si la mujer pensase más, sería sin duda menos atractiva y sonriente y por ello menos ilusión para el hombre.

Esta misión de gozo que Dios señaló a la mujer en la tierra y sus cualidades con que la adornó, si la ganan un puesto de predilección en sociedad, al mismo tiempo son raíz de funestísimas desviaciones que acarrearán no pocas veces gravísimos males al hombre y a ella misma. No cabe duda que el mayor enemigo que la mujer encuentra en la vida está precisamente en su condición y en sus cualidades personales: belleza, atractivo, frivolidad, simpatía.

Sin la mujer el mundo sería más triste, menos gustoso, tal vez hasta insoportable, pero también es cierto que nadie ha hecho sufrir y pecar más al hombre que la mujer. Necesita, pues, la mujer regir su naturaleza, encauzar sus fuerzas de sugestión por los caminos del bien. La mujer que hace norma de su conducta los impulsos de su naturaleza se vuelve en el mundo peor que el mismo demonio.

Peligro de ruina, propia y ajena, es en la mujer la creación del mito de su belleza y atractivos corporales. La mujer debe estar firmemente convencida de que su belleza y valores sensibles no son elementos fundamentales y únicos de su felicidad ni de la misión que tiene en el mundo. Al contrario ha de saber que ellos son el máximo peligro. Muchas mujeres maldecirán eternamente haber sido demasiado guapas, muchos hombres las han maldecido ya. En el infierno el nombre de mujer es nombre de blasfemia para millones de bocas.

La belleza en la mujer es un arma eficacísima de muerte. La belleza no lo es todo en la mujer. Yo he conocido a mujeres bellísimas desgraciadísimas, y hombres casados con mujeres deslumbrantes, hastiados de su esposa. No lo espere

todo la mujer de su belleza ni lo busque; fracasará. Ella y ellos.

La experiencia enseña que la sola belleza corporal cansa y cansa pronto. La belleza con otras dotes se complementa y perfecciona. Aún más, la belleza exagerada no es casi nunca buena compañera de la felicidad ni de la virtud. Es muy raro qu una mujer muy bella sea feliz ni que haga feliz a un hombre y mucho más que sea virtuosa. La belleza no santifica nunca.

Es más conveniente a la mujer una belleza discreta acompañada de otras cualidades morales sobresalientes que la belleza extrema sola. La belleza femenina, cuando es excesiva, ni la mujer y mucho menos el hombre, suelen saber administrarla bien.

Recuerde la mujer que la belleza femenina se identifica casi con lo sensual y lo sensual es moralmente peligroso. No hay tentación de pecado más sugestiva que la que viene por la belleza de la mujer; es punto menos que imposible el que un hombre pueda mirar a una mujer bonita con plena limpieza de corazón. Extrañará esto a las jóvenes, pero es así.

En la teología espiritual se insiste sobre la necesidad de ser parco y precavido en el trato con la mujer y en la mortificación de los ojos en su presencia para poder el hombre ascender por el camino de la intimidad con Dios. Fueron muchos los santos que rehuyeron el trato de la mujer por peligroso. El Sco. Padre San Francisco confesó, próximo a su muerte, que de cara no conocía más que a dos mujeres. San Luis de Francia, hijo de reyes, y después fraile franciscano

y obispo evitaba toda trato de mujer. Del gran San Pedro de Alcántara escribió Santa Teresa de Jesús en su Autobiografía: «A mujeres jamás miraba». Y el sagrado libro del Eclesiástico dice que la mujer es más amarga que la muerte.

Esta doctrina y práctica parecerá extraña, tal vez ridícula, a muchas jóvenes de hoy acostumbradas a plena libertad de sentidos y convivencia con los hombres, pero su extrañeza manifiesta su desconocimiento de las vías de la perfección cristiana. Pecado de mujeres es matar riendo, acariciando; la mujer es pastel envenenado. Recuerden las jóvenes el mito pagano de la sirena, que es cuento, pero con fundamento en la historia.

Tremendas tragedias ha ocasionado la belleza de la mujer; baste recordar a Troya y a San Juan Bautista. Dijo el Espíritu Santo: «El vino y las mujeres hacen apostatar a los sabios. No te fijes en la hermosura de la mujer, ni la desees; por la mujer comenzó el pecado y por ella morimos todos». Esto que dice Dios es bastante distinto de lo que están acostumbradas a oír las jóvenes, pero consideren quien les dice la verdad.

La mujer posee cualidades más útiles, más nobles y de mayor garantía de virtud, felicidad y triunfo que la belleza corporal. Son estas la amabilidad, el optimismo, el sentimiento, el buen carácter, la abnegación. Estas cualidades debe cultivar preferentemente la mujer, segura de que en ellas está el secreto de sus auténticos y duraderos triunfos. Mediante ellas cumplirá la bella misión que Dios le tiene encomendada en la tierra.

La mujer que dé un valor exagerado a los valores sen-

sibles, que viva entregada a la tarea innoble de maximizar los atractivos corporales, manifiesta ser una mujer vacía, incapaz de llenar las aspiraciones de un hombre. En ella tendr a total realización la f bula de la zorra y el busto: Tu cabeza es hermosa pero sin seso. Muchos fracasos de los hombres y muchas tragedias de los hogares han nacido de esta concepción equivocada y parcial que de la mujer se formaron los hombres y que ellas suscitaron alegremente.

Casarse con una mujer sólo porque es muy bonita, porque posee un cuerpo y una sensibilidad acusada, es disparate que siempre paga el hombre. —Padre, me voy a casar, dijo un día un muchacho a su padre. —Me gusta y te felicito.  Y cómo es tu novia? —Estupenda, dicen que la más bonita. El padre sacó su pluma y escribió en el papel un cero. — Y qué más? —Y rica. Otro cero. — Y qué más? El muchacho le fué contanto y cantando a su padre todas las prendas que su cariño le hacía ver en su prometida, pero el padre a sus entusiastas alabanzas sólo respondía aumentando su ya no pequeña fila de ceros. — Nada más? —Pues también es muy piadosa y pura. —Ah, y escribió delante de los ceros la unidad; mira esto vale tu novia. La belleza sola en una mujer es un cero. En un perrito, en una flor, es la unidad. La mujer sobreestimando su belleza, obrando y pensando como si la belleza fuese la garantía de su perfección, se rebaja a la condición de una flor o de un perrito, se hace despreciable.

La belleza corporal, la lozanía de la juventud son valores insignificantes en el compuesto humano. Son una parte de un billete de banco, aquella que sola no tiene curso legal. Las jóvenes viven ilusionadas en su frivolidad y encan-



tos pasajeros, si los hombres no fuésemos más que papelillos que lleva el viento, harían bien en sus entusiasmos, pero si se mira la vida de cara al otro mundo, muchas bellezas y vanidades podrían tomar aspecto de tragedia.

Las jóvenes, sin embargo, tienen un concepto de la belleza, casi divino. Se equivocan y su equivocación la han de llorar más tarde o más temprano. Son los libertinos y las pasiones humanas los que cantan la canción de la belleza femenina, los que con ese cuento, que tanto gusta a la juventud, la tienen fácil. Quien mucho canta a los oídos de la mujer el canto de su belleza corporal, repite la canción de sirena de Satanás al oído de la primera mujer.

Sólo la mujer sensual, la mala, tendrá la belleza corporal por gran tesoro, la procurará con ansia y la negociará sin límite.

La belleza femenina en una sociedad corrompida, lujuriosa, será un ídolo ante el que quemarán incienso los hombres; pero la mujer no debe mirar tanto el perfume del incienso cuanto la persona que se lo da. Recuerden el refrán: «Cuando el sabio calla, malo; cuando el necio aplaude, peor». Hay alabanzas que degradan. Que los libertinos piropeen a la mujer corporalmente atractiva, no puede ser motivo para que una mujer busque ser bella. ¿Ha cantado alguna vez Dios la belleza corporal de la mujer? Hay mujeres bellísimas por las que se matarían los hombres y que son para Dios asco y maldición.

Por la belleza triunfa la mujer en el mundo, en el mundo negación de Jesucristo, pero la belleza es fácilmente el

mayor peligro que puede tener una joven para su eterna salvación. Según la intensidad con que la mujer ame el mundo y estime su salvación, buscará la belleza, o la temerá. La que ame el goce del mundo y sus bienes prohibidos, negociará con su belleza para ganarlos, porque para el triunfo en el mundo ninguna arma como la belleza. La que estime el cielo sobre todo, será prudente y temerosa en la posesión y explotación de su belleza.

El pecado se ofrece a la mujer hermosa siempre en bandeja de plata.

Todos los vicios miran sonrientes a la mujer bella. La belleza tiene sin duda un triunfo, pero ese triunfo no suele ser el de la virtud. La joven que ame sobre todo la virtud, temerá si es bella.

La mujer guapa, si carece de grandes valores morales, está abocada a no ser comprendida ni amada, sino meramente deseada. Si la joven estima su honor y busca su bienestar, debe pensar en este peligro y tomar medidas para alejarlo. Lo evitará sombreando su belleza y observando atentamente las manifestaciones y actitudes de los hombres ante ella para conocer si son meros brotes pasionales o sinceras muestras de admiración y cariño. A ninguna joven conviene tanto ser recatada y parca en confianzas con los hombres, como a la muy agraciada. En el cielo la belleza es una gloria, en la tierra es un peligro.

Cuando el hombre llega a perder de vista en la mujer sus valores espirituales, que sucede siempre que la mujer hace resaltar excesivamente los corporales, no le queda otro

objetivo de atracción en la mujer que su cuerpo. En ese **mo-**mento comienza la degradación y ruina del hombre y de la mujer. Entonces tendrán realidad las palabras del Espíritu Santo antes citadas: «La mujer es más amarga que la muerte».



# LA COQUETERÍA

La coquetería es el arma de la mujer en la conquista del hombre; pero como arma, peligrosa y más estando en manos femeninas.

La coquetería es el lenguaje de la mujer que no quiere dejar de ser mujer, y que entienden hasta los hombres anal-fabetos.

La coquetería, como la magia, una es blanca y otra es negra.

La coquetería que nace de un deseo más o menos larvado de lujuria, que hace al hombre pensar que con ella se le abre la puerta del honor de la mujer, es coquetería negra, mala. Es la coquetería de las jóvenes atrevidas y muy mundanas.

La coquetería, aún no siendo gravemente mala, expone fácilmente a la mujer a grandes peligros, por el fácil corrimiento al exceso y la maliciosa interpretación de los hombres. Debe controlarse y observar a los hombres, controlándolos cuando pasen la raya, y moderándose ella en sus exhibiciones.

Una coquetería simple revelación de la sensibilidad femenina, de velado instinto de cariño limpio, es una coquetería sana de mujer.

Para el hombre, distinguir estas dos clases de coquetería en la mujer, es fácil.

Cuando la mujer es sensual, cuando está «picada», como la mujer es muy franca y transparente, su coquetería llevará siempre la impronta de su ser y se manifestará a los hombres como un deseo, como una invitación.

La coquetería en esas mujeres es un abrir la puerta de su honor. Los hombres tienen un instinto finísimo y muy acusado para percibir esta invitación. Las mujeres a veces se extrañan de que los hombres reaccionen ante ellas de una manera brutal, pero los hombres dicen que no hacen sino «responder» a la mujer, y esto es verdad. Claro que esto no quita que esos hombres sean ineducados y malos. Hay preguntas que el hombre debe dejar siempre sin respuesta, hay invitaciones que no debe aceptar, aunque sean muy apetitosas y encima gratis.

Las mujeres piensan pocas veces en las invitaciones salvajes que hacen a los hombres. Muchas, más de las que ellas creen, ofrecen a los hombres carne como cebo y después se quejan si los hombres quieren aquello que se les ofreció. Este es el absurdo vital femenino. No se puede ofrecer lo que no se puede aceptar. Y esto aún en el caso de que el ofrecimiento tenga sus ventajas. Que lo sepan las mujeres y que obren conforme a ello y evitarán muchos malos deseos en el hombre, muchas peligrosísimas ocasiones para ellas y muchos graves pecados para los dos.

La coquetería no les parece mala a las mujeres, pero a los hombres frecuentemente sí, porque la miran desde án-

gulos distintos. El hombre la ve desde su naturaleza, la mujer desde su intención. La intención en la mujer suele no ser mala, la naturaleza en el hombre sí, por eso el hombre ve mal cierta coquetería que a la mujer le parece cosa natural y femenina.

A la mujer la engaña frecuentemente el éxito momentáneo de su coquetería; necesitaba esperar y ver al revolver la esquina. A algunas chicas muy coquetas y de mucho triunfo ante los hombres, les conviene tener presente que para su mal le salen alas a la hormiga.

La coquetería a la mujer no le debe servir para cazar con trampa al hombre, sino para encontrar *su* marido. Joven, con barro no se levantan edificios eternos; no busques marido para un mes ni sólo para tus sentimientos porque nada más veleta que ellos, en cambio, el hombre será siempre el mismo en sus exigencias fundamentales.



LA MODA

La moda para la inmensa mayoría de las jóvenes no es otra cosa que una manera de estar más bonitas. Es candidez, además de ser mentira, porque muchas modas son feísimas. Está más que probado que muchas modas se crean para acentuar el atractivo sensual que el cuerpo de la mujer tiene para el hombre.

Aún sin esta mala intención de los creadores de la moda, las jóvenes no deben dudar que la ligereza del vestido y ciertas formas de vestir excitan, principalmente en los jóvenes, las pasiones carnales y les sirven de ocasión, grave fácilmente, de torpes deseos y acciones más o menos ocultas e inmediatas.

Esto, que es cierto por la condición de la naturaleza, motiva las insistentes y graves amonestaciones de la Iglesia a las mujeres para que vistan honestamente, sin vestidos ceñidos en exceso, sin ligerezas que dejen entrever las formas corporales.

Respecto de esta actitud femenina escandalosa no salva la conciencia la intención sana, o menos mala, que pueda tener la joven al adoptar formas condenadas por la decencia y moral cristiana, porque el mal y el peligro no están sólo en la intención sino en los hechos y por tanto lo que se debe enmendar, para que no haya pecado, es el hecho, la actitud externa. Hay obras malas e intenciones malas. En

este caso es posible que muchas jóvenes al vestirse indecentemente no tengan intenciones excesivamente malas, pero hacen una obra mala que deben evitar.

Los cristianos deben estar persuadidos de que la Iglesia tiene autoridad divina para señalar lo que es bueno y lo que es malo y deben igualmente saber que hay obligación moral de seguir las normas emanadas de esa autoridad. Siguiendo a la Iglesia no se yerra; desobedeciéndola se ofende a Dios, se peca, más o menos según la gravedad del mandato.

El juicio particular sobre moralidad está abocado a crear una religión al propio gusto, que es lo mismo que hacerse irreligioso. No se va al cielo ni se agrada a Dios por los caminos y modos que a cada uno parece, sino siguiendo las leyes y modos establecidos por el mismo Dios; y Dios ha determinado que sea la Iglesia, en sus órganos auténticos jerárquicos, la que declare y determine este camino y este modo.

Juegan con fuego las jóvenes que frívolamente menosprecian las leyes y normas eclesiásticas sobre moral pública y se exponen a muy graves responsabilidades ante Dios si, vencidas por sus caprichos o los halagos del mundo, viven al margen de dichas normas.

Recuerdo a las jóvenes las palabras de los obispos de Alemania en Pastoral colectiva a su pueblo: «No somos los únicos en juzgar que hoy en día hay modas que no sólo se burlan de las leyes de la belleza sino que son piedra de escándalo por su indecencia». Vuelve a convertirse en última moda lo que ya San Jerónimo y San Clemente de Alejandría estigmatizaban como aberración pagana: el buscar y ofrecer

formas de vestir con el principal objeto de presentar el cuerpo femenino como desvestido.

Que esto suceda, dicen los citados obispos, principalmente en determinadas ciudades mundanas, nada tiene de extraño, lo incomprendible es que mujeres cristianas se dejen llevar de esa moda y la adopten para sí. No duden que con ello incurrirían en la temerosa maldición que Nuestro Señor lanzó contra los escandalosos.

La moda más que belleza a la mujer da atractivo, pero no siempre a ella sola: no pocas veces es el pecado el que más se embellece. Es demasiado feo para presentarse como ilusión de los hombres; necesita embellecerse y se viste de moda; con la moda el pecado es siempre bonito.

El intento femenino de agrandar y atraer a los hombres por la exhibición de las formas corporales, es siempre reprochable por indecente y escandaloso. Cuando una joven se ve bien con un vestido exageradamente ajustado, se mira con ojos carnales, mundanos, pospone el sentido cristiano del pudor, carece de la vergüenza para poder apreciar lo feo y pecaminoso de su presencia «bonita». Bonita a los ojos, a la concupiscencia, a la sensualidad.

Para el cristiano antes que la moda es la moral; antes que el mundo, Dios. Por esto la moda sólo puede seguirla la mujer prácticamente católica cuando respete y se someta a las leyes de la moral cristiana. La razón para adoptar una moda nunca puede ser en una mujer católica un motivo exclusivamente social, mucho menos un imperativo de vanidad. El catolicismo es una totalidad.

Para orientarse sobre la moralidad de la moda, deben tener muy en cuenta las mujeres católicas, que los centros de moda se desenvuelven casi en su totalidad en ambientes acatólicos, cuando no inmORAles, que apenas tienen en cuenta las exigencias de la dignidad, decencia y espiritualidad de la mujer. Casi todas las modas toman el nombre y el origen de personas irreligiosas y hasta infames. Esto debe hacer reflexionar a la juventud femenina para no ser fácil juguete de los enemigos de su fe.

La joven en sus modas tenga en cuenta que la Iglesia reprueba los vestidos de telas tan finas que transparenten las partes del cuerpo que el pudor exige que se oculten. Esos vestidos pueden resultar más indecentes que la misma desnudez, puesto que sin ocultar suscitan mayor atención y fijezA de los sentidos en esas partes del cuerpo que dejan entrever.

Los vestidos demasiado ajustados o cortos, las faldas que llaman de tubo, son poco decentes y en la práctica, si son demasiado ajustadas y cortas, pueden fácilmente, máxime en ciertas personas, ocasionar muchísimos pensamientos malos y graves tentaciones de impureza en los que las vean. Una mujer con esos vestidos, en sus movimientos, en sus actitudes y en sus posturas, no dejará de ser gravemente indecente en muchas ocasiones. La falda por la rodilla está expresamente reprobada por la autoridad eclesiástica.

La Iglesia reprueba igualmente el escote por indecente, puesto que tiene por objeto mostrar el desnudo, lo que en sí no es moral; sin embargo de esto, lo tolera cuando es breve. El escote será tanto más indecente cuanto más pronunciado sea o más fácilmente dé ocasión de atraer los sentidos

hacia el desnudo aun cubierto; un escote pequeño pero ancho, flojo, puede ser más indecente que otro más pronunciado. La condición corporal de la persona puede agravar o disminuir este peligro y esta indecencia. Adornos aparentemente sencillos, indiferentes por su forma, pueden hacerse indecentes por el lugar que ocupan y por tanto reprobables.

La Iglesia reprueba la indecencia del vestido incluso en los niños de ambos sexos. El cuerpo humano es santo, está santificado con la recepción de muchos sacramentos y especialmente con el contacto de la Hostia sacrosanta. Es templo vivo de Dios. Merece, pues, respeto y consideración. El desnudo es irrespetuoso.

La Iglesia ha dado normas concretas donde reprueba taxativamente el que se vista a las niñas con vestidos que dejen al aire sus piernas por encima de las rodillas. Aún en los niños es indecente e irrespetuoso el pantalón que sea poco más que un bañador.

La indecencia de los niños puede ocasionar y ocasiona no pocas veces perversión moral en la infancia. Esto no deben ignorarlo las madres.

Que un niño o una niña anden semidesnudos por la calle, no será en ellos pecado deshonesto; tampoco es por eso por lo que la Iglesia lo reprueba, pero esa niña está vestida de modo indecente e irrespetuoso a su ser y dignidad cristiana; vistiendo así se crea en ella una tendencia a valorar excesivamente sus formas corporales. Yo sé de una niña que resistía a su madre que intentaba vestirla más decente; porque, decía la niña, tenía las piernas bonitas; vistiendo,

siendo niña, de este modo indecente, se le hará casi imposible mañana sentir el pudor y seguir las normas de la decencia.

Algunas jóvenes siguen la moda porque ven en ella el modo más apto para llamar la atención y con ello atraer a los hombres; no será esto reprobable en tanto se contenga dentro del canon de la moral cristiana; quebrantado éste, ya no es lícito seguir la moda, aunque la intención no sea mala.

Otras jóvenes visten a la moda pensando que moda y elegancia son una misma cosa. Sepan que elegancia e indecencia son incompatibles. La elegancia es ante todo buen gusto y lo indecente es necesariamente feo, de mal gusto.

La moda puede tener otra razón por la que se haga ilícita y es su carestía: estar siempre a la moda, es caro. Uno de los móviles de las creaciones de nuevas modas es precisamente suscitar ventas, obligar a nuevas compras. Seguir la moda con excesiva esclavitud rara vez dejará de crear responsabilidad moral por gastos superfluos.

La novedad en el vestir atrae de primera intención, no siempre por móviles sanos, a los jóvenes, pero rara vez el vestido sólo alcanza lo que las jóvenes buscan con él. El buen gusto hace más que la riqueza y la variedad.

La moda en principio no es mala, lo pueden ser sus modos. La Iglesia, sépanlo las jóvenes, nunca habla contra las modas, sí muchas veces contra sus modos.

Las jóvenes, interesadamente, para justificar las formas pecaminosas de sus modas, se fijan sólo en su licitud sin atender la indecencia de aquellos.

Es tal la ceguera y pasión con que la juventud femenina sigue las corrientes de la moda, que para muchas jóvenes ante ella no significa nada la moral cristiana; las más fuertes y temerosas amonestaciones de la Iglesia las dejan totalmente impasibles y siguen alegres y felices las normas cualesquiera que sean, siempre que vengan de los rectores de la moda. La mujer que mantiene en esta actitud su voluntad, se pone fuera del Evangelio, su mente no es cristiana.

El vestido lo reclama la dignidad humana, más aún la de la mujer; el desnudismo es inmoral y degradante, lo experimentan hasta los salvajes. El fin primario del vestido es defender el pudor y la virtud, secundariamente ampararse de las inclemencias del tiempo y en grado inferior la elegancia y el embellecimiento del cuerpo. La mujer para obrar rectamente debe en su conducta respetar y someterse a esta jerarquía.

El cuerpo es raíz malsana de podredumbre espiritual; exhibirlo en ciertas condiciones y formas es ofrecer ocasión de muerte, de pecado. «Sin el vestido ni la virtud tendría defensa, ni el vicio barreras». La maldición de Dios sobre Can porque profanó la desnudez de su padre, es lección viva para la juventud femenina que ofrece sin pudor su propia desnudez a las miradas y deseos de los hombres.

El vestido, atuendo de dignidad y virtud, lo ha convertido la moda, unos pocos modistos y modistas, en servicio de la desnudez y del pecado. El arma de la virtud se convierte en sus manos en instrumento eficazísimo de pecado.

Marcar las formas del cuerpo es meta corriente de la moda moderna y el hacerlo, ilusión y gusto pervertido de



muchas jóvenes. Con ciertos vestidos apenas habrá hombre que pueda mirar con respeto a la mujer. Que el vestido embellezca, sí, pero que confiera mayor atractivo a la personalidad que al cuerpo.

La moda ha rebajado la dignidad de la mujer considerando su cuerpo como apoyo de vanidades; la moda con demasiada frecuencia ha prostituido el cuerpo de la mujer. Aún más, ha conseguido que la humanidad estime como elemento fundamental del valor de la mujer, la belleza de su cuerpo. Hoy la mujer alcanza mayores triunfos y homenajes por ser bella e incluso indecente que por ser virtuosa. Esta realidad palpable está constituyendo para la juventud femenina más sana su más fuerte tentación de perversión al reconocerse postergada y con cierto complejo de inferioridad social.

La moda ha embellecido a la mujer en su superficie, pero ha echado un manto tupido, aunque deslumbrante, sobre su personalidad. Apenas si se concibe ya una mujer superior sin atender primero a sus dotes corporales. De esta manera la moda se ha llegado a establecer como arranque de una sociedad materialista y lujuriosa.

Las modas han arrancado de la mujer el horror al desnudo y su característica más acusada: el pudor y del hombre su repulsa.

El vestido es el lenguaje con que la mujer manifiesta su inteligencia y su moral. Dice el Espíritu Santo en el Sdo. libro del Eclesiástico: «El vestido y la risa dicen quién es cada uno». Si tenemos en cuenta esta medida nos vemos obliga-

dos a pensar muy poco favorablemente de muchas jóvenes; sus vestidos no hablan nada a su favor.

En otros tiempos fueron los poderes los que moderaron los excesos del vestido en las mujeres, conscientes de su responsabilidad y estimando más a la mujer en sus valores espirituales; hoy contra la vanidad y la maldad en el vestido no tiene la mujer otro control que el de su propia conciencia y las normas emanadas de la Iglesia; que la juventud femenina sea fuerte y dócil a quien manda y aconseja en nombre de Dios.

## DOCTRINA DE LA IGLESIA

De la moda dice admirablemente el Papa Pío XII el 6 de octubre de 1940 a la Juventud Católica italiana: «La moda y la modestia deben andar siempre juntas, como dos hermanas; en latín ambas se derivan de un mismo vocablo. Pero la modestia ya no está de moda. Semejantes a los infelices locos que perdido el instinto de conservación se arrojan al río o al fuego, no pocas almas femeninas, olvidadas por ambiciosa vanidad de la modestia cristiana, caminan hacia el precipicio donde su pureza puede encontrar la muerte. Sufren la tiranía de la moda, aunque se manifieste inmodesta, hasta el punto que ni reparan en su inconveniencia: han perdido el concepto mismo del peligro, y el instinto del pudor».

En el gran discurso, código cristiano de la moda, dirigido a los Maestros Sastres en su cuarto Congreso Internacional

el 10 de septiembre de 1954, dijo el Papa Pío XII: «El espíritu materialista no ha perdonado al sector de la moda. En ella se ve con frecuencia expansionarse un lujo provocativo, que desconoce todo pudor y tan sólo se preocupa de adular a la vanidad y al orgullo. En vez de elevar y ennoblecer a la persona humana muchas veces tiende a degradarla y envilecerla. No siendo vosotros los responsables, preocupaos de respetar las normas de la decencia y del buen gusto, de una elegancia sanamente entendida y perfectamente honesta. En resumen, en lugar de seguir la corriente materialista que arrolla a tantos en la actualidad, servid al espíritu. El vestido expresa de modo demasiado inmediato las tendencias y gustos de las personas para que pueda escapar a reglas precisas que sobrepasan y se imponen al simple punto de vista estético».

«Cuántas jóvenes creen no cometer falta alguna por seguir con docilidad ciertas modas desvergonzadas. Verdad es que enrojecerían si adivinasen la impresión y los sentimientos de quienes las miran». (Pío XII, 17 de julio, 1954).

La moda no puede ser norma suprema de conducta femenina, dijo también el Papa Pío XII.

El Cardenal Gomá escribió: «Quizás en toda la historia de la indumentaria femenina no se encuentre época semejante al desenfreno de la moda actual, a no ser la época del Terror, en que todo realismo brutal pudo prevalecer contra toda idea levantada».

«Qué dignidad la de la persona que viste con discreta sencillez, decía el doctor Masnou a sus diocesanos en su recien-

te Prontuario de la familia cristiana, su vestido revela un juicio equilibrado, el buen gusto, sus propias cualidades. Se aprecia que considera de más valor su persona que el vestido que la cubre. El alma que tiene altura, con su vestir no se presta a ser muñeca en la vida y menos quiere ser diablillo descocado que bajo pretexto de mundanidad va inoculando el veneno de la lujuria por doquier. El vestido es honra de la persona civilizada que rectamente sabe utilizarlo».

Para algunas es manifestación patente de su raquitismo moral y de su vacío interior.

«¿Hará falta describir los daños que producen en el orden moral las modas inverecundas, armas principales de Satanás para abrir las puertas al impudor público, atrio de la depravación moral?» (Metropolitanos de España, 31 Mayo, 1957).

El Card. Arzobispo de Tarragona, Dr. Arriba y Castro, decía en instrucción a sus diocesanos en este mismo año: «Basta tener sentido cristiano de honestidad más elemental para comprender que la moda de hoy en el vestir femenino es absolutamente reprobable por sus concesiones al desnudismo». «Afirmamos, continúa, que la costumbre de llevar los brazos totalmente desnudos no es honesta. Nada digamos de los desnudos cada verano más descotados de pecho y espalda. Dígase lo mismo de los vestidos exageradamente cortos».

# CONCURSOS DE BELLEZA

La juventud femenina no debe dejarse deslumbrar por las sugerencias con que los malvados, para tenerlas fáciles a sus pasiones, la atraen halagando su natural frivolidad.

Los concursos de belleza modernos son un lazo azul que los libertinos tienden a la vanidad femenina para profanar impunemente su belleza corporal. La joven que dude de esto o lo niegue, es mala o tonta.

La exhibición del cuerpo de la mujer en las condiciones y circunstancias en que se verifica en los concursos de belleza, siempre ocasiona ruina moral. Se puede afirmar que ninguno de los concurrentes a tales espectáculos asiste con sana intención y menos que contemple a las desvergonzadas muchachas sin mente lasciva. Manifestarse en tales condiciones ante esos espectadores constituye para la mujer una prostitución más o menos disimulada de su cuerpo. Los aplausos y alabanzas que allí se le regalan tienen mucho de gritos de fiera gozosa ante la presa codiciada.

Las condiciones corporales que se premian y los modos cómo se exploran, que el más elemental pudor impiden declarar, manifiestan la infamia de tales concursos y acusan a los organizadores de intenciones inconfesables.

Las mismas desvergonzadas muchachas que se atreven a presentarse a tales concursos, más de una vez han decla-

rado que la causa principal por qué muchas jóvenes no se presentan es «la vergüenza y los apuros que se pasan».

La belleza de la mujer no es un producto de venta; en la mujer la belleza es cualidad al servicio del espíritu. Individualizarla separándola de la persona degrada a la mujer equiparándola a las cosas.

No todos los concursos de belleza tienen las mismas notas de desvergüenza e inmoralidad, aunque se puede decir que todos son infamantes y ofensivos a la dignidad de la mujer. En los concursos de belleza, como en las ferias de ganado, el valor cotizabile de la mujer está en su cuerpo. Y no tanto en su cuerpo sino en lo innoble y menos puro de su cuerpo. El espíritu no significa nada en tales concursos, sino más bien se pisotea y desprecia.

La mujer que acude a un concurso de belleza moderno firma documento público de infamia. Los organizadores le confieren un premio, le dan un diploma de «reina», de «guapa», pero, sin duda, Dios la señala con estigma de abominación, con el sello de la Bestia del Apocalipsis.

Los concursos de belleza fomentan en las mentes juveniles de las mujeres el mito peligrosísimo de la supremacía de la belleza corporal y la convicción sentimental de que la virtud y las cualidades morales no se cotizan en la mujer como valores propios, exponiéndolas de este modo a graves claudicaciones morales, a ser fáciles a sugerencias de pecado que se le ofrezcan con apariencias de triunfo y belleza. ¡Cuánta violencia tendrán que hacer a su naturaleza para ser fieles al deber y al Evangelio las jóvenes que hayan asistido, y mu-

cho más las que hayan tomado parte activa en la apoteosis mundana de los concursos de Belleza!

Las jóvenes que se presentan a los concursos de belleza difícilmente se podrán excusar de pecado grave si acuden a ellos con la intención de aceptar todas las condiciones que el jurado les imponga. Presentarse con ánimo de concurrir, si se sale triunfante en las primeras competiciones, a sucesivos concursos en el extranjero donde la desvergüenza e inmoralidad de los mismos llega a extremos totalmente reprobables, no se puede normalmente dispensar de pecado grave.

Los concursos de belleza además del impudor, la inmodestia y el escándalo que llevan consigo, tienen circunstancias que agravan su maldad y su peligrosidad: las facilidades e invitaciones para frecuentar y visitar centros de moral sospechosa en los que seguramente han de encontrar sugerencias y proposiciones normalmente invencibles. La inmoralidad de tales concursos no está toda, ni poco menos, en el momento del concurso sino igualmente en las circunstancias y consecuencias que le siguen posteriormente. En los concursos de belleza se dan muchas circunstancias y sucesos de los que no se hace eco ni la prensa ni el público y sobre los que existe deliberado propósito de mantener en la oscuridad.

La autoridad que patrocina, la prensa que anuncia con grandes titulares y reclamos, las personas que en corrillos comentan entusiásticamente tales espectáculos y sobre todo los organizadores y eficaces colaboradores, se hacen reos y responsables morales, más o menos según la influencia sobre tales hechos, de la maldad y escándalo que dichos concursos llevan consigo. Ofrecer premios y regalos a las partici-



pantes o ganadoras tiene la misma responsabilidad de colaboradores a ese espectáculo inmoral.

Por honor personal, en defensa de la dignidad femenina prostituida en esos concursos, las jóvenes levanten animosas su protesta porque al fin, todas son ofendidas en esos infames concursos. Piensen que la Virgen es también una mujer y que contra su dignidad y pureza se realizan igualmente esos vergonzosos espectáculos.

## DOCTRINA DE LA IGLESIA

La Iglesia ha protestado siempre contra los concursos de belleza y los ha visto como un atentado contra la dignidad de la mujer en los organizadores y como una desvergüenza en las concurrentes.

El Cardenal Arzobispo de Toledo Pla y Deniel dijo: «Una de las funestas modas que del extranjero nos han venido a España en estos últimos tiempos son los llamados concursos de belleza, que antes eran llamados «mises» pero que al adaptarlas aquí se las transforma en «reinas»...

»El concurso es sólo sobre la belleza corporal femenina que es un don de Dios, pero que no puede transformarse en objeto de concurso. En los concursos de ganado se atiende sólo a los cuerpos de los animales, que carecen de alma racional, pero en los concursos de hombres o de mujeres, de personas humanas, hay que atender a algo más que al cuerpo y no prescindir de las cualidades espirituales, morales. El

culto simplemente de la belleza física es el culto de la carne, el culto de Venus, tan impropio de cristianos.

»Son muy propios estos concursos para hacer perder el pudor a la mujer, exponiéndola a graves peligros, porque a la vez fomenta la sensualidad en los hombres, aunque las mujeres ligeramente lo ignoren o no lo crean, porque les va en ello su vanidad.

»Es espectáculo peligroso, dañoso y que puede llevar a abierta inmoralidad y por esto totalmente reprobable, tal como se hacen en España. Recuerdo el caso de un Jefe militar norteamericano en Europa que ha prohibido las modas femeninas inverecundas a las esposas e hijas de sus subordinados.

»Los periódicos católicos que aceptan la censura eclesiástica no pueden convertirse en propagadores de estas modas extranjeras y peligrosas de los concursos de belleza».

En Panamá, los patrocinadores de un concurso de belleza para elegir a Miss Panamá que había de presentarse en Long Beach para la competición de Miss Universo en 1955, tuvieron que suspenderlo porque días antes del concurso el Sr. Arzobispo había dirigido una circular a los párrocos en la que decía: Las jóvenes que participen en los concursos de belleza no podrán acercarse a la recepción de sacramentos ni ser madrinas en matrimonios y bautizos.

Cuando en el mes de septiembre de 1950 se celebró en Rímini el concurso de belleza para elegir a «Miss Europa», tres prelados de la Iglesia levantaron su voz para condenar aquel concurso como atentador del honor de la mujer.

# LA CHICA EN LA OFICINA

Las jóvenes modernas valoran como gran conquista el que hayan podido llegar a desempeñar cargos públicos en la vida social y económica. La Iglesia no tanto. La Iglesia tiene reservas a este hecho histórico moderno. La Iglesia mira con recelo todo lo que puede amenazar al pudor y recato de la mujer o a su misión básica y trascendental en el hogar, que para la Iglesia es siempre lo primero.

Es un hecho indudable que muchas jóvenes, bastantes más de lo que parece, han encontrado en las oficinas gravísimos peligros y males de orden moral. Y es asimismo cierto que muchas caídas, traiciones conyugales y situaciones muy delicadas en la vida íntima y personal de los hombres, incluso no pocas al parecer ajenas a la oficina, tienen su causa en la presencia de las jóvenes en los servicios públicos.

Las mujeres de las oficinas por lo regular son jóvenes, la joven a la oficina va siempre, una veces por coquetería, otras por simple afán femenino de parecer bien y agradar, otras por mera exigencia social, arregladas y atractivas. Para la joven presentarse en público en siempre fiesta y exhibición de su femineidad. Para la naturaleza del hombre, en cambio, aunque la presencia de la mujer a su lado también es fiesta, lo es en otro aspecto. ¿Cómo, pues, se podrá dudar de que la mujer en la oficina constituye un verdadero pro-

blema moral delicado? Y esto prescindiendo de las circunstancias especiales en que a veces tienen que desempeñar su servicio las oficinistas.

El hombre casado después de algunos años pierde sin duda el idealismo que se había forjado en los primeros fervores del matrimonio: la existencia diaria con sus vulgaridades, sus roces, sus pequeñas —a veces grandes— incomprendiones dió a su vida un curso pacífico y vulgar. En esta situación sicológica se le presenta un día, ¿feliz?, en su oficina una chica guapa, bien arreglada, algún tanto frívola e inconsciente, simpática, con todos los atractivos de lo nuevo y pasional, ¿qué extraño que ese hombre sienta nacer dentro de sí aquello que tan feliz vivió, que había muerto y que ahora se le ofrece con una floración inesperada y llena de sugestión?

No saben las jóvenes y a muchas les conviene ignorarlo, si lo supieran resultaría peor, lo que ellas tan entusiastas de las oficinas significan con su presencia allí para el espíritu y la sensibilidad de sus compañeros y jefes de trabajo.

Con esto no se quiere decir que todo empleado esté al lado de una chica con la vivencia de esta inquietud sicológica, ni mucho menos, digo que la joven aún sin percatarse la ocasiona con facilidad.

Que una mujer en su caso concreto busque la oficina por un motivo económico, no tiene nada de reprochable, obra en pleno derecho, en ciertos casos puede hasta constituir un deber. El mal no está ahí, sino en el hecho social que constriñe a la mujer a acudir a una oficina pública en conviven-

cia diaria y a veces hasta solitaria con el hombre para resolver sus perentorias necesidades materiales con peligro de perder su recato y de crear situaciones delicadas de conciencia.

Por ser tan sugestivo el peligro y tentación de la mujer en la oficina se hace sospechoso el afán de los hombres y la necesidad que pregonan de la presencia en todos los negocios de una chiquilla, si es bonita mejor, como mecanógrafa o auxiliar. Ellas llegan no sabiendo nada de segundas intenciones, pero a veces salen llorando y asqueando de los hombres, unas en alta voz y las más en el secreto de su conciencia. Hitler tenía una secretaria, Mussolini también y al fin se descubrió que aquellas secretarias eran algo más... La historia es larga, pero sus libros, cortos. No toda historia se escribe.

Digo esto a las jóvenes para abrirles los ojos, recelen y se defiendan de los posibles peligros de su presencia en las oficinas. Un gran personaje social, un hombre muy digno en la calle puede comportarse como un perfecto sinvergüenza con su secretaria o auxiliar en la oficina.

Ya muy posiblemente nunca se retirará a la mujer de las oficinas, son en muchos casos necesarias. La mecanización de la vida y las mismas exigencias sociales de la mujer lo reclaman. Y también hay muchos y a veces no confesables intereses en que permanezcan allí; no vale, pues, hablar de perfecciones abstractas, se precisa abordar el caso concreto.

Ante el hecho inevitable y sus reales peligros de pecado y de pérdida de los atractivos naturales y fundamentales del

hogar y de la maternidad la joven debe portarse en la oficina con prudencia, recato y recelo.

La joven no debe presentarse en la oficina llamativamente arreglada y más si ha de convivir con personal casado. Si la modestia y recato es ley obligada de vida pública femenina, más aún en la oficina en la que las circunstancias de convivencia y tiempo agravan los peligros. Las jóvenes que conscientes de su situación y peligros toman determinadas precauciones para impedir peligros obran acertadísimo.

Cruzar las piernas, máxime con vestidos estrechos y cortos, tomar ciertas actitudes y libertades no pasarán desapercibidas ni dejarán de traer repercusiones pasionales que quitarán la paz en el trabajo y el respeto mutuo. La mujer en la oficina debe hacer ver con su conducta a los compañeros que es persona seria, consciente y no juguete fácil de picardías. De este modo tiene mucho adelantado para evitar peligros y sorpresas. Si alguna vez surgen por momentáneas imprudencias y debilidades humanas, la joven debe cortar radicalmente y al principio. Si espera o es indecisa, haciendo sospechar al tentador que terminará cediendo, él intensificará el acoso. Que sepan los hombres que no es fácil ni inconsciente. La chica frívola o que se muestre como tal, estará en todas partes rondada por las pasiones bajas de los hombres y raro será que al fin no termine todo ello en tragedia.

El trabajo de la mujer en diaria convivencia con los hombres está ocasionando la desaparición de la galantería, que tanto lamentan los espíritus finos. La mujer para ser adorada necesita mantenerse a distancia y entre celajes de misterio y en las oficinas está demasiado cerca y transparente.

Es un hecho observado que son raros los casos de matrimonio entre compañeros de oficina y entre estudiantes de diverso sexo. Una de sus causas es sin duda el acercamiento y compañerismo que llevan consigo. El tuteo y la camaradería se alían mal con el amor y la poesía. Que las jóvenes discurren el modo de mantenerse a distancia y en altura entre sus compañeros de trabajo y habrán adelantado mucho para ser idealizadas y consecuentemente buscadas. Que tengan secreto y suscitarán curiosidad y atención, que son el prelude del amor. El amor nace en el ensueño y el ensueño está siempre en la lejanía. Para un joven que tiene tan a mano a la mujer, será siempre bastante más difícil soñar que desear.

Otro peligro no infrecuente ni soslayable que encuentran las jóvenes en sus oficinas es la excesiva simpatía y el enamoramiento hacia alguno de sus compañeros o jefes de trabajo. Es peligrosísimo que el amor nazca en la mujer antes que en el hombre, porque el fuego del amor de la mujer echa siempre llama, no se retendrá en el secreto del corazón, y como el hombre resiste generalmente al amor de la mujer que se adelanta y que se ofrece, sucederá que ante las insinuaciones insistentes de la mujer el hombre acabará por rendirse y aceptar, pero no para llegar al altar, sino para terminar en una fiesta o en un rincón. Cuando la joven se enamora de un hombre que positivamente no tenga interés o la rehuya repetidas veces, no insista, no le acose, sería su perdición. Aléjese y ahogue la pasión, que hay momentos en la vida que sólo el sufrimiento y las lágrimas defienden el honor.



LA JOVEN ANTE EL HOMBRE  
Y EL MATRIMONIO

Dirigiéndome a la juventud femenina para hablarle del hombre y del matrimonio lo primero que tengo que decirle es que no vean en ellos ideales perfectos de dicha personal. Son pocas las jóvenes, ¿habrá algunas?, que piensan en el matrimonio como deber y objetivo trabajoso de felicidad, y sin embargo, son sus dos realidades más destacadas. Las jóvenes construyen siempre sus castillos en el aire, tal vez tenga que ser así, pero al menos que les pongan cimientos.

Que la mujer busque el matrimonio y hasta el soñar con él, no está mal, pero que no sea lo vil ni lo imperfecto el objeto principal de sus sueños; que lo grande y noble que encierra sea la base principal de sus entusiasmos juveniles.

La imaginación de la joven es muy suelta y vivaz y exagera con exceso el bien y el mal de sus aspiraciones. Está cierta la joven que ni el hombre ni el matrimonio le darán todo lo que de ellos tan alegremente espera. Los abismos del mar no se llenan con las aguas de un río por caudaloso que llegue. No se dé, pues, demasiado a poseerlos y sobre todo no olvide que su Dios es otro.

Dijo el Señor a la samaritana: «Quien beba del agua que doy Yo, no volverá a tener sed jamás». Cuando pienso en la juventud femenina y veo sus descabellados y ardorosos afanes para la «caza» del hombre, me parece que son pocas las jó-

venes de hoy que han probado el agua de las fuentes del Salvador.

Al pensar en el matrimonio y tratar de los hombres, la joven tiene que poner sordina a su corazón.

La atracción primera, espontánea que el hombre siente en presencia de una mujer proviene del cuerpo, es sensible. La mujer no se hace amar por la presencia sino por el trato. Ortega Gasset observó que la belleza que enamora, rara vez coincide con la belleza que atrae. Ténganlo presente las jóvenes en su convivencia con los hombres.

La chica a la que gustan todos los jóvenes, no ama, pues el amor es único y rabiosamente selectivo. Cuando una mujer busca agradar a todos los hombres, manda en ella el instinto, no el corazón.

Aunque lo dijo Nietzsche y lo aprueba Ortega Gasset, es mentira que la mujer casquivana «llena la cabeza de trapos y de danza» sea, ni menos deba ser, la mujer ideal de almas varoniles. Lo podrá ser para un momento de flaqueza y debilidad, tal vez de instinto, pero nunca para llenar un alma ni para establecer una sociedad familiar responsable y digna. Pensar de otro modo supondría a la Humanidad fundamentalmente irracional y trágica.

La mujer no debe hacerse fácil conquista de los deseos del hombre; la que se regala se estima poco y vale menos. Ni ofrecerse pronto ni creer enseguida en las apariencias de amor del hombre, especialmente cuando se manifiesta apasionado, es muy sospechoso de falaz y pasajero, incluso de vil.

El hombre, en las relaciones amorosas con la mujer, es atrozmente egoísta, quiere demasiado para sí a la mujer y se da muy tardíamente; de aquí las frecuentes exigencias atentadoras a la dignidad femenina. El hombre está abocado constantemente por su naturaleza a buscar en la mujer un mero objeto pasional. Esta condición no refrenada ni rectificadada termina, no raras veces, una vez casado el hombre, en el adulterio. No forje la juventud femenina demasiadas ni prontas ilusiones con la fidelidad y el amor de los hombres; van quedando pocos caballeros en el mundo.

El hombre suele cansarse pronto de amar a la mujer, supuesto que llegue a amarla, porque hoy son muchos los que van al matrimonio arrastrados por la pasión más que por el amor. Sentir no es amar. En el hombre el amor es menos serio que en la mujer, tiene mucho de aventura pasajera. Complementa más el hombre a la mujer que la mujer al hombre, por esto lo busca con más afán y lo pierde con mayor pena.

El triunfo momentáneo, fugaz, sobre el hombre, lo encuentra la mujer sin esfuerzo en los atractivos de su cuerpo. Cualquiera joven desenvuelta con una pequeña dosis de picardía lo alcanza; lo trabajoso y honroso para una mujer es merecer el amor auténtico y duradero de un hombre superior. Este no se conquista con sólo la belleza por grande que sea. Yo conozco a mujeres deslumbrantes de las que están hastiados sus maridos. La perennidad del amor la consigue la mujer por sus dotes y valores espirituales más que por la pasión.

Sostener la pasión de un hombre mucho tiempo, sobre

todo en el matrimonio, es cosa prácticamente imposible y siempre a cambio de claudicaciones en el honor.

Enorgullece a las jóvenes observar a los hombres que vuelven el rostro para mirarlas, pero el hecho no es siempre un honor para la mujer. El hombre que busca en la mujer, y para eso la mira, medio con qué degradarse, no la ensalza, la infama. Los ladrones miran fijamente los diamantes que las duquesas llevan en sus dedos, pero las damas temen esas miradas. Decía admirado un joven a su amigo ante un muchacha que pasaba a su lado: ¡mira qué rubia! La joven lo oyó y sonrió por dentro y por fuera, mas el amigo le contestó: Como juguete estupenda, como mujer, una birria.

Salomé era sin duda una chica guapa, artística y atractiva. Por eso triunfó, pero su triunfo fué momentáneo e infame. Con todo, no faltan muchachas que, sin pensar en Salomé, buscan y ambicionan sus mismos triunfos y practican los mismos métodos.

El amor es respetuoso y casto. Ténganlo en cuenta las jóvenes para conocer y catalogar la actitud del hombre ante ellas.

La mujer nunca debe admitir chanzas sobre su cuerpo, ni de palabra ni menos de obra, se degrada ante el hombre y ante su propia conciencia. Es frecuentísimo que los hombres ofendan el honor corporal de la mujer sin que ellas perciban su deshonor ni ofensa. Ciertas palabras, alusiones, chistes, indirectas, son fango al honor de la mujer y en cambio algunas jóvenes los reciben como halagos y con sonrisas. Prefieren su egoísmo y su loca vanidad a su honor.

La honra de una mujer está en su cuerpo. La joven que oye con gusto, con una sonrisa, una alusión poco decente a su cuerpo, se goza con un puñado de fango que le tiran al alma.

La mujer debe estimar el cuerpo como santuario de la divinidad —¿acaso no comulga con frecuencia?— y esforzarse porque el hombre la contemple con admiración y respeto. Por el respeto al cuerpo de la mujer manifiesta el hombre la educación y delicadeza de su espíritu.

La joven que no tenga estima cristiana de su cuerpo o no lo vea como gran peligro del hombre y la más fácil ocasión de su propia ruina moral, estará en todo momento al borde de caer en bajezas en el trato con los hombres.

La mujer no debe creer nunca el amor de un hombre casado. El hombre casado que corteja a una mujer, lo hace por pasión vil, aunque lo camufle de modo que aparezca legal y noble ante la mujer. Es deseo. Con ellos no debe admitirse ni el comienzo del amor.

Un hombre casado que intenta entablar trato o conversación amorosa con una chica, la ofende, en su mente está ya profanada. Debe saberlo la joven y obrar en consecuencia. No se fíe de las formas del amor, que nada hay más sospechoso que el amor. Mucho se habla del amor y muchas cosas se camuflan con tan bello nombre, pero no tienen nada de amor y hasta no pocas veces son negación de amor.

Joven, no deslumbre tu sentimiento el oír a un hombre casado que se equivocó, que su destino eras tú, que su mu-

jer no le comprende. Contén tu naturaleza en esos momentos, de no hacerlo, te expones a una tremenda situación cuyas consecuencias no podrás medir entonces. No escuches sin reservas esas palabras. Tal vez no sean tan humanas y lastimosas como te parecerán a ti, puede que haya detrás de todo eso que te conmueve, secretos acusadores. Si tuvieras un diálogo a solas con su mujer, tal vez tu compasión cariñosa se volvería en repulsa y violencia contra ese hombre. Sé prudente y precavida, no te fies, puede ser todo ello un lazo escondido que se tiende a tu inexperiencia y bondad de corazón.

Aunque lo que te dice sea cierto y hubiera sido equivocado en la elección de esposa, nada remediarás tú con darle tu cariño, empeoraría su situación, además de exponerte tú a ser una más en la lista de los fracasados. Te advierto, por si acaso, que la puerta del pecado por defuera es dorada.

Aún en las meras relaciones de amistad entre jóvenes de diverso sexo es obligada la medida y la distancia, mucho más en relaciones de cierta intimidad como son las del noviazgo. Se afirma que, en general, no es posible la relación de pura amistad entre el hombre y la mujer donde no entre en juego lo femenino y lo masculino. Hay una posibilidad de complemento sano y perfectivo en estas relaciones de sexo distinto, pero es delicado y nada fácil que él presida y mande en esas relaciones.

La amistad de una joven con un hombre con el que no es posible unir el destino es siempre desaconsejable, no podría ser limpia mucho tiempo. La misma amistad de compañerismo de trabajo, etc., no debe verla la joven con toda

tranquilidad porque comience sanamente, puede terminar mal. ¿Para qué exponerse a un juego que se prevé puede terminar en llanto?

La chica que admite diálogo de amor con un hombre con el que no es posible legalmente llegar a nada, entra en el camino de su tragedia porque la mujer siente imperiosa necesidad de pagar la deuda del amor y la paga pensando que es un deber de su corazón. Esta es su ruina. Primero da una sonrisa y más tarde se da ella... y después paga con lágrimas su propio don. Es la historia frecuente de las mujeres.

Porque ni la mujer ni el hombre están sin peligros juntos a solas, no es prudente que vaya sin compañía al médico, al fotógrafo, al peluquero —que no debiera ser el hombre—, etc., aunque esté convencida la joven de que no va a pasar nada. Lo estaban otras y pasó. Las jóvenes, en general, no están capacitadas para prever las lejanas consecuencias de cosas al parecer sin trascendencia. Ni se escuden para hacerlo en la amistad porque las pasiones no la reconocen si no es para desahogarse más impunemente.

La mujer no debe confiar mucho en el hombre; no es que no haya hombres buenos, es que muchos no lo son. Pasó el tiempo de los caballeros en que estar al lado de un hombre la mujer era la más segura garantía de defensa y seguridad. Hoy muchos caballeros se han hecho rufianes, bandoleros de estrellas.

La mujer ofrece inocentemente como un don de vanidad su propia belleza, pero no sabe que para el hombre la belleza femenina es un tesoro de conquista. Si conoce que la mu-



jer no la defenderá, le es muy duro no robarla. He observado que el hombre no sabe o no quiere o tal vez no puede contentarse con admirar la belleza femenina. La más segura defensa del tesoro, no ofrecerlo. El hombre entiende que se le ofrece cuando intencionadamente se le presenta, se le obliga a fijar su mente o su vista en él. Se podrá equivocarse alguna vez, pero el hombre entenderá pronto que la joven incitante en palabras o actitudes, que deliberadamente hace resaltar más de lo normal el cuerpo y sobre todo ciertas formas del mismo, está diciendo al hombre que recibiría gustosa el acercamiento, que no resistiría a la voluntad del hombre. Ante esta invitación desvergonzada y pasional serán pocos los valientes que vuelvan la cabeza y se retiren. Los jóvenes que exploten egoístamente esos recursos prohibidos tendrán sin duda muchos pretendientes pero para ellas el hombre no será otra cosa que tentación y pecado.

El amor nace y se acrecienta poco a poco; la pasión de repente. El «flechazo» es pasión. El hombre que se manifiesta pronto efervescente, da claras señales de que no ama, de que le avasalla la pasión.

El hombre que ha contemplado a una mujer en bañador, se ha casi incapacitado para amarla; la violencia de las imágenes y la sensibilidad sobreescitada ahogarán el brote del amor. La mujer en traje de baño es muy poco amable, tal vez nada; en cambio es objeto vivísimo de sensualidad.

Hoy los hombres aman poco y tarde. La causa la tienen en muchos casos las mujeres: la inmodestia en el vestir, los salones de baile, hervideros de pasión y asfixia del amor, las confianzas y libertades que dan a los chicos, impiden que el

amor brote en los corazones de los hombres. Esto sin tener en cuenta que a muchos hombres no interesa el amor.

Cuando las relaciones entre jóvenes comienzan con pasión, se vuelve muy difícil encauzarlas; los amores que nacen en sala de fiesta no suelen discurrir limpios. A la mujer que se le ha perdido el respeto o se le ha faltado al honor, cuesta mucho tratarla con dignidad. Amor que pierde el honor, el respeto, no es amor, es vil deseo.

Conviene que sepa la joven que el matrimonio con demasiada frecuencia se convierte en gravísimo peligro de inmoralidades y de pérdida de virtudes adquiridas durante la juventud. En general los hombres tienen un concepto del matrimonio y una moral muy inferior a la de la mujer, lo que exige a la joven ir al matrimonio muy en guardia para no verse sorprendida y quizá hasta pervertida.

A la joven que tenga ilusión por llevar un hombre casto al matrimonio le advierto que las casas públicas son frecuentadísimas y no sólo por la hez de la sociedad sino incluso por jóvenes de vida social honorable. Qué raro es ya que el joven vaya al matrimonio sin haber tenido trato con otras mujeres. El hombre que ha tenido trato carnal con mujer pública, necesita realizar dentro de sí una transformación para poder amar noblemente a una mujer.

Muchos hombres tienen un concepto del matrimonio egoísta y bajísimo; ven a la mujer fundamentalmente como instrumento personal de placer.

En el matrimonio existe un peligro generalísimo de profanación del sacramento por oposición sistemática a sus fines

esenciales. Tanto que sería conveniente que la joven consciente que va al matrimonio cristianamente, exigiese antes de casarse al novio una promesa formal de fidelidad al matrimonio en sus fines y de respeto a su honor y dignidad.

A las jóvenes comidas del ansia de casarse pero que conservan aún la estima de la gracia y el horror al pecado, advierto además que no es caso infrecuente que la fidelidad a las leyes sagradas del matrimonio exija a los cónyuges verdaderos actos heroicos, difícilísimos de llevar a la práctica.

Entrando en el matrimonio inocentemente, creyendo que en él no hay pecados, se expone la joven a muy serios disgustos y a sorpresas que amargarán toda su vida conyugal, y ojalá no la metan en delicadísimas situaciones de conciencia.

Hoy la joven no puede ir al matrimonio confiada y segura. Debe tomar las precauciones con anterioridad para evitar en lo posible fáciles y muy graves males. No lo fie todo al amor y a la voluntad del novio, que todo esto puede fallarle, aunque ella no lo sospeche. Falla en muchos casos. Tema y prevenga. Así al menos podrá tener mañana el consuelo, si viene lo inesperado, de pensar que no vino por su culpa o inexperiencia.

El matrimonio es la gran ilusión de las jóvenes. La chica moderna ha idealizado demasiado el estado de casada. Casi sienten que es algo como un paraíso, sin el cual serían desgraciadas por necesidad. Están equivocadas. La felicidad se puede hacer en casi todas las situaciones de vida. Lo interesante para ello es conformarse con lo que se tiene y sobre

todo no ambicionar lo que no se ha de alcanzar, aunque aparezca a la imaginación deslumbrante.

Yo observo con pena la progresiva debilitación de la estima de la pureza en la juventud femenina. El hambre creciente de placeres que la devora y la acuciante curiosidad malsana ahogan en muchos corazones femeninos el brote natural de la pureza. Buscando placeres, huyen de la pureza; olvidan que la deshonestidad, que es pecado de placer, es fuente caudalosa de tristezas y hastío.

La impureza es el pecado feo por antonomasia y por lo mismo el pecado más antifemenino. No es el pecado más grave, pero sí el más vergonzoso y degradante, por eso es pecado del rincón y de la oscuridad.

Si la belleza de la virtud se reflejase en el rostro, la joven más pura sería siempre la más hermosa. Y lo es, aunque los ojos no perciban su belleza. En cambio, si se manifestasen como son algunas jóvenes que pasean deslumbrantes por las calles y triunfan en los salones, ante ellas huirían los hombres con horror. Esto no pasa hoy, pero llegará un día en que todas las cosas estarán puestas en la verdad, en su verdad y entonces vendrá la apoteosis de la virtud y la tragedia del mal.

En cristiano es mejor, y por tanto más envidiable, el no casarse que el casarse, siempre que suceda por amor a la virtud; es mayor fuente de méritos la virginidad voluntaria que el matrimonio aún suponiéndolo establecido en dignidad y piedad. Esta es doctrina cierta de la Iglesia que todo católico está obligado a aceptar. No debe, pues, temer con exceso

la joven el quedarse soltera si estima los valores cristianos. La virginidad es la forma perfecta de vida humana. Jesucristo y su Madre, modelos de perfección, fueron totalmente vírgenes y después de ellos los más fuertes y animosos seguidores de la virtud. Es un hecho histórico que el cristiano que intenta con afán seguir de cerca a Cristo y ser grande en el Reino de Dios, tiende por instinto a la virginidad, a la castidad perfecta.

La virginidad es camino de grandes. La desvaloran algunos pensando que en el matrimonio por encontrar mayores trabajos y dificultades el hombre, encuentra mayor fuente de méritos. Están equivocados. El mérito sobrenatural no nace de los trabajos, sino de la caridad y la caridad se alcanza con mayor facilidad en la virginidad que en el matrimonio. No faltan quienes afirman que el que rehuye el matrimonio es cobarde que teme enfrentarse con las dificultades. Nadie se casa para encontrar dificultades y vencerlas sino todo lo contrario para vivir con comodidad y gusto. La virtud no está en sufrir sino en querer sufrir. El trabajo más noble y en muchos aspectos el más heroico está precisamente en ser virgen. Si el ser puro no fuese valentía y heroicidad, todos los hombres serían castos.

Por otra parte, pasaron ya los tiempos de la «solterona». Hoy la mujer en sociedad ha ganado estima y consideración; vale tanto como el hombre, en no pocos aspectos más. La mujer soltera hoy puede desenvolverse económicamente en mejores condiciones que el hombre. Sea, pues, la joven optimista, confie más en sí misma, capacítese para la vida y espere sin temores.

El instinto de maternidad que tanto presiona su natura-

leza no lo perderá nunca, pero la mujer puede atemperarlo y hasta suplirlo en muchas de sus exigencias, sin contar con que el tiempo llegará amistosamente a amortiguarlo. Lo que necesitan muchas jóvenes es confiar más en sí mismas y no esperarlo todo del matrimonio, del que realmente no necesitan tanto como les hace ver su imaginación y su sensibilidad. La piedad, la contención de las tendencias al placer sensible, las ocupaciones y un ideal distinto del hogar pueden proporcionar a la mujer soltera vida tranquila y feliz. Tenga calma y piense que si muchas pían por casarse, también hay muchas que darían cualquier cosa por poder salir del matrimonio. Cada año son más, y más serían si pudieran, las que piden la separación legal. El matrimonio que sueñan las jóvenes cada día es más raro y más difícil de alcanzar. Por otra parte, no son siempre las mujeres de más quilates las que se casan ni las casadas las más felices. Hoy menos. Hay solteras que son un tesoro, sépalo la joven y consuéllese en ser una de ellas.

Si la joven tiene entronizado en su mente el ídolo masculino y está convencida que sin él no tiene explicación su existencia ni posible solución feliz, entonces será necesariamente la eterna amargada, la típica solterona, pero si centra su vitalidad y su afectuosidad en otros objetivos nobles y conformes a su naturaleza encontrará muy posiblemente en ellos tantas satisfacciones y mayor paz que dentro del mismo estado conyugal. Los problemas de la vida dejan de inquietar cuando se les da una solución razonable.

En el plano social y psicológico es muy posible que el matrimonio compense a la mujer las molestias normales de la vida conyugal, aunque lo normal se está haciendo bastan-

te anormal, pero si a mí me consultase la juventud sobre si en el plano superior de sus intereses espirituales le sería conveniente buscar el matrimonio, me reservaría mucho antes de darle una respuesta afirmativa. La experiencia de mi ya no corta existencia me ha convencido de que por lo regular la mujer sufre más y tiene hoy más graves y duraderos peligros de pecar dentro del estado matrimonial que permaneciendo soltera. ¿Esto lo digo como pregón de soltería? No, esto es voz de alerta para que la juventud femenina evite ansias desorbitadas, imprudencias e intentos a todo riesgo de casarse.

## DOCTRINA DE LA IGLESIA

La joven moderna consciente debe estar en guardia contra los graves errores que sobre la naturaleza, el valor y los fines propios del matrimonio se propagan y defienden con insistente y tentadora propaganda. El Papa Pío XII con vigilante solicitud pastoral habló repetidísimas veces de estos peligros y males exponiendo con plena claridad y franqueza la auténtica doctrina católica.

El 29 de octubre de 1951 dirigiéndose a las Comadronas en largo discurso expuso los peligros de desvirtuar el verdadero y sano concepto del matrimonio y de sus valores. Sobre la propaganda de quienes intentan hacer servir lo sexual a la persona como un valor humano que sería tonto no poseer en grado sumo. Dijo el Papa: «El matrimonio como institución natural en virtud de la voluntad del Creador, no tiene como fin primario e íntimo el perfeccionamiento personal

de los esposos, sino la procreación y la educación de la nueva vida. Los otros fines, están esencialmente subordinados a éste que es el superior y primario». No es el matrimonio para el placer sino el placer para el matrimonio, la ley del placer nace de la ley y fines del matrimonio.

De la estima del matrimonio sobre la virginidad o soltería por fines superiores, dijo también el Papa: «La renuncia a la realización de los fines propios del matrimonio, no es una mutilación de los valores personales y espirituales. Exaltar más de la medida, como hoy se hace no raras veces, la función generativa, aún en la forma justa y moral de la vida conyugal, no es sólo un error y una aberración, sino que lleva consigo el peligro de una desviación intelectual y afectiva apta para impedir y sofocar buenos y elevados sentimientos, especialmente en la juventud todavía desprovista de experiencia y desconocedora de los desengaños de la vida».

En su Encíclica «Sacra Virginitas» del 25 de marzo de 1954 insiste de nuevo en este error y lo condena duramente: «Recientemente hemos condenado con tristeza de nuestra alma, la opinión de los que llegan a defender que el matrimonio es el único medio de asegurar a la persona humana su incremento natural y su debida perfección. Doctrina que hemos denunciado como falsa y muy peligrosa».

«Consideramos también muy oportuno decir algo sobre el error de quienes para apartar del sacerdocio y vida religiosa enseñan que la Iglesia de hoy necesita más del auxilio y de la virtud de quienes viven en el mundo que de sacerdotes y vírgenes consagradas con voto de castidad. Esta aberración es evidentemente tan falsa como perniciosa. El que con se-



mejante argumento se atreva a aconsejar que es más deseable vivir en matrimonio que consagrarse del todo a Dios, conculca y perturba el recto orden de las cosas... Según lo exige la conciencia de nuestro deber, condenamos en absoluto a todos los que trabajan por apartar a los jóvenes de su entrada en los Seminarios u Ordenes Religiosas y de la emisión de votos, pretendiendo convencerles de que por medio del matrimonio, siendo buenos cristianos, consiguen un bien espiritual mucho mayor».

«También advertimos que es completamente falso afirmar que dejan de pertenecer, en cierto modo, a la comunidad humana quienes profesan la castidad perfecta».

El 15 de septiembre de 1952 en audiencia a las Superiores Generales de Ordenes Religiosas femeninas dijo de nuevo: «Quisiéramos dirigirnos a aquellos que, sacerdotes o seglares, predicadores o escritores, no tienen ni una palabra de aprobación o de alabanza para con la virginidad consagrada a Cristo; a aquellos que desde hace años, y a pesar de las advertencias de la Iglesia y en contra de su pensamiento, conceden al matrimonio una preferencia de principio sobre la virginidad, a aquellos que incluso llegan a presentar el matrimonio como el sólo medio capaz de asegurar a la personalidad humana su desarrollo y su perfección natural, los que hablan y escriben así sean conscientes de su responsabilidad ante Dios y ante la Iglesia. Es preciso incluirles en el número de los principales culpables de un hecho del cual Nos no podemos hablar sino con profunda tristeza».

Está definido en el Sdo. Concilio de Trento que el estado de virginidad es forma de vida humana más perfecta que la del matrimonio cristiano. Negarlo constituye pecado mortal.



# EL NOVIAZGO

El noviazgo es el sueño dorado de las jóvenes. La mujer es fácil para el amor, y el amor lo que toca lo embellece, aunque sea fango. ¡Ay de la mujer que llegue a enamorarse del mal!, lo estimará como un cielo.

Las jóvenes están siempre esperando a su novio; la mujer es una ofrenda: esto lo experimentan mejor los hombres que las mujeres. Sin embargo, el noviazgo es el mayor peligro moral que encuentra la mujer en su vida. El hombre tiene al demonio dentro de sí, la mujer a su lado.

Porque la naturaleza de la mujer clama por el hombre —hoy bastante más alto que lo natural— tiene gran peligro de ser fácil con el hombre, y de pasar la raya de la prudencia en su trato. Este peligro se acrece por la falta de caballerosidad de los hombres que abusan de ese instinto de la mujer.

El peligro de la mujer es su corazón; su mayor enemigo, el hombre; no precisamente porque los hombres sean malos —que muchos sí lo son— sino por su condición.

El noviazgo no es una aventura pasajera de la juventud, es la puerta del futuro de una mujer. Todos los problemas de tu vida, joven, tendrán su raíz en los días cortos pero transcendentales de tu noviazgo. No está, pues, todo en enamorarse a un hombre, lo está en conquistar tu felicidad tem-

poral y eterna. Desgraciada la chica que casada con un joven «estupendo», encuentra en su matrimonio la imposibilidad práctica de guardar la ley de Dios.

Las jóvenes, por lo regular, ven el matrimonio a través de su fantasía y de sus deseos, casi nunca la realidad de lo que van a encontrar en él. Para ellas el matrimonio son unos niños guapos que quieren mucho a su madre y no la quitan el sueño ninguna noche, un marido que vive pendiente de los labios de su mujer, un hogar luminoso y pleno de armonía, en el que todo se condensará en reír, gozar y besar. Realmente las jóvenes deberían casarse con ángeles para no fracasar en sus sueños de rosa. Dicen ellas que las películas no les hacen daño, pero yo creo que la mayoría las llevan palpitantes en sus cabecitas.

Es normal que una joven que aspira al matrimonio frecuente la sociedad, se arregle y busque agradar, el peligro está en el modo. Para conquistar un novio no todos los medios son lícitos, aunque sean seguros. La mujer tiene intereses superiores al matrimonio: su honor, su virtud, su salvación; no pierda lo más por conquistar lo que es menos.

El camino recto para casarse y sobre todo para casarse con garantías de suerte, no es atraer las pasiones del hombre sino al hombre. Cuántas veces se engañan sobre esto las jóvenes y cuán dolorosamente pagan este engaño, ellas y ellos. Tengo observado que la mayoría de los cónyuges desavenidos entraron en el matrimonio por la puerta falsa.

No aparezca la joven tan artificial que cuando la conozca el hombre tal cual es, se reconozca engañado y pierda

su ilusión. La mujer a esto quizá no le dé importancia, segura ya y momentáneamente feliz, pero será raro que a la larga no tenga que llorar su equivocada «política». Si el casamiento fuera para un mes... Escaparate sí, pero que la tela tenga mayor precio que el escaparate, puesto que el escaparate se levanta para lucir la tela y buscar compradores de la tela, no del escaparate.

Los novios no tienen ningún derecho sobre la novia, no se los den las jóvenes. Las jóvenes se preocupan más de la virginidad que de la castidad en su trato con los hombres, seguramente por un interés humano egoísta. Sepan que de suyo es más apreciable la castidad que la virginidad. La castidad es virtud del alma que une con Dios, en cambio la integridad virginal es una simple forma corporal, que cobra valor únicamente por su relación con la castidad.

La mujer al amar se trasvasa; amar es cosa peligrosa sabiendo que Dios tiene todos los derechos sobre el hombre. El amor humano constituye el mayor peligro de traición a los derechos divinos. El hombre puede amarlo todo, pero sin robar ningún derecho a Dios.

Como el amor es don personal, el objeto amado marca la dignidad y nobleza de una persona. «¿Amas tierra?, tierra eres», decía San Agustín. Cuántas jóvenes que se reconocen felices con su amor y lo estiman como tesoro, no aman en realidad sino fango que las ensucia y envilece. Amar intensamente un objeto vil, a un hombre vicioso, es la más clara señal de ruindad de un corazón femenino.

La chica ama al «calavera» antes de que ejecute con ella sus calaveradas; después, de mártir, llora su equivocación y

maldice su amor; pero lo que debe maldecir ante todo es su conducta. ¿No fué el rézumo de las calaveradas el ingrediente de su antiguo amor?

El carácter predominantemente sensual hace al hombre enamorarse fácilmente del cuerpo de la mujer; la tragedia de las mujeres nace frecuentemente de confundir ese hervor pasional con el amor.

Hay una clase de escarabajos que viven en los estercoleros; hay hombres que pertenecen a esta clase de «bichos»; joven, huye de ellos, te mancharán, son babosas.

La mujer falta de cabeza, pero bella, gusta mientras para la vida basta la belleza, pero cuando en la vida es necesaria la sindéresis, entonces aparece despreciable.

No se deslumbren las jóvenes; toda Salomé arrastra una vida malhumorada, displicente, en el fondo vil y atormentada. Cuántas casadas que la juventud femenina contempla como reflejo ideal de matrimonio están viviendo una realidad trágica.

En esto tienen las jóvenes el rastro para conocer la verdad del amor de ellos: joven que en el amor sólo busca poseer, no ama, donde no hay preferencia, hay sólo instinto.

En la mujer el cuerpo y el espíritu suelen ir juntos; por eso cuando ama es tan propensa a dar el cuerpo.

El amor es un impulso del ser hacia la perfección. Radicalmente todo amor tiende hacia Dios, plenitud de perfección. El impulso sexual es la fuerza corporal buscando a Dios.

La mujer es por naturaleza muy pronta para el amor. El amor se ofrece siempre como ideal de perfección y de gozo sumo, al amor se va siempre cantando. Pero esté en guardia la joven porque el amor es ciego y se engaña con facilidad; buscando el bien y el placer se puede encontrar con el dolor y el pecado. Para que el amor haga feliz y sea noble no basta darlo así, es preciso recibirlo de igual modo. Cuántas jóvenes amando limpiamente han recibido en cambio un amor sucio y torturador. Cuando la joven ame, no piense sólo en la calidad buena de su amor, sino también en la del que va a recibir. No suele ser el amor que ofrece la joven la que la hace desgraciada y mala, sino más bien el que recibe.

Dicen que a amar no se aprende, porque cada amor es una especie, pero al amor sí se le puede hacer una cuna; las tragedias del amor no les suelen venir de improviso a las jóvenes, discurren por el cauce que se les dió.

El amor, con ser tan deseado, y tan placentero, es la fuente más abundante de las lágrimas. El 90 por ciento de las penas de la mujer se las ocasiona el amor. Como la mujer es tan pronta para el amor, está abocada constantemente al martirio. Pero consuéllese, que dolor y desgracia no son la misma cosa. Si el dolor está tan cerca de las lágrimas está a igual distancia de la gloria. La gloria de las mujeres más grandes no les vino tanto por amar cuanto por su actitud heroica ante el dolor que le exigió su amor. Toda grandeza es heroicidad y heroicidad es superación de un dolor sumo.

La religión es la forma más perfecta y la más útil del amor femenino. Por su facilidad para el amor, la mujer es



devota por naturaleza. En la religión encontrará la mujer sana el sedante y el refugio de sus horas malas. Desgraciada la mujer que en su llanto no encuentre abierta y gustosa la puerta del templo.

La juventud femenina hoy hace demasiado turismo con el amor, como el turista goza un momento y pasa sin nunca entrar en el alma de las cosas, y así vive insatisfecha y atormentada por la sed. El amor de aventura termina casi siempre en fracaso y pecado.

El amor en el hombre es un episodio; en esto tal vez el hombre, mejor que la mujer, sitúe más acertadamente el amor. Cuando el hombre pierde el amor, pierde una ilusión, un billete, pero no su fortuna. Cuando lo pierde la mujer, pierde la vida, porque para la mujer el amor lo es todo.

Conociendo la mujer lo que puede ser para ella el hombre: su complemento vital o su tragedia, la actitud razonable que debe adoptar en el trato inicial con los jóvenes es de recelo, conteniendo las ganas de su corazón —mal consejero en las relaciones— de darse y manifestarse. Ya llegará su hora; la espera que tan molesta resulta a las jóvenes, y tan difícil.

Para que las relaciones se lleven con nobleza y claridad mental, la pasión amorosa no debe nacer pronto. Es el último arreo del amor para entrar en el matrimonio.

Las relaciones de pasión son proclives a libertades. Si equivocadamente se entra en esas condiciones en el matrimonio, sin más, será un milagro que el sacramento se lleve

con dignidad y altura. Nada en más peligro de profanación que el sacramento del matrimonio.

La conducta de la joven ante su novio marcará la actitud de éste con ella. Si desea estima, hágase estimar. Sepan las jóvenes, aún aquellas que gritan contra la sinvergüencería de los chicos, que los hombres, ni los peores, abusan de una mujer si ella no lo quiere o no da a entender que lo quiere de alguna de las mil maneras que los hombres interpretan como deseos. La mujer tiene muchos modos de decir a un hombre que pase, lo saben ellas y lo conocen ellos. No invite de ninguna manera y ningún hombre forzará su puerta. Por algo dicen los hombres que las malas son ellas.

Lo que ocurre es que la mujer por el ansia loca de conquistar al hombre, emplea medios infames para atraerlos y cuando el hombre consecuente, aunque malo, responde a la llamada en el mismo tono, la mujer se horroriza del exceso que no buscaba. Sepan las jóvenes que muchos modos femeninos de atraer al hombre, que ella estima como seguros e inocentes, son en la mente y para las pasiones de los hombres totalmente lascivos.

La excesiva camaradería entre los novios trae pronto confianzas y las confianzas están a un paso del abuso y del desliz.

La joven que empleando su poder de ruina busca, como dice ella, «encandilar» al joven para «animarlo», que es en realidad para excitarlo pasionalmente, cae de lleno en el gravísimo pecado de escándalo directo. Sepa además que por ese camino no conseguirá lo que busca sino muy posiblemente

te lo que no quiere: levantar lo bestial que duerme en la naturaleza del hombre para ser ella la primera víctima.

Cuántas jóvenes inconscientes y atrevidas han entregado su honor a profesionales del vicio, pensando que trataban con caballeros. Olvidan las jóvenes que puede un hombre ser muy fino, muy agradable, muy simpático y a un mismo tiempo un degenerado, un calavera.

El triunfo de la pasión nunca es triunfo humano, es sólo triunfo de Satanás. No espere la joven entrar por ese camino en el matrimonio con la frente levantada. Triunfar un día, no es triunfar, si por ello se va a llorar muchos años.

Desconfíe la joven del novio que le exige la manifestación de sus intimidades pasadas; no sea cándida, hay secretos que nadie sin ofensa puede saber. Lo menos malo que puede pensar en tales casos es que su novio es indelicado.

No juegue la joven con el amor que ha de constituir mañana la dicha de su hogar. Dígase con frecuencia: No quiero que mi amor pueda ser más tarde motivo de vergüenza ante mis hijos.

Un saludo afectuoso, una sonrisa a quien profanó tu honor, es un aplauso a su infamia y una invitación a que la repita. Con ellos te harías tan mala como lo fué él.

Reir un chiste verde de tu novio, es decirle que te gusta y lo deseas; es ponerle en fuerte tentación de vivirlo en ti; es casi una seguridad de que te faltará al respeto, porque conoció que no lo tenías.

No te cases con un hombre que tuvo un hijo ilegal de otra mujer, aunque lo veas buenísimo. Hay un noventa por ciento de probabilidades de que no te será fiel, ni en el matrimonio irán las cosas como Dios manda. No juegues a ser desgraciada.

No seas envidiosa con la amiga que tiene novio, ni uses de malas artes para quitárselo. Sé noble. Si el muchacho te prefiere, bien; resiste algún tanto y teme no sea todo juego sucio y él un veleta.

Las excursiones campestres entre jóvenes de diverso sexo, novios o amigos, ofrecen serios reparos por parte de la moral y de la Iglesia; las libertades y confianzas que suelen acompañar a tales diversiones, las inmodestias femeninas que raramente faltan y sobre esto el exceso de comida y bebida que los jóvenes tienen malicioso interés en que no falte, exponen a los concurrentes a tales peligros que razonablemente se puede temer que no vuelvan limpios de conciencia.

Sepan las jóvenes que son muchos los chicos que organizan esas excursiones con intenciones lascivas, para buscar ocasiones de desahogos pasionales. Muchas «casuales» sorpresas, muchas alegres cosas que allí suelen suceder, obedecen a esas intenciones aviesas de los jóvenes, que las chicas, unas inconscientes y un poco tontas, y otras con larvado deseo de vivir una novela rosa, esperan y consienten.

Un buen consejo para las jóvenes, si alguna vez aceptan esas excursiones, es que en ellas no beban licor alguno y muy poco vino; en ellos está la lujuria, los chicos lo saben

y por eso no faltarán quienes allí «muy simpáticamente» las animen a beber y a alegrarse, no por verlas alegres, sino para encontrarlas fáciles y pasionales. Sospechen las jóvenes de los chicos que insistan en que beban.

En las excursiones nunca te separes del grupo aceptando paseos con un chico solo, aunque sea el novio y muy formal. Todos somos formales hasta el momento en que dejamos de serlo.

No vean las jóvenes excesiva inocencia en tales excursiones y diversiones con chicos, que no suele haber ninguna. Si a veces la hay pronto la liviandad de los peores y la malicia de todos acabarán con ella.

Recuerden las jóvenes lo que ya hemos dicho, que a la mujer las tragedias la cogen siempre por sorpresa. Muchas lágrimas vinieron por el camino de luz de una muy alegre excursión o diversión.

Dos jóvenes solos de paseo en un coche fuera de poblado, nunca, aunque sean santos. Ya dice el refrán: entre santa y santo, pared de cal y canto. Es escandaloso y muy peligroso. No confie porque una vez fueron y no pasó nada. Se puede volar en un avión averiado y no matarse, pero nadie por ello repite la aventura.

La asistencia al cine de los novios juntos constituye igualmente grave peligro; la oscuridad y muchas escenas de la pantalla son ocasión de pecado, que a los jóvenes costará no aprovechar. No pocos invitan ya a las chicas con la malvada intención de buscar ocasión para bajas experiencias de

lujuria. El joven que pide en la taquilla dos asientos en las últimas filas, en aquellas que sabe hay más oscuridad, da indicios manifiestos de que va al cine con la chica con mala intención.

Yendo con un chico al cine la joven decente debe ser previsora para escoger ella la película que han de ver, o al menos conocer anticipadamente su clasificación. Es altamente vergonzoso que una joven esté presenciando delante de su novio las escenas rastreras y sugerentes de personajes y ambientes infames. La joven que voluntaria y agradablemente las presencia manifiesta a su novio que le gustan y en el fondo que las desea. Esto bastará para que el chico se sienta tentado a complacerla. Oh, si las jóvenes conociesen las causas de muchas situaciones desagradables en que se han visto.

La joven que en el cine estando con un chico coloca delicadamente su abrigo o una prenda sobre sus rodillas para evitar peligros, da una prueba de pudor y pone alambrada a su jardín. El miedo guarda la viña, dice el refrán. A solas con el hombre la joven nunca está sin peligro, no verlo o no creerlo, o es ser tonta o mala.

La joven no debe consentir que el novio le esté diciendo constantemente tonterías, ni halagando siempre su vanidad, ni menos piropeando su cuerpo. El joven que tal hace está diciendo que los objetivos y aspiraciones sobre su novia son muy bajos y egoístas. El joven que sólo estima a la mujer por su belleza externa demuestra no conocer ni valorar los superiores bienes de orden moral y espiritual. La mujer no es bella como un jilguero, ni bonita como una canción. es más, mucho más.

Con el novio poco de «manitas». Dice el refrán: juego de manos, juego de villanos. Contenga la joven su peligrosa prontitud para las confianzas tan pronto como ama, no sea que tenga que llorar después. Ciertas confianzas moderadas entre novios con relaciones formalizadas no tienen mayor importancia, pero exigen dominio personal y cierto recelo por la propensión natural en esos casos al abuso. El mutuo respeto es condición base de castidad en las relaciones.

Los jóvenes que han andado con muchas chicas, suelen ser simpáticos, pero se enamoran mal y suelen ser poco respetuosos con la novia. De entre esos jóvenes salen la mayoría de los infieles a la fe conyugal.

La joven no debe mostrarse demasiado pasiva ante las muestras de afecto disculpándose con que ella no peca; se puede equivocar; ya dice un refrán aldeano que lo mismo peca el que mata que el que tira de la pata. Pecar no es sólo sentir voluntario, lo es también colaborar, dar ocasión. Pecado del hombre que sin la acción o consentimiento de la joven no se realizaría, se le atribuye y de él se hace responsable.

Sepa la joven que es mucho más difícil que el hombre dé o reciba muestras de afecto de una joven sin pecar, que ella. No juzgue, pues, de la maldad de las confianzas con el novio por lo que ella sintió o buscó, sino piense lo que pudo sentir y buscar él. Pero no se lo pregunte, porque si pecó, por lo regular la engañará, o por delicadeza o por picardía para que no se ponga en guardia e impida posteriores intentos.

Con exhibiciones y mimos la joven juega con pólvora. No se asuste sólo cuando llegue la explosión; no encienda la mecha, ese es su deber. Recuerde el refrán: el hombre es fuego, la mujer estopa, viene el diablo... y sopla. Echamos muchas culpas al diablo que no tiene; a veces la que sopla es la mujer y más fuerte que el diablo. El hombre si ve la puerta abierta se contiene pocas veces sin entrar; la puerta de su honor la abre siempre la misma mujer.

Andar cogidos del brazo lo reprueba la Iglesia, por peligroso y escandaloso. Es menos peligroso que sea la mujer la que lleve del brazo al hombre, pero tal vez sea más escandaloso. Es altamente reprochable que los novios no se contengan en estas confianzas ni siquiera delante de sacerdotes y niños. En esos casos el escándalo es más grave.

En las «Normas de Decencia» publicadas por los Obispos de España se lee: «Un hombre no debe tratar afectiva y asiduamente con una mujer sino con vistas al noviazgo y el noviazgo con vistas al matrimonio.

«El «flirt» es un pecado ordinariamente grave, al menos cuando es duradero, por los peligros que encierra y por los daños que infiere a la mujer, aunque ésta parezca que lo acepta y consiente».

Huya la joven de los fáciles y alegres amoríos en los que todo es vanidad, apariencia y peligros. La joven que goza con los amoríos demuestra no poseer hondura, ser hueca. Las tales jóvenes valen para el tiempo de una verbena, de una noche de fiesta. Esto lo necesitan saber más ellos que ellas. Se quejan las mujeres de que sus maridos no paran



en casa, etc., ¿no lo será porque la mujer no tiene con qué llenar el alma de su hombre?

El amorío es el amor de las mujeres que no saben todavía amar; cuanto una mujer tiene más alma, más lejos está de amoríos. El amorío es amor raquíptico, amor de niña.

Joven, aprende a amar sin manchar. Que el hombre a tu lado gane; que encuentre fuerzas para luchar en la vida, para ser mejor. Nunca te dejes llevar de la idea de que si no eres fácil a sus momentos de pasión, te juzgará fría e incapaz de hacerle feliz. La felicidad del hombre no está en la pasión que es momentánea. No le hagas caso, pasados los momentos pasionales, si no es un sinvergüenza, volverá a ti para amarte y estimarte más. Comprenderá que tú eres su ideal de mujer. No hagas ley de tu noviazgo: ante todo no perderlo; en ciertos casos, perder un novio puede ser gran suerte.

La castidad en el noviazgo es siempre fácil para la joven que entra en él por la puerta. No entra por la puerta la joven que coge novio en la playa, o en una orgía nocturna. Con el novio que entra al noviazgo por la puerta mantenerse sin mancha no es difícil; si hay un momento de debilidad el instinto sano de la joven lo cortará rápido: ¡eso nunca! Y nunca se repetirá. La joven acosada, lo es por su culpa. No tema la joven perder al novio por mantenerse ante él digna y austera. La chica caída aunque sea con su novio y por culpa de él, queda en la mente del opresor empequeñecida y vil; siempre. ¿Por qué sino con tanta frecuencia a la mujer que profana la abandona el hombre?

Si la joven ama su honor y desea con obras defenderlo huya del rincón y de la obscuridad en el trato con los hombres; la fuerza que arrastra hacia ellos es siempre la fuerza de la concupiscencia, nunca la del amor. La joven que acepta meterse en esos sitios, va al matadero.

La joven en sus confesiones debe examinarse sobre este peligro deliberadamente buscado o gustosamente aceptado y tomar las resoluciones que la verdad del propósito de enmienda exige.

Yo tengo notado la poquísima personalidad que muestran las jóvenes en su trato con los hombres, son demasiado fáciles. El afán exagerado de casarse, el miedo a perder el novio, las hacen ceder casi sin resistencia alguna a los impulsos de la concupiscencia del hombre, conculcando los principios más sagrados de la vida y de la religión. Sin firmeza y alguna rigidez no se puede permanecer mucho tiempo fiel a la fe cristiana, máxime en tiempo de noviazgo.

# ELECCIÓN DE NOVIO

Para acertar en la elección de novio la joven ha de pensar que el noviazgo no es sólo un gustoso pasatiempo de la juventud; el novieazgo es un tiempo de paso, es un puente. Se busca novio para encontrar esposo y la vida de matrimonio es cosa seria y de grandes responsabilidades que exige entrar en él con los pies bien asentados. El error en la elección de novio se paga durante toda la vida y no pocas veces con dolorosas complicaciones que amargan la existencia e imposibilitan hasta el vivir cristiano. La joven debe pensar mucho sobre la elección de novio y no aceptar a cualquiera deslumbrada por condiciones o dotes que sean insuficientes para la felicidad y santidad del matrimonio.

Las jóvenes se ilusionan pronto cuando un chico les dice que las quiere. El nombre de novia no tiene la misma acepción en labios de los chicos que de las jóvenes. Hay muchos chicos que toman novia por frivolidad, por pasatiempo, sin ninguna intención de buscar esposa. Las jóvenes, cuando oyen esto, lejos de desanimarse, intensifican, abusando a veces, sus recursos femeninos de captación; no sean cándidas, los chicos están ya de vuelta de esas tretas femeninas y no harán otra cosa que aprovecharse de las ganas de la joven para sus fines egoístas.

Es caso raro que un joven llegue al matrimonio sin haber tenido muchas novias; tema la joven no ser ella una

más. La prudencia y recelo en el trato con los chicos se impone en interés sobre todo de la mujer. Es engañada toda joven que trata a un joven con intenciones nobles y recibe de él abandono o abusos. La joven, previniendo este peligro, sea cauta y tacaña con ellos; la joven ama demasiado pronto y demasiado de verdad, espere.

Ninguna joven decente, y para éstas escribo, querrá que su belleza y su cariño las goce otro que su futuro esposo; para alcanzar esto, lo seguro es no darse a nadie antes de casarse. El honor perdido no se recupera. Muchos jóvenes antes de casarse, buscan chicas bonitas para divertirse y gozar de la vida; quieren infamemente no dejar secretos improbados y como se reconocen cohibidos una vez casados, lo hacen de solteros.

La joven haga poco caso de las palabras, muchas veces son recursos galanes o de picardía para engañar o deslumbrar la imaginación y vanidad femeninas. Atienda más bien a su comportamiento.

Por creer en palabras han tenido que llorar muchas mujeres. Decir esto no es quitar ilusiones, es asentar la vida en bases de verdad. Con la mentira no se va a ninguna parte, sino es al dolor y al infierno. No quiere decir esto que los hombres son sinvergüenzas —aunque muchos sí— es decir que los jóvenes no son ni reaccionan en las cosas del amor, lo mismo que las mujeres.

El joven no tiene casi nunca la sinceridad de la joven en las relaciones a no ser cuando están ya muy adelantadas y formalizadas. La joven no sufre engañar ni traicionar el

cariño, a muchos hombres les importa casi nada porque aman poco; la mayoría de las ocasiones donde la joven ve amor en los chicos, no hay tal, sino picardía y pasión. El hombre cada día ama menos a la mujer y cada día va perdiendo puntos en su corazón, va quedando como objeto apático de pasión. No juzguen a los jóvenes por sus sentimientos personales porque se equivocan lamentablemente.

Si es cierto que el hombre cada día ama y estima menos a la mujer, la culpa no está toda en el hombre, la tienen mucha las mujeres por no ofrecer a los hombres sino insuficiencias.

El hombre para vivir feliz necesita una dosis de ilusión, pero sólo un veinte o treinta por ciento, nada más, si se pasa de ahí, la vida se convierte en una juerga indigna. Para afrontar con entusiasmo los problemas serios y trascendentales de la vida, con una parcial dosis de ilusión basta. No se puede hacer de la ilusión lo real. Por la tierra el hombre tiene que andar con los pies y no con las alas, por la sencilla razón de que no las tiene; querer tenerlas es tontería, intentar dar a la vida un carácter amargado y falso.

La piedad es condición base del hogar. El matrimonio es sociedad religiosa. Sin piedad será un milagro que haya paz y dignidad en la vida conyugal. A la joven no le conviene casarse con un hombre irreligioso. Sin religión habrá vicios; sin religión no habrá educación de los hijos, ni respeto a la mujer. No confíen las jóvenes en que lo harán bueno una vez casados. Joven, si no haces al hombre bueno de novio menos lo conseguirás de casada, pues más puede ante el hombre una novia que una casada. además de que siempre es

más convertible un chico que un hombre maduro. No digas que es bueno aunque no sea religioso, aunque no se confiese. El que no es bueno con Dios, ¿cómo lo va a ser con una mujer? Es bueno hoy contigo porque siéndolo se busca a sí mismo, gana él, pero cuando tenga que ser bueno con la mujer perdiendo él, ¿lo será? No te fíes del corazón, que esa confianza la han llorado muchas mujeres.

Hay chicos que no son piadosos, que no van a Misa ni confiesan y que son amables esposos, cierto, pero el buen esposo no es sólo el que quiere a su mujer; en la vida matrimonial hay otros muchos deberes además del querer a la esposa.

Si te pones en relaciones con un joven irreligioso conviértelo antes de casarte con él, de lo contrario mi consejo es que lo dejes, no te conviene. No veas en él solamente lo que es hoy para ti, piensa en lo que puede ser y muy posiblemente será, mañana para ti y para tus hijos.

Un hombre que entra en el matrimonio sin religión, tiene el noventa por ciento de seguridades de que no será fiel a las leyes sagradas del mismo. Esto es muy grave y de muy serias posibles consecuencias, por lo mismo no puede menospreciarlo la joven que aspira a casarse.

Tenga en cuenta la joven que el matrimonio es ante todo una sociedad de deberes. Aquel joven será esposo ideal que demuestre con garantía que los ha de cumplir con perfección. Por tener unos ojos muy sugestivos, y sonrisa muy agradable, no se garantiza nunca ser buen esposo ni buen padre. Buscar novio preferentemente por estas cualidades es tomar la vida a lo loco.

Las chicas dan exagerada importancia a las cualidades externas y secundarias de los jóvenes para la elección del novio ideal. Prefieren los pillos y los un tanto calaveras, es consecuencia de la frivolidad de ellas. Los chicos que deslumbran a las jóvenes son estupendos para una tarde de juerga o una noche de fiesta, pero para esposos no suelen ser los mejores, ni siquiera los buenos. Joven que se lleva de calle a las chicas, malo. Si tú lo «cazas» te enorgullecerás porque las venciste a todas, pero teme que tu triunfo sea fugaz. Tales jóvenes se cansan pronto de andar con una misma mujer, son muy apasionados y poco fáciles para el amor y sin amor no se puede vivir con una mujer mucho tiempo, aunque sea la más bonita. Dice el refrán: «assueta viles-cunt», lo visto cansa.

Tengan en cuenta las jóvenes que las cualidades varoniles que fundamentan mejor la felicidad de los hogares no suelen ser las más atractivas de momento, ni las que primero se perciben.

Apártate del trato de libertinos. Su malicia y depravación despertará en ti una pasión violentísima que te atará a su suerte con fuerza incontenible, sería tu desgracia. Muchos hogares rotos, muchas y muy amargas lágrimas de mujer tuvieron aquí su principio. Momentos muy felices, han hecho infelices por toda la vida a muchos y a muchas.

El chico ideal ha de tener estas tres condiciones: religión, corazón y educación.

Huye de chicos holgazanes y sensuales; suelen serlo los que con las chicas no hacen otra cosa que piropear su boni-



tura, los que no las hablan sino de lo bien que lo van a pasar juntos, de lo mucho que van a divertirse, y que no buscan más que besar y tocar. Teme del joven que sólo te habla de gozar; gozar no es amar. Ya lo dijimos: el placer para el deber.

El hombre en la vida necesita ideales nobles. Ir al matrimonio con un concepto serio y alto del hogar. Tu novio ha de ser trabajador, es preciosa cualidad para llevar bien un matrimonio; el vago es un indeseable.

Tu novio no debe tener un carácter demasiado irascible, ni brutal, te hará sufrir en el matrimonio y expondrá tu amor a pruebas que no resistirás. Tales hombres aman poco tiempo, si es que llegan a amar. Será caso raro que esos hombres llenen el corazón y los sentimientos de la mujer. No la harán feliz. El mal carácter no se corrige.

Que el joven sea rico y guapo, bien, pero en segundo o tercer lugar; antes, que sea trabajador, religioso y caballero. Aquello de: «Contigo pan y cebolla», se acabó; pero tampoco pensar que la felicidad está en el coche o en el abrigo de piel. Hoy se da excesiva importancia para la felicidad conyugal a comodidades y diversiones. Casi nada de eso es necesario. Basta lo necesario; lo fundamental es no tener ambiciones desordenadas ni vicios.

Esencialísimo para la felicidad en el matrimonio es que el novio no sea juerguista, noctámbulo, frecuentador de tabernas y salas de fiestas; ni jugador ni bebedor. Estos son vicios que traen, casi siempre, desgracias a las familias y que muy rara vez se desarraigan del todo. Los griegos, conocedores

sutiles del espíritu humano, emborrachaban a los esclavos para que, viéndolos en su repugnante aspecto, la juventud se apartase de tan feo vicio. Es inconcebible que una joven tome a fiesta la presencia de un beodo.

Que la joven se entere con cautela, pero con garantía, si el novio padece taras hereditarias. Si en su familia ha habido locos, epilépticos, alcohólicos, mi consejo a las jóvenes es que nunca se casen con tales hombres, aunque se manifiesten normales. Esas taras tienen carácter recesivo y pueden aparecer en la descendencia inmediata o en la lejana. Hay un peligro real y gravísimo que no se puede desatender, peligro que sólo se salva evitando el matrimonio. Muchas características psicológicas se transmiten por herencia. No contribuyan por ignorancia ni egoísmo personal las jóvenes a hacer llevar a sus hijos futuros una existencia atormentada y poco menos que imposibilitada para guardar la ley de Dios.

Huye igualmente del antiguo vicioso; puede traer lesiones orgánicas que te pueden costar desengaños para toda la vida. La incapacidad de descendencia puede venir de aquí. Mejor es no casarse que casarse mal; cada día van siendo menos los matrimonios felices y cristianos; cada día menos los esposos fieles y los padres conscientes. No tema la joven demasiado la soltería.

Tú amas al novio como puntal futuro de tu vida, pero en realidad, te casarás con su familia: su educación, su ambiente, sus tradiciones familiares pesarán e influirán sobre ti y sobre tu hogar futuro.

En la «caza» del novio la joven debe apartarse de ciertas costumbres y artes de chicas modernistas sin pudor que queriendo casarse a toda costa emplean para conquistar novio; frecuentemente resultan ellas las cazadas, terminando en dolorosos desengaños y fracasos irreparables. Para cazar no todas las artes son buenas; el fin no legaliza los medios, dicen los moralistas.

Para conquistar a un hombre, así a secas, basta a una chica ser desvergonzada, todos los iguales —que no son pocos— encontrarán en ella cebo para sus lascivias. Cuando una chica se ofrece, los hombres piensan que en aprovecharse de ella no se la ofende. Que no sea el vestido indecente con que te presentaste ante él, ni el atractivo de vampiresa con que te manifestaste en la fiesta, por lo que el joven te acompaña; irás por mal camino. Que el hombre haya visto en ti algo digno de amarse.

La frivolidad, el atrevimiento y la desvergüenza alcanzan marido, pero los maridos conquistados por esos medios ni suelen ser los mejores ni los que hacen feliz a una mujer. Entre esos están los futuros adúlteros. Atraer es fácil, lo interesante es ganar a un hombre de valer. No interesa casarse sino casarse convenientemente y no se casa convenientemente la joven que lleva al matrimonio un chico rico o guapo, sino la que lleva a un hombre que la hará feliz y la respete en el matrimonio. A estos hombres no se les conquista por todos los medios.

La mujer que pretende triunfar del hombre por su físico, termina fracasando y pecando. La joven que pone el ideal del matrimonio como única o fundamental ley de juventud se vuelve en sociedad más perjudicial que el mismo demonio.

Nunca te adelantes, joven, a declararte a un hombre; la declaración de amor corresponde siempre al hombre. Una reserva sonriente es la actitud que mejor cuadra a una mujer casadera; que les cueste algún trabajo el conquistarte. En los asuntos del amor la mujer es la dama y el hombre el caballero que la conquista. A la feria del amor el hombre va a comprar con todo su tesoro el amor y la hermosura de su reina. Manifiesta valer poco y se estima menos la mujer que se regala. La mujer que se postra ante un hombre para pedirle su corazón se prostituye.

Dicen las jóvenes: Con ese quijotismo no se conquista hoy el matrimonio. Están equivocadas y aunque así fuera, es preferible ser dama ante la propia conciencia, que concubina en el lecho de un rey. Ya sé yo que con esta doctrina no están conformes muchas jóvenes modernas. Para ellas el matrimonio es más estimable que el honor y tal vez más que el mismo Dios. Pero sepan que querer obligar al amor es un error y un imposible. El cariño no se mete a la fuerza. Hazte amable y deja al hombre que te busque. El amor es lo más personal y nace dentro, si no nace, no es ese hombre el tuyo, déjalo, aunque sangre tu corazón. Será un día, una semana, pero nada más.

Lo que no consiente el hombre es dejarse mandar por una mujer. En el momento que observa que una chica lo busca, la rehuye y si la acepta es en plan de presa, aprovechándose de su afán de conquista, terminando por ser ella la cazada. En este plan toca perder siempre a la mujer.

No te exhibas demasiado; que no te conozcan todos los hombres. Es gustosa la sorpresa. Lo que te debe interesar es

hacerte ver y querer de uno. No está bien, ni da resultados prácticos dignos el que las chicas llamen o inviten por teléfono a los chicos, fuera de relaciones ya formalizadas, ni menos que sean ellas las que los inviten a fiestas o bailes. es ofrecerse demasiado; los chicos muy razonablemente las toman por frescas de las que naturalmente procuran aprovecharse. La joven que se ofrece es aceptada pero para el mal.

Nunca crea la joven en los juramentos del novio, por sagrados que se manifiesten, cuando se los hace para conseguir de ella su deshonor. No lo crea, miente y aunque no engañase, vale mucho más lo que pide que lo que promete.

Si eres auténticamente cristiana, joven, teme para el futuro si el novio te ha insinuado un matrimonio controlado egoistamente; ¿hijos?, uno o dos. Si vas en este plan al matrimonio tu vida cobrará un cariz sombrío, estéril y de pecado, aunque todo lo demás salga a tu gusto y seas la envidia de tus amigas. Entra en el matrimonio con la firme persuasión de que es un sacramento que tiene leyes y fines indeclinables que nunca sin infamia ni tremendas consecuencias podrás quebrantar.

No intentes, joven, amenguar la gravedad de tus caídas, ni ante tu propia conciencia ni menos ante el joven diciendo que hiciste mal, pero que fué por cariño; el cariño, si es que aquello puede llamarse cariño, no vale nada en compensación de la honra perdida. El honor de una mujer no se paga ni con el trono de un rey. Es lamentable el observar que son ya pocas las jóvenes que se sienten ofendidas por los intentos de violación de su dignidad cuando se realizan en nombre del amor o de la amistad.



DURACIÓN Y TIEMPO  
DEL NOVIAZGO

Hoy se está haciendo normal el que todo rapazuelo, tan pronto como le apunta el bozo, ha de tener una novia para perder el tiempo gustosamente.

La norma cristiana sobre el tiempo de relaciones, es que se comiencen cuando ambos estén en condiciones de poder casarse, puesto que las relaciones sólo son lícitas en vistas al matrimonio. Las relaciones por pasatiempo no las legaliza la moral, puesto que son peligros graves a los que nadie puede exponerse sin motivos razonables.

Las relaciones prematuras están llenas de peligros morales y de inconvenientes para el porvenir de las jóvenes.

La edad razonable en una joven para admitir relaciones con un joven es de dieciocho años en adelante. La inconsciencia y a veces la misma inocencia, ponen a las jóvenes de menos edad en trances muy apurados y llenos de peligros. Las relaciones deben tener siempre abierta la puerta del matrimonio, para el caso en que urja entrar.

Una chiquilla a los diecisiete años no puede estar en condiciones psicológicas para tener del matrimonio y de sus responsabilidades un concepto exacto ni para poder afrontar las realidades del estado conyugal. A esa edad ni el hombre podrá estimar a la mujer como digna compañera de su vida.



El matrimonio a esas edades cobra una perspectiva de ligereza, irresponsabilidad y pasatiempo irreconciliable con su trascendencia. La visión simplista que a esas edades prematuras se tiene del matrimonio llevará, dentro de las realidades de la sociedad conyugal, desengaños o sorpresas que pueden acarrear consecuencias irreparables.

La joven debe ser aún más exigente en la edad de los chicos. Un chico que coge novia a los diecisiete, dieciocho y aún a los veinte años, o lo hace por pasar el tiempo en aventuras peligrosas de su edad irreflexiva, cosa que no debe admitir ninguna joven prudente y pura, o, en el mejor de los casos, se encontrará en imposibilidad de contraer matrimonio durante mucho tiempo con el peligro muy real de cambiar de pensamiento y de afecto, pagando las consecuencias la joven.

Cuando el joven tome novia debe ser para casarse y por tanto esta determinación corresponde hacerse en el tiempo en que la edad y las condiciones económicas permitan contraer matrimonio inmediatamente o en breve tiempo. Las jóvenes, dominando sus afectos y sus tendencias, pueden defenderse de este peligro muy en boga en las relaciones por pasatiempo en edades inconvenientes.

Las relaciones por norma general no deben prolongarse más allá de uno o dos años. Cuando un joven está en edad oportuna y posee medios económicos razonables y sin motivo atendible deja pasar el tiempo sin determinarse al matrimonio, tema la joven y sospeche. Sin temor excesivo a perder al novio, debe en esos trances procurar una solución concreta y lo más inmediata. Si por hablar claro y con de-

licadeza pierde al novio, no dude que lo tenía ya antes perdido, no ha hecho sino precipitar, con ventajas, una situación que había de llegar más pronto o más tarde y con peores y más dolorosas condiciones. No tema las lágrimas, lloraría con más dolor más tarde. En estas y semejantes circunstancias acostúmbrese la joven a mirar en la lejanía, al futuro, sobrepasando el momento actual doloroso. Es más provechoso sufrir un día que una semana; un mes, que toda la vida.

## DOCTRINA DE LA IGLESIA

Sobre el noviazgo acaba de decir el Obispo de Vich, Doctor Masnou, en su «Prontuario de la Familia Cristiana»: «Para muchos jóvenes, el noviazgo constituye un sistema de diversión. Sin embargo, las relaciones prematrimoniales deben constituir un medio para acrecentar el conocimiento y amor mutuo y una preparación digna para el matrimonio. Por tanto no puede constituir una situación caprichosa y anárquica. Por tratarse de personas racionales tienen sus leyes, su tiempo y su espíritu determinado. Las relaciones prematrimoniales deben ser cosa de Dios, no de la carne y del diablo. Para muchos, en nuestros días, son más bien lo último. Para aquellos que las leyes de castidad y respeto mutuo no tienen valor, el sexto y noveno mandamiento nada significan. Pero no se debe confundir el corazón y el amor con la carne y la sensualidad.

Las muestras de libertinaje espantoso que ofrecen no pocos novios son causa de que ellos vivan siempre pecando, de que den un continuado escándalo, de que se cree un clima

de indecencia en locales, calles y plazas y de que se contraigan tantos matrimonios desgraciados. Urge imponer un remedio urgente...

No el amor, ni el matrimonio proyectado, ni la moda ni los ejemplos poco edificantes de otros, ni la viveza de las pasiones son razón suficiente para justificar un noviazgo prematuro o de desahogo de las propias pasiones. Las relaciones tienen un fin: prepararse a conciencia para un matrimonio acertado. Tienen una ley: la ley de Dios».

Piensen las jóvenes estas palabras de Pío XI en su Encl. «Casti Connubii»: «Bien se puede temer que quienes antes del matrimonio sólo se buscaron a sí mismos y condescendieron con sus deseos aún siendo impuros, en el matrimonio continúan siendo lo que eran antes y cosechan en la vida matrimonial lo que sembraron: tristeza en el hogar, discordias y pasiones desenfrenadas».

«De la elección del consorte depende en gran parte la felicidad o infelicidad del futuro matrimonio, puesto que ambos pueden ser mutuamente ayuda o peligro. Para que no padezcan toda la vida las consecuencias de una imprudente elección, deliberen seriamente, los que deseen casarse, antes de elegir la persona con la que han de convivir para siempre. En esta elección tengan presente las consecuencias que se derivan del matrimonio en orden a la religión, en orden a sí mismo, al otro cónyuge y a la futura prole. Imploren con fervor el auxilio divino para elegir con acierto, no llevados por el ímpetu de la pasión, ciego y sin freno, sino por un amor recto y ordenado, buscando ante todo los fines para los cuales Dios creó el matrimonio».



BESAR Y AMAR

¿Qué muchacha no ha preguntado a su confesor: Padre, es pecado besar al novio? La mayoría lo saben, lo que buscan es libertad garantizada. El beso es una muestra de afecto y por esto, en sí mismo, lícito; pero entre humanos el afecto es peligroso y expuesto a desorden. El beso entre novios es una manifestación de afecto prematrimonial y por ello más peligroso. No se besa a un novio como se besa a una madre.

El beso es la puerta de algo muy íntimo y delicado que se abre; es la puerta del amor conyugal. De aquí su peligrosidad y gravedad.

Besos y abrazos no son acciones de extrema gravedad, aunque lo pueden ser en la mente, pero son siempre el comienzo de cosas muy graves. Si el vigía no contiene al enemigo en la puerta, más difícil lo vencerá en el castillo. El que no tiene voluntad para evitar el principio, que tiene siempre menos complicaciones, menos la tendrá cuando contenerse resulte punto menos que imposible. Será caso rarísimo el de una joven que haya llegado al fin —al pecado grave— con un hombre, sin que antes no haya habido muchas confianzas de las que no se sospechaba, ni temía. Primero, V., después tú; más tarde un beso y después lo otro... y por fin el llanto. Así se compendia la historia de muchas ilusiones de jóvenes en su trato con los chicos.

Para que no llegue lo último, evitar lo primero; las cosas nunca comienzan por el fin y el principio de las cosas más grandes es frecuentemente insignificante. Tiene mucha filosofía de la vida aquel aforismo antiguo: Principiis obsta, oponte a los comienzos en las cosas que no se las puede dejar llegar al fin. En asuntos de pecado, cuanto más adelante se está, más costoso es volver atrás. El que menosprecia lo pequeño, caerá en lo grande.

Para el hombre, cuanto más gustoso es el mal, probado, más difícil evitarlo; el beso gusta, pero es peligroso, a veces gravemente peligroso. La ley de la vida no son los gustos, sino los deberes. Sin contar con que a la larga y a veces a la corta, los placeres traen más dolores y penas que los deberes.

El beso es el símbolo del amor, sin embargo, casi todas las traiciones del amor se realizan con su beso: comenzando por Judas. Se escandalizarán muchas chicas y no me creerán si les digo que el noventa por ciento de los besos de los hombres son ofensas al amor, al menos, ajenos al amor. Pocas cosas menos creíbles que el beso del hombre; es que el beso es símbolo del amor pero también es símbolo de la pasión y del egoísmo, tal vez más perfectamente que del amor.

Las mujeres, como son más fáciles para el amor, creen demasiado en la verdad del beso, porque el de ellas no suele engañar. ¡Pero si son ellos los que las besan!, y el hombre es mucho más fácil para la pasión y el egoísmo que para el amor. Si las mujeres no quieren ser engañadas con engaños que las pueden costar lágrimas, no sean fáciles para dejarse besar.

Dios ha hecho que no engañe el beso de mujer porque la mujer tiene que besar mucho a los hijos; que un beso traicione a un hombre o a una mujer, estará mal, pero no tiene transcendencia; lo tremendo y lo trágico sería que engañasen los besos de madre.

Para una joven perder un novio por no dar un beso será ideal demasiado elevado, pero es un ideal hacia el que debe tender. Ciertamente que el hombre sabrá pocas veces comprender la valía de la mujer por esa acción, pero no ha de ser única aspiración de la joven aparecer con méritos ante los chicos; también Dios tiene su juicio de los actos humanos. Por un beso de hombre voluntariamente perdido, recibirá la joven un beso de Dios.

Para las jóvenes besar nunca ha de ser cosa banal; el beso es un momento muy serio, un beso de verdad nunca se olvida; para que su recuerdo no amargue a las jóvenes no lo prodiguen, porque quien mucho besa, besa de mentira, y la mentira de un beso es siempre una traición. Como besar es dar, la joven que besa mucho, terminará quedando vacía y con la imposibilidad de volver a besar de verdad.

Hay dos besos limpios: el que da la madre a sus hijos y el primero que a su novio le da la joven.

Muchas jóvenes se dejan besar de los novios pensando que con ello las querrán más; están totalmente equivocadas. Los besos levantan las pasiones y ahogan el amor. Las jóvenes distinguen mal entre pasión y amor. Se puede estar muy apasionado, con ansias locas de besar y de estar junto a la novia diciéndola a cada momento mil cuentos de amor



y no amar nada. Esto lo entienden mal las jóvenes, pero les conviene entenderlo. Las jóvenes confían demasiado en apariencias de amor. Eso las pierde muchas veces.

La joven que besa da casi todo lo que es; el joven que besa busca demasiado. Lo que se da en un beso no se vuelve a recuperar; no den las jóvenes nunca lo que más tarde quisieran no haber dado.

Las niñas mal educadas hoy juegan a los novios, pero éste es un juego al que nunca deben jugar las jóvenes, porque en él siempre pierden.

Para amar no es necesario besar; para gozar del amor, quizá sí, pero los novios no tienen ningún derecho al gozo del amor. Entre novios los besos han matado muchas veces el amor. Sospeche la joven del chico que la dice que no la ama porque no le besa o porque no consiente en ser besada; o es un farsante o un libertino.

El beso entre novios se hace más peligroso y sospechoso por el modo y circunstancias que lo acompañan. Un beso anormal, estudiado, de cine, es, razonablemente pensando, un beso de mente pecaminosa, se manifiesta clarísimo como beso sensual. Tal beso nunca debe tolerarlo mujer decente. Un beso limpio, breve, de sincera amistad, puede tolerarlo la joven cuando las relaciones se hayan formalizado y no sea excesivamente frecuente, en cuyo caso degeneraría pronto en sensual. La confianza entre novios es mala amiga de la castidad.

Cuando beses a un hombre, recuerda tu comunión últi-

ma y piensa: ¿Se podrán unir en mis labios la Hostia Santa y los labios de este hombre sin sacrilegio?

El beso que no es cariño, afecto sano, es ofensivo siempre del honor de la mujer. El más peligroso modo de engañar a la mujer es el que se hace en nombre del amor; desconfíe de esa palabra que tiene en su corazón un trono de rosas. No consienta un beso antes de tener seguridad de que se le da por cariño y no para robarla. Sepa que la joven tarda demasiado en convencerse de que el beso pueda engañar. El joven que a los pocos días de conocer a una chica intenta ya besarla, manifiesta ser ladrón que quiere forzar la puerta. Trátelo como tal, se equivocará pocas veces.

Es preciso que la joven estime su belleza y la administre con tacañería. La joven fácil para dar y ofrecer es desestimada de todo hombre serio y sano y constantemente acosada por todos los sinvergüenzas. Se quejan a veces las chicas de que los hombres son «asquerosos», pero que piensen a ver si lo son sólo con ellas y por qué.

La mujer no debe ser fácil para dejarse besar ni por familiares no demasiado próximos; el hombre es más sensual y más malo de lo que generalmente piensan las jóvenes, y cuando no sea malo, es débil. Para estos casos tengan presente el refrán: piensa mal y acertarás. La candidez ha dado muy malos ratos a no pocas mujeres. El miedo guarda la viña, dice otro refrán. Reconózcase la joven bocado codiciado de las pasiones del hombre, que aprovecharán toda ocasión. La pasión y el vicio no suelen respetar ley ni amistad cuando se sienten encubiertos.

El valor de su honor debe hacer a toda mujer recelosa en su guarda. No olvide que es su tesoro y como tal defiéndalo. Es vergonzoso y hasta inconcebible la pasividad con que hoy las jóvenes se dejan besar y manosear de los chicos. Demuestran carecer de pudor y dignidad. Siempre ha sido gloria de los pueblos tener mujeres difíciles, intocables. Lo contrario, ha sido considerado en todas las épocas como signo de degradación y corrupción social.

El beso debe ser razonable en su motivación; ni la madre besa a sus hijos a lo loco, ni una hermana a otra hermana, cuanto menos unos novios. Sería razonable en una despedida, en un suceso alegre para los dos, etc.

Las chicas tienen idealizado el beso, amor y beso para ellas es una misma cosa. ¡Qué cándidas! Yo les aseguro que muchos besos son... esputos. —¡Qué asco! —¿Qué? ¿El esputo? —No, el beso.



¿DIVERSIÓN O MORTIFICACIÓN?

La respuesta es clara y espontánea si la pedimos a los hombres: diversión, dicen los mundanos; mortificación, responden los perfectos. ¿Es que no podemos divertirnos?, exclaman con angustia muchas jóvenes cuando se les habla de contención. Y yo respondo a sus impacencias: sí y no. En plan de perfección con muy poca diversión basta, tal vez con ninguna. Los hombres superiores podrían aplicar a la diversión lo que solía decir el filósofo Epicuro, aludiendo a su suficiencia vital: «me bastan pocos, me basta uno, me basta ninguno».

Sin embargo, la diversión es lícita, y para la masa humana se puede decir necesaria, pero la diversión hay que entenderla en un sentido recto. Divertirse para expansionar las pasiones, para liberar las fuerzas de perdición, nunca, ni aun siquiera es moralmente lícita la diversión como fin; esto es, sin una orientación hacia otros objetivos superiores. La ley cristiana de la diversión es ésta: divertirse tanto cuanto sea conveniente para cumplir el deber.

Ni la diversión ni el gozo son objetivos propios de la existencia del hombre en la tierra, al hombre le ha puesto Dios en el mundo para conquistar un gozo sumo, pero, futuro, gozo que se alcanza más y mejor expiando pecados y siguiendo a Cristo con la Cruz que complaciendo los sentidos y las inclinaciones de la naturaleza.

Está ya tan alejada la Humanidad, aun la cristiana, del concepto evangélico de la vida, que hablar de abstención voluntaria, de privación de gustos, de alejamiento consciente de un mejor vivir y de un más gozar, suena a blasfemia y a tontez. Hoy este tenido por tonto el que puede y no goza. Si Cristo volviese al mundo y repitiera su modo de vivir, sería juzgado por raro y tonto por la mayoría de los hombres. La sociedad moderna tiene empacho de circo, folklore, cine y jazz, que la incapacitan para la austeridad y rigidez de vida, fórmula eterna de superioridad y hombría. Una vida sin austeridad es vida colocada prácticamente fuera de las perspectivas de la Redención. En la estima y aceptación de los sufrimientos está positivamente la mayor manifestación de nuestro entroncamiento en Cristo-Redentor y del conocimiento del cristianismo.

El mundo no lo ha creado Dios para que el hombre encuentre en él su dicha, aunque encierre muchas posibilidades de placer, que en ciertas condiciones lícitamente puede disfrutar el hombre. El destino del hombre no está en este mundo; el hombre es un ser superior a la creación visible, en la tierra está de paso.

La razón en Dios de la estancia del hombre en la tierra es su condición de ente libre. En los planes de Dios los seres libres han de alcanzar la posesión de su fin existencial—que es su bien pleno, total—libremente, por actos de su voluntad. Para este fin da Dios al hombre el tiempo que tiene a su disposición, el poco tiempo, porque la prueba es corta.

La permanencia, pues, del hombre sobre la tierra, tiene un carácter eminentemente serio, tan serio como lo es su destino eterno, como el cielo, como el infierno, como Dios.

El tiempo lo tiene el hombre como elemento para ganar a Dios. El tiempo de la diversión debe igualmente centrarse en este objetivo. En cristiano no existe tiempo de disipación, la pérdida de tiempo, es pecado, es ruina.

La conquista de su destino le resulta al hombre, por la condición humana de debilidad y más aún por la herida que el pecado original le causó, trabajosa; realmente la vida tiene un carácter de combate con sus molestias y peripecias. Los soldados en el frente tienen poco tiempo para diversiones.

Además la vida humana tiene un carácter penitencial, expiatorio, poco compaginable con la diversión alocada y excesiva. Los pecados no se redimen, y es preciso redimirlos, con expansiones pasionales, ni libertades de sentidos. El cielo, meta constante y básica de la vida humana, se gana más y mejor sufriendo que gozando, padeciendo que divirtiéndose; por esto en cristiano es mejor, más conveniente, sufrir que gozar, llorar que reír. En el cielo los hombres se alegrarán más por haber sufrido que por haber gozado. La Cruz será la suprema gloria para Jesucristo y para todos los que la llevaron en pos de El. Aún en esta vida, a la larga, se vive más satisfecho por el deber cumplido que por el placer gozado. Lo grande y hermoso se conquista, como las posiciones enemigas, a tiros y con coraje. ¿Significa algo positivo para mis lectoras las palabras de Jesucristo: «Bienaventurados los que sufren y los que lloran»?

El hombre es el único ser de la creación que siente repugnancia a andar el camino que le conduce a su bien y atracción por lo que constituye su mal. Esto hace que el hombre sólo alcance su auténtica felicidad en lucha contra



sí mismo, y que la virtud sea siempre heroica y gloriosa. Divertirse no honra a nadie; oponerse al ansia de diversión, sí. Luego es más propio del hombre en plan de perfección y de mayor grandeza no divertirse, que divertirse, siempre que la diversión no tenga razón de deber o conveniencia. Es más noble, más admirable un albañil trabajando con suciedad y cansancio, subido a un andamio, que una joven elegante y deslumbrante divirtiéndose en una sala de fiestas.

Quien se ha acostumbrado a ver en los trabajos y luchas de la vida únicamente su realidad sensible y repulsiva, se incapacita para sobresalir en nada. Ese hombre, esa mujer serán seres adocenados y vulgares.

En este mundo, al menos inicialmente, es más agradable y más fácil ser malo que ser bueno; hacer el mal que practicar el bien. Por esto son más los malos que los buenos en el mundo. La naturaleza no ayuda al bien, al contrario, lo repugna, lo resiste. Dejarse llevar de los impulsos de la naturaleza, es abocarse al mal, al pecado.

La virtud es efecto de un persistente y violento esfuerzo por contener a la naturaleza en sus tendencias hacia el mal, alcanzando que sirva al bien. No hay virtud sin lucha, ni sin vencimiento de los impulsos de la naturaleza. La diversión, al menos en el sentido que tiene hoy la palabra, es un dejar de luchar contra la naturaleza, es un condescender con sus deseos, es liberarla, aflojar sus riendas. La virtud es esfuerzo y triunfo, el pecado es flojera y derrota. Es más glorioso ser bueno que ser malo. Un santo vale más que cien pecadores, aunque el santo sea analfabeto y los pecadores genios, porque la persona vale más que su ciencia.

La mortificación cristiana es ley de virtud y perfección.

Negar estos principios, oponerse a ellos con la mente o con la conducta, es hacerse mundo; el mundo que según Nuestro Señor Jesucristo es negación del Evangelio.

No han faltado austeros moralistas que han condenado la diversión como contraria al Evangelio. No lo es, pero sí sospechosa y peligrosa. Aunque a veces algún tanto frívolamente se diga que los santos también se divirtieron, el hecho indudable es que los santos fueron todos austeros consigo mismos, aún los más aparentemente alegres y expansivos, mortificados y poco amigos de los goces de la vida, si es que se puede decir que lo fueron algo.

La diversión es lícita cuando está orientada hacia la mejor consecución de los fines propios de la vida en su concepto cristiano, que ya hemos dicho son eternos. La diversión, como todo gozo sensible, no puede ser fin de acciones humanas. No se come para saborear el alimento, se come para alimentar el cuerpo y sosteniendo la vida poder servir a Dios. Así, comer es acto bueno. No puede el hombre divertirse para gozar de la diversión, sino que el gozo de la diversión para mejor poder cumplir con los deberes de la vida. La diversión de este modo se hace lícita.

No se requiere para que la diversión sea lícita, que esta intención u orientación superior de la diversión sea actual, refleja, aunque sería más perfecto y es meta de santos; basta, para que sea lícita, que la diversión sea ordenada. La diversión que de algún modo no sirve a Dios, es desordenada y por lo mismo ilícita. En concreto: toda diversión que en sí

o por el modo levante las pasiones desordenadamente, fomenta la sensualidad, cree desgana del bien o lo dificulte, se hace prácticamente ilícita, mala.

La diversión se hace ilícita por el modo cuando es excesiva o dificulta un deber superior: una diversión que dificulta los fines matrimoniales, económica o substancialmente, que quita la paz del hogar, se hace por solo eso ilícita. La diversión que hace menos grato el deber, se hace por esto reprobable. La diversión que sea tentación de mal para los que la presencian, no se puede tener, la caridad es un deber primario. La diversión que hace posponer otros valores superiores: el estudio, la ciencia o impide otros bienes, como la asistencia a enfermos, o socorrer necesidades primarias de otros, se hace mala por estos efectos.

La diversión debe ocupar el lugar subsidiario que le corresponde. La diversión nunca debe tomarse como algo vital y básico en la vida. puesto que no lo es; sería desorden.

El choque de estas ideas fundamentales de vida cristiana con la mentalidad de la juventud moderna sería prueba clarísima de su alejamiento del cristianismo. Hoy son ya muchas las jóvenes que no comprenden la existencia sino en función de diversión; están irredentas, piensan en pagano. ¿Puede imaginarse a Dios muriendo en Cruz para establecer tal vida entre los hombres?

Las diversiones modernas en sí mismas o por sus modos y circunstancias son casi todas opuestas a los principios cristianos de la vida. No puede extrañar esto desde el momento que se sabe que casi todas tienen origen réprobo.

Los centros de diversión hoy, son en todos los casos, negocios, empresas económicas con muy pocos escrúpulos morales, puesto que no dejan de observar sus gerentes o propietarios que donde no hay libertades no corre el dinero. Para los frequentadores habituales los centros de diversión suelen ser considerados como modos legales de dar rienda suelta a sus pasiones y apetitos sin oposición ni pérdida de categoría social.

Prácticamente hoy se puede asegurar que la afición desmedida de diversiones es anticristiana y manifestación clara de raquitismo espiritual, de carencia de piedad sólida.

# EL DEPORTE

El deporte en principio se puede catalogar entre las diversiones honestas, aunque puede hacerse inmoral por exceso o por la forma; entre humanos el justo medio en el obrar requiere dominio personal y no poca prudencia.

La pasión desaforada, la violencia, hacen al deporte vicioso y desordenado. No es moral dar personal o socialmente al deporte valor preferente como signo de grandeza o superioridad humana. Con esta medida podría un toro superar en valer a un hombre. No se puede, por lo mismo, en conciencia fomentar tanto el deporte que llegue a perjudicar otras actividades superiores o intereses más graves y obligados.

En el deporte no debe exaltarse tanto lo muscular y masivo cuanto lo que tiene de arte y valor moral. La organización de apoteosis de deportistas, incluso con autoridades al frente, es denigrante y prueba de la inferioridad cultural y hasta religiosa de un pueblo. En este caso se ha dicho que la teología se convierte en zoología. Marañón afirmó que el deporte es un trabajo estéril y como ocupación única o preferente, patrimonio de gente inferior. Los pueblos que divinizan a los deportistas son pueblos decadentes y holgazanes.

El deporte es ocupación masculina, la mujer en él no tiene otra función que la de ser fuerza para el corazón del

luchador e ideal del que vence. La mujer más deportiva deja sus hábitos tan pronto como la verdadera feminidad se le impone.

La participación activa de la mujer en espectáculos deportivos es anormal y la Iglesia no la mira con buenos ojos. Con ella la mujer estropea el deporte convirtiéndolo en actividad sexual. La mujer en competiciones deportivas es poco decente, poco femenina y escandalosa. «La deportista ni suele ser fecunda ni suele criar bien», ha dicho un gran médico español, el Dr. Salamanca.

El traje en el deporte femenino tiene importancia capital. La actividad deportiva que haga resaltar excesivamente las formas del cuerpo femenino o lo presenten ligeramente vestido, se hace ilícita y escandalosa. En esas condiciones no puede la mujer participar en espectáculos públicos.

En la participación activa de la mujer en espectáculos deportivos, no basta la intención recta para legalizar su participación, es necesario que no haya nada externo escandaloso, indecente o impropio de su condición. Será difícil que la mujer participando en los deportes modernos de modo activo, esté exenta de faltar a estas exigencias de la moral. El recato, que es virtud femenina, es casi incompatible con la participación activa de la mujer en deportes modernos. Así lo piensa la Iglesia.

En el mes de julio de 1951 se hacía esta consulta a un teólogo moralista: «Si las jóvenes que vestidas con short o pantaloncito corto hasta bastante más arriba de las rodillas juegan al basket-ball, etc., delante de un público mixto, pue-

den ser absueltas si no se resuelven a dejar de jugar en esos trajes. A algunos sacerdotes, continuaba el consultante, les parece demasiado fuerte llegar a la negación de absolución sacramental, pues alegan que es difícil que jugando en equipo, pueda probarse cuál en concreto sea la que escandalice y que además la atención al juego aleja el peligro que tal desnudez, etc., pueda ocasionar». —La respuesta del moralista consultado, por cierto conocido por su tendencia a las opiniones suaves, fué ésta: «Nuestro criterio es que se niegue la absolución a las jóvenes que pertenezcan a tales equipos y jueguen con tales trajes, si no prometen seriamente abandonarlos».

Apliquen las jóvenes este criterio a la presencia y exhibición de las bañistas en la playa y juzguen de la licitud de tales exhibiciones.

Aunque la Iglesia no hace deporte, a veces va al deporte para que el deporte se haga Iglesia. El deporte en cristiano debe estar en función de servicio del espíritu. La religión no admite que el hombre sirva a las cosas sino las cosas al hombre y el hombre siempre a Dios. El deporte, como en general la diversión, que hace al hombre menos bueno, menos cristiano, es sin más, ilícita, en sí o en el modo.

## DOCTRINA DE LA IGLESIA

«Os hablan mucho de ejercicios deportivos, decía el Papa Pío XI a la juventud alemana en tiempos de Hitler; si se usan en una bien entendida medida, dan gallardía física,



que es un beneficio para la juventud. Pero hoy se les señala con frecuencia una extensión que no tiene en cuenta ni la formación integral y armónica del cuerpo y del espíritu, ni el conveniente cuidado de la vida de familia, ni el mandamiento de santificar el día del Señor».

Sobre el concepto cristiano del deporte habló definitiva y magistralmente el Papa Pío XII al Congreso italiano de Deporte y Gimnasia, el 8 de noviembre de 1952. Deben leerlo todas las aficionadas al deporte. De él son estas síntesis:

«El deporte tiene como fin próximo educar, desarrollar y fortificar el cuerpo en su aspecto dinámico y estético, como fin más remoto, la utilización del cuerpo por parte del alma para el desarrollo de su vida interior o exterior de la persona, y como fin último, acercar el hombre a Dios. Lo que ayuda a conseguir en su medida estos fines, eso es bueno, se debe evitar lo que se opone a esos fines.

Puede haber exceso en la estima del cuerpo. La norma es esta: cuidado del cuerpo, fortalecimiento del cuerpo, pero no culto del cuerpo. El cuerpo no es lo principal del hombre, la primacía la tiene el alma, el cuerpo debe servir al espíritu.

El cuerpo puede ser estorbo del alma para sus fines nobles. La gimnasia y el deporte que despierten los instintos malos del cuerpo, no son lícitos. «Con el placer de la belleza, con la admiración del ritmo en el baile y en la gimnasia, el instinto puede inocular su veneno en las almas. Hay en el deporte y en la gimnasia, en la rítmica y en el baile, un

cierto desnudismo que no es necesario ni conveniente. No sin razón hace algunos decenios dijo un observador del todo imparcial: Lo que interesa a la masa en este campo no es la belleza del desnudo, sino el desnudo de la belleza. Ante manera semejante de practicar la gimnasia y el deporte, el sentido religioso y moral pone su veto.

Del deporte femenino dijo el Papa Pío XII: «¿No ven las jóvenes el daño causado por los excesos de ciertos ejercicios gimnásticos y deportivos que no van bien a jóvenes virtuosas?» (L. 7 de julio de 1954).

Sobre la modestia y su exigencia en el deporte dice así el Obispo de Vich, Dr. Masnou: «Sin pasar por alto las exageraciones de indumentaria de ciertos deportistas —innecesaria desnudez, de mal gusto, a veces hasta repugnante, sin duda a veces también mal intencionada y ocasión de pecado para personas de otro sexo— llamamos especialmente la atención por los vestidos en deporte femenino. Repetimos una vez más que la modestia jamás debe sufrir detrimento en tales deportes, ni éstos resultar un truco para perversas exhibiciones. El patinaje llamado artístico (de la mujer), realizado en público, lo consideramos como absolutamente escandaloso, rechazable y prohibido, si las jovencitas no visten pantalón holgado que llegue hasta debajo de la rodilla. Los escándalos «artísticos» que van vegetando en las capitales no deben ser la norma de las jóvenes cristianas. No creemos aceptable que lo «artístico» en estos juegos y danzas neutralice lo escandaloso».

Y el Dr. Tarancón, Obispo de Solsona: «Si los deportes, según santo Tomás, se han de acomodar a la condición de

las personas, esto más hablando de la mujer. Las corrientes modernas tienden a igualar a la mujer con el hombre en todo, pero la fisiología y psicología femeninas tienen características y exigencias propias. La mujer sólo debe ejercer deportes que se avengan con la condición de su sexo y su femineidad. Los deportes violentos no son femeninos».

«En los deportes femeninos hay otro problema que se debe tener en cuenta: el del traje, como elemento de pública moralidad. La Iglesia no ve con buenos ojos la exhibición femenina en deportes públicos ni competencias, porque ese exhibicionismo lesiona generalmente su pudor y suele ser escándalo».

«La razón del deporte no justifica las faltas contra la modestia y el pudor y mucho menos el escándalo. Y sabido es que el espectáculo deportivo femenino es ante todo «aunque no se diga» espectáculo sexual en los espectadores».

Del deporte ha dicho recientemente el Papa Juan XXIII: «Es conforme con la ley divina que después de haber dado a Dios lo que es de Dios, el hombre concede a su cuerpo y a su espíritu un legítimo escape». Pero también dijo seguidamente que era necesario no sólo informar sino formar la opinión en lo que concierne al deporte. «Y formar la opinión sobre este punto es, ante todo, acostumbrar a dar al deporte el sitio exacto que le corresponde dentro de las actividades humanas, ni muy mezquino, es cierto, ni demasiado grande. El deporte tiene su valor, pero, en su sitio como instrumento útil del desarrollo completo y armonioso de la personalidad». Y aconseja el Papa: evitar la creación de mitos peligrosos en el deporte, de aumentar los entusiasmos des-

proporcionados, de fijar la atención únicamente ( o preferentemente) en los valores físicos. (4 mayo, 1959).

«Temblamos, dice el Obispo de Jaca en reciente Carta Pastoral, ante la inocencia y candidez con que se quiere rodear las actuales diversiones y expansiones juveniles. ¿No se puede bañar?, preguntan; ¿es pecado ir de paseo, organizar excursiones o bailes de amistad o de sociedad? Sí, todo eso es lícito, pero, ¿se puede negar en conciencia ante Dios la multitud de equívocos ocultos que pueden tener esas preguntas? Puedes bañarte, pero, ¿qué intentas con tu baño y en qué condiciones lo quieres realizar? Es curioso que para muchos el baño y la natación pierden todo su atractivo si no van acompañados de ciertas circunstancias. Puedes pasear, pero, ¿con quién paseas, por dónde y a qué horas?, ¿qué intentas alcanzar en tu paseo? Eso es lo que no es lícito, que no pasearías si el paseo no tuviera cierto atractivo sensual y ciertas esperas de situaciones inconfesables. Se pueden organizar excursiones, pero no se pueden organizar excursiones sin control, que sean o que puedan ser razonablemente verdaderas citas legales para la lujuria a mansalva. Se puede bailar, pero no para eso, ni de esa manera, ni en esas condiciones y circunstancias».

Esta es la doctrina de la Iglesia; pensar u obrar contra ella es pasarse al campo de los enemigos de Dios, aunque todos los días y muy piadosamente se diga al señor: Dios mío, Dios mío, os amo.

EL CINE

El invento del cine está reconocido como elemento utilísimo de cultura y formación, al mismo tiempo que de muy gustoso recreo; pero en el mismo grado el cine puede convertirse en fuerza de ruina y de perversión. De hecho el cine ha causado y está causando grandes males en el orden moral.

Del cine el Papa Pío XII pudo decir que en él los hombres viven y mueren como si no hubiese Dios.

El cine despierta el instinto, crea tendencias, provoca sensaciones. El cine internacionaliza las costumbres y en general las no buenas. En el cine las imágenes se insinúan con tenacidad y fuerza quitando al espectador posibilidad de crítica e interpretación; el cine se grava, deja huella indeleble. Pero al mismo tiempo se ha hecho notar que en el cine rara vez se encuentra una familia junta, que enfoca mal el amor, que lo trata sin respeto, casi exclusivamente como lujuria.

La primera conclusión de la Quinta Semana Internacional de Cine tenida en Valladolid en este año de 1960 dice así: «Los valores religiosos entendidos en el sentido más noble y cristiano, están ausentes de la mayor parte de la producción cinematográfica mundial». Y la segunda de dichas conclusiones: ««Abundan las obras que exaltan y afirman los valores y la dignidad de la persona humana, de la familia y de la sociedad, pero hay que lamentar que tales resultados se obtengan con frecuencia a través de una representación del mal innecesariamente clara y violenta».

Dijo el Papa Pío XII el 13 de marzo de 1943: «Se ha dicho que la iglesia del hombre moderno en las grandes ciudades es la sala de cine; la frase puede parecer, y lo es, una paradoja de mal gusto, pero conocéis bien el fondo de trágica verdad, de amargos frutos y de tremendos peligros que aquellas palabras encierran y representan». Pío XI en su Encíclica «Divini Illius Magistri» llama al cine «potentísimo medio de vulgarización que se subordina desgraciadamente muchas veces al incentivo de las pasiones y a la codicia de sórdidas ganancias».

Al cine se va a oscuras y realmente tiene que verse a oscuras porque no pocas veces a la luz resultaría insoportable al pudor humano. Una mirada escrutadora al público, abiertos repentinamente los focos de la sala, convencería de que muchas escenas y películas no se pueden ver sin vergüenza a plena luz.

El cine no es tan sólo un espectáculo, como cándidamente piensan muchas jóvenes; el cine es una escuela de vida y generalmente nada ejemplar. La asistencia frecuente al cine actual, y no digo ya del cine manifiestamente inmoral, en personas no bien arraigadas en la fe y principios cristianos, que podemos decir son la mayoría, termina casi siempre ocasionando desestima de los valores espirituales, exagerada preponderancia de los bienes y placeres mundanos; crea un ambiente mental, una predisposición para el pecado; ensancha la conciencia, quita la sensibilidad espiritual, destruye el pudor.

Precisamente de estos males adolece el cristianismo actual, debido sin duda, en gran parte, a la labor de zapa del

cine en las conciencias. El pueblo que frecuente el cine no será vigoroso y entusiasta en el seguimiento y defensa del bien moral.

Es infantil juzgar los peligros del cine de un modo simplista por los efectos inmediatos perceptibles. El más temible efecto del cine actual es la perversión de las mentes, el cambio de valores de la vida que ocasiona.

El cine es cátedra insistente, sugestiva, donde suele presentarse como objetivos y aspiraciones de la vida lo sensiblemente agradable, lo pasional y no pocas veces lo carnal. Los valores propiamente espirituales cuentan poco en el cine. El cine vitaliza y ensalza los constitutivos humanos que San Pablo llamó con frase gráfica «el hombre viejo» y que enseñaba debía el cristiano matar. Realmente del cine se puede decir que constituye una verdadera escuela de vicios. Todas las picardías humanas se aprenden en él.

El cine actual sirve a la deshonestidad más que a cualquier objetivo noble. El Dr. Forel afirmó: «Existe una escuela superior del vicio y los cines, las salas de fiestas, los cabarets y similares son sus aulas». El cine, por sus malas películas, fué clasificado por el Fiscal del Supremo, en 1916, como escuela del crimen, y el Papa Pío XII declaró que en la conjura del mal contra el bien entra como elemento valiosísimo el cine.

Llevar la vida que se insinúa y manifiesta en el cine, imitar la conducta de sus personajes, constituiría una práctica apostasía del Evangelio. De todos es sabido la conducta personal y las esferas sociales de donde provienen general-



mente los actores y actrices de cine. ¿Cómo ante esto se podrá hablar del cine sin reservas?

Se puede afirmar que el cine moderno no es cristiano, no sigue en sus actuaciones la línea de conducta y de valores establecida por el Evangelio. Para probarlo se han dado numerosas e irrefutables estadísticas.

Es raro entrar en una sala de cine con mente totalmente honesta y más extraño salir de ella en plena limpieza moral de conciencia.

La necesidad de emociones, la frivolidad —fenómeno formidable de nuestro siglo— la ordinariez del vicio y su infiltración en esferas hasta hace poco insobornables, el porcentaje espantoso de crímenes y anormalidades, el pecado habitual como estado de vida, incluso en personas de relativa frecuencia de sacramentos, son fenómenos alarmantes que han aparecido después del invento del cine y que por él y con él se han extendido.

La réplica de la mujer de la pantalla que estamos viendo todos los días tan perfectamente reproducida en tantas jóvenes modernas, es la manifestación más patente de la eficacia del cine como cátedra de vida.

La ciencia y la experiencia, dijo un profesor del Instituto Médico de Génova, confirman el influjo profundo del cine sobre la vida psíquica, en la moralidad de costumbres, en las enfermedades nerviosas y mentales y hasta en la criminalidad, más o menos precoz. Y en un estudio razonadísimo aboga por el alejamiento del cine de la juventud, como segura escuela de su perversión.

El cine sobreexcita agradablemente las pasiones, complace los sentidos, lleva al hombre a un mundo de ensueño; éste es su éxito que arrastra a las masas, pero aquí está también su peligro porque engordadas las pasiones, cebadas, resultan difíciles de contener cuando reclaman sus objetivos de pecado. Tener las pasiones domadas, acostumbradas al yugo de la ley es condición de perfección cristiana y de facilidad para la virtud, en cambio el cine las mima, halaga y da cebo. El mito del cielo en la tierra que obsesiona las mentes de tantas jóvenes es, sin duda, espejismo creado y fomentado con el idealismo de la pantalla.

La clasificación moral de las películas, que es necesidad, tiene sin embargo, el peligro de hacer olvidar este otro, tal vez mayor mal del cine, que es la deformación de las conciencias y de las mentes. Peligro insidioso y lento, pero seguro en el cine. En el cine se aprenden y se ensalzan casi todas las malicias humanas; se amortigua la conciencia de pecado y de su transcendencia en la vida del hombre.

Con la asistencia al cine se incurre fácilmente en dos graves pecados sobre los cuales la juventud femenina no acostumbra a reflexionar: la colaboración al fomento de la inmoralidad pública y la glorificación y aumento de los personajes viciosos o malvados.

El cine es, sobre todo, una empresa económica que funciona con vistas a la taquilla. Sus empresarios saben que el negocio lo dan los asistentes a la sala; agradar, pues, al público es ley normal que regula y determina el guión de las películas. Si la taquilla rinde más con películas inmorales, habrá películas inmorales, tantas cuantas el público solicite.

El que asiste a una película dice al empresario con su presencia la película que prefiere, y el empresario que es un negociante sin escrúpulos de conciencia, contará y contando conocerá las películas que han de tener más tanquilla, y naturalmente, deslumbrado y vencido por el interés del negocio, ofrecerá aquellas películas que el público solicita. La moralidad, pues, del cine, tiene dos causas eficaces: las preferencias del público y la voluntad de los empresarios. La conciencia de los pueblos la manifiestan sus películas preferidas, las de mayor éxito.

Si las películas 3R, por ejemplo, no las viese ningún católico en España, dejarían de ser entre nosotros un negocio y no siendo negocio no se presentarían: Así la inmoralidad perdería terreno e iría desapareciendo de la tierra. Tremenda responsabilidad la de los frequentadores de todas las películas «por qué a mí no me hacen daño».

Sobre esta temerosa responsabilidad existe otra no menos de temer y es la siguiente: Cuanto mayor negocio sea el mal, más malos habrá, porque todo negocio próspero es una gran tentación. Crear, pues, negocios viciosos es aumentar el mal, crear hombres malos. No habría personajes tan libertinos ni tantos como a veces se manifiestan en las películas, si esas personas no recibiesen una paga tentadora, precisamente por exhibirse de ese modo indecente, y la reciben porque esas películas donde así se presentan se ofrecen con garantías de tener numerosísimo público que les ha de dar el dinero. Colaboradores, sin duda, en la existencia e inmoralidad de tales personajes son aquellos que acuden a sus películas reprobables.

Los asistentes a todas las películas sin distinción incurren además en el peligro de pecado grave de escándalo. La persona que no esté muy sólidamente formada, al ver en el cine a tantas presenciando una película inmoral, sin aparente remordimiento alguno, incluso con manifestación clara de que para ellas no tiene importancia, sentirá vacilar en su mente el juicio estrecho que tenía formado sobre aquella película que todos, al parecer, ven con gusto e indiferencia moral. De este modo, se normalizan actitudes condenables y se crea una casi imposibilidad de alejar el mal del mundo. «Lo hacen todos», no es razón, pero es fuerza que vence a muchos.

Sin duda que la mayor dificultad con que se encuentra el sacerdocio para combatir el mal y que inutiliza tantos esfuerzos y paraliza la acción secreta de la gracia en las almas, es actualmente la fuerza que ejerce en las personas la costumbre de la masa, la normalización social de una forma inmoral de vida; de hecho para muchos el ser general es ser legal. Las cosas hacia las que la naturaleza siente fortísima repugnancia instintiva, las buscan gustosamente hoy muchas jóvenes. Están pervertidas. En esa perversión tiene parte, sino exclusiva, sí importante, el cine y la novela.

El cine y la novela son los agentes externos que con más frecuencia dificultan a la juventud el comprender y vivir el Evangelio. El ansia permanente de sensaciones, el afán casi patológico de emociones, la frivolidad y facilidad de la mujer, su casi nulo remordimiento y terror ante pecados incluso horribles, provienen de la acción retardada del ambiente de cine y de la novela, que respira continuamente. El horror al pecado va desapareciendo desde que el cine es diversión

obligada y constante en la sociedad. No es sólo, claro está, el cine el culpable, pero es una de las causas más eficaces y frecuentes.

Es un hecho observado que las personas normales que no van al cine, cuando alguna vez lo presencian, encuentran en él más defectos morales y más acusados que otras acostumbrados a su asistencia, aun cuando sean piadosas. Prueba de que el cine destruye la delicadeza de sentimientos.

Ni cristiana ni pedagógicamente es conveniente a la juventud el cine. La frecuencia asidua marcará una impronta casi infaliblemente en su alma. El cine es un peligro real; ni la frecuencia, pues, ni la asistencia sin control son justificables. Y si el cine es un peligro y no pocas veces grave, es imprudente e ilícito asistir a él sin conocer antes su clasificación moral.

La Iglesia publica una escala clasificadora de la moral de las películas. Todas las jóvenes la conocen, pocas la siguen habitualmente. Sin embargo, los moralistas están unánimes en afirmar que la asistencia ordinaria al cine sin preocuparse nunca de mirar la censura emanada de la autoridad eclesiástica, constituye de suyo falta grave.

En seguir o no las normas de la Iglesia sobre la moral de las películas hay dos cosas distintas: la obediencia a la autoridad sagrada y el peligro moral que la película puede ocasionar en la persona que la ve. El que no acepta la clasificación de la Iglesia, la desobedece en asunto muy delicado y de suyo grave. La Iglesia ha tenido sumo interés en que se creasen juntas eclesiásticas clasificadoras de la moral de las

películas y merced a sus insinuaciones y urgencias se han creado, despreciar su juicio y no seguirlo, es evidentemente oponerse a la mente y amonestaciones de la Iglesia.

Hay muchos católicos que hacen caso omiso de esta censura eclesiástica por la fútil razón de que a ellos no les hace daño la asistencia a tales películas clasificadas con las más altas notas de peligrosidad. Contra este modo irracional de pensar han hablado los Papas y los Obispos, diciendo que el juicio que emite la Junta clasificadora tiene la condición de verdadero juicio moral eclesiástico sobre la moral de la película, y por tanto, oponerse a él con un criterio personalista, generalmente mal formado, incluye un verdadero peligro de error sobre la moral. Sobre el juicio mío, está el juicio de personas calificadas y con mejor criterio. Yo pienso así, pero la Iglesia piensa de otro modo. Mi deber de católico práctico, es seguir a la autoridad, aunque su juicio me resulte molesto.

La juventud femenina tiene concepto equivocado, por lo regular, respecto del daño o mal de las películas. Entiende por daño, sensación, impresión deshonestas. No es sólo lo que entiende la Iglesia por peligro o daño de las películas y por lo que ha dado de calificación.

Hay películas veladamente inmorales que llevan a posturas o actitudes e incluso actos inmorales. Un cine no claramente inmoral puede llegar a destruir la moral en las conciencias por sus sugerencias o indirectas y lejanas repercusiones en la persona o puede causar grave daño social sin que lo ocasionen a un determinado individuo.

La clasificación eclesiástica de las películas está hecha más con vistas a la defensa de la moral, a contener el mal en la sociedad que a señalar una norma concreta en un caso individual. La Iglesia legisla para el bien público. Una película clasificada con máxima clasificación podría no ser perjudicial para un individuo particular, y viceversa, otra señalada con una nota mucho menos grave podría acarrear un peligro serio a una persona. La Iglesia en estos casos deja el problema al confesor que es el juez propio de las conciencias individuales.

La asistencia a películas clasificadas por la Iglesia como peligrosas, aún en el caso no frecuente, de no ser dañosas para una determinada persona, incluyen una colaboración personal a la persistencia y fomento de un mal moral y de un grave peligro para muchos. Si yo sé que un acto mío produce un mal grave a otra persona, no puedo hacerlo en virtud del precepto de la caridad. La ley divina no comprende un solo mandamiento, tiene muchos y por cualquiera de ellos se puede pecar.

Dijo San Agustín y viene muy bien aplicarlo al cine: «No intente tener el alma casta quien tenga los ojos impuros». Nadie que frecuente el cine sin selección podrá tener los ojos puros. Avisaba el Arzobispo de Valladolid a los padres y yo se lo recuerdo a las hijas: «En nombre de Dios exigimos abran los ojos y tengan en cuenta los graves peligros a que exponen a sus hijas dejándolas asistir solas al cine».

En el cine no es sólo peligro la película, lo es frecuentemente más la misma sala, las circunstancias en que se ve.

¿Cuántas jóvenes no se han visto tentadas en la oscuridad? ¿Qué joven no ha visto en la sala escenas infames y atrevimientos reprobables? Y yo pregunto a las jóvenes: ¿Se puede exponer libre y conscientemente a estos peligros?, ¿se pueden ver sin tentación y peligro esas escenas?

Es realmente alarmante la falta de sensibilidad moral a que ha llegado la juventud femenina para percibir y reaccionar ante las casi constantes indelicadezas y faltas de pudor que se presencian en las salas de cine y con que se ofrecen ante el público los personajes de la pantalla. Es manifestación clarísima y lamenable de la acción desmoralizadora y lenta que el cine produce en las conciencias.

Resumiendo: El cine actual constituye un peligro grave para la juventud, por el ambiente amoral y con frecuencia inmoral en que se desenvuelve. La mayoría de las jóvenes que van al cine son mejores que los personajes que se ofrecen en la pantalla; aquella su vida no se atreverían a copiarla sin remordimiento; el cine es, pues, para ellas un mal ejemplo, un escándalo, tanto mayor cuanto más sugestivo se presenta.

La frecuencia al cine no es conveniente a la juventud ni pedagógica ni moralmente. No se puede señalar una norma general, pero juzgo improcedente la asistencia casi diaria; en estas circunstancias el cine marcará casi con toda seguridad un impacto malsano en la juventud. Cada quince días podría ser una norma prudencial.

La juventud no debe presenciar, fuera de algún caso excepcional, películas clasificadas con 3R, y nunca las 4. Y



llamo joven a la que lo es. Sin embargo, la asistencia esporádica a estas películas peligrosas no puede en principio ser considerada como culpa grave. Las jóvenes no deben juzgar como inofensivas y totalmente lícitas para ellas las películas 3, por la sola razón de su clasificación.

## DOCTRINA DE LA IGLESIA

Del cine ha hablado mucho la Iglesia. El Papa Pío XI tiene una encíclica sobre el cine, la «Vigilanti Cura», del 23 de junio de 1936. Citando en ella a otra Encíclica, la «Divini illius Magistri», se lamenta de que «potentísimos medios de divulgación como el cine se subordinen desgraciadamente con frecuencia al sólo incentivo de las pasiones y a la codicia de sórdidas ganancias».

El Papa dice que el cine debe ser moral, educador. Cualquiera que haya asistido al cine y tenga un ligero concepto de lo que es moral y educación, verá que rarísimamente el cine busca ni alcanza estas metas de licitud. En el cine se aprende a conocer el pecado y sus modos; esta es la lección más general y segura que da a sus asistentes.

«Destrucción y ruina de las almas», dijo el Papa Pío XI en 1936 a los Delegados del Congreso internacional de Cine que se celebró en Roma en abril de aquel año, que solía ser el cine. Muchas jóvenes, sin embargo, a pesar de las insistentes declaraciones de la Iglesia no ven por ninguna parte esa clase de cine. Para ellas todas las películas son buenas, «están formadas y no les hacen daño». Así se tragan incons-

cientes el veneno de las películas. Los efectos los irán sintiendo poco a poco.

«El tema del cine es de tal gravedad, dice el Papa, que creemos necesario insistir una vez más atendiendo al bien de todo el mundo católico. Es necesario, urgente, que el arte sirva a Dios y al bien de las almas». Dice en este documento que el año de 1930, los mismos productores, alarmados de los efectos destructores de la moral que el cine estaba produciendo, se comprometieron a no producir películas que pudieran rebajar el nivel moral de los espectadores o que desacreditase la ley natural o suscitara simpatía por la violación de la misma, pero, continúa el Papa, los responsables y los operadores se mostraron incapaces de realizarlo o no quisieron someterse a los principios que espontáneamente se habían obligado a observar.

«Demostrada así la escasa eficacia del compromiso antedicho, parecía cerrado ya para siempre el camino de un honesto esparcimiento mediante la contemplación cinematográfica».

«Una nación que en los momentos de descanso se dedica a diversiones que ofenden el sentido del pudor, del honor y de la moral, se convierte necesariamente en ocasión de pecado, especialmente para los jóvenes, se encuentra en grave peligro de perder su grandeza y su mismo poderío nacional».

«No existe hoy medio más poderoso que el cine para influir en las muchedumbres. El poder del cine está en que habla por las imágenes. Estas se reciben con gozo y sin fatiga en cualquier alma por ruda y primitiva que sea. Imá-

genes concretas y en cierto modo vivas. A fomentar el agrado de estas imágenes se une la música y para excitar las pasiones están los bailes y «variétés» que se intercalan en la película».

«Todos saben cuán grande daño producen las malas películas en las almas. Se convierten en ocasión de pecado, inclinan a los jóvenes por los caminos del mal porque glorifican las pasiones, exponen la vida bajo una falsa luz; ofuscan los ideales, destruyen el amor puro, el respeto al matrimonio, el amor a la familia. Exaltan las multitudes colectivas que a veces —la experiencia lo enseña— llegan a formas plenamente morbosas».

«La oscuridad, la relajación de las fuerzas morales, de los que van a la sala, la preparación y las dotes artísticas de los actores, el empleo minucioso y estudiado de mil variados recursos, lo convierten en instrumento de seducción. Para la juventud, en la que no está aún formado el juicio moral y en la que van desarrollándose las ideas y los sentimientos, el cine será escuela segura de vida, y desgraciadamente esta influencia es casi siempre para el mal».

Pío XII en su alocución a grupos representativos del mundo cinematográfico el 21 de junio de 1955, insistió en el mismo concepto de la influencia del cine, de sus peligros y de su defensa obligada. «Influencia, dice, extraordinaria, amplia y profunda en el pensamiento, en las costumbres y en la vida de las naciones». «Agresiva propaganda que alcanza, según lo demuestra la experiencia, fabulosas ganancias con el apoyo de su aliado el ciego instinto al que se hurga en sus brutales y bajos impulsos».

Sobre la conducta del católico ante las clasificaciones morales del cine dijo el Cardenal de Tarragona, Dr. Arriba y Castro: «El decir de ciertos espectáculos públicos que son «tolerados», no es suficiente garantía para que se pueda asistir a ellos sin más precauciones. En todo caso hay el deber de abandonar la sala siempre que se proyecte algo contrario a la moral cristiana; fuera de que no es lícito acudir a una representación sin saber previamente la índole de la misma en su aspecto moral».

Hablando el Cardenal Urbani, Patriarca de Venecia, ante representantes del mundo del cine dijo: «Los intereses de la taquilla expuestos ante la fantasía de un público de dudoso gusto y con frecuencia únicamente ávido de emociones fuertes, se desvían fácilmente por el camino escabroso del escándalo. Así ocurre que algunas conductas íntimas y privadas de tal o cual artista, dignas de compasión, cuando no de condenación más que de aplauso, se ofrecen a la morbosa curiosidad del público, con la secreta esperanza de que esto pueda aumentar el número de los espectadores»... «Todos sabemos que no hay libro ni discurso que pueda rivalizar con el poder persuasivo de una película verdaderamente artística. De ahí la tremenda responsabilidad de quienes producen o representan al público una película. Justificarse alegando el derecho de defender el propio dinero, invocar los cánones soberanos de la expresión artística para introducir el vicio, proclamar la intención de fustigar los vicios deteniéndose en análisis morbosos sugestivos, son desgraciadas tentativas que si no caen bajo las leyes de los hombres, no escapan a las divinas».

EL BAILE

Las jóvenes que bailan están siempre con la misma pregunta: Padre, ¿es pecado bailar? Las jóvenes piden respuestas simples, a preguntas muy complejas. Los teólogos dicen que bailar no es acción pecaminosa, el pecado está en el modo y en las circunstancias. Sin embargo de esto, del baile moderno hablan muy mal la Iglesia y los moralistas. Teóricamente puede haber bailes indiferentes, peligrosos o inmorales. Los teólogos unánimemente sostienen que los bailes modernos, «el agarrado» en concreto, tal como en la actualidad se ejecutan, son de suyo peligrosos y muchos de ellos gravemente inmorales. Los bailes gravemente peligrosos se podrán bailar cuando existan graves razones para ello y siempre con las debidas precauciones que eviten el pecado; los bailes gravemente inmorales no pueden de suyo bailarse ni organizarse sin pecado. Bailar, pues, puede ser pecado y puede no ser pecado; puede ser pecado venial y puede ser pecado mortal. Puede ser pecado el hecho mismo de bailar y puede serlo por sus circunstancias.

El baile moderno en cuanto organización, como centro de diversión puede considerarse en la actualidad como lugar de vicio. Ser hoy empresario de un salón de baile constituye «infamia iuris», esto es, declaración pública de infame, de pecador público a quien se le puede en derecho negar sepultura eclesiástica.

La maldad objetiva del baile moderno, no hablo ahora de las posibles intenciones malsanas de las personas que lo ejecutan, está en las formas o modos que lo constituyen y las circunstancias que lo acompañan que son, generalmente, inmorales: gesto, actitud, música, ambiente, etc. Recuerdo yo la franqueza brutal con que un cobrador de trolebús gritaba sonriente a los viajeros que llenaban el vehículo: «Apriétense como en el baile». Expresión que halló eco gozoso en muchos labios. Las jóvenes que frecuentan los bailes suelen negar esta realidad fea y perversa del baile, son malas o inconscientes de sus propios impulsos instintivos. La mujer en el baile, con demasiada frecuencia, busca, más o menos veladamente el acercamiento del hombre, incluso por modos nada decentes, aunque ella no reflexione sobre la realidad de sus propios actos. En el hombre este impulso es mucho más acentuado y declarado. Contrariamente a lo que hace la mujer, lo reconoce y lo declara.

El baile lleva implícita, galante y rítmica, una entrega personal. El baile íntimo, en el baile el espíritu —quizá más que el espíritu— del hombre y la mujer se tutean. Por eso el baile agrada y el novio no consiente que su prometida baile con otro que no sea él. Los que juntos bailaron hoy, donde quiera que se encuentren mañana, se mirarán como no se mira al extraño. Qué bochornoso para la joven bailarina al encontrarse entre una multitud de hombres tener que decir: bailé con todos. ¿Qué deja para su esposo la mujer que se da a todos? No entiendo qué sabor puede encontrar un hombre en escoger para sí a una mujer que ha querido a todos. Si yo pudiera hablar a los hombres solteros les diría: no os caséis con una bailarina, apenas tendrá qué daros.

La moral cristiana no reconoce legales los modos de tratarse en el baile los sexos. La Iglesia cree en la realidad de la caída en el Paraíso y en la lesión consecuente de la naturaleza humana y sabe que ciertas actitudes y gestos entre personas de diverso sexo y máxime en la edad de la juventud, ocasionan levantamientos pasionales y saben además que la pasión deshonestamente levantada difícilmente se contiene, y solícita defensora del bien espiritual de sus hijos prohíbe buscar y aceptar aquellas ocasiones o modos que desperezan la lujuria. El baile moderno está hecho y estudiado, al menos así parece, para suscitar ese pecado lascivo. Para conocer la realidad malsana de los bailes modernos basta leer con alguna atención ciertos anuncios y oír algunas conversaciones de los frecuentadores de las salas de fiestas antes o después de los bailes.

La juventud infame suele ser entusiasta del baile y lo alaba y lo apoya incluso con no pequeños dispendios pecuniarios, porque ve en ellos un centro ideal fácil y legalizado donde desahogar sus instintos perversos.

Es moralmente imposible que un joven tome parte durante cierto tiempo en reuniones de baile moderno con mente casta. El arte y la misma diversión en el sentido mismo de la palabra significan muy poco para la generalidad de los jóvenes que frecuentan las salas de baile. Decía Unamuno con su fiera franqueza: «Ya sé yo que el baile no es lujuria pero yo me entiendo y los hombres también».

«Casi todos los bailes modernos son de origen réprobo», han declarado los Metropolitanos de España. Tal vez haya que decir que todos han sido ideados, iniciados y propagados



por personas infames. Los organizadores y promotores principales han sido y son personas que han buscado, sin ley alguna moral, un negocio explotando las pasiones humanas. «Donde no hay faldas no corre el dinero», decía un muchacho que intentaba establecer una sala de baile nocturno.

No hay casi una sola Jerarquía de la Iglesia que no haya anatemizado el baile moderno. Las jóvenes, en cambio, no ven otra maldad en ello que el atrevimiento indelicado de algún joven que se acerca demasiado. Son cándidas y su candidez el cebo que anima y atrae en el baile. Esa inconsciencia la explotan los concurrentes y organizadores y propietarios de las salas de baile para sus fines nefandos. El Dr. Marañón, nada sospechoso en la materia y con autoridad suficiente, escribió. «Ciertos bailes no son sino modos de sugestión directamente sexuales».

En el salón todo está meticulosamente estudiado para que la sexualidad encuentre ilusión y facilidades: la iluminación del recinto, la música que «inspira», los gestos y movimientos de la danza, cada día más descaradamente incitantes (la joven no del todo maleada que deja algún tiempo de entrar en las salas de baile las encuentra siempre más escandalosas), la cadencia y el ritmo de la música pegajosa y sensual, el ambiente de libertinaje en miradas, sonrisas y palabras plenas de intención lasciva, los atrevimientos de los libertinos que no faltan a la cita, y sobre esto, el alcohol «en el cual está la lujuria», según dijo el E. S. y los cuerpos jóvenes y pasionales de muchachos no acostumbrados al vencimiento y dominio personal y la belleza y el atractivo femenino al rojo en libertades y picardías... y pocos días más tarde una joven bonita que cae a los pies del confesionario

para declarar sus pecados: Padre, me acuso de haber tenido alguna distracción en mis rezos cuando estaba en el templo... —¿Asiste V. a los bailes? —Sí padre, pero no es pecado bailar, bailando decentemente... Es incuestionable que cuesta menos convertir a malvados que a tontos.

«Ve V., escribía el impío Tolstoy, a todos esos señores rayando en la treintena, llevando en la conciencia centenares de crímenes horribles de toda naturaleza sobre mujeres, los ve V. meticulosamente lavados, recién afeitados, resplandecientes, vestidos de frac o de uniforme haciendo su entrada en el salón de baile: el emblema de la pureza, encantador. Pero si yo viese a uno de esos señores dirigirse a una hija mía o hacia mi hermana, yo debería aproximarme a él, llevarle aparte y decirle: amigo, no ignoras, lo mismo que yo, cómo has vivido y cómo vives, tu sitio no es este donde hay jóvenes inocentes y puras, sal de aquí. Pero a ese señor se le recibe con sonrisas y se le busca gustosamente en el baile». Esto dice Tolstoy, yo obraría de modo distinto, hablaría a las jóvenes puras e inocentes para decirles: este lugar no es el vuestro, salid de aquí, aquí sólo tienen derecho a estar esos señores.

Dicen que un día se acercó al confesonario del santo Cura de Ars una joven. Después de acusarse de sus pecados, le preguntó el santo: —¿Os acordáis de cierto baile al que asististeis hace algún tiempo y en el que un joven desconocido y elegante se hizo pronto el rey del salón? —Sí, padre. —¿Y no os recordáis que os devoraba un acuciante deseo de bailar con él y que os comíais de envidia e indignación viendo que prefería bailar con otras? —Sí, padre. —Pues bien, hija, aquel joven era el demonio. Las que bailaron con él, algu-

nas están ya en el infierno. A V. la salvó el escapulario y el rosario que había rezado.

Visible algunas veces, invisible siempre, el demonio es el rey del salón de baile. Las jóvenes pensarán que no, por la suprema razón de que no les conviene que lo sea, pues, si lo fuera, se verían forzadas a alejarse, lo que no están dispuestas a hacer. Las jóvenes seguirán yendo al baile porque les gusta y porque en el baile tienen puestas sus ilusiones muy queridas, pero, ¿no habrá alguna razón superior a esos intereses o gustos que se lo prohíba?

El baile tiene muy fea historia. Las bailarinas en la antigüedad fueron consideradas como mujeres infames. Ya el Sdo. Libro del Eclesiástico dice: «No frecuentes el trato con bailarinas no sea que perezcas presa de sus seducciones». Y antes el gran Homero habló de las abominaciones y adulterios incubados en los bailes. El Senado de Roma bajo Tiberio expulsó de la gran ciudad a los bailarines por enemigos y corruptores de la patria.

Asistiendo el austero Catón a las fiestas Floralias fué pronto visto por el público lamentando que su presencia impediría a las bailarinas ejecutar todas sus danzas y Catón enterándose se ausentó.

Para vergüenza de las bailarinas está el recuerdo de Salomé, de aquella muchacha guapa, artista, emotiva que se llevaba de calle a los hombres, incluso a los reyes, pero que con sus bailes mató al profeta más santo. Me atrevo a afirmar, sin embargo, que el 80 por ciento de las jóvenes «piadosas» que hoy frecuentan las salas de baile, darían cual-

quier cosa por bailar como Salomé y alcanzar sus triunfos. Tremendo, pero indudable. Para tentación de las jóvenes todavía hoy siguen subiendo al lecho de los reyes las bailarinas: supremo honor de las bailarinas y suprema infamia de los reyes.

El Conde Rogelio de Busy Rabutin, célebre escritor, consultado por el entonces Obispo de Autún sobre qué pensaba de los bailes, dió esta respuesta: «Aunque el testimonio de los Padres sea de mucho peso, creo que el de un cortesano tiene en esta materia mayor valor. Mi opinión es que ningún buen cristiano debe ir a los bailes».

El Patronato de Protección de la Mujer en su Informe Oficial del año 1943 dice: «Los expedientes de muchachas corrompidas demuestran que para un gran número de ellas los bailes públicos son lugares de reducción y mercado de menores». Y el Comisario del Distrito del Centro de Madrid consultado en aquella fecha por dicha institución dió este informe: «Las mujeres que acuden a los salones de fiestas procuran no destacarse, pero es indudable que buscan el acercamiento de los hombres y no nos engañamos en decir que dichos centros constituyen magníficas escuelas de vicio extendidos a todas clases sociales, muy particularmente de la clase media para arriba, ya que todas esas salas son caras y es preciso dinero para frecuentarlas».

«El baile de etiqueta como lo exige hoy la sociedad es vestíbulo de casa pública», dijo hace algún tiempo un hombre sincero, el Vizconde de Brioux Saint Laurent. No se puede consiguientemente dudar ante tales testimonios que los intentos insistentes de muchos por legalizar y dar carta de

moralidad a los bailes modernos constituye connivencia y colaboración con los enemigos y destructores del orden moral y de la conciencia cristiana.

En la jira que este año de 1960 ha hecho el Jefe de la U.R.S.S., Kruschev, a EE. UU. visitó Hollywood y allí los norteamericanos muy gustosamente le invitaron a presenciar una sesión de «can-can», nombre que dice bastante de lo que debe de ser ese baile, y que posiblemente mis lectoras habrán ejecutado a la perfección más de una vez. El astuto y malvado jefe ruso observó, rió y calló esperando su ocasión que no tardó en llegarle. Al día siguiente en un banquete le asediaban a preguntas, Kruschev se levantó del asiento, imitó grotescamente el baile de la víspera y dijo estas rudas y aleccionadoras palabras textuales: «Este baile que estoy imitando es un baile en el que las muchachas se levantan las faldas, Vdes. ven esto, *nosotros los rusos, no*; esto Vdes. lo llaman libertades, pero para nosotros esto es pornografía, es la cultura de los pueblos que buscan lo indecente». En esta ocasión, Dios y Kruschev estuvieron de acuerdo. ¿Y mis amables lectoras?

Las salas modernas de baile, en sentido cristiano, pueden muy exactamente ser consideradas como nuevos Calvarios donde se derrama y pisotea la sangre preciosísima del Salvador. Que las jóvenes lean el «Primer Baile», de Coloma. Beraud tiene un cuadro aleccionador: Jesús camino del Calvario seguido de un pequeño grupo de personas que lloran, mientras en la penumbra lejana se ven parejas de baile que ríen y bailan. No es un cuadro; es un hecho de la historia. Mientras Cristo Jesús en los altares, en el Sagrario se inmola como víctima por los pecados de los hombres, mu-

chas jóvenes, que dicen amarle, están atormentándole y agravando sus dolores en el salón de baile.

Ninguna joven puede tener razonablemente dudas de la inmoralidad del baile moderno si conoce el sentir y el hablar de la Iglesia y cree en su autoridad sagrada. Oirán a muchos que hablarán de modo distinto, más suave y gustoso, pero las jóvenes deben reflexionar sobre la verdad de las razones con que se contraría las enseñanzas de la Iglesia.

Pongo en guardia a las jóvenes contra el peligro incluso de que algún sacerdote laxo las adormezca en el mal y las acalle la conciencia que protesta por el seguimiento del mal del mundo. Recuerden que hay médicos a los que nadie llama cuando se está enfermo. Busquen las jóvenes al sacerdote que se manifieste órgano de la Iglesia, que más se acomode con el pensar de los mejores, que más seguramente las aparte del mal y las garantice la posesión del bien. Ese es el auténtico bienhechor, el médico que cura.

Hay jóvenes que defienden la asistencia al baile por motivos de apostolado y moralización. ¡Qué inconscientes! El mejor ejemplo y la eficaz moralización de las salas de baile, está en el alejamiento de ellas. La mera presencia en esos centros es ya una colaboración moral y económica a su existencia. Olvidan, por otra parte, el dicho del Espíritu Santo que el que ama el peligro, en él perece. No son de piedra ni ángeles para asegurarse en aquel ambiente malsano. Además recuerden que en buena moral cristiana no se puede hacer el mal para que venga el bien, y el baile moderno en muchos casos es malo en sí mismo.

Existe también una tendencia, incluso en ciertas personas de autoridad, a legalizar el baile siempre que se vaya a él sin intenciones malsanas, con ánimo limpio de divertirse. Yo he leído estas palabras textuales: «Incúlquese a la juventud un concepto sano de la diversión y respeto al honor, ánimo de expansionarse simplemente, sin pecado, y no habrá el menor inconveniente en dejar bailar y divertirse a esa juventud inspirada en una disposición de ánimo pura y noble». Esta doctrina es sugestiva, pero en moral cristiana no se puede defender. Existe en la naturaleza una fuerza necesaria instintiva que provoca al mal aun cuando haya buena voluntad puesto el hombre en determinadas circunstancias. Veo el bien y lo apruebo, pero hago el mal, decía el poeta pagano. Y San Pablo mismo experimentó en sí mismo esa tendencia malsana.

Los peligros del baile se acentúan cuando se baila con una misma persona mucho tiempo seguido. Bailando con un mismo chico durante toda la noche es punto menos que imposible que no se llegue a confianzas reprobables. No es prudente bailar con cualquiera que invite; la mujer no está en venta, ni debe carecer de personalidad, máxime cuando se trata de escoger en cosas tan peligrosas. Es vergonzoso para la dignidad femenina su pasividad en las salas de fiesta. Es error, por no decir tontez, el pensar que allí en la sala todos son amigos que la quieren bien. No dude que son más los ladrones que los caballeros, aunque los ladrones también vistan de caballero.

Es imprudente y temerario exponerse sin motivos razonables a peligros graves, tanto en el orden material como en el moral. De buenos deseos, dice el refrán, está lleno el in-

fierno. Quien suba en un avión en malas condiciones de vuelo, sin motivo proporcional, menosprecia su vida, peca contra el quinto mandamiento. Quien asiste a un baile, que es diversión en malas condiciones morales, sin un motivo justificativo, peca contra el sexto mandamiento, por menosprecio de la virtud de la castidad.

Tan delicada es la situación moral de los habituales asistentes o frequentadores de las salas de fiestas y bailes, que graves autores afirman pueden y deben ser considerados como pecadores públicos merecedores de las sanciones canónicas establecidas en el Derecho eclesiástico. Copio de una revista sacerdotal: «Teniendo en cuenta la norma de la Iglesia sobre bailes, vestidos y espectáculos, deben ser considerados como pecadores públicos las mujeres que visten indecentemente, las modistas que «desvisten» acomodándose a gustos provocativos y sensuales de la moda, los organizadores de verbenas descaradamente inmorales, los asiduos asistentes a bailes modernos agarrados...»

Los juristas, interpretando el canon 1.240 del Derecho Canónico, consideran pecadores públicos a las actrices, ladrones profesionales, comediantes, arrendatarios de locales donde se explota el vicio, los blasfemos conocidos como tales y los habituales asistentes a cabarets y salas de fiestas, etc.

Por la maldad reconocida de los centros de baile y similares la inscripción como socio de centros recreativos que tienen establecido en sus estatutos o normas de actuación pública, la organización frecuente o habitual de bailes, está prohibida por cooperación activa y colaboración al mal.



Los Metropolitanos de España, en las normas que establecieron el 25 de julio de 1950 para la Prensa que desease ostentar el título de católica, exigen la prohibición absoluta del anuncio de bailes y salas de baile.

## DOCTRINA DE LA IGLESIA

Sobre el baile moderno la Iglesia tiene doctrina clara y dura. Los teólogos afirman que muchos bailes modernos son en sí mismos gravemente deshonestos, y otros ocasión próxima de pecado grave. Estos no se pueden bailar, aunque no haya intención actual pecaminosa al ejecutarlos.

Como exponente de la doctrina teológica sobre el baile en la actualidad lean las jóvenes lo que escriben dos teólogos modernos de fama: «Los bailes de hecho y en concreto resultan frecuentísimamente lascivos y escandalosos y preparan la ruina moral de muchos jóvenes y hacen que muchos adultos vivan en pecado. Por lo cual se debe procurar con esfuerzo que los bailes no se introduzcan y donde ya existen se debe disuadir de su asistencia».

Exponiendo seguidamente las razones de esta doctrina dicen que las circunstancias que acompañan y en que se ejecutan esas danzas son tales que «muchas y quizá la mayoría de las formas de bailar modernas se deban considerar como gravemente deshonestas».

Los mismos autores, en nota, recuerdan la decisión del Sínodo de Quebec (Canadá), condenando por «lascivos en sí

mismos o por sus formas de saltar», numerosos bailes que enumeran, tales como el tango, el fox-trot, el vals y la polka (Regatillo-Zalba, *Theologiae Moralis Summa*, t. I, pág. 913, n.º 961 - B. A. C.).

Nadie pone en duda que no pocos bailes más modernos, que hoy se han hecho populares y que ejecutan «tranquilamente» muchas jóvenes «piadosas» son considerados por toda persona seria y consciente como tan lascivos y más que los expresamente condenados por el Sínodo de Quebec. Así, por ejemplo, el «mambo», del que el Cardenal Guevara, Arzobispo de Lima, mandó a los confesores que negaran la absolución a las personas que tomaran parte en él.

Los antiguos Obispos maldijeron los bailes paganos como «vergonzoso emporio de obscenidades» (San Basilio), «escuela de lujuria» (S. J. Crisóstomo), «sepulcro del pudor» (San Ambrosio). Y San Agustín: «Todos saben que los bailes livianos y lascivos suelen ser refrenados por los Obispos». Los bailes modernos, en general, no pueden ser considerados como menos lascivos que los paganos.

De los modernos bailes dijo el Papa Benedicto XV: «Nada puede hallarse más apto para quitar toda vergüenza, como estos bailes, a cual peores, que han sido importados desde la barbarie al mundo elegante».

Pío XI en su Encíclica «Ubi Arcano» dice: «Las fronteras del pudor han sido traspasadas sobre todo en el vestido y en los bailes por la frivolidad de las mujeres y doncellas. En muchos lugares ya no se hallan costumbres propias de cristianos, parece que la sociedad quiere retroceder a la barbarie».

En Carta Pastoral colectiva los Arzobispos de España dijeron (31 mayo de 1957) del baile: «Los bailes modernos, tortura de confesores, virus de las asociaciones piadosas, feria predilecta de Satanás; bailes desprovistos de las formas tradicionales destinadas a defender el pudor y la insolencia provocativa. No hacemos más que mencionarlos para desaprobarnos enérgicamente y proponerlos como objetivo muy importante para la acción moralizadora y purificadora del ambiente social que han de realizar las autoridades y las asociaciones que colaboran en la dignificación de las costumbres».

Los Obispos de Alemania, en Carta Pastoral en 1925, escribieron así del baile: «Los bailes modernos, casi todos de origen pésimo, atacan el pudor y apenas pueden ser ya tolerados ni en sus formas más moderadas».

Decía en Carta Pastoral el Card. Arzobispo de Sevilla, Dr. Segura: «No solamente se ha propagado por todo el mundo la afición desmesurada a los bailes, sino que, según testimonio unánime, éstos se han degradado de tal modo, que son incompatibles, no sólo con la ascética y la moral, sino hasta con la decencia». «No podemos menos de reprender severísimamente los bailes modernos recientemente introducidos que ofenden todo sentimiento de honestidad y constituyen una verdadera peste para las buenas costumbres».

Y en otra ocasión el mismo Cardenal: «Con verdadera sorpresa y profundo sentimiento ha llegado a nosotros que se había hecho circular por la ciudad la noticia inconcebible de que habíamos revocado nuestras disposiciones diocesanas,

tantas veces repetidas sobre el baile moderno... La insidia y malignidad de esta noticia excede toda ponderación, habiendo sido una invención fraguada principalmente por jóvenes de costumbres frívolas, para lograr introducir este abuso. No encontramos palabras suficientes para condenar esta violación manifiesta de las leyes de la Iglesia y para renovar una vez más y con mayor vehemencia que nunca nuestras enseñanzas y nuestras severísimas prohibiciones sobre la ilicitud e inmoralidad de los bailes modernos».

El Obispo de Orense, Dr. Nájera, en Carta Pastoral a sus diocesanos: «Alerta a los enemigos interiores de España», dice: «Reprobamos enérgicamente como ocasión próxima de pecado los bailes modernos, lascivos en sí mismo o en la forma de bailar, por el modo de estrecharse apretadamente el hombre y la mujer o por los movimientos o giros excitantes de la pasión lasciva».

«Tomar parte activa en estos bailes constituye pecado grave, aunque para algunos no sea ocasión próxima de pecado, puesto que hay obligación no sólo a no exponerse a pecar, sino también a evitar el escándalo y todo género de cooperación».

«Ningún católico puede, en conciencia, pertenecer como socio a empresas, sociedades o círculos, etc., que se dediquen a organizar bailes de esta índole».

Prohibimos terminantemente los bailes llamados de caridad o benéficos. Es innegable que son una burla grotesca de la auténtica caridad».

«No puede conceptuarse como Prensa católica la que anuncie o reseñe bailes inmorales, puesto que cooperan a la acción de los mismos».

«Mandamos a todos los confesores que se atengan estrictamente a las normas precedentes».

No crean las jóvenes que este pensar condenatorio de los bailes sea exclusivo de las autoridades eclesiásticas de España. En todas las partes del mundo la Iglesia habla en los mismos términos. Escribía el Arzobispo de Charbey, en Francia: «La descripción que se nos ha hecho del modo de entrelazarse y de los movimientos de estos bailes, nos ha convencido de que ellos constituyen no una ocasión próxima de pecado, sino pecados en sí mismos; no se les debe llamar peligrosos sino malos; no basta mirarlos como inconvenientes, es menester condenarlos por el hecho mismo».

En parecidos términos habla el Obispo de Lille, Monseñor Guillet: «Todo el atractivo de esos bailes impuros se encuentra precisamente, dígase lo que se quiera, en que los movimientos, los gestos y acercamientos excitan las pasiones y las exaltan. No puede negarse que tales bailes por su propia naturaleza, por su tendencia fundamental hieren gravemente la modestia y la virtud. Su impudor nocivo se hace aún más grave por la inmodestia de los trajes y por la desnudez que constituyen una ocasión grave y próxima de escándalo. Nos los condenamos formalmente».

En Concilios Provinciales y Decisiones Sinodales diocesanas se han tomado determinaciones condenatorias de los bailes modernos. El de Baltimore (EE. UU.): «Persigan los

Prelados y condenen los bailes inmodestos, que cada día son más frecuentes. Advertan a los fieles cómo en ellos se ofende a Dios y se traen grandes males para la sociedad».

El Concilio Plenario de Lisboa de 1926 declaró no sólo peligrosos sino malos los bailes modernos, declarando que no sólo era ilícito tomar parte activa en ellos, sino el solo asistir. Raro será el Sínodo diocesano que no haya condenado los bailes modernos como anticristiano e inmoral.

Los santos anatematizaron los bailes como invención diabólica. Célebre es la Carta que el famosísimo misionero capuchino B. Diego de Cádiz dirigió a la Duquesa de Medinaceli exponiendo sus peligros y males. El teólogo Vermeersch ha escrito en su Teología moral: «Ningún baile puede hoy aprobarse prácticamente, a excepción de ciertas danzas inocentes que se celebran alguna vez en las aldeas».

Terminamos con las palabras del actual Arzobispo de Valencia y entonces Obispo de Pamplona, en su conocida Carta Pastoral sobre el baile, en 1941: «Nos, convencidos del grave deber que nos impone el cargo pastoral, pensando serenamente el asunto después de encomendarlo al Señor, apoyados en la autoridad de excelentes moralistas y de los Sres. Obispos que se han enfrentado con el problema, persuadidos del estrago moral que causan en nuestros pueblos los bailes agarrados por las denuncias y quejas de los señores párrocos, oídos, finalmente los muy Rvdos. Sres. Arciprestes, declaramos que los bailes agarrados, tal como se ejecutan hoy en nuestra diócesis, o son gravemente deshonestos por su propia naturaleza y por tanto gravemente ilícitos o son, al menos, para muchas almas, ocasión próxima de pecado grave y como tales los reprobamos y condenamos».

Con noble y algún tanto estridente forma, dijo una vez un guitarrista canario: —«El día que sepa que mi hija ha ido a un baile la mato». —¿Y eso? ¿Pues no has tocado tú en los bailes? —Precisamente porque he tocado y sé mejor que nadie lo que pasa en los bailes.

Jóvenes, después de lo dicho, sólo una cosa puede hacer dudar de la inmoralidad de los bailes: la mala voluntad, el grito de las pasiones.





# LA PLAYA

Es muy verosímil que el espectáculo más inverecundo e inmoral legalizado en la sociedad moderna sea el que ofrece la playa. Las termas romanas eran centros de vida social, en las que los baños estaban separados por sexos. El reconocimiento legal de una situación como la de la playa moderna no se dió quizá en Roma, ni en las épocas de su mayor degradación.

El escándalo actual de las playas en moral cristiana es gravemente pecaminoso y manifestación clarísima de la perversión de las mentes y de la desaparición casi total del pudor de la mujer. Una mujer que no tiene inconveniente en presentarse semidesnuda ante un público numerosísimo y que sobre esto no reconoce en ella nada pecaminoso, es una mujer que manifiesta tener pervertida su naturaleza, carece de instinto de bien, no es mujer sana.

Sobre la maldad y desvergüenza máxima que revela la mujer en traje de baño moderno, están los modos y actitudes que adopta. En las playas no se distinguen las mujeres piadosas de las infames que van allí con fines nefandos. Es lógico que la Iglesia haya declarado repetidas veces que esa conducta está totalmente en oposición con la doctrina y moral cristianas. Las mujeres que no aceptan esta declaración manifiestan ignorar el Evangelio y la autoridad divina que posee la Iglesia en las cosas de fe y costumbres, pero quien está contra la Iglesia está contra Jesucristo, Hijo de Dios.

El cristiano no necesita conocer la razón de la ley, le basta reconocer la autoridad del que manda. La ley se acepta y se cumple, no por gusto, sino por deber. El cristiano se reconoce súbdito de la Iglesia y por ello, acepta lo que dice y manda. Sin embargo, las jóvenes que frecuentan las playas no cesan de buscar y aducir razones especiosas contra las disposiciones de la Iglesia. Con su actitud renuevan la maldad y dureza de corazón de los judíos cuando pedían insistentes a Cristo bendito pruebas claras de su Mesianidad. Se las da y cogen piedras para matarlo, porque se lo había dicho. Lo que querían los judíos no eran pruebas, aunque las pedían para velar su maldad, ellos querían convencerse de que Cristo no era el Mesías prometido, porque de serlo tendrían que perder muchas cosas que amaban demasiado. Igual pasa a las jóvenes que intentan justificar su actitud libertina en las playas. No buscan conocer la moral de la playa, quieren que la moral justifique su conducta, porque ni quieren enmendarse ni ser tenidas por malas. Esta es toda la verdad.

El espectáculo de las playas modernas destruye el concepto cristiano del pudor, de la modestia y hasta de la castidad. Es un escándalo gravísimo que trae sobre muchas mujeres la maldición divina e imposibilita prácticamente la castidad en los hombres que se ven tentados por su liviandades.

El espectáculo de las playas es intolerable por ley de concupiscencia. Ya dijimos que existe en la naturaleza una tendencia fortísima que empuja las pasiones hacia sus fines desordenados, en determinadas circunstancias irrefrenablemente. Esta tendencia es necesaria, universal y permanen-

te. La concupiscencia se desencadena con la necesidad de un mecanismo, como viene el disparo apretando el gatillo de la escopeta cargada. La concupiscencia de la carne es la más violenta y pronta de las concupiscencias humanas y ésta tiene un objetivo propio, aunque no exclusivo, en el desnudo femenino. Pues bien, no hay acción pública de la mujer donde se presente con un desnudo más extenso que en el espectáculo de la playa. No hay, pues, en la conducta social de la mujer una acción más grave, más excitante al pecado feo que la que realiza «tranquilamente» en sus baños públicos de playa.

Conforme con esta realidad las Jerarquías de la Iglesia condenan durísimamente los baños mixtos de playa como ocasión próxima de pecado mortal, puesto que no se puede presumir razonablemente que ante aquellas escenas vivísimas y totalmente inverecundas la naturaleza del hombre permanezca inactiva: sería negación del pecado original. La joven que se exhibe en traje de baño moderno en la playa pone un acto que deberé reconocer como ocasión grave de pecado y la posición de tales actos sin una razón tan grave como el peligro que suscitan, constituye en moral pecado mortal, aun en el caso concreto de no realizarse el pecado.

No es disculpa justificable para tales excesos decir que la culpa de tal pecado está en el hombre que mira o que consiente. Hablar así es negar la solidaridad humana y oponerse al precepto cristiano de la caridad.

Para desvirtuar la gravedad del escándalo en los espectáculos de playa, dicen muchas jóvenes que actualmente ese peligro para el hombre ya no existe, porque se han acostum-

brado a verlas en tales indecencias. Eso no es cierto, ni podrán probar lo que afirman. La concupiscencia carnal no muere nunca en el hombre, ni aun en los santos, adoptará formas y exigencias distintas, pero seguirá viva exigiendo sus derechos. La virtud no se adquiere con el vicio; pecando no se hace nadie bueno. La concupiscencia se amortigua con la edad y la virtud. Las jóvenes no tienen ni edad ni criterio para enjuiciar y conocer las reacciones íntimas de la naturaleza en los hombres. Puede un hombre mostrarse ante ellas respetuoso y normal y tener un volcán dentro.

La sensibilidad de la naturaleza y la viveza de imágenes ante objetos deshonestos ni son de suyo pecado ni manifestación segura de maldad en quien las padece. Por lo contrario, pueden ser, y lo son con frecuencia, lo mismo que el pudor, reacciones sanas del espíritu. Generalmente es más sensible a lo inverecundo el hombre espiritual que el hombre carnal, precisamente por ser ello más contrario e inesperado. El espíritu del hombre sano en tales casos se asusta porque conoce mejor la gravedad del peligro. La naturaleza humana que no acusa la presencia del mal, manifiesta estar averiada.

Las playas crean en la juventud el mito de la sensualidad, la idolatría del cuerpo femenino, que expone a los hombres a una constante tentación ante la mujer. Muchísimos atrevimientos y brutalidades de los hombres, la casi imposibilidad de estar a solas con una mujer sin faltarla al respeto, cuando no al honor, las numerosísimas caídas de la juventud masculina obedecen, más o menos inmediata y directamente a esa carnalidad suscitada en sus mentes por la presencia del desnudo de la mujer.

El pecado no sólo se hace, nace, se engendra. No es generalmente asesino en un momento, ni ladrón, ni sinvergüenza. No se comete un adulterio en un día, aunque en un día se realice el acto externo, el pecado se engendra, tiene un proceso; y cuántas veces el germen que se incubó en la imaginación y en la carne del hombre estando en la playa, fué el lejano origen de las horrendas caídas y crímenes del mañana. Algún día sabrán, y con espanto, las jóvenes la relación que tuvieron sus desnudeces con los innumerables pecados cometidos por los hombres. Lo sabrán y llorarán, y se espantarán, pero ya tarde. Crea la juventud femenina a quienes saben lo que hablan y por qué lo hablan.

¿Piensan las jóvenes, que dicen que los hombres ya están acostumbrados a verlas en bañador, en los posibles pecados de la mente y de deseo? Sepan y créanlo, que es difícilísimo, en la práctica imposible, que un muchacho vea a una joven en plena belleza de su edad en traje de baño con mente limpia. Lo que pasa es que la concupiscencia satisfecha y gozando de sus objetivos presentes se aquieta en la posesión de su objeto, sin que el hombre, poco habituado a discernir la moralidad de sus actos, repare en su pecado. Que se quite radicalmente esos lúbricos espectáculos y verán como se agita la fiera al arrebatársele su carnaza.

Es posible que un hombre, saciados sus deseos pasionales, cuando nada le queda por ver ni que gozar, agotada la naturaleza, no reaccione ante sus propios objetivos, pero llegar a esto no puede ser ideal humano, esto es una degradación y perversión que se debe evitar. Un hombre sano, espiritual, se sentirá violentamente conmovido ante tales espectáculos; ¿vamos a pensar que el bueno es el malo porque

siente conforme a las leyes de su naturaleza y que el vicioso, saturado de carne de pecado porque ya no siente, es el hombre perfecto? ¿Por el vicio se puede ir a la virtud? Parece que así lo creen muchas jóvenes.

Cuando el vicioso ha llegado a la saturación de sus deseos y experiencias de maldad, el cuerpo pierde actividad por agotamiento biológico, pero no busca por eso la virtud, sino que aunque el cuerpo no sienta, la concupiscencia permanece viva y empuja a lo anormal, a lo patológico para encontrar el goce apetecido.

No saben las jóvenes lo que dicen cuando hablan de que los hombres ya están habituados a verlas en bañador: «como están emborrachados, démosles vino», eso viene a decir. Repiten, en peor sentido, lo que dijo el E. Santo: «El que es malo, hágase más». Ignoran las jóvenes que la visión embellecida de su cuerpo semidesnudo, crea en la concupiscencia del hombre una exigencia casi vital de poseerlo, haciéndoles así prácticamente imposible la castidad.

El desnudismo es inmoral y en la playa impera casi total; no creo tengan las jóvenes el atrevimiento de asegurar que los cafres de las selvas africanas no andan desnudos porque llevan taparrabos. Las mujeres entre los salvajes no viven tan desvestidas e incitantes como las jóvenes «piadosas» que pasean «inocentemente» sus desnudeces entre la turba de admiradores sobre las arenas húmedas de la playa.

No es la naturaleza la que inclina a la mujer a ofrecer al hombre la desnudez de su cuerpo, es la malicia de la voluntad; en algún caso, la frivolidad pecaminosa. El desnu-

dismo femenino tiene mucha culpa de las más graves infidelidades conyugales. No lo saben las jóvenes, pero lo conoce, sin duda, el sacerdote. El Conde de Keyserling dijo que el hombre nudista es siempre mal esposo.

Si el sentido caballeresco va desapareciendo en los hombres, culpa tiene la mujer por su desnudismo provocativo. Ante él difícilmente el hombre puede ser caballero.

No caiga la joven en la tentación de dejarse retratar en traje de baño por nadie, menos por su novio; además de desvergonzada, se mostraría tonta. Ella se sentirá orgullosa por la impresión de belleza y buen tipo que causará en ellos, está totalmente equivocada; no es sólo eso lo que piensan los chicos, sino otras cosas que no se pueden decir. Tenga en cuenta que el negativo de la foto se lo queda el fotógrafo y que puede reproducirlo a su talante, y hacer más tarde uso de él para lo que quiera, ¿y qué querrá? De seguro que no lo han pensado las chicas que alegremente se dejan fotografiar.

Los baños de sol en la playa son el signo de una generación que no quiere ser blanca, que se emnegrece por fuera y por dentro. «Sobre las filas de bañistas de sol, dijo Pemán, africanándose la piel, arden como la pira de un quemadero, los valores más venerados de una civilización secular».

La playa en sus modos actuales es un objetivo logrado por las fuerzas organizadas del mal, en su lucha eterna contra Dios. Todos los que a ella concurren colaboran activamente a esos planes infernales.



Para terminar: ¿existe alguna fórmula cristiana que haga posible la asistencia a las playas en la actualidad con tranquilidad de conciencia? Esta: Comportarse de tal modo la joven que su cuerpo no pueda ser visto de cerca por ningún hombre en traje de baño. Ya lo hemos dicho y lo enseña la Iglesia, el espectáculo de la mujer en traje moderno de baño es sustancialmente indecente e ilícito. Por lo tanto queda a la joven que quiera comportarse cristianamente esta solución: o alejarse de la vista de los hombres o adoptar bañadores distintos, o encontrar el modo de que no se les pueda contemplar en bañador.

El albornoz moderno que se ha introducido últimamente en las playas y que deja a la vista toda la pierna, es indecencísimo e intolerable en moral cristiana.

## DOCTRINA DE LA IGLESIA

Siendo la playa espectáculo infame y salvaje, las tremendas inventivas y austerísimas exigencias de la Iglesia están en su punto. La Iglesia es la sal de la tierra.

Sólo daremos algunos testimonios seguidos de las normas concretas de la autoridad eclesiástica y del poder civil sobre el comportamiento debido en las playas.

«Es para nosotros deprimente el ambiente amoral que de pocos años a esta parte se ha venido formando aquí (en la diócesis de Ibiza), llegando a decir en la prensa de Madrid que el veraneo de Ibiza es de los más indecorosos y corrompidos de Europa». (Obispo de Ibiza, 1956).

«Llamamos una vez más la atención sobre el escándalo de playas y piscinas sin separación de sexos». (Cardenal Arzobispo de Tarragona, 1956).

En el Primer Congreso de Moralidad en Playas celebrado en Valencia el año de 1952, en la Conclusión 8 se dijo: «Se considera fundamental para la salvaguardia de la decencia, la separación de sexos en los baños».

El Obispo de Bilbao en 1953 dió unas normas de moralidad para los baños acomodadas a las jóvenes de piedad. Dijo que «el traje de baño debe tener falda y tirantes anchos y debe cubrir la espalda. Las jóvenes no se bañarán en compañía de muchachos, ni estarán con ellos en la playa, ni pasearán en bote estando unas y otros en traje de baño».

En Carta colectiva de los Metropolitanos de España: «Quedan prohibidos los baños mixtos».

El Obispo de Las Palmas, Dr. Pildain, en fortísima Carta Pastoral sobre las deshonestidad en las playas y en las modas, determina y establece: «Mandamos a todos los confesores, así seculares como regulares, que tengan licencias ministeriales en esta nuestra Diócesis, que nieguen la absolución a todos las personas que, previamente advertidas, persistieran en su intención de continuar tomando baños de sol en traje de baño en compañía de personas de otro sexo». «Y advertimos desde ahora a todos los predichos confesores de entrambos cleros, que si —lo que no es de temer— alguno de ellos desobedeciera este mandato episcopal, queda «ipso facto» suspenso de licencias de confesar en esta Diócesis».

El Arzobispo de Burgos en 1957: «Se advierte del serio peligro moral y por ello de la ocasión próxima de pecado que ofrece el asistir a baños públicos cuando en ellos no hay separación de sexos y vestido conveniente».

Y el Obispo de Vich, Dr. Masnou, insistiendo en circular del año anterior decía el verano de 1956: «Sigue vigente la prohibición de asistencia de nuestros diocesanos a piscinas y playas mixtas, tal como consta y se expresa en el documento aparecido el verano pasado...»

Y a las personas que ofrecieron resistencia y oposición dice estas palabras claras y terminantes: «Sepan que la aparición de aquella Circular fué precedida de mucho estudio, oración y tiempo, que nadie como el Sr. Obispo se halla tan fuertemente enfrentado a las serenas verdades eternas que debe impávidamente proponer: que duele en el alma ver la solera cristiana de nuestras comarcas atacadas por el paganismo, con la alegre cooperación de los que sin saberlo venden la herencia de nuestra proverbial seriedad por un plato de lentejas de costumbres que ruborizarían a nuestros padres; que no sólo se busca defender la contaminación y señalar fuertemente cual es el criterio entre costumbres cristianas y costumbres no cristianas».

«Predíquese a los fieles que el nudismo en todas sus formas es un esfuerzo diabólico del paganismo; que el espíritu del Evangelio jamás se compondrá con las artimañas mentirosas e hipócritas del mundo, demonio y carne, aunque se presenten como razonables conquistas del sentido común, de la modernidad y de la fácil conciencia de los pueblos. Que el programa obligado del cristiano es vivir siempre en gra-

cia de Dios, reprimir los malos instintos, obedecer a la Iglesia y dar siempre buen ejemplo».

El Cardenal Arzobispo de Toledo Pla y Deniel ha establecido en su archidiócesis: «El baño es un acto de vida íntima que no puede tener carácter público; es exigencia natural de separación de sexos. Las piscinas requieren aún más que los ríos y playas esta separación de sexos, porque el espacio más reducido y la proximidad crea mayor peligro real».

«La práctica higiénica del baño no puede erigirse en espectáculo. Es fomento de inmoralidad que las piscinas tengan tribunas y lugares donde se pueda contemplar a los bañistas».

El Sinodo diocesano de la Archidiócesis de Valencia en su constitución 235, enseña: «Las playas en las que promiscuamente se bañan hombres y mujeres y la desnudez es provocativa, constituye de suyo ocasión de pecado grave para los que a ella acuden». Y en la 236: «En las playas debe haber completa separación de sexos cuando se va en traje de baño; si no hay tal separación hombres y mujeres han de ser objeto de mutua tentación y peligro». Y en la 237: «En las piscinas se cometen especiales abusos contra la moral. Mientras no sean exclusivas para los de cada sexo, la asistencia a las mismas constituye una conducta execrable a los ojos de Dios, de la Iglesia y de la simple decencia humana sea cualquiera el pretexto higiénico y deportivo con que se trate de justificar».

En las Conclusiones del Segundo Congreso de Moralización celebrado en diciembre de 1952, se decía: «El Congreso

ruega a las Autoridades que los bandos y normas de moralidad se lleven a la práctica con todo rigor por las autoridades locales, evitando el desprestigio y demás consecuencias que su incumplimiento supone».

«El Congreso se ratifica en la necesidad y urgencia de crear centros morales en las playas, con separación de sexos».

«El Congreso ante el incremento de piscinas suplica a los Poderes Públicos que adelantándose a las posibles desviaciones morales, dicte una disposición en que claro y terminante se prohíba la promiscuidad de sexos».

La Dirección General de Seguridad el 16 de julio de 1953 reitera lo dispuesto por el Ministerio de Gobernación en la Circular n.º 5 de 1961 y dispone:

1. — Queda prohibido el uso de prendas de baño indecorosas, exigiendo que cubran el pecho y espalda debidamente, además de que lleven faldas para las mujeres y pantalón de deporte para los hombres.

2. — Queda prohibida la permanencia en playas, clubs, bares, etc., bailes o excursiones y en general fuera del agua. el traje de baño, ya que éste tiene su empleo adecuado y no puede consentirse más allá de su verdadero destino.

3. — Queda prohibido que hombres y mujeres se desnuden o vistan en la playa, fuera de la caseta cerrada.

4. — Queda prohibida cualquiera manifestación de desnudismo o de incorrección en el mismo aspecto. que pugne

con la honestidad y buen gusto tradicional entre los españoles.

«Todos y primero las Autoridades están obligadas en conciencia a hacer realidad las normas cristianas de moralidad emanadas del Sr. Ministro y si por incuria o falta de celo o de cristiandad no se cumplen, ellos darán cuenta a Dios de los innumerables pecados que se comente en las playas». «Menos moda y más modestia, porque es obligatoria la moderación y contención de las pasiones sujetándolas al imperio de la razón y ésta a la gracia y a la fe. Modestia, pues, porque lo manda Dios; aunque sea en verano». Así escribía a sus diocesanos en 1956 el Dr. Gurrutxaga, Obispo de Bilbao.

Ante los precedentes testimonios y leyes ninguna razón podrá excusar la conciencia de las personas que tomen parte en los espectáculos indecentísimos de las playas. Sólo la mala voluntad o la pérdida de sentido moral, podrán justificar esa conducta totalmente reprobable.

# LAS LECTURAS

El alfabeto es, sin duda, el invento más eficaz de cultura y civilización de los pueblos. Donde no hubo escritura los pueblos fueron siempre primitivos. El saber de los sabios moría con ellos. No había progreso.

El valor social y cultural de la escritura se completó y alcanzó su máxima fuerza con el descubrimiento de la imprenta; con ella cada idea nueva es una revolución, cada año un cambio social. Con la imprenta murió la tradición como forma de cultura y nació el progreso y la revolución. Con la imprenta ya no se puede vivir del pasado.

La literatura romántica del Medioevo con su Flor y Blanca Flor, con el poema de Tristán e Iselda, y las gestas del Cid dieron lozanía y popularidad al caballero como ideal de virtudes ciudadanas y caracterizaron una época de la historia. Los monjes con el Mester de Clerecía y sus plumas de ganso sacaron al mundo de las oscuridades del siglo XI a las claridades científicas de los siglos posteriores. La Enciclopedia y los libros de Rousseau inauguraron la edad de las revoluciones y del materialismo ateo.

Desde que existe la imprenta todos los cambios sociales que implican un movimiento en el pensar y el vivir, nacen del libro como transmisor a las masas populares de las concepciones de los genios. Sin el libro hay invasiones y ruinas.



porque éstas son obra de la fuerza bruta, pero evoluciones y cambios sociales, no. Los bárbaros fueron un turbión que trajo ruinas, pero la revolución social vino después con los monjes y la Iglesia. Hoy no se explica una revolución ni la estabilización de una idea social sin la propaganda. El mal no se establece entre los hombre sino a fuerza de mentiras y pasiones que sólo la fuerza de la prensa y el libro transmiten. La revolución rusa, la más honda y la más errónea, pudo establecerse y extenderse merced a una propaganda sagaz y genial.

Los libros no son materia inerte, son vida. El libro es el alma, la mente, la vida de su autor. Las jóvenes, siempre irreflexivas y cándidas, cuando abren las páginas de un libro sugestivo, no piensan que tienen en la mano una fuerza vital que van a acoplar a la suya. Como la palabra está al servicio del hombre, de sus ideas, de sus intenciones, así el libro en la mente del autor. ¿Qué es el libro sino la palabra escrita y fijada? Esta filosofía la entienden poco las chicas y no mucho los hombres.

El libro es la cátedra permanente del Espíritu Santo, pero también y más de los sofistas, de los ambiciosos y de los malvados. Sacerdotes y sociólogos; estadistas y políticos; Dios y el diablo tienen en la imprenta su máxima fuerza. Consciente de ello la Santa Iglesia ha prohibido con acierto a sus súbditos las lecturas de determinados libros y escritos.

Grandes sabios y geniales hombres han sucumbido al ataque sagaz y persistente de las malas lecturas: Ortega y Gasset, el impío, terminó en ateo por la presión de lecturas que no supo vencer. El lo confesó: «Los libros de Renán me

acompañan desde niño, en muchas ocasiones me han servido de abrevadero espiritual».

El Jefe de Sección de Teología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Dr. R. López Gallego, dijo: «Personalmente conozco hombres por cuyo espíritu el aliento de Ortega ha pasado como ciclón devastador de sus creencias religiosas. Otros, sin llegar a perder la fe, se enfriaron de tal manera, que fríos siguen todavía». De ese espíritu beben gustosos no pocos jóvenes universitarios que por inconsciencia juvenil y por insuficiencia, sin duda, de rectoría sobre ellos, son nubes sombrías preñadas de tempestades para el porvenir de la nación.

No piensen las jóvenes ser inmunes a la influencia de sus lecturas. En simbiosis espiritual terminarán en réplicas de los personajes y lecciones de sus libros. La novela y el cine, tan semejantes en su acción, constituyen la tentación más femenina por su poder sugestivo y adormecedor; gustan, se adaptan a su naturaleza, a los ideales de su edad y sexo y al cabo de unos años, dulcemente, sin sentirlo, sus lecturas son sus ideas, sus criterios. Decía el capuchino P. Rivarola que el libro es a modo de un sacramento que comunica la gracia que tiene. Cada hombre es realmente hijo de sus ideas. Las jóvenes lo niegan, pero el hecho es que la mente y la conducta de no pocas jóvenes noveleras y entusiastas del cine constituyen una novela en acción. Son muchas las jóvenes que no conciben la vida sino como placer y fiesta. El deber tiene para ellas razón de mal. Para la juventud así configurada en su espíritu, tiene muy poco que decir el Evangelio y sus ministros; la Cruz, símbolo de Redención y de santidad, camino real del cielo, para ellas es un patíbulo. Están bautizadas, pero tienen el alma pagana.

La novela rosa, como el pecado venial, no mata el alma del que la lee, pero prepara la muerte, propina el veneno en pequeñas dosis. La novela rosa en la juventud femenina tiende a hacerla frívola, fácil, apasionada, incapaz para el sacrificio y el deber, siempre pronta para la diversión; dificulta la maternidad abnegada y responsable, la hace egoísta y sensual. La novela rosa crea a «Fifi» y a «Totó», cabecitas huecas y locas, bellas pero sin seso.

La novela rosa crea en la juventud una mentalidad de pecado, caldo de cultivo de posteriores acciones reprobables. Dicen que dijo el inmortal autor de «Fabiola» estas palabras: «De novelas la mejor la mía y no me atrevo a recomendarla». Un gran impío confesó que su perversión se había iniciado con la lectura de un libro que había proporcionado a muchos, ratos de solaz e inocente recreo. Para las jóvenes la mejor novela rosa, la que no leen.

Muchachita asidua lectora de novelas «rosa», al cabo de unos años apasionada lectora de novelas «cardo». La joven que a los 16 años se entusiasma con las novelas «rosa» a los veinte las lee todas menos las «rosa». El menor mal que ocasionan las novelas a la juventud es hacerla perder el tiempo —que en cristiano tiene valor de eternidad—. Pocas serán las jóvenes aficionadas a novelas que resisten la lectura de libros serios, formativos o instructivos; como dicen son «el tostón» y el «rollo» insoportable.

Joven, dime qué lees y te diré quién eres.

La novela rosa no ensalza el mal ni reprueba el bien, pero viste de seda el pecado y cubre de flores su abismo. El pe-

ligro de la novela rosa está más en lo que hace imaginar a la joven que en lo que dice. Entre las hojas de las novelas que leen las jóvenes casi nunca se ve al diablo, pero muchas veces está allí oculto y no sesteando.

¿Entonces no podremos leer novelas? No digo eso. Digo que las novelas, en general toda novela, es peligrosa para la juventud femenina, aún para aquella que se considera formada y por peligrosa es conveniente y prudente leerlas con precaución, selección y parquedad. Como hablando del cine, digo que la frecuencia de novelas no es conveniente moralmente a la juventud femenina, a unas menos que a otras según edad y temperamento. La frecuencia es casi siempre perjudicial a las jóvenes. Puesta la mente y los ojos en un ambiente turbio, no se conserva limpio el corazón. Es edificante la inquietud de la juventud femenina ante sus pensamientos impuros, pero extraña su despreocupación por las causas que se los ocasionan.

Lo que alegan las jóvenes que hay que saber de todo, es principio destructor de la moral y de la conciencia cristiana. La novela en la historia siempre se ha visto como fútil, insustancial y en sentido alto de la vida, impropia del hombre. El Quijote nació para ridiculizar la afición de entonces a los libros de Caballería, muy semejantes a la novela.

La difusión de la novela sigue las vicisitudes de la piedad y dignidad de la Humanidad. Cuanto la vida se lleva más arrastrada, mayor afición a libros frívolos y novelísticos. No se niega con esto que las novelas no tengan valores humanos, pero poco cristianos. Enseñan a conocer la vida, pero casi siempre de modo poco digno y muchas veces enseñan a conocer y estimar la vida reprobable.

La novela frecuentemente pervierte el concepto del amor, reduciéndolo a sentimentalismo pasional egoísta; y el amor sano no es eso, al menos no es sólo eso.

Para engañar, desde un libro. Los hombres nos fiamos ya muy poco los unos de los otros, estamos desengañados, en cambio, de los libros todos confiamos, con frecuencia demasiado; como no atacan nuestro amor propio y no gritan y nos halagan, los hacemos pronto nuestros amigos. Está dicho que el mejor amigo el libro, pero esto no es cierto. El mejor amigo el mejor libro, eso sí. Hay libros que matan y matan a traición, por la espalda.

Conocer, pues, al libro es tan necesario como conocer a los hombres; al fin, libro y hombre son casi la misma cosa. Para defenderse del libro, conocer a su autor. De ordinario lo que piensa la mente, eso escribe la pluma; como se vive se escribe. Los perales no dan manzanas ni las higueras, uvas. Cervantes dijo que la pluma era la lengua del alma.

Se espantarían muchas jóvenes si conociesen la historia personal de los autores de muchos libros que gustosamente leen. Ciertamente que a veces los escritos no manifiestan la vida del autor, pero en general los libros de novela, sí.

Hay libros que están escritos con mente perversa para dañar, y su difusión es negocio sucio de personas sin conciencia. Con frecuencia esos libros están sagazmente escritos para ocultar la intención maligna y hacer daño sin sentir. El demonio tiene un gran negocio en los libros. De esta filosofía saben poco las chicas, pero necesitan ir aprendiéndola.

¡Cuántas jóvenes han perdido la inocencia, la visión sana y limpia de la vida y cuántas mentes femeninas se han revolcado en el fango inmundo de conductas turbias guiadas amablemente por lecturas «estupendas»!

Hoy están de moda entre las jóvenes los libros «fuertes». Una acuciante curiosidad, que tanto mal ha causado siempre a la mujer, la arrastra a conocer los secretos de la vida, los secretos de la mala vida. Si la juventud femenina estima el tesoro de su espiritualidad, la delicadeza de sus sentimientos, si quiere ser clara y luminosa, aléjese de esos fondos turbios, violentos, a veces patológicamente anormales, en que se desarrolla la acción de esos libros que se dicen «fuertes».

No se aficionen tanto a los libros mis lectoras que les acontezca lo que de sí mismo tuvo que confesar el tristemente célebre Anatole France: «He querido saberlo todo y ahora sufro por mi culpable locura. Una curiosidad sin medida me hizo perder en el trato de los libros la paz del corazón y la pureza de los humildes».

No sean las jóvenes tan infantiles y cándidas que se dejen engañar del rumor público ni de los premios y menciones honoríficas que frecuentemente se tributan en sociedad a ciertos autores y determinados libros. Estos ditirambos y recompensas obedecen muchas veces a consignas secretas más que a los méritos literarios. Y aun admitiendo que existiese en ellos un valor intrínseco superior, no sería suficiente para determinar la voluntad de un católico práctico a su lectura, puesto que reconoce normas e interés superiores al arte y al placer de los libros.

Es ya sabido, aunque parece que no por las jóvenes, que las novelas son tanto más solicitadas cuanto en ellas lo humano más se encanalla, como dijo D. Eugenio Montes. Para muchos, un buen personaje de novela tiene que ser un criminal o un malvado.

Es signo claro de degradación de un pueblo la afición desmedida a lecturas frívolas que sólo hablan a los sentidos y a la fantasía. El gran Lacordaire escribió que nada más lamentable que la pasión por libros quiméricos que ningún hombre puede leer sin menoscabo de sí mismo. Su lectura es un auténtico sacrificio a la nada.

## DOCTRINA DE LA IGLESIA

La Iglesia, en su Derecho Canónico, tiene dadas normas concretas para la defensa contra el peligro de los malos libros. Les convienen a las jóvenes conocerlas. Son éstas:

1.º Sin la previa censura de la Iglesia nadie puede editar la Sagrada Biblia ni sus comentarios o anotaciones. Ni libros que traten de la Sagrada Escritura, Teología, Historia Eclesiástica, Derecho Canónico, Ética y en general aquellos que traten de religión o moral.

Tampoco sin su autorización se pueden publicar libros que traten de oraciones, devociones, vida espiritual y en general de piedad.

La licencia para la edición de estos libros compete darla a los Obispos, en algunos casos al Papa. Los religiosos y

sacerdotes no pueden publicar ninguna clase de libros sin licencia de la Iglesia.

Está prohibido por la Iglesia a todos los fieles, sean sacerdotes o seglares, escribir en periódicos o folletos que combaten la religión o las buenas costumbres. En casos particulares pueden los Obispos permitirlo por razones que ellos estimen suficientes.

La licencia requerida y dada para la edición de libros debe aparecer escrita en el mismo libro.

2.º La Iglesia tiene prohibido a sus fieles la lectura de determinados libros. La prohibición de leer ciertos libros pueden provenir de tres fuentes: de la ley natural, del Derecho Canónico o de una disposición particular sobre un libro en concreto. Estas prohibiciones individuales están contenidos en el INDICE que como su nombre manifiesta es una colección de determinados libros sobre los que ha recaído una condenación expresa de la Iglesia. Pero no son estos libros los únicos que la Iglesia prohíbe. El Derecho Canónico determina unos principios o base de libros que no se pueden leer. Son éstos:

Cualquiera edición de la Biblia hecha por persona acatólica, la edición y cualquiera versión de la misma.

Todo libro que defiende el cisma o la herejía o combate los fundamentos de la Religión, o la moral.

Todo libro que trate de religión escrito por persona no católica a no ser cuando consta cierto que no tiene nada contra la fe católica.



Los libros que hablan de apariciones, milagros, devociones, etc., y que no tengan licencia eclesiástica.

Los libros que defienden el duelo, suicidio, divorcio, masonería, comunismo, etc.

Los que hablan de cosas lascivas ex profeso, o las describen o presentan en fotografía.

Leer cualquiera de estos libros es de suyo pecado mortal aunque no haga ningún daño moral a la persona que lo lea. Es pecado de desobediencia a un precepto grave de la Iglesia.

Los libros prohibidos no se pueden leer, vender, tener ni prestar, bajo de pecado mortal.

Aparte de estas prohibiciones de la Iglesia, en casos individuales podría estar prohibido un libro por ley natural cuando su lectura, sin estar incluida en las sobredichas prohibiciones, hiciese daño a la persona que lo lee. En este caso la gravedad de la prohibición está en relación con la gravedad del daño o peligro que ocasiona. No así en las prohibiciones eclesiásticas que obligan por ley positiva de legítima autoridad, y por tanto a todos los súbditos de esa autoridad.



A LAS PUERTAS DEL HOGAR

El sueño de la joven es oír estas palabras: «Bueno, chiquilla, ¿cuándo nos casamos?». Te lo dijo y te sientes feliz: vas a casarte, ¿será mucho pedirte que pienses un poco el paso que vas a dar? Casarse es hacer un contrato con Dios. Un contrato de intereses mutuos: tuyos y de Dios. La glorificación eterna que Dios ha de recibir de sus criaturas, estará muy íntimamente relacionada con tu contrato matrimonial. Dios gana en que tú te cases. Y tú también esperas ganar felicidad en este mundo y facilidad para disfrutar en el otro. El matrimonio es cosa seria y grande.

La joven tiene que ir al matrimonio muy convencida de que el matrimonio es ante todo y en todo momento un servicio de Dios. Los demás bienes personales que puede reportar, que reportará si va a él en condiciones, ante este deber tienen un valor secundario. Primero, el servicio de Dios y después todo lo demás.

Un consejo: el día de tu petición, como transcendental para tí, no dejes de acercarte al altar en compañía de tu novio, para que sea Dios el que refrende aquel acto. Qué mal principio si el novio no quiere; teme para el futuro.

Debes ir acostumbrando a tu novio a que te acompañe al templo; muchas veces mañana tendréis que hacerlo; que comience desde ahora. Es triste y mal signo de compenetra-

ción de almas el que tenga que estar la mujer en el templo siempre sola. La piedad es condición de matrimonio cristiano, cuyo fin es sagrado; juntos, pues, en el templo, como en las horas del amor y del dolor. Alguien ha llamado a la Eucaristía el Sacramento de los novios, porque es el Sacramento del Amor; id, pues, a vuestro centro.

Una pregunta, joven: ¿en el tiempo que llevas hablando con tu novio te ha hecho mejor? ¿Y tú a él? ¿Puedes entrar por la puerta ancha del sacramento con la frente levantada? Piensa ahora que todavía estás a tiempo: ¿Este hombre con quien pienso casarme será digno padre de mis hijos? ¿Seré con él mejor o peor? ¿Su compañía facilitará mi salvación o me la hará más difícil? El matrimonio es un Sacramento con fines sagrados concretos, el matrimonio es para el bien espiritual de los cónyuges. Piénsalo detenidamente, consúltalo y después toma una decisión confiadamente. Al que entra en el matrimonio reflexivamente y por la puerta, Dios ayuda, para ese está la gracia sacramental. En el noventa por ciento de los casos, desde fuera se puede asegurar qué bodas terminarán en dolor y pecado.

Los días anteriores al matrimonio la joven ha de estar más en guardia en la defensa de su castidad, no vaya a perder en el puerto lo que tal vez salvó en alta mar. En esos días mayor prudencia y precaución. No cedas, aunque te hable en nombre del matrimonio próximo. Entretenlo. Enséñale a educar su pasión. ¿Para qué robar pecando lo que se ha de regalar piadosamente?

La joven antes de casarse debe aprender a regir una casa, cocinar, coser y poseer una cultura general que ayude

a llevar la economía doméstica. El hogar no es un salón de fiestas donde el «tipo» y una dosis de picardía son suficientes para triunfar.

Sería conveniente que la joven, antes de casarse, tuviese algunos principios de pedagogía sobre el modo, nada fácil y transcendental, del arte de educar. ¿No es el matrimonio para esto? «Criar y *educar* hijos para Dios». Para esto fundamentalmente vas a casarte; por el cumplimiento de esos fines serás perfecta o mala madre. Ten en cuenta que la mayor desgracia que puede acontecer a un hombre en el mundo, es tener una mala madre. Y no es buena la que sólo sabe rezar. Hay cosas que no se pueden dejar nunca a la improvisación: una de ellas la educación de los hijos.

COLOFON

Sospecho que al cerrar este libro algunas de mis amables lectoras sentirán decepción, casi tristeza por lo que han leído. Ellas que tan bella y alegremente contemplaban la vida, la encuentran aquí áspera, casi antipática. «Si es así no merece vivirse», habrán pensado algunas.

Yo he escrito este libro no para que las jóvenes canten más alto la alegría de su juventud. Ya se lo he dicho antes. Este libro se ha escrito para defenderlas del aspecto engañoso con que su candidez y sus sentimientos, a veces hasta su limpieza de espíritu, les presenta el mundo. Esa visión tan personal y tan encantadora, no es la real, ni menos la cristiana. La juventud femenina está expuesta a ser engañada por su propia condición e inexperiencia. Yo la he llevado a otra vertiente distinta de la suya, no puede extrañarse de contemplar la vida de otra manera. Lo que interesa es que esta manera sea la real y la que el hombre consciente y cristiano debe ver y tener en cuenta para vivir.

Hay dos modos de contemplar la vida: desde el ángulo de los sentidos y de la fantasía o desde el campo del espíritu. La vida como en este libro se ofrece es bella, pero vista desde la vertiente de la fe cristiana. ¿Será mucho pedir a mis amables lectoras que adopten para sí esta visión superior de la vida, menos atractiva pero más real, más cristiana y a la larga más feliz? Les haría bien este libro si orientadas por



estampa en mi libro de rezo: es un alma de rodillas con una lucerna en la mano y un letrero al pie que dice: «Y los que estaban preparados entraron con El a las bodas». A lo lejos una puerta abierta inundada de luz deja paso a un grupo de almas que, vestidas de blanco, entran en el festín. El cristianismo es así. Esperar y esperando una ilusión superior a todo bien actual, menospreciarlo todo por la posesión futura de esa esperanza. Sin la esperanza del cielo el cristianismo no podría ser religión de hombres; el hombre reclama un cielo: o se le ha de garantizar en el futuro o se ha de matar por conquistarlo en el presente. El mundano es un hombre que olvida o no cree en el futuro; el cristiano verdadero es el hombre que, porque espera, le son casi indiferentes todas las cosas.

Vincenti dabo mamma absconditum et nomem novum; al vencedor le daré maná escondido y un nombre nuevo y una piedrecita blanca que llevará escrito un nombre misterioso que sólo entenderá el que la lleva (Apocalipsis).

Para terminar levanto mi mano consagrada, jóvenes, y os digo con el Sco. Padre Francisco de Asís:

*«El Señor os bendiga y os guarde,  
os muestre su rostro y os otorgue su gracia,  
os mire benignamente y os conceda la paz;  
El señor os bendiga. hermanas». Amén.*

él, alcanzan esta meta. Confiando en la nobleza del alma de la mujer he puesto esta LUZ EN EL CAMINO de su juventud. Yo la digo con Cristo: «El que me sigue no anda en tinieblas», al contrario encontrará lo que tantas veces busca por caminos de oscuridad, su dicha.

Un cierto sector de la juventud femenina opondrá resistencia sin duda a las enseñanzas de este libro, el autor se consuela pensando que no lo van a combatir con razones sino con pasiones. Hay personas que nunca se entenderán con la verdad porque la verdad y ellas van por caminos distintos. Para aceptar las verdades que contiene este libro y más aún para seguirlas, se precisa en el lector estima de la verdad sobre los egoísmos pasionales, una cierta limpieza de corazón y gracia de Dios.

Está escrito en las paredes de algunos monasterios: Per crucem ad lucem. Por el camino de la Cruz a la Luz. Todas las jóvenes buscan la luz, la luz es gozo, es vida, el caso es llegar a ella. No olvide la joven que la Luz está lejos, arriba, que la del mundo es opaca y se apaga. Para encontrar la Luz, es preciso andar en oscuridad; si se busca la luz ¿cómo se puede vivir en claridad? Mantenga la juventud femenina la idea cristiana de que el hombre en la tierra está en destierro, lejos de la patria, en camino, para no apegarse ni entusiasmarse excesivamente con las bellezas que encuentra a su paso.

Sin esperanzas no se puede vivir en cristiano, la tentación del gozo presente nos vencería. Vivir en sombras, contentiendo el corazón, fija la mente en la esperanza de un bien supremo, es síntesis de un vivir cristiano. Yo tengo una

# INDICE



	Página
<i>Presentación</i> .....	9
<i>El ser cristiano</i> .....	15
<i>Dignidad cristiana</i> .....	27
<i>El cristiano y el mundo</i> .....	33
<i>El honor de la mujer</i> .....	41
<i>Conócete</i> .....	49
<i>Edúcate</i> .....	59
<i>Forma tu conciencia</i> .....	69
<i>La piedad femenina</i> .....	87
<i>Destino social de la mujer</i> .....	97
<i>Modernidad</i> .....	107
<i>Compostura y decoro</i> .....	129
<i>El gran deber femenino</i> .....	137
<i>Belleza y espíritu</i> .....	155
<i>La coquetería</i> .....	165
<i>La moda</i> .....	169

	Página
<i>Concursos de belleza</i> .....	181
<i>La chica en la oficina</i> .....	187
<i>La joven ante el hombre y el matrimonio</i> .....	193
<i>El noviazgo</i> .....	211
<i>Elección de novio</i> .....	227
<i>Duración y tiempo del noviazgo</i> .....	239
<i>Besar y amar</i> .....	245
<i>¿Diversión o mortificación?</i> .....	253
<i>El deporte</i> .....	261
<i>El cine</i> .....	269
<i>El baile</i> .....	285
<i>La playa</i> .....	305
<i>Las lecturas</i> .....	319
<i>A las puertas del hogar</i> .....	331
<i>Colofón</i> .....	335

Se terminó  
de imprimir este li-  
bro en los talleres tipo-  
gráficos de *Faro de Vigo*, ca-  
lle Colón, 28, Vigo (Ponteve-  
dra), el día 8 de Diciembre  
de 1960 (Festividad  
de la Purísima  
Concepción).

